

Ficciones psicopatológicas

Prensa, locura y
literatura en México
(1882-1903)

José Antonio Maya González



Casa abierta al tiempo

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA METROPOLITANA
UNIDAD XOCHIMILCO División de Ciencias Sociales y Humanidades

José Antonio Maya González es licenciado en psicología por la Universidad Autónoma Metropolitana, maestro en historia por el Instituto de Investigaciones Dr. José María Luis Mora y doctor en historia por la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad Nacional Autónoma de México. Sus líneas de investigación son la historia cultural de la psiquiatría y el estudio de las representaciones sociales de la locura en la medicina mental, la prensa y la literatura durante el tránsito del siglo XIX al XX en México. Es miembro de la Red Iberoamericana de Historia de la Psiquiatría y pertenece al Sistema Nacional de Investigadores. Profesor invitado en el Departamento de Educación y Comunicación de la Universidad Autónoma Metropolitana, Unidad Xochimilco.

Ficciones psicopatológicas



Casa abierta al tiempo

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA METROPOLITANA

Rector general, José Antonio de los Reyes Heredia

Secretaria general, Norma Rondero López

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA METROPOLITANA-XOCHIMILCO

Rector de Unidad, Francisco Javier Soria López

Secretaria de Unidad, María Angélica Buendía Espinosa

DIVISIÓN DE CIENCIAS SOCIALES Y HUMANIDADES

Directora, María Dolly Espínola Frausto

Secretaria académica, Silvia Pomar Fernández

Jefa del Departamento de Educación y Comunicación, Alicia Amelia Izquierdo Rivera

Jefe de la sección de publicaciones, Miguel Ángel Hinojosa Carranza

CONSEJO EDITORIAL

Jerónimo Luis Repoll (presidente)

Aleida Azamar Alonso / Gabriela Dutrénit Bielous

Álvaro Fernando López Lara

Asesor del Consejo Editorial: Miguel Ángel Hinojosa Carranza

COMITÉ EDITORIAL

René David Benítez Rivera (presidente)

María del Pilar Berrios Navarro / Germán A. de la Reza Guardia

Joel Flores Rentería / Abigail Rodríguez Nava / Araceli Soni Soto

Araceli Margarita Reyna Ruiz / Gonzalo Varela Petito

Asistente editorial: Varinia Cortés Rodríguez

José Antonio Maya González

Ficciones psicopatológicas



Prensa, locura y
literatura en México
(1882-1903)



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA METROPOLITANA
UNIDAD XOCHIMILCO División de Ciencias Sociales y Humanidades

Primera edición: marzo de 2023

D.R. © Universidad Autónoma Metropolitana
Universidad Autónoma Metropolitana, Unidad Xochimilco
Calzada del Hueso 1100
Colonia Villa Quietud, Alcaldía Coyoacán
04960 Ciudad de México

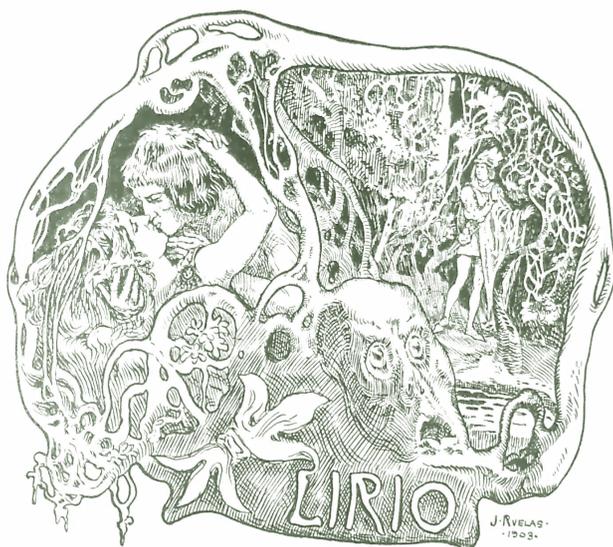
Sección de Publicaciones
División de Ciencias Sociales y Humanidades
Edificio A, tercer piso
Teléfono: 55 5483 7060
pubcsh@gmail.com/pubcsh@correo.xoc.uam.mx
<http://dcsh.xoc.uam.mx>
<http://www.casadelibrosabiertos.uam.mx>

Portada: Julio Ruelas, *La Crítica*, 1906
Museo Nacional de Arte
INBAL-Secretaría de Cultura

ISBN: 978-607-28-2844-5
ISBN digital: 978-607-28-2845-2

Esta obra de la División de Ciencias Sociales y Humanidades
de la Universidad Autónoma Metropolitana, Unidad Xochimilco,
fue dictaminada por pares académicos externos especialistas en el tema.

Impreso en México / Printed in México



¡Qué triste y extraña es nuestra época!
¿Hacia qué océano corre este torrente de inquietudes?
¿Hacia dónde nos dirigimos en una noche tan profunda?
Aquellos que quieren palpar este mundo enfermo
no tardan en retirarse, asustados por la corrupción
que se agita en sus entrañas.

GUSTAVE FLAUBERT
Memorias de un loco

Índice

Agradecimientos	11
Introducción	13
La medicalización de las pasiones	39
La propagación de la locura	44
Pasiones desbordadas, emociones fuertes	49
La biología de las emociones	57
Moralizar las pasiones	59
Dementes en la prensa capitalina	67
Gacetillas	71
Traducciones	75
Artículos de divulgación	77
Infiltrados en el manicomio	82
Escritores moralistas	89
Románticos positivistas	92
La función social de las obras	98
La recepción	102
Prácticas de lectura	100
Sentimentales, violentos, histéricas	113
Locos literarios, locuras pasionales	116
Vigilar y prohibir	132
Médico de locos	141

Escritores perversos, narrativas malsanas	149
Modernos y decadentes	153
Espacios y producciones	160
Patologizar el arte	168
Críticos y adversarios	175
Neuróticos, hiperestésicos	182
Pervertidos, suicidas y locos-criminales	189
Lujurias, concupiscencias, placeres morboso	194
Suicidas literarios	201
Locos-criminales	211
Consideraciones finales	225
Fuentes	229
Bibliografía	231

Agradecimientos

DURANTE ESTOS AÑOS HE ACUMULADO significativas muestras de apoyo provenientes de profesores, amigos y colegas entrañables. En primer lugar, agradezco al doctor Andrés Ríos Molina por su invencible alegría como investigador, por creer e impulsar el proyecto, su orientación metodológica fue crucial en los momentos de fuga, por la solidaridad en las dificultades cotidianas y por trazar los caminos para nuevas andanzas. Externo mis agradecimientos a las doctoras Cristina Sacristán, Teresa Ordorika y Claudia Agostoni, por las sugerencias historiográficas, las conversaciones apremiantes y los fructíferos debates teóricos; por su profesionalismo y compromiso inigualable. En particular, agradezco a la doctora Ana Laura Zavala Díaz por su respaldo permanente y profunda amistad, gracias a su amplio conocimiento literario encontré en el Instituto de Investigaciones Filológicas un espacio de discusión y diálogo. Su presencia logró incidir de manera positiva en la edificación de este libro, compartiendo ideas, debatiendo posturas, recomendando lecturas y disfrutando de apacibles charlas. Las doctoras Laura Suárez de la Torre, Belem Clark de Lara, Elisa Speckman y Alicia Salmerón fueron maestras a la distancia mediante sus escritos, a todas, gracias.

Avances de esta obra fueron presentados en distintos seminarios, congresos y mesas de trabajo dentro y fuera del país. Agradezco a la doctora Susana Sosenski por sus atinadas sugerencias, reflexiones y comentarios que nutrieron varios de los capítulos, también a todos los compañeros del Seminario Interdisciplinario en Salud Mental con quienes compartí experiencias de investigación por más de cinco años. Finalmente, agradezco a todos los trabajadores, personal administrativo y gestor del posgrado en Historia por la hospitalidad, así como a aquellas personas que facilitaron mis estancias prologadas en el Archivo Histórico de la Secretaría de Salud, en las Bibliotecas “Nicolás León” del Palacio de Medicina, “Rubén Bonifaz Nuño” del Instituto de Investigaciones Filológicas, “Antonio Caso” de la Facultad de Derecho, “Rafael García Granados” del Instituto de Investigaciones Históricas, “Ernesto de la Torre Villar” del

Instituto Mora, “Miguel Lerdo de Tejada”, de la Hemeroteca Nacional y del fondo reservado de la Universidad Nacional Autónoma de México.

Agradezco a mi padre, Jorge Maya Ruiz, por enseñarme a resolver con esmero los intrincados secretos de la vida; a mi madre, Arcelia González Guerrero, por su amor incondicional y deletrear, con su apellido, el estandarte de la dignidad; a mi hermano mayor, Jorge, por haberme protegido en mi infancia y por enseñarme a sonreír a mitad de las adversidades; a mi hermano menor, Edgar Iván, filósofo por naturaleza, músico por convicción, por señalarme la textura musical del mundo. A todos ellos gracias, porque me recuerdan quién soy y de dónde vengo, por su prolijidad incuestionable y necesidad bien entendida. A toda mi extensa familia, en particular a mis abuelos Antonia y Cutberto, por cobijar estas palabras con sus memorias de un mundo que no conocí. Agradezco a la familia Gutiérrez Barbosa por su grata compañía y solidaridad incondicional durante tantos años. Un abrazo particular va para “Pichi”, “Sabino” y “Tila”, mis amores gatunos, mis confidentes de azotea, mis escuchas ronroneros. Al final de la reescritura del libro, mi compañera Elisa y nuestro hijo Emiliano, fueron un impulso amoroso sin el cual no habría podido avanzar. Los amo.

Para la realización del trabajo recibí el apoyo de la beca del Conacyt, también tuve la fortuna de contar con dos becas de culminación de tesis a nivel doctorado: la primera otorgada por el Instituto de Investigaciones Dr. José María Luis Mora y la segunda por el Centro de Investigaciones Interdisciplinarias en Ciencias y Humanidades de la Universidad Nacional Autónoma de México. Resta decir, más allá de cansados formalismos y enunciados repetitivos, que mi comité evaluador y los múltiples lectores que se fueron entramando en esta prolongada aventura, no son responsables de los flagrantes desatinos que encierra mi investigación, por lo tanto, los errores, las carencias y demás tropezas cometidas son mi única responsabilidad.

Introducción

EL 15 DE JUNIO DE 1902 SE PUBLICÓ en la revista médica capitalina *La Escuela de Medicina* un texto que llevó por título: “V́ctor Hugo, cĺnico. Un caso de delirio de persecuci3n observado y descrito por V́ctor Hugo”.¹ En el relato, el personaje-narrador hom3nimo del c3lebre escritor franc3s, visit3 a su amigo Villemain, quien llevaba d́as enclaustrado en su habitaci3n y convencido de que alguien trataba de alejarlo de su mujer e hijo. Asumiendo la posici3n de m3dico, V́ctor Hugo le aconsej3 salir de aquella reclusi3n voluntaria y enfrentar a sus verdaderos adversarios: “Esos dos enemigos son la soledad y la fantasía. La soledad produce la tristeza, y la fantasía la perturbaci3n, no permanezcáis solo, no fantaseáis”.² El relato escrito por el afamado autor de *Los miserables* (1862) hacía eco de uno de los grandes ejes del alienismo franc3s del siglo XIX: el estudio de los delirios.³ La traducci3n y elecci3n del t́tulo

¹ Todas las fuentes consultadas en el presente libro aparecen en notas al pie, pero no fueron incluidas al final en la bibliografía. *La Escuela de Medicina* era el 3rgano de difusi3n de la Escuela Nacional de Medicina de M3xico, revista fundada en 1879. Por otro lado, dicho trabajo fue escrito por V́ctor Hugo (1802-1885), en el que describe la situaci3n desesperada del joven Villemain, la podredumbre en la que vive y los constantes delirios que lo aquejan. “V́ctor Hugo, cĺnico. Un caso de delirio de persecuci3n observado y descrito por V́ctor Hugo”, *La Escuela de Medicina*, tomo XVII, núm. 12, M3xico, 15 de junio de 1902, pp. 265-268.

² *Ibid.*, p. 268.

³ Durante el siglo XIX, el alienado era concebido como un enfermo que había perdido la raz3n, por su parte, los alienistas eran aquellos que atendían la alienaci3n mental. En 1852, el alienista galo Ernest Charles Las3gue (1816-1883) acuñ3 el concepto “delirio de persecuci3n” para hacer referencia a la manera en que un “alienado” razonaba e interpretaba su situaci3n personal. Seg3n Las3gue, el delirio de persecuci3n era una forma de alienaci3n parcial en la cual el individuo buscaba ofrecer explicaciones de su mundo interior, apelando a una intervenci3n de origen exterior. Paul Bercherie, *Los fundamentos de la cĺnica*.

del fragmento literario fueron realizados por el reputado médico y escritor mexicano Porfirio Parra, quien perteneció a una élite educada en el método científico convencida del poder pedagógico de la literatura. Parra consideraba que muchos escritores como el aludido Víctor Hugo o Julio Verne, usaban la literatura para instruir a los lectores y poner los temas científicos “al alcance todos”.⁴

Diversos escritores, periodistas, médicos y funcionarios de la larga administración de Porfirio Díaz (1876-1910), que participaron en actividades literarias, estuvieron obligados a diversificar sus actividades y compensar sus penurias económicas con prestigio social y honorable reputación. Como sostiene el historiador Pablo Piccato, al ser la “voz de la opinión pública”, muchos escritores comprometidos con el progreso de la nación gozaban de “capital simbólico”, el cual se traducía en redes de solidaridad e intercambios sociales con los sectores privilegiados.⁵ Porfirio Parra y otros literatos del momento veían en los textos de ficción un instrumento eficaz para educar a los lectores sobre las causas de la locura y divulgar la medicina mental en ciernes.⁶ Identifico una primera constelación de escritores encargados de ilustrar sobre las psicopatías, conformada por José Peón y Contreras, Porfirio Parra, Pedro Castera y José Rafael Guadalajara, quienes escribieron novelas de extensión variable para sondear la enfermedad mental de sus protagonistas.⁷ Mediante sus propuestas narrativas buscaron disciplinar a los lectores de la época visibilizando

Historia y estructura del saber psiquiátrico, Argentina, Manantial, 2014, p. 62; Germán Berrios, *Historia de los síntomas de los trastornos mentales. La psicopatología descriptiva desde el siglo XIX*, México, Fondo de Cultura Económica, 2008, p. 142.

⁴ Porfirio Parra, “Las novelas científicas. Sus ventajas”, *El Universal*, 8 de julio de 1891, p. 1.

⁵ Pablo Piccato, *La tiranía de la opinión pública. El honor en la construcción de la esfera pública en México*, traducción Lucía Rayas, El Colegio de Michoacán/Instituto Mora, 2015, pp. 128, 135, 154.

⁶ José Antonio Maya González, “Ficciones psicopatológicas: locura y medicina mental en la novela *Pacotillas* de Porfirio Parra”, *Revista Culturas Psi/Psy Cultures*, vol. 2, Buenos Aires, septiembre 2014, pp. 73-86. Para el caso de la difusión de la medicina, la telepatía y el espiritismo entre los intelectuales argentinos, Soledad Quereilhac, “Ecos de lo oculto en el Buenos Aires de Entre-siglos: intervenciones de escritores e intelectuales en medios de prensa”, *Literatura y Lingüística*, Santiago, Chile, núm. 28, 2013, pp. 91-106.

⁷ No pretendo englobar la enorme galería de autores y fuentes literarias durante el periodo de estudio, por lo que seleccioné autores, informes y materiales literarios de acuerdo con los fines de la investigación. Más adelante ofrezco una justificación al respecto.

problemáticas de raigambre social, como lo fueron las locuras pasionales. Sus ficciones psicopatológicas posicionaron la literatura como un discurso útil con pretensión de verdad. Sin embargo, no fueron las únicas.

En la última década del siglo XIX, otra constelación de escritores consideró que la literatura no debía responder a intereses pedagógicos y utilitarios. Los escritores decadentes buscaron reorientar la literatura “oponiéndose y traslapándose con otros cánones, como las del prolongado romanticismo nacionalista y del realismo”.⁸ Los adherentes al decadentismo creían firmemente que la literatura era un espacio de autonomía creativa, por lo tanto, sus labores no respondían a intereses didácticos ni mucho menos a la descripción sucinta de las costumbres nacionales. El modernismo decadentista desplegó ficciones subversivas mediante las cuales sus autores pretendieron traducir los estragos de la modernidad porfiriana, describiendo a personajes patológicos que solían cuestionar las clasificaciones médicas en boga. Por ejemplo, en el cuento titulado “Neurosis. Emperadora fin de siglo”, Alberto Leduc develaba las obsesiones estéticas de los decadentes mexicanos apersonados en torno a las figuras estigmatizadas que suscitaba la demencia finisecular. El protagonista-narrador se interrogaba sobre los límites de la cordura y la sinrazón:

Si las gentes dicen que estoy loco —prosiguió— ¿quién me garantiza que ellos están cuerdos? ¿Por qué están cuerdos? ¿Por qué construyen torres de fierro y llenan de rieles las selvas y las llanuras? ¿Por qué están cuerdos? ¿Por qué tienen la habilidad de amamantar millones y de chupar la sangre y el sudor de los imbéciles que sólo saben beber alcohol?⁹

A diferencia de Porfirio Parra, Alberto Leduc formó parte de otro grupo de intelectuales con vínculos ambiguos con las instituciones de Estado, aunque

⁸ Ana Laura Zavala Díaz, *De asfódelos y otras flores del mal mexicanas. Reflexiones sobre el cuento modernista de tendencia decadente*, México, Universidad Nacional Autónoma de México/ Instituto de Investigaciones Filológicas, 2012, p. 86.

⁹ Alberto Leduc, “Neurosis. Emperadora fin de siglo”, relato incluido en *Fragatita y otros cuentos*, Premia Editora, La Matraca, 1984, p. 82. Desafortunadamente no encontré la fecha y lugar exacto donde se publicó el texto, pero con seguridad debió ser en la última década del siglo XIX, periodo de mayor actividad periodística y literaria del autor. Leduc solía escribir para los diarios capitalinos *El Universal*, *El Mundo Ilustrado* y varias revistas literarias, como la *Revista Azul* y la *Revista Moderna*. Estos y otros aspectos de la constelación decadente se estudian en el capítulo V.

igual de comprometidos con los progresos culturales del país. Amado Nervo, José Juan Tablada, Ciro B. Ceballos, Rubén M. Campos y Bernardo Couto Castillo escribieron narrativas sediciosas y utilizaron la locura como una metáfora para la crítica social y símbolo de su modernidad literaria. Estas dos constelaciones de escritores y sus proyectos narrativos son representativos de las obsesiones que despertaron las enfermedades mentales en el México finisecular.

El objeto de esta investigación es estudiar las representaciones de la locura en la narrativa mexicana de finales del siglo XIX a los primeros años del XX en la Ciudad de México. Me interesa analizar los significados sociales y culturales de los trastornos mentales en el discurso literario porfiriano. Más específicamente, mi preocupación es comprender las ideas, los valores y las actitudes literarias hacia los fenómenos psicopatológicos que promovieron algunas novelas y cuentos publicados entre 1882 y 1903.¹⁰ Durante el tránsito del siglo XIX al XX surgieron, de manera simultánea, dos propuestas narrativas que tematizaron la locura, estaban dirigidas a una comunidad restringida de lectores interesados en amores patológicos de la vida privada y mentalidades perversas de la urbe: los relatos sentimentales del nacionalismo cultural y los cuentos sediciosos del modernismo decadente. Considero que los literatos incorporaron la episteme médica a sus narrativas de ficción y, al hacerlo, inauguraron un género discursivo en nuestro país: el caso clínico. Sin embargo,

¹⁰ La temporalidad responde a dos situaciones culturales importantes ocurridas en la Ciudad de México. Por un lado, 1882 es un año marcado por las célebres disputas en torno a la literatura entre los escritores-periodistas Vicente Riva Palacio y Manuel Gutiérrez Nájera. El primero defendía el nacionalismo literario al considerar que las novelas debían abordar las particularidades de los mexicanos, apostando al conocimiento de la verdad; en cambio, el segundo abogaba por la libertad del arte y la reivindicación de la belleza. Estos temas se encuentran en Vicente Riva Palacio, *Los cerros. Galería de contemporáneos*, estudio introductorio de Clementina Díaz y de Ovando, México, Universidad Nacional Autónoma de México/Consejo Nacional para la Cultura y las Artes, 1996. Belem Clark de Lara, “Una crónica de las polémicas modernistas”, en Rafael Olea Franco (ed.), *La literatura mexicana del otro fin de siglo*, México, El Colegio de México, 2001, pp. 61-83. Por el otro, 1903 representa el cierre de la primera etapa de la *Revista Moderna* fundada en 1898, órgano de publicación de los modernistas mexicanos e hispanoamericanos en la que se publicaron y reprodujeron algunos cuentos de tendencia decadente analizados en el capítulo V. Un estudio general de la revista, en Belem Clark de Lara y Fernando Curiel Defossé, *El modernismo en México a través de cinco revistas*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, 2000.

este proceso narrativo también surgió en otros países de América Latina, en particular en Argentina, Chile, Colombia y Venezuela, por tal motivo, aludiré a esos otros escritores que se apropiaron del discurso médico, para delinear las psicopatías de sus personajes. Cabría señalar que narrar un caso requiere de un proceso de diferenciación y selección dentro de un conjunto de “casos posibles”, en el que se puede identificar una “matriz narrativa”, según la cual se establece una interpretación de lo patológico, lo anormal y la desviación. Se trata de una modalidad textual que organiza, por medio de un relato, los rasgos patológicos individuales y/o sociales que, en todo caso, apuntan a los mecanismos de normalización social.¹¹ Una hipótesis de trabajo es que dicho género discursivo cobró impulso gracias a las intrincadas relaciones entre ciencia, cultura y sociedad.

Este libro estudia dos constelaciones de literatos asentados en la capital a quienes me referiré de la siguiente manera: los médicos-escritores del nacionalismo cultural y los escritores-periodistas del modernismo decadente.¹² Pero ¿por qué referirse a constelaciones en lugar de generaciones? Con el afán de superar el ortodoxo esquema generacional, Belem Clark de Lara alude al concepto de “constelaciones” para dar cuenta del recorrido que hicieron los escritores decimonónicos de distintas edades unidos por: *a)* propósitos semejantes; *b)* movilidad intelectual, y *c)* diversidad temática.¹³ Esta propuesta resultó idónea para identificar, comprender y comparar ambos proyectos narrativos. Adelanto que, ante la escasa información sobre los lectores porfirianos, no se estudiará el impacto social de las obras.¹⁴

¹¹ Graciela Névida Salto, “El caso clínico: narración, moral y enfermedad”, *Filología*, año XXIX, núm. 1-2, 1989, p. 261.

¹² Utilizo estas denominaciones como un recurso metodológico para organizar los proyectos literarios, aunque en realidad funcionan como categorías de análisis a partir de las cuales busco ofrecer una primera mirada cronológica y sistemática sobre los escritores mexicanos interesados en la locura.

¹³ Belem Clark de Lara, “¿Generaciones o constelaciones?”, en Belem Clark de Lara y Elisa Speckman (eds.), *La república de las letras. Asomos a la cultura escrita del México decimonónico*, México, vol. I, Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Históricas, Coordinación de Humanidades, Instituto de Investigaciones Bibliográficas, Instituto de Investigaciones Filológicas, Dirección General de Publicaciones y Fomento Editorial, 2005, p. 16.

¹⁴ A pesar de que la sociedad porfiriana estaba al tanto de noticias, reportajes y novedades impresas en la capital mediante la lectura colectiva en plazas públicas, aún se desconoce

En el libro pongo especial atención en las estrategias narrativas utilizadas para enunciar las psicopatías,¹⁵ reparo en los cambios de perspectiva y en las continuidades argumentales de ambas propuestas estéticas. Durante estas dos décadas las ficciones psicopatológicas se convirtieron en un censor de las discusiones médicas y sociales del momento, catalizando, al mismo tiempo, los miedos, las ansiedades y las fantasías que suscitaban las enfermedades mentales durante el porfiriato. Los textos literarios analizados en este trabajo surgieron en un contexto científico en el que se medicalizaron las pasiones,¹⁶ proceso mediante el cual los facultativos clasificaron los arrebatos pasionales inscribiéndolos en los padecimientos comunes para la época. Los galenos patologizaron los excesos sentimentales y, por consiguiente, prefiguraron las actitudes de alarma hacia los locos de la urbe. Mientras que las ficciones psicopatológicas canalizaron algunos temores sociales hacia las enfermedades mentales, las

cuál era la frecuencia, las particularidades y el tipo de difusión. Por ejemplo, para el caso de la caricatura política, Fausta Gantús sostiene que la lectura de periódicos y caricaturas políticas sirvieron sólo parcialmente para la difusión de noticias debido a que exigía a un tipo lector concienzudo e inmerso en la vida política del país. Fausta Gantús, *Caricatura y poder político. Crítica, censura y represión en la Ciudad de México, 1876-1888*, México, El Colegio de México/Instituto Mora, 2009, p. 30.

¹⁵ Por estrategias narrativas simplemente entiendo las formas y abordajes en que los autores examinan la cuestión de la enfermedad mental, esto es, las descripciones de los personajes, los sufrimientos que los aquejan, los reclamos y las reflexiones que elucubran sobre su condición física y mental, los detalles sobre los entornos familiares y sociales en que se desarrollan las tramas. Cuando sea necesario, señalaré cómo el uso de metáforas, ironías y metonimias (aquello que los estudiosos de la literatura llaman en estricto sentido “recursos narrativos o estrategias narrativas”) influyeron en el sentido y la función de las obras.

¹⁶ Por “medicalización” aludo al proceso mediante el cual los comportamientos (individuales y colectivos) de la vida cotidiana, son gestionados por expertos, inscritos en el discurso de la medicina científica e incorporados a redes institucionales dedicadas a la atención. Es un concepto relacionado al saber-poder y la biopolítica, ya que la medicalización tiene entre sus objetivos la gestión, normativización y control del cuerpo y la subjetividad del sujeto. Estos aspectos se abordan en Michel Foucault, *La vida de los hombres infames. Ensayos sobre desviación y dominación*, Argentina, Editorial Altamira, 1996, capítulo 7. Un estudio sobre los cambios teóricos del concepto y su relevancia para las ciencias sociales de América Latina, es el de Adriana Murguía, Teresa Ordorika y León F. Lendo, “El estudio de los procesos de medicalización en América Latina”, *História, Ciências, Saúde - Manguinhos*, vol. 23, núm. 3, julio-septiembre, 2016, pp. 635-651.

élites y amplios sectores sociales veían en ellas una muestra fehaciente de que sus miedos no estaban infundados.

Para comprender dicho proceso, estudio las pasiones en el discurso médico, la percepción social de la locura, las trayectorias de los escritores, la recepción de las obras y la significación de la locura. Estas rutas de análisis tienen por finalidad dimensionar los vínculos entre medicina mental, prensa y literatura. Dado que el objeto de estudio está definido por múltiples miradas que conforman el espectro de sus representaciones, el abordaje resulta necesariamente interdisciplinario. Este libro se inscribe en un cruce de caminos: la historia de las ideas, los estudios literarios y la historia cultural de la psiquiatría.¹⁷ Roger Chartier señala que una historia cultural es, en todo caso, una historia de las representaciones y de las prácticas. Para el autor, la noción de representación es un elemento clave para comprender “las relaciones entre los sistemas de percepción y juicio” que instituye una sociedad en una época específica, relaciones que, al mismo tiempo, sirven como “productoras de lo social”.¹⁸ Las fuentes estudiadas son representaciones del pasado, y son éstas las que han permitido forjar mis propias representaciones al relatar los acontecimientos mediante una serie de interpretaciones sucesivas.¹⁹ El proceso de ficcionalización de la locura fue el resultado de las tensiones, mediaciones e intercambios discursivos entre saberes expertos, conocimientos profanos y producciones estéticas.

¹⁷ Rafael Huertas señala que una historia cultural de la psiquiatría va mucho más allá del conocimiento de las instituciones, las prácticas y discursos psiquiátricos; en realidad, implica calibrar el tejido social, las actitudes individuales y colectivas que dan forma a “elaboraciones culturales” sobre las enfermedades mentales que pueden ser estudiadas mediante fuentes diversas, entre éstas, la literatura. Rafael Huertas, *Historia cultural de la psiquiatría*, Madrid, Libros de la Catarata, 2012, p. 12. Para comprender los “rasgos dominantes” de la literatura, los ambientes intelectuales y los contextos culturales que dieron forma a las narrativas, ha sido fundamental la propuesta de Belem Clark de Lara, *Letras mexicanas del XIX. Modelo de comprensión histórica*, Universidad Nacional Autónoma de México, 2009.

¹⁸ Roger Chartier, *El mundo como representación. Estudios sobre historia cultural*, España, Gedisa, 2005, pp. IV-V.

¹⁹ Pilar Gonzalbo Aizpuru, *Hablando de historia. Lo cotidiano, las costumbres, la cultura*, México, El Colegio de México, 2019, pp. 19, 71.

Ficciones psicopatológicas

Los diagnósticos clínicos del siglo XIX no surgieron del ingenio de una mente aislada, por el contrario, son históricos en la medida en que fueron pensados, forjados y modificados en una atmósfera intelectual específica. Una mirada a los discursos médicos de la época permite concluir que los galenos porfirianos no establecieron con claridad algún sesgo científico entre los términos “locura”, “demencia”, “vesania” o “enfermedad mental”, por consiguiente, éstos hacían referencia a la pérdida de las facultades intelectuales, aunque con un claro énfasis en la predisposición biológica.²⁰ En esta investigación se utilizan de manera indistinta dichos términos porque así aparecen en las fuentes consultadas, incluso, para los periodistas y escritores de la época dichos vocablos eran sinónimos de un mismo proceso. La locura estaba inscrita en un campo epistemológico en ciernes —la medicina mental porfiriana—, que pronto se articuló con otros espacios de lo escrito, de ahí su plasticidad y carácter polisémico.

La importancia histórica de las ficciones psicopatológicas radica en que permiten vislumbrar las relaciones entre el conocimiento científico y la sociedad; ayudan a comprender la circulación de conocimientos, el tránsito de saberes en los medios impresos, los procesos de recepción y las formas en que la cultura escrita se vale de estrategias narrativas para comunicarlos.²¹ Consi-

²⁰ El historiador Andrés Ríos Molina, considera que la “locura” es un término polisémico que engloba visiones, percepciones y símbolos, según los cuales, determinan las fronteras de la normalidad y anormalidad. En cambio, el concepto de “enfermedad mental” alude a discursos y prácticas médicas sustentadas en la experiencia empírica. *La locura durante la Revolución mexicana. Los primeros años del Manicomio General La Castañeda, 1910-1920*, México, El Colegio de México, 2009, p. 36. De cualquier modo, si en el periodo de nuestro estudio la locura era un término que engloba la perturbación de las facultades intelectuales, volitivas y afectivas, hoy existen otras terminologías que abordan, de manera más o menos clara, los mismos procesos: como la depresión mayor, la esquizofrenia o los trastornos de bipolaridad, entre otros.

²¹ Para el desarrollo teórico-metodológico fueron importantes varios trabajos esenciales inscritos en la historia de la ciencia: James A. Secord, “Knowledge in Transit”, *Isis*, vol. 95, núm. 4 (diciembre de 2004), pp. 654-672; Matiana González Silva y Stefan Polh-Valero, “La circulación del conocimiento y las redes del poder: en la búsqueda de nuevas perspectivas historiográficas sobre la ciencia”, *Mem. Soc.* [en internet]. 2009, vol. 13, núm. 27, pp. 7-11; Elke Koppen Prubmann y Mauricio Sánchez Mechero (coords.), *Los trazos de las ciencias. Circulación de conocimiento en imágenes*, México, UNAM, 2013.

dero que las dos propuestas narrativas operaron como *ficciones verdaderas*, en el sentido de que son “manifestaciones culturales” que lograron objetivar amplios segmentos de la realidad. Gerardo Bobadilla ha resaltado que la literatura decimonónica tiene la virtud de “objetivar” las coordenadas sociohistóricas del momento, ya que constituyen “una de las manifestaciones culturales que concretiza de manera más clara y decidida ese carácter híbrido y heterogéneo de la cultural nacional”, y porque “manifiesta estéticamente las peculiaridades del imaginario sociocultural vigente al momento de la enunciación”.²² Esto no supone que los textos literarios “reflejen” la realidad, sino que bajo sus distintos avatares proponen una forma de realismo “capaz de evocar lo real, describir personas y lugares, poner en escena acciones, penetrar en el alma humana”, como sostiene Ivan Jablonka.²³ Justo por ese carácter evocativo de lo real, las ficciones literarias fueron objeto de escrutinio público; por ejemplo, las élites porfirianas consideraban que la literatura “moderna” podía impactar de diversas maneras en la mentalidad de los lectores y modificar sus conductas. Los relatos sentimentales tuvieron buena aceptación entre la crítica literaria al tratarse de narrativas destinadas a la educación sentimental; en cambio, los cuentos sediciosos fueron objeto de campañas de desprestigio y estuvieron sujetos a la disección médica por su contenido malsano. En suma, las ficciones psicopatológicas plantearon diversas problemáticas en el medio intelectual en torno al papel y la función que debía asumir la producción literaria en el territorio nacional.

Historias, modalidades, aproximaciones

En las últimas décadas, diversos estudios de corte interdisciplinario han mostrado que las novelas “naturalistas” que recurrían al método científico, fueron de utilidad para las naciones modernas durante la segunda mitad del siglo XIX, en tanto que cumplían una función política al denunciar a criminales, prostitutas, alcohólicos y otros transgresores. Por ejemplo, autores “canónicos” en Francia incorporaron elementos de la medicina, la fisiología y la antropología

²² Gerardo Bobadilla Encinas, *Estudios sobre literatura mexicana del siglo XIX. Reflexiones críticas e historiográficas*, Madrid, Editorial Pliegos, 2009, p. 22.

²³ Ivan Jablonka, *La historia es una literatura contemporánea. Manifiesto por las ciencias sociales*, Argentina, Fondo de Cultura Económica, 2016, pp. 18-19.

criminal para construir un discurso normativo sobre el sujeto moderno y excluir –desde la ficción– a los infractores, delincuentes y amorales.²⁴ Otros escritores que siguieron el modelo propuesto por Émile Zola,²⁵ construyeron sus propuestas mediante celebraciones discursivas entre medicina e instituciones científicas, permitiendo que los autores tuvieran un acercamiento puntual a la episteme médica, la ciencia positivista, la psicopatología y la teoría de la degeneración.²⁶ Los escritores vinculados con el paradigma científicista produjeron una galería de personajes dementes con la finalidad de exponer sus vicios y legitimar la medicina mental.²⁷

A su vez, otras investigaciones han examinado la dimensión simbólica de las narrativas a partir del estudio de personajes enloquecidos, así como las estrategias narrativas usadas por los autores para enunciar la enfermedad mental. Estos trabajos señalan que la emergencia de la locura literaria representó, por un lado, el fracaso de los Estados para construir ciudadanos saludables (en el entendido de que los propios escritores podrían ser dementes); y, por el otro, evidenció que las obras también eran instrumentos para la crítica social y la descalificación de la autoridad del psiquiatra. Se trató de un discurso subversivo

²⁴ Las relaciones entre literatura y poder se estudian en Shoshana Felman, *Writing and Madness (Literature, Philosophy, Psychoanalysis)*, Stanford University Press, 2003. De la misma autora, *La folie et la chose littéraire*, París, Seuil, 1978.

²⁵ Émile Zola (1840–1902) utilizó el método clínico del médico Claude Bernard (*Introducción al estudio de la medicina experimental*), para fundar otro, de exploración literaria, conocido bajo el nombre de naturalismo. El escritor francés declaró que dicha corriente proclamaba “el regreso a la naturaleza y al hombre, es la observación directa, la anatomía exacta, la aceptación y descripción exacta de lo que existe”. Émile Zola, *El naturalismo. Ensayos, manifiestos y artículos polémicos sobre la estética naturalista*, Barcelona, Península, 2002, p. 150.

²⁶ Existen varios trabajos al respecto, cito algunos ejemplos. Para el caso inglés, William Greenslade, *Degeneration, Culture and The Novel 1880-1940*, Cambridge University Press, 1994; el caso español, R. Cardwell, “The mad doctors: Medicine and Literature in finisecular Spain”, *Journal of the Institute of Romance Studies*, 4, 1996, pp. 167–183; Isabel Clúa Ginés, “La morbidez de los textos: literatura y enfermedad en el fin de siglo”, *Frenia. Revista de Historia de la Psiquiatría*, vol. IX, 2009, pp. 33–52; para el caso argentino, Gabriela Nouzeilles, “Narra el cuerpo propio. Retórica modernista de la enfermedad”, *Estudios. Revista de Investigaciones Literarias*, año 5, núm. 9, Caracas, enero–junio, 1997, pp. 149–176.

²⁷ Estos argumentos son abordados por Pura Fernández, “*Scientia sexualis* y saber psiquiátrico en la novela naturalista decimonónica”, *Asclepio*, vol. XLIX, núm. 1, 1997, pp. 227–244; Rafael Huertas, “La novela experimental y la ciencia positiva”, *Llul*, vol. 7, 1984, pp. 29–52.

sobre la enfermedad mental en el marco de una modernidad amenazante.²⁸ La situación de los escritores en México estaba más o menos en sintonía con lo sucedido en el plano internacional, donde diversos novelistas de fin de siglo usaron el conocimiento psiquiátrico para sondear el alma humana y persuadir a los sectores ilustrados con ficciones que muchas veces lograban validar las percepciones científicas del momento. Como apunta Jan Goldstein: “[...] nineteenth-century French novelist sought in the medical texts superior insight into the human psyche, or scientific legitimation of their native intuitions, or a borrowed voice of authority with which to address the reading public”.²⁹ A pesar de las valiosas aportaciones de los trabajos antes mencionados, es importante discutir algunas cuestiones teórico-metodológicas.

En primer lugar, los estudios que privilegian la función política de la literatura a menudo soslayan que las teorías, las clasificaciones y los conceptos psiquiátricos son históricos, responden a configuraciones discursivas y prácticas científicas realizadas en una época determinada.³⁰ En segundo término, las investigaciones que focalizan la mirada en el análisis del discurso y la función simbólica de la locura, evitan dar cuenta de las condiciones sociales en que se producen, circulan y reciben los impresos. Como se dijo antes, si bien los textos literarios son evocativos de la realidad, pocas veces se evalúa cómo

²⁸ Para el caso chileno, Andrea Kottow, “Historias de locuras en la literatura chilena del siglo XIX, o la modernidad y sus vicisitudes”, *Nuevo Mundo Mundos Nuevos* [en internet], Colloques, mis en ligne le 09 juin 2014, fecha de consulta: 15 de junio de 2015 <<http://nuevomundo.revues.org/66914>>; doi: <10.4000/nuevomundo.66914>; para el caso brasileño, Elizabeth Maria Freire de Araujo Lima, “Machado de Assis e a psiquiatria: um capitulo das relações entre arte e clínica no Brasil”, *História, Ciências, Saúde-Manguinhos*, vol. 16 núm. 3, Río de Janeiro, julio-septiembre, 2009, pp. 641-654; Nádia Maria Weber Santos, “‘Você, Quaresma, é um visionário’: alma nacional e loucura em *Triste fim de Policarpo Quaresma* de Lima Barreto”, *Nuevo Mundo Mundos Nuevos* [en internet], Débats, mis en ligne le 28 janvier 2006, fecha de consulta: 11 de agosto de 2014 <<http://nuevomundo.revues.org/1513>>; doi: <10.4000/nuevomundo.1513>.

²⁹ Jan Goldstein, “The Uses of Male Hysteria: Medical and Literary Discourse In Nineteenth-Century France”, *Representations*, núm. 34 (primavera 1991), p. 136 [NdE. El novelista francés del siglo XIX buscó en los textos médicos una visión superior de la psique humana, o la legitimación científica de sus intuiciones innatas, o una voz prestada de autoridad con la cual dirigirse al público lector].

³⁰ Germán Berrios y Roy Porter (eds.), *Una historia de la psiquiatría clínica*, Madrid, Triacastela, 2012, p. 12.

el contexto social y cultural configura, estructura y modela su contenido temático. La propuesta de este libro es un acercamiento histórico a la literatura a partir de un análisis externo e interno de las obras. Me interesa identificar las discusiones médicas en torno a la locura y comprender las repercusiones que éstas tuvieron en la organización interna de las ficciones. Este abordaje ofrece una mirada de conjunto sobre las analogías y las diferencias entre el discurso médico, el periodístico y el literario.

Los médicos–escritores del nacionalismo cultural y los escritores–periodistas del modernismo decadente pertenecieron a la gran familia de letrados e intelectuales que dieron testimonio de la modernidad porfiriana gracias a su labor creativa. Entendieron que su responsabilidad como productores de bienes culturales³¹ era ofrecer una respuesta a las preocupaciones del momento y traducir la dimensión emocional instalada entre amplios sectores de la sociedad. Las ficciones psicopatológicas permiten captar las tensiones de dos propuestas narrativas enfrascadas entre legitimar la medicina mental en ciernes o construir un espacio de autonomía para la crítica social. Estos cambios respondieron no sólo al relevo generacional de los escritores, sino a las transformaciones de la cultura de lo escrito.³² Estudiar las ficciones psicopatológicas permite asomarnos a los aspectos relevantes que más interesaban a los escritores, valorados por sus capacidades estilísticas e intelectuales.

Medicina mental, locura y literatura

A partir del segundo mandato de Porfirio Díaz en 1884, el territorio nacional experimentó avances significativos en la economía, la industria y la ciencia, se modernizaron las vías de comunicación y el país tuvo una proyección

³¹ El escritor como productor de bienes simbólicos es uno de los temas desarrollado por Pierre Bourdieu, *Las reglas del arte. Génesis y estructura del campo literario*, Barcelona, Anagrama, 2011.

³² Para el historiador Roger Chartier, la cultura de lo escrito no se circunscribe a los libros y periódicos impresos, sino a lo “más cotidiano de la producción escrita”: las notas hechas en cuadernos, las cartas y escritos personales. Así, el autor considera ese mundo representado en los textos como “soportes” o “instrumentos”, cuya característica principal es su funcionalidad. Los textos son herramientas que sirven para determinados fines. Roger Chartier, *Cultura escrita, literatura e historia*, México, Fondo de Cultura Económica, segunda reimpresión, 2006, p. 115.

internacional importante. El progreso económico, social y cultural se convirtió en prioridad y anhelo de la élite porfiriana, rápidamente se ampliaron las redes ferroviarias y pacificaron las zonas de conflicto mediante mecanismos de intimidación y negociación política con las disidencias. La administración porfirista estaba convencida de que, mediante la modernización, México lograría posicionarse en el tren de los países civilizados.³³ Y, para lograrlo, instaló la filosofía positivista como el fundamento intelectual de la política científica. Muchos funcionarios e intelectuales del régimen consideraban que la aplicación del método científico ayudaría a detectar y resolver los problemas sociales.³⁴ Sin embargo, la modernización y el progreso material pronto despertaron sospechas por la “inquietud nerviosa” que generaban las transformaciones. Así lo detalló el reconocido escritor-periodista Manuel Gutiérrez Nájera: “Véase luego cómo aumenta el número de locos, de criminales, de suicidas: no en razón directa del crecimiento de la población, sino de la intensidad de esa neurosis que ha enfermado a todos”.³⁵ Si bien dichas valoraciones no vinculaban el alza demográfica con la propagación de la locura, advertían sobre el notable crecimiento de la población en todo el territorio que pasó de 12 632 427 habitantes en 1895, a 15 160 369 en 1910.³⁶ Este incremento afectó a la capital en varios sentidos: la expansión de la pobreza, la criminalidad y el

³³ Existen varios trabajos que examinan de manera conjunta este periodo, algunos ejemplos son: Enrique Florescano (coord.), *Arma la historia. La nación mexicana a través de los siglos*, México, Grijalbo, 2009, pp. 97-123; Paul Garner, *Porfirio Díaz. Del héroe al dictador. Una biografía política*, México, Planeta, 2010; Mauricio Tenorio Trillo, *Artilugio de la nación moderna. México en las exposiciones universales, 1880-1930*, México, Fondo de Cultura Económica, 1998.

³⁴ Charles Hale, *La transformación del liberalismo en México a fines del siglo XIX*, México, Fondo de Cultura Económica, 2002, p. 321.

³⁵ Manuel Gutiérrez Nájera, “La vida artificial”, *Revista Azul*, tomo I, núm. 12, 22 de julio de 1894, p. 177. Incluso, Carlos Díaz Dufoo definió la locura como “una dolencia psíquica” relacionada con la agitada vida en la era moderna: “¿Este mal es un mal de siglo? ¿Es una dolencia provocada por la vida moderna, llena de saltos intensos, bruscos cambios de ruta, irradiaciones que se suceden, tensión de espíritu, lucha de todos los momentos, hundimiento de todas las creencias, falta de ideales, periodo de morfina, grandes estimulantes, cuadros que se siguen los unos a los otros, demasiada lectura, vida de batalla constante, y en la que se marcha muy aprisa, muy aprisa”. Carlos Díaz Dufoo, “Un problema de fin de siglo”, *Revista Azul*, tomo I, núm. 23, 7 de octubre de 1894, pp. 356-357.

³⁶ Tomo estos datos del *Sexto censo de población 1940. Resumen General*, Secretaría de Economía Nacional, División General de Estadística, 1943.

consumo de alcohol, prácticas que preocuparon a los facultativos al considerar que la pertenencia social y las conductas transgresoras pudieran estar relacionadas con ciertas enfermedades mentales.

La historiografía ha mostrado la preocupación que suscitaron las psicopatías entre los médicos capitalinos, lo cual convocó a profesionales de la salud a combatir esos terribles males mediante un programa de profilaxis social. Aunque durante el porfiriato no existió un “proyecto alienista”, sí hubo una medicina interesada en los asuntos psicopatológicos, lo que propició un desarrollo considerable de discursos y prácticas en la Ciudad de México.³⁷ Existía la firme convicción de que los trastornos mentales estaban definidos en función de la privación de las facultades intelectuales. Una muestra de ello fue que muchos diccionarios de la época definían dicha condición como la “privación del juicio o del uso de la razón”.³⁸ No obstante, los médicos porfirianos interesados en la medicina psicopatológica pronto ubicaron la locura en la anormalidad atávica, describiendo a los locos como sujetos pasionales contrarios al comportamiento normal de un ciudadano libre y jurídicamente responsable.³⁹

Los facultativos eran bastante eclécticos en sus explicaciones clínicas, apelaban a lo psicológico, a lo orgánico y a un entorno social desfavorable, pero coincidieron en una visión profundamente organicista, según la cual, los trastornos mentales estaban determinados por disfunciones del sistema nervioso

³⁷ Andrés Ríos Molina sostiene que durante el porfiriato no existió un gremio consolidado de psiquiatras, sino una medicina “interesada en la psicopatología” como resultado del esfuerzo y la voluntad de médicos como Miguel Alvarado, José Peón y Contreras (a quien estudiaremos en calidad de literato) y José Peón del Valle. Andrés Ríos Molina, *Cómo prevenir la locura. Psiquiatría e Higiene Mental en México, 1934-1950*, México, Siglo XXI Editores/Universidad Nacional Autónoma de México, 2016, pp. 20, 23.

³⁸ *Novísimo diccionario de la lengua castellana que corresponde a la última edición íntegra del publicado por la Real Academia Española*, París, Librería de Garnier Hermanos, 1875, p. 567; *Diccionario de la lengua española*, por la Real Academia Española, decimotercera edición, Madrid, Imprenta de los Sres. Hernando y Compañía, 1899, p. 608. Entre los miembros de la “Academia mejicana” que participaron en esta edición, figuran los aludidos médicos Porfirio Parra y José Peón y Contreras.

³⁹ Estos argumentos se desarrollan en Cristina Sacristán, “Entre curar y contener. La psiquiatría mexicana ante el desamparo jurídico, 1870-1944”, *Frenia. Revista de Historia de la Psiquiatría*, vol. II, núm. 2, 2002, pp. 65-66.

y la médula espinal.⁴⁰ No obstante, el modelo organicista de las enfermedades mentales funcionó más como un mito científico unificador de las prácticas médicas que una realidad susceptible de comprobación en las autopsias. Si bien no renunciaron al paradigma anatomopatológico que vinculaba lesión orgánica con función intelectual, los galenos capitalinos centraron sus pesquisas en la explicación moral (psicológica) de la locura, tal y como sucedió en el alienismo francés de mediados del siglo XIX.⁴¹ Estaban convencidos de que los excesos pasionales eran la causa fundamental de las enfermedades mentales, razón por la cual patologizaron las actitudes arrebatadas y las clasificaron en dos frentes: las pasiones contrariadas asociadas a los infortunios del amor y las pasiones malsanas, en las que agruparon un conjunto de comportamientos transgresores. El proceso de medicalización de las pasiones en la etiología de la locura se estudia en el primer capítulo.

Las percepciones médicas sobre los arrebatos pasionales calaron hondo en la cultura escrita capitalina, por lo tanto, la locura pronto se convirtió en una mercancía noticiosa para el consumo de los lectores. La prensa capitalina finisecular experimentó fuertes cambios en las técnicas y contenidos de la información. Especialistas en el tema han señalado que, durante el porfiriato, el periodismo político y de opinión fue cediendo espacio a otro que privilegiaba la rapidez y la noticia sensacionalista.⁴² En este escenario, los periódicos de la capital no sólo visibilizaron las conductas de los locos urbanos, también extrapolaron muchas “fantasías científicas” mediante las cuales emergían ideas de lo científico, vulgarizadas e incluso ficcionalizadas.⁴³ En todo caso, la prensa periódica también era un medio de circulación de saberes científicos puesto a disposición de una minoría letrada ávida de ciencia impresa.⁴⁴ Al utilizar

⁴⁰ Andrés Ríos Molina, *La locura durante la Revolución...*, *op. cit.*, p. 95.

⁴¹ Para un estudio sobre el proceso de medicalización de la moral en la psiquiatría francesa del siglo XIX, Heidi Rimke, “From sinners to degenerates: the medicalization of morality in the 19th century”, *History of Human Sciences*, vol. 15, núm. 15, febrero de 2002, pp. 59-88.

⁴² Remito al lector a dos trabajos clásicos de la historia del periodismo en el México decimonónico: Irma Lombardo, *De la opinión a la noticia*, México, Kiosko, 1992; Florence Toussaint Alcaraz, *Escenario de la prensa en el porfiriato*, México, Fundación Manuel Buendía, 1984.

⁴³ Estos argumentos son estudiados para el caso argentino, Soledad Quereilhac, “Reflexiones sobre una sensibilidad de época. La imaginación científica en la literatura y el periodismo (1896-1910)”, *Badebec*, vol. 4, núm. 8, marzo 2015, p. 54.

⁴⁴ Por ejemplo, *El Monitor Republicano* en su edición del 16 de febrero de 1883, p. 1, publicó un artículo titulado “La existencia múltiple” en el cual presentaban “casos” de personas

modalidades textuales diversas como gacetillas, artículos de divulgación, reportajes, traducción de novedades, cuentos y reportajes ilustrativos, los editorialistas posicionaban en el imaginario de los lectores elementos esenciales para entender los comportamientos de los locos. En el segundo capítulo se examina la demencia en el escenario periodístico.

Los discursos médicos y los mediáticos no estaban circunscritos al terreno de los expertos y los profanos, por el contrario, una constelación de escritores pronto se apropió de los conceptos médicos para establecer sus referentes estéticos sobre la locura. Este proceso no sólo implicó la medicalización de las pasiones y la mediatización de la demencia, también fue resultado de la voluntad de los escritores para romantizarlas.⁴⁵ Si bien Francisco Zarco (1829-1869), Nicolás Pizarro (1830-1895) e Ignacio Manuel Altamirano (1834-1893) fueron escritores que exploraron las “pasiones enfermizas” y condenaron los excesos pasionales,⁴⁶ en ningún otro momento posterior a la restauración de la República, la literatura estuvo tan interesada en ficcionalizar las psicopatías como en la modernidad porfiriana. En dicho periodo comenzaron a propagarse los conceptos y las teorías debido a la hegemonía

que escenificaban vidas paralelas producto de sus “particularidades nerviosas” como si hubiesen salido de algún cuento de Hoffmann o Edgar Allan Poe. Estas notas fueron muy comunes en los espacios periodísticos de la capital y, por su lenguaje llano y claridad en los argumentos, funcionaban como instrumentos pedagógicos y de difusión de la medicina.

⁴⁵ Sin lugar a dudas estos factores fueron cruciales para que los literatos se interesaran por ficcionalizar la locura, aunque seguramente no fueron los únicos. En otros contextos sociales de Europa, el confinamiento manicomial y las enfermedades que padecieron los escritores, artistas y poetas de reconocido prestigio, también favorecieron el interés estético por narrar experiencias de irracionalidad y sinrazón. Un estudio clásico sobre locos letrados es Roy Porter, *A social history of madness: the world through the eyes of the insane*, Nueva York, Weidenfeld & Nicolson, 1988.

⁴⁶ Para Carlos Illades, estos autores –junto con Vicente Riva Palacio– abordaron en muchas de sus novelas “las pasiones malignas” como elementos que desembocaban en el desenfreno y la locura de sus personajes. Según el autor, el mensaje de los románticos era difundir el buen comportamiento legal y cristiano en favor del interés de la patria. Al moralizar sobre lo social, estos escritores de tono romántico ayudaron a cimentar el nacionalismo mexicano. Carlos Illades, *Nación, sociedad y utopía en el romanticismo mexicano*, México, Consejo Nacional para la Cultura y las Artes, 2005, p. 120; Carlos Illades y Adriana Sandoval, *Espacio social y representación literaria en el siglo XIX*, México, Universidad Autónoma Metropolitana/Plaza y Valdés, 2000. Sin embargo, estas fuentes literarias no ofrecen elementos contundentes sobre el lenguaje médico empleado, las psicopatías y modelos clínicos.

de la medicina positivista, su predominio en el espectro social representó una “auténtica colonización”.⁴⁷ Los escritores solían estar al tanto de los progresos de la biología, la antropología criminal y la medicina mental gracias a la circulación de noticias, novedades y artículos en diversos periódicos donde ellos mismos escribían. En efecto, por su cercanía con el mundo de la medicina y la ciencia, los médicos-escriitores tuvieron a su alcance saberes clínicos de primera mano. Estos temas se estudian en el tercer capítulo.

En el cuarto capítulo se detallan las vivencias de los personajes y sus accesos pasionales. Los médicos-escriitores castigaban los excesos de sus protagonistas con la locura, identificándola con los grupos medios y sectores populares. Estaba asociada con la decrepitud física, la violencia, la debilidad del carácter, la miseria e imaginación excesiva. Los literatos buscaron domesticar las pasiones de los lectores, condenando el erotismo de las heroínas histéricas y ofreciendo respuestas terapéuticas a partir de personajes médicos. Así, la democratización de los saberes psicopatológicos —proceso que hasta donde sabemos alcanza su punto más álgido en la segunda mitad del siglo XX con la psiquiatrización de la cultura de masas—⁴⁸ inició en el México porfiriano como respuesta a las ansiedades colectivas que suscitaban los trastornos mentales en la prensa capitalina y en la literatura de tono romántico. Sin embargo, como ya se dijo, otros abordajes estéticos hicieron de los conocimientos

⁴⁷ Gabriela Nouzeilles, *Ficciones somáticas. Naturalismo, nacionalismo y políticas médicas del cuerpo (Argentina 1880-1910)*, Argentina, Beatriz Viterbo Editora, 2000, pp. 21, 22, 61, 63; Silvia Beauregard Paulette Cécile, *De médicos, idilios y otras historias. Relatos sentimentales y diagnósticos de fin de siglo*, Santa Fe de Bogotá, Colombia, Convenio Andrés Bello, 2000, p. 208; Ana Laura Zavala Díaz, *En cuerpo y alma. Ficciones somáticas en la narrativa mexicana de las últimas décadas del siglo XIX*, tesis para optar por el grado en doctora en letras, Universidad Nacional Autónoma de México/Instituto de Investigaciones Filológicas, 2012, p. 52.

⁴⁸ En el México de la década de 1970 se publicaron historietas y fotonovelas con amplios tirajes semanales destinados a los sectores populares, en los que se abordaban locuras pasionales, las neurosis y la sexualidad, popularizando la psiquiatría y reinterpretando el psicoanálisis para un público masivo. Estos argumentos se desarrollan en Andrés Ríos Molina, “Relatos pedagógicos, melodramáticos y eróticos. La locura en fotonovelas y cómics”, Andrés Ríos Molina (coord.), *La psiquiatría más allá de sus fronteras. Instituciones y representaciones en el México contemporáneo*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, 2017, pp. 257-307.

psicopatológicos un objeto cultural instaurado en el floreciente mercado de noticias sensacionalistas: las narrativas decadentes.⁴⁹

En el capítulo V se detalla el perfil social de los escritores decadentistas y las obsesiones estéticas que los unieron como grupo literario. Los decadentes no fueron literatos marginales y excluidos de la cultura porfiriana como algunos han sostenido,⁵⁰ por el contrario, fueron intelectuales vinculados con la élite cultural (conformada por escritores, poetas, periodistas) y asiduos visitantes a los manicomios. Fueron críticos del positivismo cientificista, razón por la cual volcaron sus propuestas literarias a la exploración de la irracionalidad y las contradicciones del sujeto moderno. Utilizaron la retórica de los nervios para construir su identidad pública y distinguirse así en sociedad. Médicos, funcionarios y críticos literarios lanzaron campañas de desprestigio dirigidas a denunciar el comportamiento extravagante del grupo, medicalizando sus prácticas discursivas al considerarlas inútiles para el desarrollo moral de la sociedad y malsanas para la salud de la población.⁵¹ Al medicalizar la actividad del escritor decadente y patologizar sus producciones, sus detractores buscaban exorcizar cualquier manifestación de anarquía cultural que atentara contra el proyecto de nación saludable.

⁴⁹ Algunos rasgos generales que experimentó el decadentismo fue el culto a la forma, la voluntad de estilo, el refinamiento del lenguaje, el empleo de símbolos y colores, entre otros aspectos. Existen varios trabajos que examinan en general estos cambios, menciono algunos: Rafael Gutiérrez Girardot, *Modernismo. Supuestos históricos y culturales*, México, Fondo de Cultura Económica, 1988, p. 25; Fernando Diez de Urdanivia (comp.), *Cuento modernista hispanoamericano*, México, Consejo Nacional para la Cultura y las Artes, 2008, p. 21; *La construcción del modernismo* (antología), introducción y rescate de Belem Clark de Lara y Ana Laura Zavala Díaz, Universidad Nacional Autónoma de México, 2002, p. (XXVIII).

⁵⁰ Esta postura sobre la leyenda negra de los decadentes aparece en José Mariano Leyva, *Perversos y pesimistas. Los escritores decadentes mexicanos en el nacimiento de la modernidad*, México, Tusquets, 2013. Por supuesto que se trata de un libro cuyas aportaciones sobre la vida social y literaria del grupo son innegables, pero considero que parte de una visión un tanto ideologizada sobre los escritores decadentes en México.

⁵¹ Estas mismas campañas de desprestigio aparecieron en otros contextos, para el caso venezolano, Silvia Beauregard Paulette Cécile, *De médicos, idilios y otras historias...*, *op. cit.*, p. 244; para el caso mexicano, Ana Laura Zavala Díaz, *De asfódelos y otras flores del mal mexicanas...*, *op. cit.*, p. 63. El enfoque analítico de la autora será diferente al mío, ya que abordó la visión que tenían los médicos sobre la actividad creativa y estética decadentes.

Contrarios a los locos literarios de los médicos–escritores, los personajes de los decadentes estaban regidos por pasiones malsanas; eran lujuriosos, viciosos y criminales que asumían su perversidad con voluntad de malicia. En el sexto capítulo se examinan las metáforas médicas utilizadas para criticar los valores burgueses y posicionar su estética en el mercado de noticias sensacionalistas. Violadores perversos, suicidas inconformes y homicidas reflexivos constituyen una galería de personajes anómalos. La finalidad de los escritores–periodistas era mostrar que la patología mental no era algo que debía ser excluido o castigado, antes bien incorporaron la anormalidad como un elemento clave para mostrar su flamante autonomía creativa. Los escritores decadentes buscaban ofrecer un producto cultural que fuera provocador y verosímil.

Sin duda, el discurso de la medicina mental colonizó las prácticas literarias de finales del siglo XIX a partir de dos frentes; por la vía de las enfermedades nerviosas (paradigma anatomopatológico) y la teoría de la degeneración, un modelo de explicación de las enfermedades mentales basado en la transmisión hereditaria. La notable centralidad de las pasiones, tanto en los relatos sentimentales como en los cuentos sediciosos, es una muestra elocuente de la vigencia de la clínica del primer alienismo francés en la literatura porfiriana.⁵² Las ficciones psicopatológicas establecieron lo que llamo *un sentido común psicopatológico* estrechamente vinculado con los excesos pasionales.⁵³ En los relatos sentimentales el razonamiento pasional era de carácter etiológico; las novelas procuraban dar cuenta de las causas biológicas, herencias familiares y entornos sociales que experimentaban sus personajes, principalmente femeninos. En cambio, en los cuentos sediciosos el razonamiento estuvo encaminado a la exploración del mundo interior de los protagonistas varones, porque daban cuenta de las motivaciones que los conducían a la transgresión.

En definitiva, estas propuestas literarias estaban vinculadas con dinámicas diferenciadas e intereses mutuos. Durante más de dos décadas, los

⁵² Estos aspectos se abordarán con mayor detalle en el siguiente capítulo.

⁵³ Este argumento está inspirado en los trabajos de Lila Caimari, estudiosa de la criminalidad en la Argentina de los siglos XIX–XX. La autora llamó “saberes profanos” a las formas de apropiación social y cultural de los saberes criminológicos, proceso mediante el cual el periodismo de finales del siglo XIX e inicios del XX, definió sus propias nociones de criminalidad generando un “sentido común criminológico” de difusión masiva. Véase presentación, *La ley de los profanos. Delito, justicia y cultura en Buenos Aires, 1870-1940*, en Lila Caimari (comp.), Argentina, Fondo de Cultura Económica, 2007, p. 19.

médicos–escritores del nacionalismo cultural y los escritores–periodistas del modernismo decadente reclamaron la locura como objeto de conocimiento estético no sólo para avalar sus competencias profesionales, sino para modernizar sus prácticas discursivas apelando al corpus teórico de la medicina mental. Los primeros produjeron ficciones destinadas al disciplinamiento moral de la sociedad y la legitimación de la medicina mental en ciernes; los segundos desplegaron sus narrativas para delinear el mundo perverso de sus protagonistas y despertar sentimientos ambivalentes en torno a personajes transgresores.

El archivo literario: apuntes metodológicos

Este libro se inscribe en el método historiográfico, una modalidad de investigación histórica que busca elucidar sus objetos de conocimiento mediante una serie de procedimientos que, en todo caso, están en función de la materia que hace posible un análisis: las fuentes. En efecto, estudiar las representaciones de la locura en la literatura del pasado, implicó realizar “operaciones intelectuales” que se caracterizaron por un “racionalismo crítico”,⁵⁴ un proceso en el que reuní las fuentes, comparé los acontecimientos y, finalmente, reformulé las hipótesis previas con las pruebas disponibles a mi alcance. Desde luego, no fue un proceso lineal y exento de infinidad de vicisitudes. Michel de Certeau mostró que la llamada “operación historiográfica” condensa un conjunto de “procedimientos previos” que están insertos en un lugar de producción (social, cultural, político, económico) y de una fabricación artificiosa, ya que se parte de la premisa de convertir en documentos algunos objetos repartidos de otro modo.⁵⁵ Desde luego, ese lugar de producción es el presente, así como el lugar que tengo como investigador y un contexto que ha potencializado el resguardo documental en la era digital. Todo esto determinó, en buena medida, los métodos de indagación y organización de las fuentes.

En efecto, el historiador fabrica, produce y transforma la materia de su interés en objetos históricos e historiables. Así, la elaboración de esta investigación histórica no solamente implicó la búsqueda de fuentes, la comparación

⁵⁴ Ivan Jablonka, *La historia es una literatura contemporánea. Manifiesto por las ciencias sociales*, traducción Horacio Pons, Argentina, Fondo de Cultura Económica, 2016, p. 169.

⁵⁵ Michel de Certeau, *La escritura de la historia*, México, Universidad Iberoamericana, 2006, p. 69.

de los hechos y la formulación de un argumento, en lo primordial, exigió de habilidades, intuiciones, sensibilidad y de cierto olfato detectivesco para hallar los vestigios y conectar los acontecimientos. Aquello que se llama “documento”, en realidad es un trabajo de elección, discernimiento, separación y exclusión que deriva en la “materia viva” denominada fuente.⁵⁶ Tomando en cuenta esto, el proceso metodológico que orientó este libro no fue protocolar; por el contrario, estuvo plagado de momentos de incertidumbre, avances significativos y retrocesos insalvables.

Lo primero consistió en hallar, seleccionar y discernir. Para la realización de esta obra se consultaron fuentes diversas: documentos administrativos, tesis de medicina, artículos de divulgación, reportajes, gacetillas y breves notas provenientes del Archivo Histórico de la Secretaría de Salud, del fondo común de la Biblioteca Nicolás León del Palacio de Medicina, del fondo reservado de la Hemeroteca Nacional, de la Universidad Nacional Autónoma de México (UNAM), así como de la Biblioteca Miguel Lerdo de Tejada, de la Ciudad de México. También consulté y compilé documentación de la hemeroteca digital de la UNAM y del repositorio académico digital de la Universidad Autónoma de Nuevo León. Por su parte, leí, agrupé y transcribí textos literarios conformados por novelas de extensión diversa, cuentos cortos, poemas y otros impresos, los cuales fueron elegidos en función de tres criterios elementales: *a)* que describieran alguna patología mental de la época; *b)* que los personajes padecieran algún tipo de padecimiento según la medicina psicopatológica vigente; y *c)* que el manicomio ocupara un lugar de importancia en las narrativas.

Luego de la búsqueda y recolección, hice una sistematización de las producciones literarias publicadas en las distintas secciones de los periódicos y en formatos de libro, los cuales organicé de manera cronológica, tomando en cuenta la filiación literaria de los autores, las temáticas abordadas y, por supuesto, las estrategias narrativas puestas en práctica. Cabría entonces preguntarse: ¿cuáles son los alcances y las limitaciones de ese “archivo literario” en la comprensión histórica de las enfermedades mentales y de sus representaciones? Mejor aún, ¿podemos hablar de un archivo literario? En principio, no se trata de un archivo en estricto sentido, sobre todo si lo comparamos,

⁵⁶ Jacques Le Goff, *El orden de la memoria. El tiempo como imaginario*, España, Paidós, 1991, p. 236.

por ejemplo, con el Archivo General de la Nación, el Archivo Histórico de la Secretaría de Salud o el Archivo Histórico de la Ciudad de México, que son espacios destinados al resguardo, clasificación y organización de un extenso material documental, patrimonial y estatal. Cuando hago referencia a mi “archivo literario”, aludo a un proceso de compilación, gestión y clasificación de las obras reunidas, de las piezas seleccionadas con criterios establecidos para un proyecto; en ese camino andado sustento los rasgos de “lo propio”. Así, la diferencia entre el “archivo dado” (público, privado, material, digital) y el “archivo propio”, es que éste se “construye” para un proyecto determinado, sea individual o colectivo, justamente porque las piezas de la investigación están elegidas, organizadas y dispuestas independientemente de su origen.⁵⁷

Los materiales literarios compilados y organizados fueron transformados en fuentes a partir de un proceso denominado crítica de fuentes. Dicho de otro modo, no hay “fuentes” ni “hechos” sin preguntas e hipótesis previas: “Son las preguntas del historiador las que consiguen que las huellas que el pasado nos ha legado se conviertan en fuentes y documentos. Antes de que las interroguemos, las huellas del pasado no se perciben como huellas posibles de algo”.⁵⁸ Son las preguntas y las vicisitudes que conlleva la interpelación constante, las que atan y desatan los razonamientos históricos. De tal manera que la formulación de una o varias preguntas dependen “[d]el marco dentro del cual trabajará el investigador”.⁵⁹ Luego de interrogar a las fuentes, proseguí a organizarlas en dos frentes claramente delimitados: las que habían sido escritas por letrados con formación médica, intereses en el ámbito científico y realizando labores de Estado; y otras redactadas por intelectuales inmersos en funciones periodísticas y con espíritu crítico hacia el gobierno en turno.

Mi “archivo literario” suponían un conjunto diverso y heterogéneo de fuentes escindidas entre dos proyectos literarios pensados, escritos y publicados en medios específicos, igualmente destinados a un tipo lector minoritario y particular. Además, estaban escritos por autores con perfiles sociodemográficos y con formaciones diferenciadas. Por lo tanto, lo siguiente consistió en

⁵⁷ Lila Caimari, *La vida en el archivo. Goces, tedios y desviaciones en el oficio de la historia*, Argentina, Siglo XXI Editores, 2017, p. 11.

⁵⁸ Antoine Prost, *Doce lecciones sobre historia*, España, Frónesis Cátedra Universitat de Valencia/Ediciones Cátedra, 2001, p. 92; Paul Ricœur, *La memoria, la historia, el olvido*, Argentina, Fondo de Cultura Económica, 2004, p. 219.

⁵⁹ Ivan Jablonka, *La historia es una literatura contemporánea*, *op. cit.*, p. 173.

dimensionar los alcances y las limitaciones de dichas fuentes. A partir de las inquietudes planteadas por los historiadores del libro y la edición, surgió la idea de examinar las producciones literarias en una doble condición: como objetos producidos (libros, lectores y medios de circulación) y fuentes de saber (ideas, valores, representaciones). En este sentido, los textos literarios son instrumentos de investigación de los hombres y las épocas, representan auténticos “laboratorios” de análisis que en lugar de generar “pruebas irrefutables”, ayudan a concebir “posibilidades históricas” de lo social.⁶⁰ Porque en su condición de objeto de conocimiento, las novelas, cuentos y poemas me permitieron comprender las condiciones de su producción, los medios de circulación, las formas en que fueron recibidas y las prácticas de lectura.⁶¹ Por tal motivo, resultó necesario analizar los periódicos y las revistas, ya que fueron los espacios de circulación y mediación de los textos. También resultó crucial tomar en consideración los intereses empresariales y la recepción que tuvieron por parte de la crítica literaria de la época.

Por su parte, como fuente de saber tomé en cuenta la “contextualización temporal y temática”, dado que son procesos metodológicos imprescindibles para conocer las intenciones de los escritores, la función de las narrativas y los medios en donde aparecieron.⁶² Comparto la idea de Luis Montiel cuando asegura que las narrativas de ficción suelen representar una “fuente etnográfica de primer orden”, porque ayudan a “reconstruir el paisaje cultural de una época”.⁶³ Dicha aseveración me parece acertada si consideramos que el valor de los textos literarios radica, esencialmente, en su carácter de fuente. Al respecto, Asunción Doménech Montagut señala:

⁶⁰ Carlo Guinzburg, *El hilo y las huellas. Lo verdadero, lo falso y lo ficticio*, Argentina, Fondo de Cultura Económica, 2010, p. 439; también puede consultarse Roger Chartier, *Cultura escrita, literatura e historia*, México, Fondo de Cultura Económica, segunda reimpresión, 2006.

⁶¹ Robert Darton, *Censores trabajando. De cómo los Estados dieron forma a la literatura*, México, Fondo de Cultura Económica, 2014; para el caso mexicano, Laura Suárez de la Torre (coord.), *Constructores de un cambio cultural: impresores-editores y librerías en la ciudad de México, 1830-1855*, México, Instituto Mora, 2003.

⁶² José Mariano Leyva, “Historia y literatura: la pasión por el contagio”, *Diario de Campo*, tercera época, núm. 9, julio-agosto de 2015, p. 10.

⁶³ Luis Montiel, *Alquimia del dolor. Estudios sobre medicina y literatura*, Tarragona, España, Publicacions URV, 2014, p. 9.

La literatura es una fuente indispensable para estudiar las enfermedades y las formas de luchar contra ellas y de favorecer la salud, principalmente porque ofrece información sobre multitud de aspectos que escapan a las ciencias médicas y sus fundamentos físico-químicos y biológicos, a las ciencias humanas y sociales, a los documentos de archivo, a las leyes y normas, y a los debates ideológicos.⁶⁴

Las producciones literarias escritas a finales del siglo XIX e inicios del XX, permiten acercarnos a las biografías médicas de los protagonistas, su estado civil, las relaciones familiares y las condiciones sociales en que se desarrolla la trama, así como a la vida pasional de una diversidad de personajes recreados por uno o varios narradores. Como fuente de saber, las novelas y los cuentos ayudan a conocer lo normal y lo patológico, las ideas médicas, los términos científicos, las prácticas curativas, los modelos de asistencia y las relaciones médico-paciente. Así, las obras literarias representan objetos culturales polisémicos que se adjudican licencias para usar los términos, las teorías y las clasificaciones médicas de acuerdo con los fines e intereses de los autores.

Insisto, la literatura tiene la cualidad particular de ser un censor del acontecer cotidiano y un catalizador de las ansiedades de una época. Como apunta Wolfgang Bongers, “mientras que la medicina como ciencia etiológica apunta al diagnóstico, a la terapia y a la cura de enfermedades, la literatura y el arte son capaces de hacer diagnósticos estéticos” sobre determinados padecimientos.⁶⁵ En este sentido, las ficciones psicopatológicas visibilizan una red de observaciones médicas y culturales sobre los procedimientos clínicos, al tiempo que asumen posturas estéticas ante problemáticas relacionadas con la enfermedad.⁶⁶ Si una época genera sus propias “ideas culturales” en torno a una psicopatía (causas, síntomas y procedimientos), también configura un conjunto de reglas, normas y preceptos que, como advierte Thomas Anz, señalan “lo que se debe evitar”.⁶⁷ La literatura que se estudia en este libro pone

⁶⁴ Asunción Doménech Montagut, *Medicina y enfermedad en las novelas de Emilia Pardo Bazán*, Valencia, España, Centro Francisco Tomás y Valiente, UNED Alzira-Valencia, Colección Interciencias 9, 2000, p. 8.

⁶⁵ Wolfgang Bongers, “Literatura, cultura, enfermedad. Una introducción”, en Wolfgang Bongers y Tanja Olbrich (comps.), *Literatura, cultura, enfermedad*, Argentina, Paidós, 2006, p. 15.

⁶⁶ *Idem*.

⁶⁷ Thomas Anz, “Argumentos médicos e historias clínicas para la legitimación de institución de normas sociales”, en Wolfgang Bongers y Tanja Olbrich (comps.), *Literatura, cultura, enfermedad*, op. cit., p. 41.

en circulación conocimientos y saberes médicos, visibiliza modelos científicos y produce un saber a disposición de la sociedad.

Finalmente, para que las obras literarias operen como un verdadero “modelo de referencia”,⁶⁸ resultó necesario identificar las similitudes, diferencias y tensiones con respecto a los discursos médicos epocales. Mejor dicho, para analizar las estrategias narrativas y las significaciones de la locura literaria, metodológicamente fue ineludible comparar y diferenciar las fuentes con el fin de interpretarlas, de lo contrario, nos hubiéramos quedado con visiones sesgadas o episodios anecdóticos sin ningún anclaje histórico. En suma, mi archivo literario pone en representación a una multitud de personajes, mujeres y hombres, de diferentes sectores sociales y edades, en el que se despliegan escenarios fundamentalmente ciudadanos, dramas, tragedias y comportamientos pasionales propios de una época como la porfiriana. Además, describe a delinquentes siniestros, caballeros indulgentes, médicos sacerdotales, locos reflexivos, alcohólicos enfurecidos, jovencitas enamoradas, muchachitas delirantes, sabios incomprendidos, homicidas refinados; en fin, representa un dispositivo ficcional constituido por transgresores y otros sujetos pasionales con poco dominio de sus existencias.

⁶⁸ Enriqueta Vila Vilar, “Historia y Literatura: un largo debate para un caso práctico”, *Nuevo Mundo Mundos Nuevos* [en internet], Débats, mis en ligne le 31 janvier 2009, fecha de consulta: 21 de junio de 2016 <<http://nuevomundo.revues.org/52533>>; doi: <10.4000/nuevomundo.52533>.

La medicalización de las pasiones

La pasión impulsa y no cesan sus instigaciones hasta que no está saciada; haz esto, hiere, cástate, trabaja, estas son las voces de la pasión.

MANUEL FLORES¹

LAS PASIONES HAN SIDO CONSIDERADAS por filósofos, moralistas y psicólogos como “expresiones interiores” muchas veces determinadas por actos irracionales que escapan a la voluntad del sujeto.² No es posible considerarlas sólo como expresiones centradas en los individuos e independientes de los procesos sociales. Las pasiones, sentimientos y emociones son manifestaciones biológicas, sociales y culturales cambiantes en el tiempo, sujetas a determinados contextos en conflicto, coyunturas políticas, religiosas, situaciones familiares y procesos del ámbito médico.³

¹ Este texto del médico, escritor y periodista está incluido en un proceso criminal, en la obra escrita por el jurista Agustín Verdugo, *Discursos, alegatos y estudios jurídicos*, tomo II, México, Tipografía de la F. Barroso Hermano y Compañía, 1894, p. 375.

² Jérôme-Antoine Rony, *Las pasiones*, traducción Brenda Salmón, México, Lito Arte, 1992, p. 5. En la antigüedad, tanto en la filosofía griega como en la medicina hipocrática, las pasiones fueron asociadas con la irracionalidad, la condenación divina y el caos, elementos de la experiencia humana que durante siglos contribuyeron a reforzar la concepción de los sentimientos desbordados como peligrosos para el juicio y la razón. Estos temas son examinados por Ruth Padel, *A quien los dioses destruyen. Elementos de la locura griega y trágica*, México, Sexto Piso, 2005; Michel Foucault, *Historia de la locura en la época clásica*, tomo I, México, Fondo de Cultura Económica, 2002, p. 142.

³ En la actualidad, la historiografía de las emociones se inscribe en el marco general de la historia cultural e historia de la vida cotidiana. Estos trabajos estudian la producción discursiva, los objetos y las prácticas culturales en torno a los sentimientos como el amor,

En el tránsito del siglo XVIII al XIX, los médicos comenzaron a reclamar el estudio y conocimiento de las pasiones desde el punto de vista fisiológico. Este elemento “moderno” de la medicina decimonónica reivindicó el interés científico por la naturaleza orgánica de los desórdenes morales más allá de las cuestiones filosóficas.⁴ La medicalización del cuerpo y de los sentimientos humanos se inscribió en una red de discursos científicos, instituciones de atención y servicios terapéuticos. El análisis de las pasiones adquirió relevancia en la medicina europea, debido a que sus manifestaciones, según se creía, podían explicarse a partir del paradigma anatomopatológico (lesión orgánica y función intelectual). Las pasiones se convirtieron en objeto central del alienismo francés y en la columna vertebral de las primeras clasificaciones psiquiátricas que influyeron notablemente en la medicina mental global.⁵ Los primeros alienistas encabezados por Philippe Pinel (1745-1826) y su discípulo Jean Étienne Esquirol (1772-1840) mostraron que las pasiones desbordadas eran las causas primordiales de la alienación mental.⁶ La centralidad de las pasiones resultó crucial en la comprensión etiológica del primer alienismo francés.

la felicidad, el miedo, la dicha o el dolor. Existe una amplia bibliografía al respecto, algunos ejemplos son: Javier Moscoso, *Historia cultural del dolor*, México, Taurus, 2011; para el caso mexicano, Pilar Gonzalbo Aizpuru y Verónica Zárata Toscano (coords.), *Gozos y sufrimientos en la historia de México*, México, El Colegio de México/Instituto Mora, 2007; Elisa Speckman Guerra, Claudia Agostoni y Pilar Gonzalbo Aizpuru (coords.), *Los miedos en la historia*, México, El Colegio de México/Universidad Nacional Autónoma de México, 2009; Pilar Gonzalbo Aizpuru (coord.), *Amor e Historia. La expresión de los afectos en el mundo de ayer*, México, El Colegio de México, 2013.

⁴ En el siglo XIX, lo moral designaba la parte psíquica y afectiva del individuo. Para un estudio de la invención de las emociones como “categoría psicológica”, véase Thomas Dixon, *From Passions to Emotions*, Cambridge University Press, 2003.

⁵ Existe un consenso en la historiografía que considera a Philippe Pinel, junto con el médico italiano Vincenzo Chiarugi (1759-1820), como los fundadores de la clínica, la nosología y semiología psiquiátrica. Erwin H. Ackerknecht, *Breve historia de la psiquiatría*, Argentina, Editorial Universitaria de Buenos Aires, 1993, p. 61; Rafael Huertas, *El siglo de la clínica. Para una teoría de práctica psiquiátrica*, Madrid, Novalia Electronic Editions, 2004, pp. 30, 34.

⁶ A partir del siglo XIX, el loco fue percibido bajo la categoría de “alienado”, que lo diferenciaba de otros grupos de desviados. El Estado francés había reconocido a los “alienistas” como los especialistas en el tratamiento de la enajenación mental. Pinel y su discípulo Esquirol retomaron de la filosofía estoica las ideas sobre la injerencia de las pasiones en los procesos de salud/enfermedad. Estos argumentos los aborda Jackie Pigeaud, “La an-

En su *Traité médico-philosophique sur l'alienation mentale ou la manie* (1800), Pinel consideró la alienación como una enfermedad de las “facultades del entendimiento” causada por una variedad de pasiones, “unas dependen de una pasión violenta y desgraciada, otras de la exaltada ambición de la gloria, algunas de reveses de fortuna, y otras en fin de los impulsos de un ardiente patriotismo”.⁷ Pinel no sólo patologizó los excesos pasionales, también interpretó la alienación como una serie de signos que revelaban la vida moral o subjetividad del alienado. Su objetivo era combatir “vicios” y ciertas pasiones en el contexto posterior a la Revolución Francesa, como la inmoralidad y el libertinaje.⁸ De igual manera, Esquirol desarrolló las ideas de su maestro apuntalando las relaciones entre lo físico y moral, propuso formas generales de locura y describió los detonadores psicosociales que podían afectar principalmente a la plutocracia y los grupos privilegiados.⁹

En *Des passions, considérées comme causes, sympômes et moyens curatifs de l'aliénation mentale* (1805), Jean Étienne Esquirol señaló que ciertas pasiones experimentadas en los tiempos republicanos podían modificar el funcionamiento de los órganos y afectar el sistema nervioso. El temor, la cólera, las alegrías, las tristezas y el amor repercutían en la región epigástrica, el sistema hepático y la digestión. La ambición, la sed de riqueza, el orgullo, la avaricia y el afecto desligado de la reproducción eran “la fuente más fecunda de los

tigüedad y los comienzos de la psiquiatría en Francia”, Jacques Postel y Claude Quétel (comps.), *Nueva historia de la psiquiatría*, México, Fondo de Cultura Económica, 2000, p. 143; “Le rôle des passions dans le pensé médicale de Pinel à Moreau de Tours”, *History and Philosophy of the Life Sciences*, vol. 2, núm. 1, 1980, pp. 123-140.

⁷ Utilizo la traducción al español del doctor Luis Guarnerio T. Avellaneda, publicada en 1804 en España. Felipe Pinel, *Tratado médico-filosófico de la enajenación del alma o manía*, España, Madrid en la Imprenta Real, 1804, p. 65.

⁸ Para una renovada lectura desde la historia intelectual sobre el papel de Pinel en la clasificación de las enfermedades mentales, véanse Dora B. Weiner, *Comprender y curar. Philippe Pinel (1745-1826). La medicina de la mente*, México, Fondo de Cultura Económica, 2002, p. 268; Rafael Huertas, “Locura y subjetividad en el nacimiento del alienismo. Releyendo a Gladys Swain”, *Frenia. Revista de historia de la psiquiatría*, vol. X, 2010, pp. 11-22; del mismo autor, *Historia cultural de la psiquiatría, op. cit.*, p. 53.

⁹ Esquirol reformó las instituciones asilares en Francia y contribuyó a la creación de la ley de alienados de 1838. Roy Porter, *Breve historia de la locura*, México, Fondo de Cultura Económica, 2003, p. 132; Andrew Scull, *La locura: una breve introducción*, España, Alianza Editorial, 2013, p. 74.

desórdenes físicos y morales que afligen al hombre”.¹⁰ Entre la disolución del tejido social y el debilitamiento moral del individuo, Esquirol esperaba que las restricciones de la moral católica guiaran a la población puesto que una libertad excesiva estimulaba la locura.¹¹ Pinel y Esquirol pertenecieron a ese sector de la cultura burguesa que celebraba la racionalización de la vida, los avances científicos y el progreso de las naciones, rechazando cualquier expresión directa y/o satisfacción pública de las necesidades corporales. Como apuntó Peter Gay, muchos burgueses del siglo XIX defendieron la “contención, la modulación y el control” de los individuos como valores enraizados a los progresos de la civilización.¹² La medicalización de las pasiones no sólo coadyuvó a la regulación social de los comportamientos arrebatados, también avaló la competencia clínica de los alienistas al decantarse en favor del control de toda actitud desmedida que pudiera alterar el funcionamiento disciplinario de las sociedades modernas.¹³

Ahora bien, ¿qué actitudes asumieron los médicos porfirianos al problema de las pasiones? Durante la primera mitad del siglo XIX prácticamente no hubo una clínica de las pasiones, factores sociopolíticos y bélicos como las guerras con los estadounidenses y el imperio francés, postergaron la emergencia de la medicina mental.¹⁴ La historiografía ha mostrado el lento proceso de profesionalización de la psiquiatría y las trabas político-administrativas que enfrentaron los médicos desde la restauración de la República hasta la primera mitad del siglo XX. La ausencia de un marco jurídico que consolidara al gremio, entre otros aspectos, dificultó los progresos en materia de atención a los enfermos mentales.¹⁵ Pese a ello, el discurso de la medicina mental surgió

¹⁰ Jean Étienne Esquirol, *Sobre las pasiones consideradas como causas, síntomas y remedios de la alienación mental*, prólogo de José Luis Peset, Madrid, Asociación Española de Neuropsiquiatría, 2000, p. 32.

¹¹ Dora B. Weiner, *Comprender y curar...*, *op. cit.*, p. 285.

¹² Peter Gay, *La experiencia burguesa. De Victoria a Freud. La educación de los sentidos*, tomo I, traducción Evangelina Niño de la Selva, México, Fondo de Cultura Económica, 1992, p. 59.

¹³ Enric Novella: “La medicina de las pasiones en la España del siglo XIX”, *Dynamis*, vol. 31, núm. 2, 2011, pp. 453-473; *La ciencia del alma. Locura y modernidad en la cultura española del siglo XIX*, España/Frankfurt, Iberoamericana/Vervuet, 2013.

¹⁴ Germán Somolinos D’Ardois, *Historia de la psiquiatría en México*, México, Secretaría de Educación Pública/Setentas, 1976, p. 148.

¹⁵ Cristina Sacristán, “Ser o no ser modernos. La salud mental en manos del Estado mexicano, 1861-1968”, *Espacio Plural*, año XI, núm. 22, 2010, pp. 11-23; “La contribución de La

en un “espacio híbrido” como la medicina legal. La tarea de los facultativos no sólo era determinar las causas de muerte de las personas y fungir como peritos en los tribunales de justicia, sino evaluar el grado de locura de un individuo al momento de cometer un crimen. Los médicos utilizaron criterios clínicos basados en la anatomía patológica y la teoría de la degeneración.¹⁶ Se considera al degeneracionismo como punto de inflexión para el estudio clínico de los arrebatos pasionales, en tanto que los degenerados eran la expresión fatal de una estirpe familiar enloquecida. No obstante, hay suficiente evidencia para mostrar la injerencia tardía del primer alienismo francés en el positivismo científico mexicano.

Aun cuando se sabe que algunas “manifestaciones emocionales”, como los deseos sexuales de las mujeres, fueron percibidas clínicamente como amenazas para la sociedad por transgredir códigos socialmente instituidos,¹⁷ y que la modernización porfirista implicó la instauración de una educación sentimental basada en la coacción de lo que “debían sentir” los mexicanos al amparo del poder estatal, clerical y científico,¹⁸ poco sabemos sobre la organización, distribución y configuración de las pasiones desde el discurso médico. En artículos y tesis de medicina escritos durante el porfiriato, se puede apreciar una distinción entre el término de pasión, el cual estaba vinculado con los

Castañeda a la profesionalización de la psiquiatría mexicana, 1910-1968”, *Salud Mental*, vol. 33, núm. 6, 2010, pp. 473, 480.

¹⁶ Andrés Ríos Molina, *La locura durante la Revolución Mexicana. Los primeros años del Manicomio General La Castañeda, 1910-1920*, México, El Colegio de México, 2009, p. 68. La doctrina del degeneracionismo surgió en la primera mitad del siglo XIX gracias al médico francés August Morel. En términos generales, la degeneración proponía que la herencia era el principal trasmisor directo de las psicopatías, atavismos y malformaciones corporales del individuo enfermo. Un estudio imprescindible es Rafael Huertas, *Locura y degeneración. Psiquiatría y sociedad en el positivismo francés*, Madrid, Consejo Superior de Investigaciones Científicas/Centro de Estudios Históricos, 1987.

¹⁷ Desde una perspectiva de género, estos argumentos se exponen en Cristina Rivera Garza, *La Castañeda. Narrativas dolientes desde el Manicomio General, México, 1910-1930*. México, Tusquets, 2010; Oliva López Sánchez (coord.), *La pérdida del paraíso. El lugar de las emociones en la sociedad mexicana entre los siglos XIX y XX*, México, Universidad Nacional Autónoma de México/Facultad de Estudios Superiores Iztacala, 2011. Capítulo 5.

¹⁸ Oliva López Sánchez, *Extravíos del alma mexicana. Patologización de las emociones en los diagnósticos psiquiátricos (1900-1940)*, México, Facultad de Estudios Superiores Iztacala, Universidad Nacional Autónoma de México, 2019.

atributos sociales de la persona enferma, y su desplazamiento hacia la noción de emoción, la cual designaba aspectos de la biología anormal del sujeto. Las reflexiones clínicas sobre las pasiones causantes de la locura provenían de los gabinetes médicos y de la experiencia clínica de los facultativos realizada en los departamentos hospitalarios públicos y privados donde laboraron. Los galenos vieron en la exaltación de las pasiones no sólo una variedad de síntomas enlazados a psicopatías específicas, sino una amenaza a la integridad del hombre civilizado al que entendían como un ser contenido, moderado y religioso.

La propagación de la locura

El 1 de agosto de 1840, Luis Hidalgo Carpio (1818-1879), iniciador de la medicina legal en México, publicó en el *Periódico de la Academia de Medicina de México* un artículo titulado “Delirio nervioso” a partir de observaciones realizadas en el Hospital de San Andrés.¹⁹ Carpio indicó que el delirio nervioso sobrevenía después “de una cólera, de una impresión de terror, por el miedo, por una fuerte contención del espíritu”, pasiones que repercutían en el carácter “alegre y tierno” o “furioso” de los enfermos.²⁰ En ese año, el médico José Espejo informó que “algunas cóleras y pesadumbres” podían causar la histeria en mujeres de “temperamento nervioso”, detalló que los síntomas comunes eran molestias en la región epigástrica y “espasmos vaginales”.²¹ Estos artículos tempranos señalaron algunos puntos de interés que tres décadas más tarde examinaron los facultativos porfirianos. En primer lugar, destacaron el papel de las pasiones en la etiología de la locura; en segundo término, evidenciaron la relevancia clínica de la subjetividad como indicador de lo patológico (en alusión directa a las ideas de Pinel y Esquirol). Para 1870 en adelante, las pasiones, los sentimientos y las emociones –tristes o exaltadas– aparecieron indistintamente como causas y síntomas de los trastornos mentales.

¹⁹ El Hospital de San Andrés fue fundado en 1779 y desocupado en 1905, luego de que Porfirio Díaz inaugura el Hospital General de México. Una historia institucional y administrativa del nosocomio, Xóchitl Martínez Barbosa, *El Hospital de San Andrés. Un espacio para la enseñanza, la práctica y la investigación médicas, 1861-1904*, México, Siglo XXI Editores, 2005.

²⁰ Luis Hidalgo Carpio, “Delirio nervioso”, *Periódico de la Academia de Medicina de México*, tomo V, núm. 1, 1 de agosto de 1840, pp. 430, 431.

²¹ José Espejo, “Histérico”, *Gaceta Médica de México*, núm. 5, 1840, p. 21.

A partir de su segundo mandato en 1884, una de las prioridades de Porfirio Díaz era fomentar el saneamiento de las ciudades, promover la higiene pública y salvaguardar la salud colectiva en todo el territorio.²² El papel de los médicos fue decisivo en la higienización de los entornos urbanos. Para Claudia Agostoni, los médicos porfirianos tenían la encomienda de “reorganizar sanitariamente a la sociedad” impulsando hábitos higiénicos en hospitales, fábricas, talleres, escuelas y sitios de aglomeración de personas.²³ Su labor consistió en combatir epidemias como el tifo, la fiebre amarilla y la sífilis, enfermedades que requerían de una política eficaz que permitiera la conservación de la salud y el desarrollo de la economía.²⁴ Los profesionales de la medicina no sólo cumplían con una misión pedagógica promoviendo preceptos higienistas, también procuraban ayudar en la organización de la sociedad mediante el orden social y el progreso científico.

En este contexto de preocupación por la salud pública, la medicina mental comenzó a tener una presencia gradual gracias al entusiasmo de unos cuantos médicos interesados en indagar sobre los trastornos mentales. Se trataba de una élite médica conformada por galenos de reconocido prestigio y de otros profesionales en formación que ejercían su trabajo en instancias de gobierno, instituciones educativas y hospitales públicos y privados. Su tarea era detectar aquellas enfermedades “peligrosas” que podían atentar en contra del proyecto de nación porfirista.²⁵ Entre la veintena de facultativos interesados en la medicina psicopatológica y vinculados con los hospitales para enfermos mentales de la capital debemos destacar a Miguel Alvarado, considerado por la historiografía como el primer alienista mexicano,²⁶ seguido de

²² Un excelente estudio sobre la salud pública y la higiene en la Ciudad de México durante este periodo, Claudia Agostoni, *Monuments of progress. Modernization and Public Health in Mexico City, 1876-1910*, University of Calgary Press/University Press of Colorado/Instituto de Investigaciones Históricas, Universidad Nacional Autónoma de México, 2003.

²³ Claudia Agostoni, “Imágenes y representaciones de los profesionales de la medicina: entre el público, la ciencia y la prensa. Ciudad de México, 1877-1911”, *Anuario Instituto de Estudios Histórico Sociales*, núm. 21, 2006, p. 402.

²⁴ Argumentos que desarrolla Ana María Carrillo, “Economía, política y salud pública en el México porfiriano”, *História, Ciências, Saúde-Manguinhos*, vol. 9, núm. 81, 2002, pp. 67-87.

²⁵ Andrés Ríos Molina, *La locura durante la Revolución mexicana...*, *op. cit.*, p. 71.

²⁶ En 1887, Miguel Alvarado impartió la primera cátedra de enfermedades mentales en la Escuela de Medicina. No duró mucho tiempo ya que en 1890 la clase fue eliminada tras su fallecimiento. Cristina Sacristán, “La Contribución de La Castañeda...”, *op. cit.*, p. 476.

Manuel Alfaro, Demetrio Mejía, José Peón y Contreras. Fueron médicos que atendieron, observaron y enseñaron en los viejos hospitales para locos fundados desde el periodo virreinal: San Hipólito (1566) para hombres y El Divino Salvador (1700) para mujeres. También figuraron Secundino Sosa, José Olvera y Porfirio Parra, médicos legistas que participaron en procesos criminales y en la divulgación científica.²⁷

Los facultativos mencionados escribieron diversos artículos sobre diagnóstico, pronóstico y terapéutica de las enfermedades mentales en la prensa médica: *La Gaceta Médica de México*, *El Observador Médico*, *La Independencia Médica*, *La Escuela de Medicina*, *El Estudio*, *La Medicina Científica*, órganos de difusión de la medicina nacional mediante los cuales buscaron profesionalizar su quehacer científico.²⁸ También fueron asiduos redactores en los diarios de mayor circulación de la época, como *El Universal*, *El Siglo Diez y Nueve* y *El Monitor Republicano*, entre otros, en los que abordaron diversos asuntos sobre clínica e higiene con el objeto de abonar en su imagen pública.²⁹ En definitiva, estos médicos interesados en las enfermedades mentales fueron ganando poder en los círculos científicos porque representaban voces autorizadas para analizar las condiciones sanitarias de una sociedad heterogénea y mayoritariamente analfabeta.

Los facultativos consideraban que la locura era resultado de la falta de autocontrol del individuo, por consiguiente, los locos encarnaban cualidades físicas y mentales contrarias al ciudadano común, aquel que podía actuar de acuerdo con su libre albedrío.³⁰ Sostengo que dichos facultativos eran claramente eclécticos en sus explicaciones clínicas, debido a que aludían a aspectos biológicos, psicológicos y sociológicos para explicar las causas de los trastornos

²⁷ El resto de los facultativos interesados en las psicopatías que he identificado son: Juan Ramírez, Pedro Díez de Bonilla, Julio David, Manuel Flores, José Cosío, Jesús González Ureña, Lorenzo Chávez, José Ramos y F. Blasques, personajes que al menos publicaron un artículo sobre enfermedades mentales en revistas especializadas de la capital.

²⁸ Una breve exposición sobre estos periódicos y diversas revistas médicas en el siglo XIX, se encuentra en Martha Eugenia Rodríguez, “Semanarios, gacetas, revistas y periódicos médicos del siglo XIX mexicano”, *Boletín*, vol. 11, núm. 2, México, 1997, pp. 61-96.

²⁹ Estos argumentos se exponen en Claudia Agostoni, “Imágenes y representaciones...”, *op. cit.*, pp. 399-419.

³⁰ Cristina Sacristán, “Entre curar y contener. La psiquiatría mexicana ante el desamparo jurídico, 1870-1944”, en *Frenia*, vol. II-2, 2002, pp. 65-66.

mentales. Estaban convencidos de la supremacía organicista al ponderar que las enfermedades mentales estaban determinadas por disfunciones del sistema nervioso y la médula espinal.³¹ Andrés Ríos Molina ha considerado que fueron dos los modelos médicos que utilizaron: el de las neurosis y la teoría de la degeneración. Esta última fue propuesta por August Morel en 1857, establecía que todas las anomalías del comportamiento humano eran la expresión de herencias malsanas. Incluso llegó a sostener que los hábitos como el consumo de alcohol, marihuana y opio, o bien, llevar una vida sexual “anormal” producirían hijos locos o epilépticos que terminarían con generaciones futuras.³² La teoría de la degeneración centró su mirada en los grupos populares y marginados de la sociedad mexicana, donde se pensaba reinaba el alcoholismo, la insalubridad y la miseria, elementos que a su vez motivaban la decadencia entre las redes familiares y su progenie. En cambio, las enfermedades nerviosas afectaban principalmente a los grupos letrados y los sectores privilegiados. Los médicos creyeron de manera pesimista que los adelantos científicos, el progreso material y el avance de la civilización habían alterado los nervios de un sector cultivado de la sociedad; de tal manera que sus neurosis no eran otra cosa que malestares psicológicos generados por la vorágine de la modernidad.³³ Los modelos de explicación de la locura establecían diferencias marcadas por la posición en la jerarquía social y el grado de instrucción. Por ejemplo, en la prensa capitalina los degenerados eran identificados con la cultura popular,³⁴ mientras que los nerviosos retrataban los malestares de los

³¹ Andrés Ríos Molina, *La locura durante la Revolución mexicana...*, op. cit., p. 95.

³² François Bing, “La teoría de la degenerencia”, en Jacques Postel y Claude Quérel (coords.), *Nueva Historia de la Psiquiatría*, México, Fondo de Cultura Económica, 2000, p. 227. La idea de la degeneración a inicios del siglo XX logró reforzar políticas raciales y segregacionistas como la esterilización de enfermos mentales, la eutanasia y persecución de los judíos en la Alemania Nazi por considerarlos “gente degenerada”. Edward Shorter, *Historia de la psiquiatría. Desde la época del manicomio a la era de la Fluoxetina*, Barcelona, J&C Ediciones Médicas, 1999, p. 94.

³³ Andrés Ríos Molina, “Locura y encierro psiquiátrico en México: el caso del Manicomio La Castañeda, 1910”, *Antípoda*, núm. 6, enero-junio, 2008, pp. 86-87.

³⁴ Los periódicos visibilizaron muchas de las actividades de sujetos que por sus comportamientos transgresores irrumpían en la cotidianidad. Asociaban la degeneración con ciertas prácticas “salvajes” como el boxeo, actividad en que “dos hombres, mejor dicho, dos fieras, dos degenerados por su idiotismo, dos cretinos que no tienen más mundo que su fuerza [...] se cruzan golpes tremendos que hinchan sus fauces”, pretendiendo así divertir a “un

sectores medios y de la élite.³⁵ Preocupaba sobradamente la propagación de la locura. Las primeras estadísticas sobre trastornos mentales consignadas durante este periodo, indicaban un progresivo aumento que, según los expertos, terminaría por afectar a la nación en su conjunto.

En 1879, el médico Demetrio Mejía fue galardonado por la Academia de Medicina de México gracias a su investigación titulada: “Estadísticas de la mortalidad en México”, basada en datos de defunciones del registro civil y de otras oficinas parroquiales de la capital. Más allá de la metodología empleada, me interesa destacar que, de acuerdo con la relación enfermedad-mortalidad, la epilepsia ocupaba el lugar 55 de las 99 causas de mortalidad más frecuentes en nuestro país. Muy probablemente se trató del primer registro estadístico en el que figuraba una enfermedad mental.³⁶ Ocho años más tarde, el médico Mariano Rivadeneyra buscó establecer los primeros datos sociodemográficos sobre los locos a partir del estudio de los registros de ingreso en los mencionados hospitales de San Hipólito y El Divino Salvador. En su tesis para obtener el grado de médico, Rivadeneyra concluyó que durante 1867-1886 había registro de 2 169 pacientes en el nosocomio varonil; mientras que, en el mismo periodo, consignó a 400 enajenadas en el femenino.³⁷ La utilización de las estadísticas era un elemento esencial del proceso de modernización, ya que la información numérica ayudaría a detectar y resolver los problemas que enfrentaba el país. Mejor aún, la recopilación de datos estadísticos fue considerada

público ebrio de emociones salvajes”. “Progresamos hacia el salvajismo”, *La Voz de México*, 29 de noviembre de 1895, p. 1.

³⁵ Max Nordau, “El neurosismo en el siglo que viene”, *El Universal*, 26 de agosto de 1894, p. 2.

³⁶ Hoy la epilepsia no se considera una enfermedad mental, sino un trastorno neurológico que puede, o no, estar acompañado de ciertos trastornos psiquiátricos. Demetrio Mejía, *Estadística de la mortalidad en México*, México, Imprenta Ignacio Escalante, 1879, pp. 34-35. Para un estudio sobre el desarrollo clínico y la criminalización de la epilepsia durante el porfiriato, véase José Antonio Maya González, “Entre la afección cerebral y la perversión moral. Clínica, terapéutica y criminalización de la epilepsia en la medicina mental de finales del siglo XIX, Ciudad de México”, *Temas de historia de la psiquiatría argentina*, vol. XVIII, núm. 34, segundo semestre, 2015, pp. 40-52.

³⁷ Según Rivadeneyra, de los 2 169 pacientes hombres, 1 708 tenían algún oficio, 875 eran solteros, 680 casados y 132 viudos. Por su parte, de las 400 mujeres confinadas en el Divino Salvador, 81 eran “doncellas”, 150 solteras, 90 casadas y 67 viudas, cuya edad promedio oscilaba entre los 20 y 30 años. Mariano Rivadeneyra, *Apuntes para la estadística de la locura en México*, México, Oficina Tip. de la Secretaría de Fomento, 1887.

una herramienta analítica de la que podían desprenderse políticas públicas.³⁸ El anhelo de los médicos y funcionarios del régimen era comprender las causas de enfermedad y fallecimiento de la población. Preocupaba el aumento de la locura, así, con tono alarmista, la prensa capitalina responsabilizó a la intrincada vida laboral, la competencia mercantil y el choque de intereses de engendrar “esa monstruosidad intelectual que se llama demencia”.³⁹

De acuerdo con el primer censo de población de 1895, en el territorio había 12 632 000 habitantes, cinco años después tuvo un crecimiento anual del 1.4%, alcanzando los 13 607 000 habitantes. En el censo de 1900 se incluyeron datos sobre personas con algún tipo de “deficiencia mental”, revelando que había un total de 12 000 personas afectadas, es decir, alrededor del 1% del total de la población.⁴⁰ Desafortunadamente, en el informe no queda claro qué se entendía por “deficiencia mental”; bien pudieron incluirse individuos con defectos físicos (estigmas, atavismos,) lisiados y/o con algún tipo de trastorno mental. Lejos de las inconsistencias, estos números permiten comprender que, durante el último cuarto de siglo XIX, la propagación de la locura era una preocupación fundada en datos estadísticos, la cual exigía facultativos con una preparación rigurosa y capacidad analítica.

Pasiones desbordadas, emociones fuertes

La perspectiva anatomopatológica de la medicina moderna del siglo XIX consideraba los trastornos mentales como una alteración funcional vinculada con una lesión anatómica particular, es decir, que toda alteración de las funciones (intelectuales, afectivas y volitivas) tenía su correlato anatómico.⁴¹ En este

³⁸ Claudia Agostoni y Andrés Ríos Molina, *Las estadísticas de la salud en México. Ideas, actores e instituciones, 1810-2010*, con la colaboración de Gabriela Villareal Levy, México, Secretaría de Salud/Universidad Nacional Autónoma de México, 2010, p. 96.

³⁹ “Estadísticas de la locura en México”, *El Siglo Diez y Nueve*, 24 de mayo de 1889, p. 1.

⁴⁰ Según datos proporcionados por el Instituto Nacional de Estadística y Geografía, para 1900 existían alrededor de 13 mil ciegos, 9 mil sordomudos y 12 mil personas con algún tipo de “deficiencia mental”. *Cien años de censos de población*, México, Instituto Nacional de Estadística y Geografía, 1996, pp. 7-17.

⁴¹ Javier Plumed, “La etiología de la locura en el siglo XIX a través de la psiquiatría española”, *Frenia. Revista de historia de la psiquiatría* vol. IV, núm. 2, 2004, p. 73.

sentido, los afectos, sentimientos y pasiones eran percibidos como “mecanismos internos” de la actividad cerebral que coexistían con los propios síntomas mentales, aunque contribuyeron muy poco a la semiología de la enfermedad mental.⁴² Los médicos porfirianos abrazaron con entusiasmo la corriente organicista porque creían haber encontrado en la “forma del cráneo”, en las “celdillas nerviosas” del cerebro y en la “coagulación sanguínea” el origen de la locura.⁴³ Sin embargo, pronto reconocieron sus limitaciones ante la falta de evidencias. A pesar de su vocación experimental, el paradigma anatomopatológico funcionó como un mito que unificó sus prácticas y promovió la investigación rigurosa. Entre quejas y lamentaciones, los médicos apoyaron sus estudios en la anatomía cerebral, pero sus prácticas quirúrgicas constantemente frustraban sus pesquisas.

A menudo los facultativos señalaban su incapacidad para comprobar en las autopsias las lesiones cerebrales de los locos,⁴⁴ incluso reconocieron ante las autoridades científicas y gubernamentales, las dificultades para establecer criterios definidos para la clasificación de las afecciones mentales al ser “desconocidas las lesiones cerebrales”, apuntó Secundino Sosa en febrero de 1891.⁴⁵ Su actitud no fue un caso excepcional, Domingo Cabred, considerado como el “Pinel Argentino”, manifestó que, a pesar de los avances en materia anatomopatológica, la medicina porteña sabía muy poco acerca de las lesiones involucradas en la patología mental.⁴⁶ Es probable que ante el desconocimiento de las lesiones cerebrales, varios médicos siguieran admitiendo la existencia de fuerzas “morales” capaces de ejercer influencias notables en los

⁴² Germán Berrios, *Historia de los síntomas. La psicopatología descriptiva desde el siglo XIX*, México, Fondo de Cultura Económica, 2008, pp. 365, 367.

⁴³ José Peón Contreras, “Idiotía microcefálica”, *Gaceta Médica de México*, tomo VII, núm. 15, México, 1 de agosto de 1872, p. 270; Porfirio Parra, “Una definición de enfermedad”, *Gaceta Médica de México*, tomo XXIII, México, Imprenta de Ignacio Escalante, 1888, p. 60; “Hospital del Divino Salvador”, *El Estudio. Semanario de Ciencias Médicas*, tomo I, núm. 6, México, 1889, p. 90.

⁴⁴ Porfirio Parra, *Ensayo sobre la patogenia de la locura*, México, Tipografía Literaria, 1878, p. 43.

⁴⁵ “Escuela de Medicina. Conferencias del Dr. Sosa”, *El Universal*, 28 de febrero de 1891, p. 3.

⁴⁶ María Laura Piva, “El ‘Pinel Argentino’: Domingo Cabred y la psiquiatría de fines del siglo XIX”, en Marcelo Monserrat (comp.), *La ciencia en Argentina entre siglos*, Argentina, Cuadernos Argentinos/Manantial, 2000, p. 75.

sujetos hasta enloquecerlos.⁴⁷ Entonces, ¿cómo clasificaron las pasiones y qué describieron en sus estudios?

El conocimiento clínico de las pasiones se da a partir de los diagnósticos de moda durante el último tercio del siglo XIX: la histeria y la epilepsia.⁴⁸ Los alienistas decimonónicos consideraron la histeria como una neurosis que afectaba el sistema nervioso, la cual producía trastornos del afecto y la sensibilidad; una enfermedad psíquica responsable de conductas “antisociales” y “autodestructivas” en mujeres de los sectores medios.⁴⁹ Para muchos galenos, los excesos sentimentales, el erotismo exagerado y el lesbianismo eran comportamientos anormales que ayudaron, por un lado, a construir tipologías médicas de la feminidad patológica; y, por otro, sancionaron actitudes subversivas marcadas por la diferencia sexual.⁵⁰ Las élites científicas estaban convencidas de que las mujeres no contaban con un organismo adecuado ni tenían la capacidad intelectual para desempeñar funciones que desarrollaban los varones en la esfera pública, así, las emociones desbordadas y el desequilibrio orgánico sirvieron para confinar su posición social y reclusión doméstica.⁵¹

⁴⁷ Frida Gorbach, “El tratamiento moral de la locura y el sujeto moderno. México a finales del siglo XIX”, en Serena Brigidi y Josep M. Comelles (eds.), *Locuras, culturas e historia*, Tarragona, España, Publicacions Universitat Rovira i Virgili, 2014, pp. 49-66.

⁴⁸ Aunque también mostraron interés por la monomanía y la neurastenia, pero no con la frecuencia y profundidad que las neurosis, a las que dedicaron varios artículos, reseñas y tesis.

⁴⁹ Diane Chauvelot, *Historia de la histeria. Sexo y violencia en lo inconsciente*, Madrid, Alianza Editorial, 2001, p. 211. Michel Foucault señaló que la histeria era el rostro “negativo” de la racionalidad médica, transformando un problema clínico en una cuestión moral. Michel Foucault, *Historia de la locura...*, *op. cit.*, pp. 432, 461.

⁵⁰ Georges Didi-Huberman, *La invención de la histeria. Charcot y la iconografía de la Salpêtrière*, Madrid, Ensayos de Arte Cátedra, 2007, p. 112; Para el caso mexicano, Martha Lilia Mancilla-Villa, *Locura y mujer durante el porfiriato*, México, Círculo Psicoanalítico Mexicano, 2001; Frida Gorbach, “La histeria y la locura. Tres itinerarios en el México de fin de siglo”, en Laura Cházaro y Rosalinda Estrada (eds.), *En el umbral de los cuerpos. Estudios de antropología e historia*, México, Benemérita Universidad Autónoma de Puebla/Colegio de Michoacán/Instituto de Ciencias Sociales y Humanidades, 2005, pp. 97-116.

⁵¹ Oliva López Sánchez, “La superioridad moral de las mujeres: los argumentos filosóficos y científicos de la naturaleza emocional de las mujeres y su destino doméstico en el siglo XIX mexicano”, en *La pérdida del paraíso. El lugar de las emociones en la sociedad mexicana entre los siglos XIX y XX*, México, Universidad Nacional Autónoma de México/Facultad de Estudios Superiores Iztacala, 2011, pp. 59-90.

En cambio, la epilepsia era una enfermedad de etiología orgánica caracterizada por accesos convulsivos, pérdida del conocimiento y estados confusionales. Los médicos buscaron combatir la imagen antigua del epiléptico poseído por un demonio al abordarla como una enfermedad de la corteza cerebral.⁵² Sin embargo, uno de sus síntomas característicos era el llamado “carácter epiléptico”, es decir, la propensión del enfermo a la irritabilidad y la violencia.⁵³ El estereotipo del epiléptico como un ser sanguinario y pasional mostraba una imagen bastante elocuente de los miedos y fantasías que tenían los médicos respecto a esta forma de locura; sin embargo, la prensa capitalina y la publicidad médica con frecuencia solían mostrarlos como sujetos en condiciones de riesgo y encerrados en cuerpos marcadamente debilitados.⁵⁴ Aunque carecemos de datos referentes sobre el número de histéricas confinadas, sabemos de su existencia por los informes de los visitantes a los hospitales para locos de la capital. Por ejemplo, el médico Manuel Alfaro señaló que para 1880, había una variedad “muy grande” de manifestaciones psicopáticas en el Hospital del Divino Salvador, entre las que destacó la manía, melancolía, hipocondría e histeria.⁵⁵ Respecto a la epilepsia se informó que para 1901 había 118 epilépticas en el Divino Salvador y 48 en San Hipólito.⁵⁶ En suma,

⁵² Owsei Temkin, *The Fallen Sickness. A History of Epilepsy from de Greeks to the Beginnings of the Modern Neurology*, Baltimore y Londres, Johns Hopkins Press, 1971; Jean Bangaud, “La epilepsia antes del descubrimiento del electroencefalograma”, en Jacques Postel y Claude Quézel (coords.), *Nueva Historia de la Psiquiatría...*, op. cit., p. 247.

⁵³ El “carácter epiléptico” fue un término acuñado por el alienista francés August Morel en 1860, el cual denotaba comportamientos anormales sin accidentes convulsivos. Aunque el concepto no fue del todo aceptado por la psiquiatría francesa, en México tuvo una gran aceptación. Germán Berrios, “Epilepsia. Sección clínica”, en Germán Berrios y Roy Porter (eds.), *Una historia de la psiquiatría clínica...*, op. cit., p. 185.

⁵⁴ Para el caso brasileño, Margarida de Souza Neves, “O grande mal no Cemiterio dos Vivos: diagnósticos de epilepsia no Hospital Nacional de Alienados”, *História, Ciências Saúde-Manguinhos*, Río de Janeiro, vol. 17, sulp. 2, dez, 2010, pp. 293-311; para México, José Antonio Maya González, “De peligrosos a compradores: remedios milagrosos para la epilepsia durante el porfiriato, Ciudad de México”, Andrés Ríos Molina (coord.), *La psiquiatría más allá de sus fronteras. Instituciones y representaciones en el México contemporáneo*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, 2017, pp. 133-182.

⁵⁵ Manuel Alfaro, “Apuntamientos sobre los enfermos del Hospital del Divino Salvador”, *La Independencia Médica*, tomo I, núm. 15, 15 de agosto de 1880, p. 130.

⁵⁶ Secundino Sosa, “Tratamiento de los epilépticos”, *Gaceta Médica de México*, tomo I, núm. 17, 1901, p. 190.

la histeria y la epilepsia eran dos afecciones relevantes para la medicina mental porfiriana, debido a los desafíos clínicos que implicaba el comportamiento transgresor de los individuos.

A partir de estas dos clasificaciones los facultativos mexicanos explicaron, en buena medida, la relación de las pasiones con los trastornos mentales aludidos, a los que añadieron atributos sociales específicos. Por ejemplo, en la histeria las pasiones predominantes estaban vinculadas con la tristeza y el erotismo en mujeres jóvenes de los grupos medios. Eran descritas como “inactivas y ociosas” que encontraban en la lectura de novelas, el estudio del piano y los paseos en coche los medios idóneos para “excitar la imaginación”.⁵⁷ En su visita al Hospital del Divino Salvador en 1880, Manuel Alfaro corroboró que el “sufrimiento moral” era la causa recurrente en las mujeres que padecían histeria.⁵⁸ Por su parte, Demetrio Mejía consideró que muchas mujeres que vivían en lo “abstracto” podían tener accidentes de histeria debido a una pasión “real” como la decepción.⁵⁹ La expresión de pasiones tristes y la sentimentalidad exagerada se convirtieron en síntomas identificados con la histeria femenina.

En la epilepsia, las pasiones predominantes estaban vinculadas con el desenfreno, la irritabilidad y la violencia de los hombres, sobre todo porque consideraban el “carácter epiléptico” un elemento de riesgo para el sujeto y una amenaza a la paz social. En muchos casos, los atributos sociales de los epilépticos se relacionaban con la supuesta “animalidad” de sus actos, sobre todo después de los accesos convulsivos.⁶⁰ Sin embargo, las mujeres también presentaban exaltación del carácter. En el hospital del Divino Salvador, Miguel Alvarado buscó formar una “historia del mal epiléptico” a partir de la sintomatología en 16 observaciones clínicas. Su estudio mostraba que luego del acceso convulsivo se presentaba “aura en la región epigástrica” y manifestaciones arrebatadas seguidas de “delirio depresivo”.⁶¹ No obstante, el carácter

⁵⁷ Juan Ramírez, “Juicio del que suscribe sobre las causas de las neurosis en México”, *El Observador Médico*, tomo I, núm. 4, 1870, p. 55.

⁵⁸ Manuel Alfaro, “Apuntamientos sobre los enfermos...”, *op. cit.*, p. 127.

⁵⁹ Demetrio Mejía, “Notas sobre dos casos de histeria en el hombre”, *Gaceta Médica de México*, tomo XIII, núm. 25, 1878, p. 476.

⁶⁰ F. Blasques, “Patogénesis de la epilepsia”, *La Independencia Médica*, tomo I, núm. 36, 1881, p. 296.

⁶¹ Miguel Alvarado, “Breves apuntes para formar la historia del mal epiléptico”, *Gaceta Médica de México*, tomo XVIII, núm. 23, 1883, p. 451.

violento era poco común en mujeres epilépticas. Los médicos enfatizaron que los arrebatos de violencia se presentaban generalmente en los hombres. Secundino Sosa destacó que el carácter epiléptico llevaba las pasiones a la violencia, ya que en general estos individuos eran moralmente “depravados”, “rebeldes”, “enérgicos”, “indómitos” a quienes se debía incluir en la nueva categoría de “los impulsivos”.⁶² Los discursos médicos muestran que los arrebatos pasionales y la inclinación a la violencia eran considerados como atributos sociales vinculados con la epilepsia, en varones de los sectores medios y populares; en cambio, la fragilidad emotiva, la tristeza y el erotismo descontrolado fueron asociados con la histeria en mujeres de las clases medias y la aristocracia.

Siguiendo a Pinel y Esquirol, los médicos porfirianos consideraron las siguientes pasiones como *causas* de enfermedades mentales: cólera, terror, miedo, furor, amor y fastidio; en tanto que la alegría exagerada, nostalgia, irritabilidad y tristeza figuraban como *síntomas* comunes de la insania. En realidad, los médicos no explicaron lo que entendían por cada uno de los términos que utilizaban, ya que los consideraban en sí mismos ejemplos claros de los efectos psicopatológicos de las pasiones. Al analizar las fuentes médicas podemos identificar que las pasiones estaban clasificadas en dos grandes grupos: las pasiones “contrariadas” y las pasiones “malsanas”.

Pasiones “contrariadas” y “malsanas”

Pasiones contrariadas	Pasiones malsanas	Pecados capitales
Amor/Odio	Ambición, Envidia,	Lujuria, Pereza, Gula,
Alegría/Tristeza	Orgullo, Celos, Lujuria	Ira, Envidia, Avaricia,
Deseo/Prohibición	Egoísmo	Orgullo, Vanagloria

En el cuadro podemos observar que las primeras correspondían a las experiencias sentimentales y las contradicciones que frecuentemente sufrían los sujetos a causa del amor. Eran contrariadas porque se referían a contradicciones sentimentales que se manifestaban en la dicotomía amor/odio, alegría/tristeza y deseo/prohibición. Para los galenos, la pasión amorosa se convirtió

⁶² Secundino Sosa, “La responsabilidad en los epilépticos”, *Gaceta Médica de México*, tomo XXIX, México, Imprenta del Gobierno Federal en el ex arzobispado, 1893, p. 103.

en objeto de reflexión médica cuando el deseo de los amantes estaba alejado del matrimonio y de su papel reproductivo:

[...] en la actualidad en México, hay muchos amores y pocos matrimonios; la razón es, en unos el pauperismo bastante generalizado, en otras la educación viciada. El honor en estos últimos no se comprende, o si acaso, es de diversa manera de lo que se comprendía antes; hace pocos años rarísimo era el joven que a los catorce tuviera la experiencia en el arte de inquietar a las mujeres; hoy son muy comunes.⁶³

José Olvera consideró que el amor era la principal “causa moral” que producía las neurosis entre los jóvenes, sobre todo en los sectores medios y letrados que lograban “desarrollar la inteligencia”. La falta de educación, la pobreza y la herencia favorecían a la perversión de las prácticas amorosas. La naturaleza patológica del amor presentaba “cuadros de alteración funcionales”, así lo consideró el doctor Julio David al señalar que “el amor platónico” y la “lascivia desenfrenada” debía incluirse en los cuadros de la neurosis.⁶⁴ Supuso “peligrosa” la aproximación temprana de jóvenes cuya “educación viciada” en el hombre y “pudor” en la mujer, fueran innecesariamente “imprudentes”. Cuando un hombre consideraba a la mujer por el “deseo carnal”, revelaba un “deseo impuro” y patológico.⁶⁵ Entre el deseo y la prohibición, muchos médicos creían que las pasiones contrariadas eran un peligro para la salud colectiva y la causa fundante de la demencia.

Las pasiones “malsanas” hacían referencia a conductas sociales indeseadas, ya sea por la desvergüenza que representaban o por la franca inmoralidad que exhibían. Estas eran la ambición, la envidia, el orgullo, el egoísmo, la lujuria y el consumo de ciertos estimulantes como el alcohol. Llama la atención su clara vinculación con los viejos preceptos de los pecados capitales, lo cual nos permite comprender la injerencia del discurso religioso en la configuración del caso clínico decimonónico. José Olvera señaló contadas veces que

⁶³ José Olvera, “Discurso sobre las causas de las neurosis en México”, *El Observador Médico*, tomo I, núm. 4, 1870, p. 52.

⁶⁴ Julio David, “El amor considerado como una neurosis”, *El Estudio. Semanario de Ciencia Médica*, tomo II, núm. 17, 1890, p. 259.

⁶⁵ Julio David, “El amor considerado como neurosis II”, *El Estudio. Semanario de Ciencia Médica*, tomo II, núm. 18, 1890, p. 280.

un organismo “desorganizado y mal conformado” producía “pasiones malsanas” como la “ambición, el orgullo y la envidia”, en lugar de “la abnegación, modestia, caridad” que definían al deseable hombre moderno.⁶⁶ Los arranques de cólera por la ambición de la fortuna familiar o el orgullo en el matrimonio, podían causar “ceguera nerviosa” momentánea sin lesión específica.⁶⁷ Los facultativos indicaron que los celos insistentes, tanto en hombres como en mujeres, podían conducir a la locura, sólo en aquellos casos en que existiera predisposición orgánica. De esta manera, el régimen emocional insaturado en el porfiriato, según la expresión de Oliva López Sánchez, naturalizó las emociones de acuerdo con el sexo y otorgó capital simbólico a los hombres y las mujeres de la época. Para la autora, los expertos enmarcaron pasiones deseables (ético-religiosas) e indeseables (relacionadas con la locura) con las que buscaban normar el sentir, y proveer de cierto capital emocional con el que se pretendía generar amor a la patria, a la familia y el trabajo, rechazando los vicios, el ocio y la holgazanería.⁶⁸ Si bien esta perspectiva enfatiza en los dispositivos normativos, deseo ponderar la distribución y clasificación que se desprenden de las fuentes consultadas, ya que representa, a todas luces, la matriz narrativa que organizó las ficciones psicopatológicas de los médicos-escritores.

En las conferencias que dictó Secundino Sosa en 1891 en la Escuela de Medicina dirigidas a estudiantes, abogados, juristas y al público en general, destacó el papel que tenían las pasiones en la etiología de la locura. Señaló que las causas morales como los celos exacerbados producían un “desequilibrio de las facultades mentales”.⁶⁹ De igual manera podían arrojar a las personas al suicidio. Según el doctor Sosa, los suicidas presentaban actos que estaban en contra de la voluntad divina, además, existía en su organización una “aberración

⁶⁶ José Olvera, “Examen de los reos presuntos de locura”, *Gaceta Médica de México*, tomo XXIV, México, Imprenta Ignacio Escalante, 1889, p. 36.

⁶⁷ José Ramos, “Breve nota sobre la ceguera nerviosa”, *Gaceta Médica*, tomo XXXVI, México, Imprenta de El Siglo XIX, 1899, p. 12.

⁶⁸ Oliva López Sánchez, introducción, “El lugar de las emociones en el mundo racional”, *La pérdida del paraíso. El lugar de las emociones en la sociedad mexicana entre los siglos XIX y XX*, México, Universidad Nacional Autónoma de México/Facultad de Estudios Superiores Iztacala, 2011, pp. 9-11.

⁶⁹ Secundino Sosa, “Causas de la locura. Conferencias del Dr. Sosa”, *El Universal*, 7 de marzo de 1891, p. 2.

del sentido moral”.⁷⁰ Las pasiones malsanas eran manifestaciones sociales que podían transgredir los principios religiosos en los que muchos facultativos creían. Así, la medicalización de las pasiones contrariadas y malsanas situó clínicamente la problemática de los excesos. Los médicos propusieron un listado sentimental que, si bien no era nueva, resultaba necesaria para evidenciar y contribuir a la normalización de las conductas sociales.

La biología de las emociones

A partir de la década de 1890, los médicos interesados en las cuestiones mentales comenzaron a sustituir, de manera gradual, el término pasión por otro más acorde con los avances de la psicología experimental: las emociones. Éstas hacían referencia a la biología anormal del sujeto, resaltaban el papel de lo corporal como productor de la experiencia emotiva. Reconocieron la existencia de un sustrato orgánico que empataba muy bien con la mentalidad anatómopatológica y la fisiología de la época. El estudio clínico de las emociones cobró importancia en la nueva clasificación organicista de los “predispuestos”. Según Porfirio Parra, la predisposición era una forma de locura que no estaba definida clínicamente, pero cuyo componente específico era la herencia. Los individuos predispuestos podían actuar bajo el influjo de “emociones extraordinarias” e “impulsos positivamente morbosos” que podían influir en el organismo hasta dañar las funciones de la voluntad. Destacó la existencia de emociones “excitantes” y “depresivas” que producían placer o dolor, según fuera el caso.⁷¹

Probablemente el deseo de fundar una comprensión “moderna” de las pasiones fue lo que animó el uso del término de emoción; sin embargo, las referencias seguían siendo aquellas que vinculaban la fisiología y la moralidad. Incluso, en los primeros años del nuevo siglo, los facultativos reconocían

⁷⁰ José Olvera, “Algunas palabras sobre el suicidio”, *Gaceta Médica de México*, tomo XXXVI, núm. 19, México, Imprenta de El Siglo XIX, 1899, p. 480.

⁷¹ Porfirio Parra, “Irresponsabilidad criminal fundada en un impulso de naturaleza patológica de causa pasional”, *Gaceta Médica*, tomo XXVII, México, Imprenta del Gobierno Federal en el ex arzobispado, 1892, p. 102; “Enumeración y clasificación de las formas de sensibilidad”, *Gaceta Médica de México*, tomo XXXV, México, Imprenta de El Siglo XIX, 1898, p. 371.

que las “emociones” actuaban desfavorablemente en el abdomen, hígado y la región cardíaca.⁷² Uno de los factores que ayudó a la biologización de las emociones fue la introducción de términos provenientes de la psicología experimental. Los intercambios conceptuales entre disciplinas afines resultaron importantes en la comprensión biológica de la anormalidad. Agustín Aragón, médico y funcionario del régimen, consideró la psicología como una “ciencia” que tenía por objeto el estudio de los fenómenos mentales (normales y patológicos): pensamientos, emociones y actos de voluntad. Su punto de partida era la fisiología, la histología y la química, herramientas teóricas que le ayudaron a interpretar el funcionamiento del sistema nervioso. Agustín Aragón reiteró que el miedo, el odio, la venganza y el amor eran procesos químico-cerebrales, destacó que el pudor y el instinto sexual representaban una “preocupación social” al atentar contra la familia, institución “incubadora de las sociedades”.⁷³ Aunque ofrecía elementos científicos para considerar las emociones como producciones del sistema nervioso, la inquietud de Aragón era alertar y prevenir sobre las consecuencias patológicas de los arrebatos pasionales. La psicología biologicista permitió introducir la dimensión fisiológica de las pasiones en la medicina mental.

Otros médicos observaron la presencia de “perversiones emotivas” en individuos descontrolados, las cuales podían desequilibrar las facultades intelectuales y del afecto. El médico Jesús González Ureña informó sobre un “conjunto metódico de reglas” destinadas a la exploración clínica de las facultades psíquicas. Su objetivo era aleccionar a los médicos, en general, sobre los procedimientos modernos para detectar locos verdaderos. Consideró la “emoción patológica” como una categoría de análisis clínica que mostraba el componente dramático y exacerbado de los dementes genuinos:

La emoción patológica es capaz de provocar actos desordenados —arrojarse por un balcón a la vista de un incendio que no ofrece peligro— seguidos de agotamiento; es frecuente en los neurópatas, desequilibrados, alcohólicos, paráliticos generales. El raptus melancólico con su carácter de apariencia súbita y sus manifestaciones violentas, tiene por causa una emoción patológica, lo mismo que las diferentes folias y la cólera morbosa. Estas manifestaciones de la emo-

⁷² Porfirio Parra, “Las localizaciones cerebrales y la psicología”, *Gaceta Médica de México*, tomo I, núm. 17, 1901, p. 208.

⁷³ Agustín Aragón, *La psicología*, México, Imprenta y Encuadernación de Müller, 1902, p. 95.

ción patológica evolucionan de un modo intermitente, episódico, otras veces duran semanas y aun meses como en las melancolías, en los desequilibrados y en los maniacos crónicos.⁷⁴

En los primeros años del siglo XX, los médicos dejaron de hablar de “locos pasionales” porque la nueva terminología exigía otras denominaciones. En su lugar, hablaron de “organismos desequilibrados” donde lo patológico se tradujo como un “impulso” irresistible que sobrevinía de una emoción fuerte, intensa y desbordada. Estas ideas empataban muy bien con el biologicismo propuesto por el degeneracionismo francés, debido a que los degenerados carecían de preceptos morales que les impedían poner freno a sus “impulsos”.⁷⁵ La sustitución de los términos no desvió el centro de los debates: los excesos pasionales y los comportamientos desmedidos. La medicalización de las pasiones tuvo por objetivo regular los comportamientos sociales que no estuvieran en sintonía con los imperativos de moderación y el recato, lo cual situaba a los sujetos pasionales por fuera de la conducta ideal y esperada de un ciudadano civilizado.

Moralizar las pasiones

Durante la administración porfirista se presentaron más de una veintena de tesis para obtener el grado de “médico general, cirujano y obstetra” en la Ciudad de México, Puebla y Morelos, en las que los estudiantes de medicina abordaron aspectos clínicos y terapéuticos relacionados con las enfermedades mentales. Debido a su poca experiencia en el manejo teórico-práctico de los fenómenos psicopatológicos, los galenos en formación centraron sus investigaciones en la instrucción moral de los alienados y en la corrección de la sociedad. La higiene representó un instrumento de persuasión y control de los grupos juveniles al ser considerados como una de las poblaciones más susceptibles en desarrollar y adquirir alguna forma de locura. Aunque sus investigaciones escolares estaban impregnadas de citas textuales y extensas referencias directas del alienismo francés, no debemos considerarlas como inocentes reproducciones de la

⁷⁴ Jesús González Ureña, “Manera de explorar la personalidad psíquica de los individuos”, *Gaceta Médica de México*, tomo III, México, Tipografía Económica, 1903, p. 214.

⁷⁵ Andrés Ríos Molina, “Locura y encierro psiquiátrico...”, *op. cit.*, p. 85.

medicina foránea.⁷⁶ Los trabajos de grado son catalizadores de las corrientes y perspectivas médicas instituidas desde el ámbito académico e indicadores de la relevancia social de la enfermedad mental en el ámbito estudiantil. Sus investigaciones de grado ofrecen discursos moralizantes encaminados a disciplinar los comportamientos sociales considerados anormales. Las invectivas no necesariamente estaban sustentadas en investigaciones rigurosas, sino que estaban atravesadas por juicios sociales destinados a la defensa de las buenas costumbres y la moral católica.

De acuerdo con la información consignada en la portada de las obras, los tesisistas eran alumnos de la Escuela Nacional de Medicina, institución capitalina que avalaba los títulos y promovía el conocimiento positivo de la enfermedad.⁷⁷ Muchos figuraban como miembros activos de la Sociedad Filoiátrica⁷⁸ y de las asociaciones “Larrey” y Antonio Alzate.⁷⁹ Otros más habían sido practicantes en diversos hospitales de la capital: Hospital Médico Militar, Hospital de Jesús, Hospital Juárez, Hospital de Maternidad e Infancia y Hospital General de San Andrés, Hospital de San Hipólito y el Hospital del Divino

⁷⁶ Frida Gorbach considera que el discurso psiquiátrico de finales del siglo XIX es una simple calca o reproducción de la clínica francesa. Frida Gorbach, “El tratamiento moral de la locura”..., *op. cit.*, pp. 49–66.

⁷⁷ En sus inicios, en 1833, se llamó Establecimiento de Ciencias Médicas, al año siguiente se transformó en Colegio de Medicina; para 1842 en Escuela de Medicina y finalmente un año después, Escuela Nacional de Medicina. Una historia político-administrativa de la institución, Martha Eugenia Rodríguez, *La Escuela Nacional de Medicina 1833-1910*, México, Universidad Nacional Autónoma de México/Departamento de Historia y Filosofía de la Medicina, 2008, p. 13.

⁷⁸ Sociedad conformada en la década de 1840 por facultativos diplomados cuyo objeto era resolver problemas de salud. Francisco de Asís Flores y Troncoso, *Historia de la medicina en México desde la época de los indios hasta el presente*, tomo III, Edición facsimilar con advertencia de Juan Somolinos Placencia, México, Instituto Mexicano del Seguro Social, 1982, pp. 163, 367.

⁷⁹ La Asociación Médico-Quirúrgica Larrey fue fundada en la Ciudad de México por médicos militares en septiembre de 1874, estuvo presidida por el cirujano Francisco Montes de Oca y sesionaba en el Hospital Militar de Instrucción. *Publicaciones periódicas mexicanas 1856-1876 (Parte I)*, Miguel Ángel Castro y Guadalupe Curiel (coord.), México, Universidad Nacional Autónoma de México/Instituto de Investigaciones Bibliográficas, 2003, p. 53. Por su parte, la Asociación “Antonio Alazate” fue fundada por alumnos de la Escuela Nacional Preparatoria en 1884, se desempeñó como un órgano de divulgación de los conocimientos científicos y humanísticos de la nación.

Salvador.⁸⁰ Hubo quienes destacaron como ayudantes de la Inspección de Policía y del Consultorio Gratuito de Beneficencia Pública que desde enero de 1881 atendía a enfermos de escasos recursos.⁸¹ Porfirio Parra, Rafael Serrano, Francisco Rodiles –estos dos últimos vinculados con los círculos católicos de poder en Puebla,⁸² y José A. Malberti Delgado, médico cubano exiliado en México, serían a la postre destacados intelectuales, higienistas, catedráticos y funcionarios en distintas dependencias del gobierno.

Los alumnos de la Escuela de Medicina contaban con cierta experiencia en el sector médico, público y privado, muchos acudieron a los hospitales para dementes de la Ciudad de México motivados por las lecciones dictadas por Miguel Alvarado. Algunos redactores del periódico *La Escuela de Medicina* manifestaron que las tesis de grado eran malas, insuficientes y que no cumplían con los objetivos académicos. Así lo declaró Luis Lara y Pardo en 1904, quien recordó a sus lectores que los trabajos presentados eran ensayos “defectuosos” y “poco logrados”.⁸³ Su declaración no era exagerada; una revisión de los materiales revela que en muchos casos los autores recopilaban datos, amasaban citas y describían acriticamente sus posicionamientos. Tal vez por esta razón, sus actitudes hacia las enfermedades mentales fueron más reaccionarias desde el punto de vista moral, y menos explicativas desde lo teórico-metodológico. Una diferencia respecto a los alienistas diplomados es que los alumnos centraron sus reflexiones en las juventudes “desenfrenadas” en quienes depositaban un manto de inmoralidad que rayaba en la vesania.

Las tesis confirmaban la popularidad que había adquirido la perspectiva organicista de las psicopatías y la difusión del paradigma anatomopatológico. Pretendían vincular sus pesquisas clínicas con la utilidad social.⁸⁴ Aunque el

⁸⁰ Una breve historia de estas instituciones manicomiales, Andrés Ríos Molina, “Locura y encierro psiquiátrico en México...”, pp. 73-90.

⁸¹ El consultorio gratuito estaba ubicado a un costado del Hospital de San Andrés, se abrió con la finalidad de prestar servicios médicos a los enfermos sin recursos y que no requerían ser internados en ningún hospital. Xóchitl Martínez Barbosa, *El Hospital de San Andrés...*, *op. cit.*, p. 51.

⁸² Sergio Francisco Rosas Salas, “El círculo católico de Puebla, 1887-1900”, *Estudios de Historia Moderna y Contemporánea de México*, núm. 43, enero-junio 2012, pp. 35-67.

⁸³ Luis Lara y Pardo, “La prensa médica en México”, *La Escuela de Medicina*, vol. XIX, núm. 14, 31 de julio de 1904, p. 338.

⁸⁴ Agustín Roa, *Consideraciones generales acerca de la enajenación mental, precedidas de algunas nociones sobre facultades intelectuales*, México, Imprenta del Colegio de San Antonio, 1870;

abordaje, desarrollo y análisis dependían de la capacidad de cada autor, todos comulgaron con la idea de que la locura se debía a un funcionamiento desequilibrado del cerebro y de las facultades intelectuales y afectivas. En sus investigaciones buscaron esclarecer “la lesión específica” que alteraba las celdillas nerviosas. El joven estudiante Porfirio Parra señaló: “consideramos pues a la locura como una neurosis, entendiendo por esta palabra, no una enfermedad sin lesión, *sine materia*, sino cuyas lesiones son variables y no siempre susceptibles de ser rigurosamente comprobadas en la autopsia”.⁸⁵ No todos los facultativos incluyeron la autopsia como herramienta de conocimiento, muchos se conformaron con examinar el organismo a partir de las definiciones que les proporcionaban los teóricos. Los más audaces lograron incorporar ciertas observaciones para corroborar la teoría y contribuir al conocimiento empírico desde el espacio hospitalario. Ante la falta de evidencia orgánica, pusieron énfasis en las “circunstancias morales” que favorecían la aparición de la locura. Los ecos del alienismo francés siguieron permeando los discursos de un puñado de tesis: “Todas las pasiones egoístas, como la avaricia, el orgullo, la ambición, cuando son muy exageradas, producen numerosos desórdenes en la inervación [...] Esta enfermedad, la locura, casi puede decirse que no conoce otra causa que las afecciones morales”.⁸⁶

Siguiendo a sus maestros, los alumnos de medicina aprendieron a distinguir las pasiones malsanas como factores etiológicos de la locura: “El amor, el juego, la avaricia, la nostalgia son las pasiones más vehementes y por consecuencia las más próximas al paroxismo, causando la enajenación mental”.⁸⁷ Entre la larga lista de pasiones malsanas que atravesaban el mundo social de las juventudes porfirianas, estaban la lascivia y el libertinaje.

Los arrebatos pasionales aparecieron en los mencionados diagnósticos de histeria y epilepsia, enfermedades que llamaron su atención debido a la

Porfirio Parra, *Ensayo sobre la patogenia de la locura*, México, Tipografía Literaria, 1878; Rafael Serrano, *Fragmentos de psiquiatría óptica*, Puebla, Imprenta de Miguel Corona, 1884; Alejandro López, *Algunos cuidados higiénicos especiales de los enajenados*, Cuernavaca, Imprenta del gobierno de Morelos, 1886.

⁸⁵ Porfirio Parra, *Ensayo sobre la patogenia...*, *op. cit.*, p. 43.

⁸⁶ Germán Ochoa y Tapia, *Ligeras consideraciones sobre la influencia que tiene lo moral en las enfermedades*, México, Imprenta de Francisco Díaz de León, 1881, p. 12.

⁸⁷ Joaquín Zamarripa, *Contribuciones al estudio médico-legal de los alienados*, México, Tipografía de la Escuela Industrial de Huérfanos, 1892, p. 8.

“moralidad pervertida” y la “peligrosidad del carácter” que presentaban los sujetos. Inscritas en el marco general de las neurosis, la histeria y la epilepsia presentaban síntomas que claramente “atentaban contra el pudor”. En la histeria, la influencia de las “emociones morales” como los placeres intelectuales (lectura de novelas románticas) y físicos (masturbación, vaginismo) así como el lujo, generaban “fenómenos psíquicos” como la risa incontrolable, la susceptibilidad desmedida y la “rareza del carácter” mayormente presentes en las mujeres y raras veces en los hombres.⁸⁸ La imagen de la histérica era una abstracción imaginaria fincada en la idea de un ser deseante y desbordado, más que una entidad clínica comprobada en la observación. Es de considerar que las tesis no ofrecieran ejemplos concretos de la “sensualidad arrebatada” en las histéricas, como sí lo hicieron las novelas escritas por los médicos-escritores. En este sentido, los tesisistas fantasearon con un diagnóstico estereotipado en lugar de describir, analizar y estudiar directamente al sujeto de la enfermedad. A pesar de ello, creyeron que su responsabilidad era combatir las “faltas morales” mediante un tratamiento preventivo-prohibicionista que impidiera la excitación:

El tratamiento preventivo debe consistir en sujetar a las personas predispuestas a una buena higiene física y moral a fin de retirar, cuando sea posible, las causas del mal. Para esto es preciso alejar todo aquello que pueda despertar los deseos venéreos y producir la excitación de los órganos genitales; se debe prohibir a las jóvenes la lectura de las novelas e impedir que vean ciertos espectáculos, que oigan ciertas conversaciones y, en general, todo aquello que pueda producir el mismo resultado.⁸⁹

Una educación vigilante de los deseos. Esta era una de las demandas de los tesisistas quienes parecían dirigir sus investigaciones a los padres de las supuestas juventudes descarriadas. En el caso de la epilepsia, los médicos sí ofrecieron ejemplos contundentes de los arrebatos pasionales y describieron

⁸⁸ Buenaventura Jiménez, *La histeria en el hombre*, México, Imprenta de Epitafio D. Orozco y Compañía, 1882, p. 13; Issac Vázquez, *Ligero estudio de algunos de los accidentes de la gran histeria*, México, Imprenta del Comercio, de Dublán y Compañía, 1882, pp. 26, 29; Agustín Salinas, *Breve estudio sobre el tratamiento de la histero-epilepsia*, México, Antigua Imprenta de Murguía, 1886; Alberto Román, *Responsabilidad legal en las personas afectadas de histeria*, México, Imprenta y Encuadernación de Hoeck y Hamilton, 1898, p. 33.

⁸⁹ Francisco Rodiles, *Breves apuntes sobre la histeria, seguidos de un apéndice sobre la locura histérica*, Puebla, Imprenta Miguel Corona, 1885, p. 52.

el “espectáculo” de lujuria en los pabellones de los nosocomios de la capital. Las causas se debían a defectos orgánicos, coagulaciones sanguíneas y “pasiones fuertes”.⁹⁰ Marcos Mazari encontró que de los 86 casos de epilepsia observados entre 1879 y 1882 en el hospital El Divino Salvador, 30 eran por “causas morales”, además, tuvo en cuenta que “el terror y el pesar” fueron las emociones más comunes, pues de ese número en 27 casos habían determinado la neurosis.⁹¹ Al igual que Mazari, los médicos destacaron que los síntomas característicos eran la pérdida del conocimiento después de los accesos convulsivos y “la exageración del carácter ordinario de los enfermos”. Entre desconfiados, maliciosos, pendencieros, estafadores y violentos irredentos, las imágenes comunes de los epilépticos construyeron a un ser dominado por “instintos y pasiones”⁹² que, sin voluntad, desataba todo tipo de riñas y violentas confrontaciones.

Sus observaciones en los manicomios ratificaban que el comportamiento sexual del epiléptico era profundamente inmoral. En un año de práctica en el Hospital de San Hipólito, el médico practicante Elías Gómez reportó que el descaro sexual se reproducía entre la población mayoritariamente joven, recalcó que por ningún motivo debía considerarse el aislamiento como causa de aquel espectáculo indecoroso:

Ningún vicio es, en efecto, más común entre los epilépticos asilados, que la pederastia, el onanismo y la masturbación, sin que puedan imputarse por completo tales anomalías a la continencia en que se ven obligados por la secuestración; y es admisible que disminuya mucho la cifra de atentados contra el pudor, si se descartaran los casos de esta especie llevados a cabo por individuos en cuyos antecedentes se registra la epilepsia.⁹³

⁹⁰ Carlos Chaix, *Estudios patogénico, diagnóstico y psicológico de la epilepsia*, México, Imprenta de la viuda Murguía e Hijos, 1870, p. 27; Librado Pola, *Ligeras consideraciones sobre la patogenia de la epilepsia*, México, Imprenta de El Partido Liberal, 1891, p. 42; Vicente Montes de Oca, *Breve exposición de los principales tratamientos de la histeria y la epilepsia y algunos apuntes para contribuir al estudio científico de la Ipomea (tumba-vaqueros)*, México, Oficina Tipográfica de la Secretaría de Fomento, 1893.

⁹¹ Marcos Mazari, *Breve estudio de algunas causas de la epilepsia en México*, México, Tipografía Barrueco hermanos, 1885, p. 29.

⁹² Juan Villada, *Simulación de la epilepsia*, México, Imprenta El Lápiz del Águila, 1900, p. 12.

⁹³ Elías A. Gómez, *Fenómenos psíquicos de la epilepsia*, México, Imprenta de la Escuela Correccional, 1888, p. 29.

Las tesis de grado muestran las preocupaciones de los médicos en formación sobre el desbordamiento de las pasiones y la condenación de las prácticas sexuales en algunos grupos juveniles en situaciones de encierro manicomial. Los tesisas pusieron atención clínica en las pasiones malsanas que simultáneamente eran discutidas en los círculos académicos, reproduciendo ciertas ideas científicas y dimensionando varios prejuicios aparejados a las neurosis de fin de siglo. Los trabajos de grado revelan, al menos en el discurso, los temores acerca del desenfreno, la lascivia y el libertinaje en la que supuestamente vivían ciertos grupos juveniles de la Ciudad de México. Desde luego que sus afirmaciones resultaban exageradas, aunque ponían en evidencia los miedos y las ansiedades que suscitaban los arrebatos pasionales entre los médicos en formación.

En suma, los médicos diplomados interesados en las cuestiones mentales fueron paladines del comportamiento moderado, tanto público como privado, y opositores acérrimos de los excesos sentimentales. Los discursos médicos pretendieron ser científicos en la medida en que estaban inscritos dentro de un método analítico en ciernes. Las discusiones sobre las pasiones y sus implicaciones psicopatológicas no permanecieron ocultas en los atrios de las academias y hospitales. La prensa capitalina logró dimensionar la locura pasional mediante diversas modalidades textuales que veremos a continuación.

Dementes en la prensa capitalina

Al manicomio se va por muchos caminos. El dolor terrible, la lucha violenta de las pasiones, la felicidad inesperada, la ambición desmedida, el eterno soñar y el amor impetuoso, son otros tantos senderos que conducen al manicomio.¹

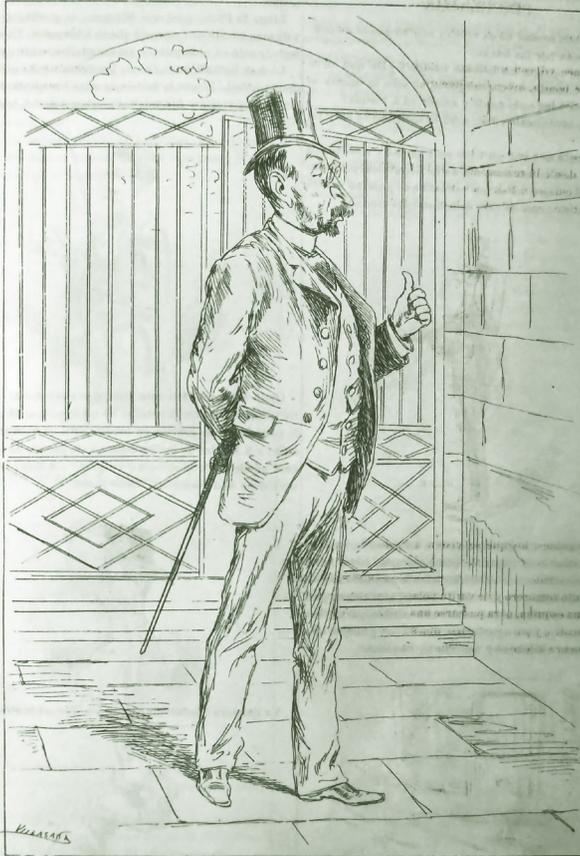
“¡LA LOCURA! ¿QUIÉN LA CURA?”, señala un poema que buscaba criticar la gestión de uno de los más conocidos directores del Hospital de San Hipólito para hombres dementes. En la siguiente imagen se muestra a Juan Govantes saliendo ostentoso del nosocomio, portando un elegante traje afrancesado, con bastón en mano y asentando el dedo con cierto aire de arrogancia. Fue nombrado director-administrador del establecimiento en 1877, mismo año en que los nosocomios para locos comenzaron a depender de la Dirección General de la Beneficencia Pública. En la parte baja de la caricatura publicada en el diario *México Gráfico* el 5 de agosto de 1888, los editorialistas incluyeron un poema burlesco en el que su director, identificado con el yo poético, reflexionaba sobre la incurabilidad de la locura, de sus inconfesados temores hacia los locos de las calles y de los enredos que le profesaban los confinados del manicomio a su cargo. El texto nos permite entender, por un lado, la satirización de la medicina mental y las dificultades teórico-metodológicas para establecer, con claridad, una separación científica entre la razón y la locura; y, por el otro, los miedos de un sector de la sociedad a la propagación de la demencia urbana.²

¹ “Un manicomio”, *El Monitor Republicano*, 5 de mayo de 1882, p. 1.

² Varias notas periodísticas daban cuenta de las actitudes y comportamientos transgresores de una diversidad de sujetos catalogados de locos por irrumpir en el espacio público. Por

ESTUDIOS DEL NATURAL

DR. JUAN N. GOVANTES.



¡¡La locura!! ¿Quién la cura?
 ¿Por qué tengo este hospital,
 Si la locura es un mal
 Que ni el demonio lo cura?
 En este mundano valle,
 Qué sustos me dan á mí
 Más que los locos de aquí
 Los que encuentro por la calle.

Y en este abismo me pierdo
 Que no descifro tampoco:
 Entre los cuerdos soy loco
 O entre los locos soy cuerdo...
 Me abrumba reflexionar,
 Entrando en estas honduras:
 Si no curo mis locuras,
 ¿A qué loco he de curar?

AL PIE DE LA IMAGEN SE LEE: "¡¡La locura!! ¿Quién la cura? / ¿Por qué tengo este hospital, / Si la locura es un mal / Que ni el demonio la cura? / Este mundano valle, / Que sustos me dan á mí, / Más que los locos de aquí, / Los que encuentro por la calle. / Y en este abismo me pierdo, / Que no descifro tampoco: / Entre los cuerdos soy loco, / O entre los locos soy cuerdo... / Me abrumba reflexionar, / Entrando en estas honduras: / Si no curo mis locuras, / ¿A qué loco he de curar?". Fuente: "Estudios del natural. Dr. Juan N. Govantes", *México Gráfico*, 5 de agosto de 1888, p. 3.

La creciente aparición de noticias iba posicionando el tema de la locura en una opinión pública conformada por un limitado número de periodistas y hombres públicos que buscaban crear un espacio autónomo respecto al gobierno.³ Considerado tema de interés social, la prensa oficialista, combatiente, liberal y conservadora construyó una imagen negativa de los “locos” identificándolos con la violencia y las pasiones incontroladas. Redactores en jefe, gacetilleros, escritores-periodistas y médicos-columnistas enarbolaron discursos alarmistas dirigidos a la sociedad en su conjunto, sobre la propagación de las enfermedades mentales. Suponían que su deber como representantes de la *vox populi* era comunicar sobre comportamientos censurables cometidos en estados de alcoholismo o bajo el influjo de pasiones violentas, imponiendo a los lectores una visión temerosa de los dementes. La locura como un “hecho noticioso” alcanzó popularidad en los principales diarios capitalinos que difundían noticias y construían opiniones al respecto, y, al hacerlo, compartían las necesidades de control social de los grupos dirigentes.⁴

ejemplo, el 21 de noviembre de 1883, un hombre montado a caballo transitaba por las calles de la Ciudad de México, cabalgaba apacible “insultando a todo el mundo” sin razón aparente. Según el redactor, no era un personaje que reclamara el dinero de una apuesta o increpara al amante de su prometida, se trataba de un “loco” que perturbaba la tranquilidad pública. “Un loco”, *El Monitor Republicano*, 21 de noviembre de 1883, p. 3. Otra noticia difundida en los diarios detallaba sobre la situación de una mujer de mediana edad avecinada en la capital, la cual comenzó a “golpear a los paseantes frente a la puerta de su habitación” en la calle de las Cuevas. La “pobre loca”, así llamada por los redactores de la nota, también había golpeado a un niño “causándole una herida en la cabeza”. “Una loca”, *El Monitor Republicano*, 22 de enero de 1884, p. 3.

³ Al respecto, Pablo Piccato señala que la llamada “opinión pública” representaba un espacio de prácticas y relaciones sociales que involucraban a una minoría ilustrada que creían hablar en nombre de la sociedad mexicana. Pablo Piccato, “Honor y opinión pública: la moral de los periodistas durante el porfiriato temprano”, en Cristina Sacristán y Pablo Piccato (coord.), *Actores, espacios y debates en la historia de la esfera pública en la ciudad de México*, México, Instituto de Investigaciones Históricas/Instituto Mora, 2005, p. 149.

⁴ Para el caso del suicidio y la criminalidad como noticia en la prensa capitalina, Alberto del Castillo, “Notas sobre la moral dominante a finales del siglo XIX en la Ciudad de México. Las mujeres suicidadas como protagonistas de la nota roja”, en Claudia Agostoni y Elisa Speckman (eds.), *Modernidad, tradición y alteridad. La Ciudad de México en el cambio de siglo (XIX-XX)*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, 2001, pp. 319-338; Elisa Speckman, “Las flores del mal. Mujeres criminales en el porfiriato”, *Revista Mexicana*, vol. XLVII, núm. 1, 1997, pp. 183-229.

La prensa capitalina acogió las enfermedades mentales como una mercancía relevante para los lectores porfirianos, las noticias permitían a los parroquianos estar al tanto de las discusiones médicas del momento, mientras que los editorialistas lograban vender sus periódicos con todo tipo de informes, notas y reseñas curiosas. Unas veces generaban opiniones favorables sobre el ejercicio de la medicina mental dentro de los manicomios; otras más, lanzaron severas críticas respecto de la reclusión y maltrato que vivían los locos, como ocurrió con los internos del Manicomio General La Castañeda a inicios del siglo XX.⁵ Los diarios capitalinos solían presentar noticias en las que caricaturizaban a los médicos de la mente, exhibiendo las dificultades que enfrentaban para establecer los límites de la cordura y la sinrazón.⁶ Si bien el estudio de la prensa ha permitido reconstruir el ambiente social y la participación de los médicos en procesos célebres de locos-criminales,⁷ pocas veces se evalúan los formatos y el papel que tuvieron los periódicos en la configuración social del caso clínico. Éstos construyeron un sujeto anormal que terminó por delinear el imaginario psicopatológico de finales de siglo.

¿Cuáles fueron las representaciones de la locura en los medios capitalinos?, ¿cómo fueron descritos los sujetos y bajo qué modalidades textuales? Los

⁵ Existen varios estudios al respecto, para el caso mexicano, Cristina Sacristán, “La locópolis de Mixcoac en una encrucijada política: reforma psiquiátrica y opinión pública, 1929-1933”, en Cristina Sacristán y Pablo Piccato (coords.), *Actores, espacios y debates...*, op. cit., pp. 199-232; para el caso brasileño, Ana Teresa Venancio y José Saiol Roberto, “El Hospicio Nacional de Alienados en la prensa de Río de Janeiro (1903-1911)”, *Asclepio*, vol. 69 núm. 2, 2017, p. 190, doi: <<http://dx.doi.org/10.3989/asclepio.2017.13>>, fecha de consulta: 14 de diciembre de 2017.

⁶ Sobre la satirización de los facultativos y de las prácticas médicas en la prensa porfiriana, Claudia Agostoni, “Que no traigan al médico. Los profesionales de la salud entre la crítica y la sátira (Ciudad de México, siglo XIX-XX)”, en Cristina Sacristán y Pablo Piccato (coords.), *Actores, espacios y debates...*, op. cit., pp. 97-120.

⁷ Estos temas han sido estudiados por Andrés Ríos Molina, *Memorias de un loco anormal. El caso de Goyo Cárdenas*, México, Debate, 2010; “Reflexiones psiquiátricas sobre los crímenes de *El Sapo* (1954)”, en Elisa Speckman y Salvador Cárdenas (eds.), *Crimen y justicia en la historia de México. Nuevas miradas*, México, Suprema Corte de Justicia, 2011, pp. 387-408. Para el caso español, Ricardo Campos, *El caso Morillo: crimen, locura y subjetividad en la España de la Restauración*, Madrid, Consejo Superior de Investigaciones Científicas/Frenia, 2012; José Antonio Maya González, “Locura y criminalidad en el discurso médico porfiriano: el caso de Enrique Rode, 1888-1891”, *Trashumante. Revista Americana de Historia Social*, núm. 5, enero-julio 2015, pp. 129-148.

periódicos porfirianos ofertaban conocimientos sobre la demencia urbana mediante los cuales construían retóricas alarmistas que alertaban a la sociedad sobre los peligros de los comportamientos pasionales, transgresores y violentos. Cabe mencionar que los rotativos son una fuente de primera mano al visibilizar objetos y prácticas científicas destinados a la enseñanza, espectáculo y divertimento del público lector.⁸ La civilización del periódico registró el pulso de los sucesos urbanos que involucraban a personajes enloquecidos y daba cuenta de las novedades científicas en materia de medicina mental. Con el objeto de informar e ilustrar, los editorialistas recurrieron a gacetillas, traducciones de novedades, artículos de divulgación, cuentos, crónicas y reportajes, escritos por periodistas y literatos de reconocido prestigio dentro del mapa cultural porfiriano.⁹ Mediante descripciones sucintas sobre el mal comportamiento de los supuestos locos, la actividad periodística cubrió de manera reiterada temas vinculados a las causas y los tratamientos de las enfermedades mentales, retratando, así, el perfil social de las personas que habían perdido el juicio y la razón.

Gacetillas

Los escritores de la segunda mitad del siglo XIX se hicieron depositarios de una de las actividades más importantes en México: el ejercicio periodístico. Como se sabe, los diarios eran los principales instrumentos de información de lo público, labor realizada gracias al esfuerzo de empresarios, editores, tipógrafos, redactores y periodistas que participaron de la civilización del

⁸ Sobre estos temas es imprescindible el trabajo colectivo: *Ciencia y espectáculo. Circulación de saberes científicos en América Latina, siglos XIX y XX*, en María José Correa, Andrea Kottow y Silvia Vetö (eds.), Chile, Ocho Libros, 2016.

⁹ Dentro de las modalidades textuales, también identificamos informes oficiales publicados por las autoridades médicas capitalinas sobre el estado de los inmuebles, la administración de los nosocomios y sobre estadísticas de enfermos mentales en los hospitales de San Hipólito y El Divino Salvador. Sin embargo, debemos considerar que estas últimas no figuraban como estrategias informativas para reclamar lectores, en todo caso, ayudaban a mediar las percepciones negativas de los funcionarios públicos y su actuación al frente de los manicomios. También procuraban informar sobre las mejoras institucionales enalteciendo la labor de los facultativos.

periódico.¹⁰ Durante la gestión de Porfirio Díaz y la breve administración de Manuel González (1880-1884) aumentaron los periódicos en circulación en todo el territorio, por ejemplo: en 1884 existían seis diarios de oposición y 24 a favor del gobierno en turno; para 1888 había 227, un año después 385, alcanzando la cantidad de 531 en 1898.¹¹ Tan sólo en 1876 había 182 diarios en la capital, reduciéndose a 142 para 1910, muchos de los cuales probablemente desaparecieron luego de las campañas presidenciales de Díaz.¹² Sin entrar en debate sobre la cantidad, el aumento y la disminución de los impresos, es importante señalar que la prensa capitalina alcanzó tal importancia social que difícilmente los individuos podían mantenerse al margen del sistema de información de lo público.¹³

La mediatización de la locura fue resultado de un proceso de selección entre varios asuntos cotidianos, en el que las inserciones noticiosas solían patologizar a los transgresores utilizando el lenguaje docto de los médicos. Sin embargo, era frecuente que dichas notas oscilaran entre lo científico y lo sobrenatural: *El Noticioso: diario de la mañana* detalló sobre unas “mordidas invisibles” de las que era “víctima” una joven de Huetamo. El reportero constató que se trataba de “un caso de histeria acentuada”, y afirmó que dichas laceraciones eran manifestación “de los estigmas de la enfermedad”.¹⁴ El carácter

¹⁰ Irma Lombardo, *De la opinión a la noticia. El surgimiento de los géneros informativos en México*, México, Ediciones Kiosko, 1992, p. 8. Florence Toussaint estima que entre 1876 y 1910 circularon 2 579 periódicos; 2 003 en los estados de la República y 576 en la capital. *El Monitor del Pueblo* y *El Noticiosos* publicaron alrededor de 20 000 ejemplares, mientras que *El Siglo Diez y Nueve* y *El Monitor Republicano* 10 000, *El Tiempo*, 3 500, *El Nacional* 3 000 y *El Universal* 4 500. Florence Toussaint Alcaraz, *Escenario de la prensa en el porfiriato*, México, Universidad Nacional Autónoma de México/Fundación Manuel Buendía, 1989, pp. 11, 31-32.

¹¹ Paul Garner, *Porfirio Díaz. Del héroe al dictador. Una biografía intelectual*, México, Planeta, 2010, p. 144.

¹² Inés Yujnovsky, “Cultura y poder: el papel de la prensa ilustrada en la formación de la opinión pública” <<http://www.h-mexico.unam.mx/node/6549#fn1>>, fecha de consulta: 20 de diciembre de 2016.

¹³ Alberto del Castillo, “El surgimiento de la prensa moderna en México”, en Belem Clark de Lara y Elisa Speckman, *La República de las letras. Asomos a la cultura escrita del México decimonónico*, en Belem Clark de Lara y Elisa Speckman Guerra (eds.), vol. II, Universidad Nacional Autónoma de México, 2005, pp. 105-118; Jean-Yves Mollier, *La lectura en Francia durante el siglo XIX*, México, Instituto Mora, 2009, p. 13 (Cuadernos de Secuencia).

¹⁴ “Mordidas invisibles”, *El Noticioso: diario de la mañana*, 10 de agosto de 1894, p. 1.

sensacionalista pretendía reclamar lectores con invocaciones fantásticas, aunque en el marco de una retórica científicista: “Una joven llamada Eduwigis N. que padece de histeria y se cree embrujada por sus parientes”, señaló un gacetillero de *El Monitor Republicano*, “fue consignada al Juzgado 2º Correccional por haber amagado a las personas que creía la habían embrujado”.¹⁵ Según la nota, un médico legista certificó la histeria que supuestamente padecía y, al hacerlo, validaba ciertos temores fundados en la peligrosidad de la detenida. Estas noticias informativas estaban dirigidas a públicos más amplios, debían ajustarse al formato de la prensa moderna basada en la economía del lenguaje.¹⁶ La información sobre la pertenencia social de los locos y sus comportamientos públicos estaba en las secciones de “noticias curiosas”, luego comenzaron a aparecer en las llamadas “gacetillas”.

Las gacetillas eran breves pinceladas informativas que generalmente recogían noticias de otros periódicos nacionales y extranjeros,¹⁷ notificaban sobre atentados contra el pudor, suicidios, asesinos célebres, locos ilustres, sexualidades peligrosas, locos agitados, bebedores enfurecidos, religiosas delirantes; en fin, daban cuenta sobre de la vida de indigentes, peleadores enfurecidos, bebedores incontrolables, mariguaneros, escupidores, maleantes, tartamudos o sobre cualquier individuo que presentara algún comportamiento anómalo o francamente violento.¹⁸ Las editoriales utilizaron la “curiosidad” que despertaba la locura como una estrategia de mercado para ofertar noticias sin necesidad de explicar los conceptos que utilizaban; en realidad, construían acontecimientos “vistosos” que, en el mejor de los casos, coincidían con el

¹⁵ “Una histérica”, *El Monitor Republicano*, 23 de agosto de 1894, p. 3.

¹⁶ Un breve panorama de la estructura, organización y difusión de la prensa moderna porfiriana, se encuentra en Alberto del Castillo, “El surgimiento de la prensa moderna en México...”, *op. cit.*, pp. 105-118.

¹⁷ Para Pablo Piccato, las gacetillas establecían un puente entre la prensa y “las habladorías”, porque combinaban información de primera mano (cartas, citas, reportes) con debates y opiniones indiscriminadas que podían afectar la honorabilidad de los hombres públicos y las personas comunes. Pablo Piccato, *La tiranía de la opinión...*, *op. cit.*, p. 95.

¹⁸ Existe en la prensa capitalina una abundante reproducción de gacetillas sobre locos, locuras y todo tipo de dementes, algunos ejemplos son: “Un loco”, *El Monitor Republicano*, 3 de marzo de 1883, p. 3; “Loca”, *El Siglo Diez y Nueve*, 1 de mayo de 1883, p. 2; “Loco pacífico”, *El Tiempo*, 21 de agosto de 1883, p. 3; “Un joven demente”, *El Monitor Republicano*, 13 de junio de 1884, p. 3; “Un individuo loco”, *El Monitor Republicano*, 12 de agosto de 1884, p. 3; “¿Salvaje o loco?”, *El Universal*, 7 de julio de 1888, p. 3.

asombro de los lectores.¹⁹ *El Universal*, en su edición del 16 de enero de 1891 tituló su inserción “Locos en campaña”, en la que describía la conducta inmoral y peligrosa de dos mujeres y un hombre de la capital que perdieron el juicio. Tamara Martínez buscaba estrellas caídas del cielo, María Trinidad se sentía perseguida por un santo patrono y Vidal Victoria era un borrachín tímido y agresivo.²⁰ El redactor buscaba minimizar el problema de la locura alegando que “por fortuna, no [son] muy comunes entre nosotros”.²¹ Aunque la locura existía desde tiempos remotos, las gacetillas detallaban sobre los sucesos “del día”, presentando como “novedosos” actos censurables ejecutados por sujetos concretos.

Al usar protocolos de escritura sencillos, puntuales y sobrecogedores, los periódicos pretendían transformar la locura en una mercancía redituable. Otro ejemplo de este procedimiento noticioso lo encontramos en la siguiente inserción: “El suicida se llamaba Antonio Romero; su cadáver fue conducido a la comisaría de la primera demarcación. Se dice que Romero estaba falto de juicio, pues ya había dado antes algunas pruebas de locura”.²² La apostilla “se dice”, establecía vasos comunicantes entre infinidad de murmuraciones y la sociedad porfiriana, tenía la función de otorgar sentido al suicidio de un ciudadano y encasillarlo como una acción demencial. En contadas veces, las gacetillas denunciaron la presencia de “locos” en plazas públicas, mercados, parques, anfiteatros y avenidas principales, transgrediendo las leyes y la moral mediante robos a transeúntes, insultos en carnicerías, plegarias en voz alta o enfrentamientos callejeros que derivaban en hechos de sangre.²³

¹⁹ Para esta sección he retomado la propuesta de Víctor Goldgel, quien analizó “la novedad” como categoría de valor en la prensa hispanoamericana de la primera mitad del siglo XIX. Para el autor, las noticias curiosas como los terremotos, erupciones volcánicas, meteoritos, niños con tres brazos satisfacían la curiosidad de los lectores, porque presentaban algo “ya visto” como un “hecho asombroso” y, por lo tanto, con un sentido de novedad gracias a las estrategias del lenguaje que llevaban a cabo los escritores. Víctor Goldgel, *Cuando lo nuevo conquistó América. Prensa, moda y literatura en el siglo XIX*, Argentina, Siglo XXI, 2013, p. 93.

²⁰ “Locos en campaña”, *El Universal*, 16 de enero de 1891, p. 2.

²¹ *Idem*.

²² “Suicidio”, *El Universal*, 13 de julio de 1888, p. 5.

²³ Para un análisis histórico del periodismo de nota roja, véase el trabajo colectivo *Nota roja. Lo anormal y lo criminal en la historia de México*, en Rebeca Monroy Nasr, Gabriela Pulido Llano y José Mariano Leyva (coords.), prólogo de Carlos Martínez Asad, México, Secretaría de Cultura, Instituto Nacional de Antropología e Historia, 2018.

En efecto, una de las funciones de las gacetillas era alertar a la población de que el comportamiento desmedido, pasional y proclive a la violencia podía trastocar la paz social. El 2 de junio de 1882, *El Monitor Republicano* informó que un ex paciente del Hospital de San Hipólito para hombres dementes, se encontraba en misa cuando le sobrevino “un acceso, y arrojándose con furia sobre los devotos, maltrató a algunos y cayó a poco, privado”. Posteriormente, unos “cacos” aprovecharon la confusión para robar a los fieles.²⁴ Mediante informaciones concisas y sin argumentaciones complejas, las gacetillas funcionaron como un instrumento de comunicación que ayudaba a diseminar temores. Para los lectores, estos comportamientos transgresivos podían resultar muestras elocuentes de que los excesos pasionales, la furia contenida y la violencia desatada podían representar síntomas de alguna forma de locura.

Traducciones

Otra estrategia para vender periódicos, ilustrar y persuadir a los lectores eran las traducciones de libros, actas de congresos y artículos de revistas internacionales, las cuales permitieron la circulación de nuevos conceptos del alienismo decimonónico. Si bien los médicos interesados en las cuestiones mentales durante el periodo de estudio no contaban con manuales de psiquiatría o de otros textos rectores,²⁵ no podemos minimizar el hecho de que las traducciones pudieron ayudar a los facultativos, y a la sociedad, para estar al tanto de la publicación de libros y conocer las actividades de los alienistas en el exterior. La difusión de una psiquiatría francesa mediante traducciones, revela la importancia que tenía para las élites el idioma francés, en tanto que representaba la lengua de los civilizados. Los historiadores han examinado la traducción como objeto de estudio por su valor documental, dado que exhibe las políticas internacionales, las agendas culturales e ideologías de sus productores. Las prácticas traductorales se sitúan en contextos fronterizos, ya que los traductores actúan como un puente “entre culturas” al gozar de poder cultural para promover determinados temas o títulos.²⁶

²⁴ “Un loco”, *El Monitor Republicano*, 2 de junio de 1882, p. 3.

²⁵ Andrés Ríos Molina, *La locura durante la Revolución Mexicana. Los primeros años del Manicomio General La Castañeda, 1910-1920*, México, El Colegio de México, 2009, p. 34.

²⁶ Nayelli Castro, “Traducción e historiografía en México: Nuestro ‘ser histórico’ a través de la cortina de hierro”, *Mutatis Mutandis*, vol. 11, núm. 1, 2018, pp. 52-74.

Mediante las traducciones del francés e inglés, los editores mexicanos ponían al alcance de la sociedad referencias provenientes de Europa y, con ello, mostraban el “grado de civilización de nuestra joven nación”.²⁷ Entre los más traducidos figuraban el criminalista Cesar Lombroso (1835-1909), los alienistas Henry Maudsley (1835-1918), Jacques-Joseph Moreau de Tours (1804-1884), Jean-Pierre Falret (1794-1870) y Jean Étienne Dominique Esquirol (1772-1840), personajes reconocidos por sus investigaciones en las que establecieron una vinculación directa entre el grado de civilización, la organización biológica y la patología mental.²⁸ Cabría resaltar que los traductores solían fijar los horizontes de la información, aquellos considerados relevantes para los lectores, como el papel de la herencia en la etiología de la locura.

Un ejemplo importante son las traducciones realizadas por Andrés Díaz Milián, destacado funcionario del régimen, médico y economista que fungió durante años como un flamante redactor de *El Siglo Diez y Nueve*, diario para el que tradujo reseñas de libros y artículos de interés público sobre patología mental y criminalidad.²⁹ En su traducción de la reseña a propósito del libro *La patología del espíritu* del célebre alienista inglés Henry Maudsley, Andrés Díaz Milián destacó la importancia del texto porque mostraba “las influencias sociales en el origen de la locura”.³⁰ En la traducción, Milián resaltó a un Maudsley decidido en ponderar que la locura se presentaba entre las naciones civilizadas y no entre “los pueblos salvajes” alejados de “esas pasiones y de todos esos deseos artificiales” que imponía el liberalismo decimonó-

²⁷ “El Congreso de Blas. La moralización por el hipnotismo”, *El Monitor Republicano*, 24 de octubre de 1884, p. 2.

²⁸ Algunos ejemplos de las diversas traducciones realizadas para los diarios capitalinos son: “Los criminales por enfermedad”, *El Siglo Diez y Nueve*, 19 de octubre de 1888, p. 1; “Las modernas ideas sobre el crimen”, *El Siglo Diez y Nueve*, 21 de agosto de 1890, p. 1. Para conocer la recepción de la antropología criminal de Lombroso en el México finisecular, Elisa Speckman, *Crimen y castigo. Legislación penal, interpretaciones de la criminalidad y administración de justicia (Ciudad de México, 1872-1910)*, México, El Colegio de México/ Universidad Nacional Autónoma de México, 2007.

²⁹ Andrés Díaz Milián, “Los hombres de genio”, *El Siglo Diez y Nueve*, 11 de enero de 1892, p. 1; “La antropología criminal”, *El Siglo Diez y Nueve*, 14 de noviembre de 1892, p. 1.

³⁰ Originalmente, la reseña fue escrita por P. Kuntz y publicada en inglés. Inmediatamente el doctor Germand la tradujo al francés y apareció en *La Liberté*, luego traducida al español por Milián. Andrés Díaz Milián, “Las enfermedades del espíritu”, *El Siglo Diez y Nueve*, 26 de octubre de 1883, pp. 1-2.

nico. Consideró que la herencia, la intemperancia y “las angustias mentales” no formaban parte de la vida “primitiva”, así, la enfermedad mental quedaba circunscrita a la configuración urbana y las grandes ciudades.

Este horizonte hermenéutico validaba el posicionamiento que defendían los médicos mexicanos respecto a la ausencia de formas de locura entre los pueblos indígenas, argumentando que los indios habían quedado al margen de los progresos de la civilización.³¹ Finalmente, el artículo traducido por Milián criticaba abiertamente a la religión católica debido a que podía engendrar “delirios y sentimientos fantásticos”. Dada la organización del texto como la importancia adjudicada por su interprete, la traducción del artículo infundía entre los lectores la idea de que la enajenación mental emergía de las urbes citadinas, mientras que la religión resultaba nociva para ciertas conciencias maltratadas y almas frágiles que las habitaban.³² Finalmente, los términos de locura, demencia y enfermedad mental aparecieron indistintamente en las traducciones, éstos hacían referencia a comportamientos transgresivos, actitudes pasionales y pérdida de la razón. La labor de los traductores fue crucial para los lectores porfirianos; si bien imponían sus agendas culturales capitalizando los intereses de las élites, sus traducciones ponían de manifiesto la importancia de las transferencias culturales para el estudio de la locura en México.

Artículos de divulgación

“La locura se propaga”, advertía un artículo publicado en *El Universal* en su edición del 1 de septiembre de 1891. El texto hacía referencia al Congreso de Alienistas celebrado ese mismo año en la ciudad de Lyon, Francia, donde varios especialistas llamaron la atención de la opinión pública internacional sobre el aumento preocupante del número de locos. Estimaron en más de 100

³¹ Para los facultativos porfirianos, la enfermedad mental era un fenómeno de civilización, como lo hemos visto anteriormente. De estos y otros aspectos dan cuenta los trabajos de Cristina Rivera Garza, “Por la salud mental de la nación: vida cotidiana y Estado en el Manicomio General La Castañeda, México, 1910-1930”, *Secuencia*, 51, Instituto Mora, 2001, pp. 57-89; Andrés Ríos Molina, “Locura y encierro psiquiátrico en México: el caso del Manicomio La Castañeda, 1910”, *Antipoda*, núm. 6, enero-junio, 2008, pp. 73-90.

³² Andrés Díaz Milián, “Las enfermedades del espíritu...”, *op. cit.*, p. 2.

mil los infortunados confinados en diversas instituciones del planeta.³³ En la reunión se concluyó que las principales causas de la enajenación mental eran el consumo de alcohol y las afecciones del sistema nervioso. La noticia difundida en uno de los diarios más importantes de la capital, buscaba alertar a la sociedad mexicana sobre los peligros que podía representar el incremento de los dementes en el territorio nacional. Para ofrecer una respuesta a las ansiedades que pudieran despertar estas noticias, los médicos comenzaron a ocupar los espacios periodísticos, amén de difundir saberes expertos y coadyuvar a la ilustración de los lectores.

La publicación de una variedad de artículos relacionados con la locura, se intensificó en número durante los últimos años del siglo XIX. Los textos generalmente aparecían en las primeras páginas de los diarios y en las secciones que llevaban sugerentes títulos: “Misterios de la ciencia” o “Sección del doctor”. Otras publicaciones, como las conferencias impartidas por los expertos, solían aparecer en las secciones dedicadas a temas sociales. Los contenidos eran diversos: el magnetismo, la electrometría, el sonambulismo, la neurosis, reglas de urbanidad, higiene física, preceptos morales, recomendaciones terapéuticas, entre otros. Dichas producciones estaban encaminadas a disciplinar los comportamientos públicos e instaurar funciones “naturalizadas” de los roles de género en el contexto social porfiriano.³⁴ Mediante un tono didáctico, pero sin abandonar la solemnidad propia de una élite preocupada por los progresos materiales, los textos tenían la encomienda de derribar supersticiones, informaciones vagas y falsas interpretaciones que pudieran desorientar a la sociedad sobre las cuestiones de la patología mental. Fueron escritos por médicos reconocidos por su vocación científica y propagandística del positivismo: Manuel Flores, Porfirio Parra y Secundino Sosa. Estos profesionales de la medicina no sólo impartieron clases y atendieron en sus gabinetes particulares, también lograron encumbrarse en la opinión pública como redactores de los principales diarios de la capital.

³³ “El Congreso de Alienistas. La locura se propaga”, *El Universal*, 1 de septiembre de 1891, p. 3.

³⁴ El sometimiento y los ideales de domesticidad promovidos desde la ciencia, la prensa y los manuales de comportamiento, son estudiados por Carmen Ramos Escandón, “Mujeres positivas. Los retos de la modernidad en las relaciones de género y la construcción del parámetro femenino en el fin de siglo mexicano, 1880-1910”, en Claudia Agostoni y Elisa Speckman (eds.), *Modernidad...*, *op. cit.*, p. 293.

Los artículos muestran dos preocupaciones: establecer una clasificación científica y ponderar la centralidad de las pasiones en la etiología de la locura. Los autores siguieron el modelo clínico propuesto por los aludidos Phillipe Pinel y Jean-Étienne Esquirol, y destacaron el paradigma anatomopatológico abordado en el capítulo anterior. Para difundir el conocimiento, los diarios solían enviar a sus redactores y reporteros para cubrir las presentaciones públicas que dictaban los médicos de renombre. En abril de 1894, *El Universal* detalló que habían asistido más de 200 personas a las lecciones teórico-prácticas dictadas por el facultativo Guillermo Parra los domingos, entre los asistentes, en su mayoría estudiantes y señoritas, había estadounidenses interesados en atestiguar los estados hipnóticos.³⁵ Las conferencias públicas sobre sugestión e hipnotismo fueron una respuesta a la intensa actividad que realizaban ciertos ilusionistas, prestidigitadores e hipnotistas que ofrecían sus espectáculos en la Ciudad de México, en los que recreaban parálisis faciales o estados de sonambulismo con personas del público, que oscilaban entre lo sobrenatural y la charlatanería. Mientras que dichas presentaciones fueron usadas por los diarios para socavar el prestigio de los médicos, éstos, a su vez, buscaron demostrar que sólo la ciencia académica estaba capacitada para verificar los fenómenos histéricos.³⁶

Las labores de divulgación continuaron. El diario *El Universal* publicó las conferencias sobre psiquiatría impartidas por el facultativo Secundino Sosa en el salón de exámenes de la Escuela de Medicina. Los textos fueron publicados en forma de artículos en las primeras planas, muchos de ellos corregidos por el autor con el fin de evitar posibles errores de interpretación. Según la redacción, las sesiones del doctor Sosa habían sido todo un éxito entre los estudiantes de medicina, a las que también asistieron abogados ilustres como

³⁵ “Público de señoritas en unas conferencias sobre hipnotismo. Experiencias curiosas”, *El Universal*, 18 de abril de 1894, p. 1.

³⁶ Mauro Vallejo, “Magnetizadores, ilusionistas y médicos. Una aproximación a la historia del hipnotismo en México, 1880-1900”, *Transhumante. Revista Americana de Historia Social*, núm. 5, enero-junio 2015, p. 214. Tal era el interés por la histeria que la figura asociada a la enfermedad, Jean-Marie Charcot, pronto se convirtió en una celebridad en los diarios nacionales al ser considerado como el “más admirable de los especialistas actuales en las enfermedades del sistema nervioso”. J. Valenzuela, “El hipnotismo y la histeria”, *El Siglo Diez y Nueve*, 10 de junio de 1882, pp. 1-2; “Experimentos del Dr. Charcot”, *El Diario del Hogar*, 3 de enero de 1899, p. 2.

Pedro Miranda, Alonso Rodríguez Miramón, Protasio Tagle, aunado a varios funcionarios públicos, juriconsultos y escritores distinguidos como el futuro folclorista Ángel de Campo “Micrós” (1868–1908).³⁷ La asidua concurrencia de la inteligencia porfiriana era un claro indicador de la curiosidad e interés social que suscitaba la psiquiatría en ciernes.

Siguiendo a Phillipe Pinel, Secundino Sosa fue uno de los primeros médicos que procuró distinguir el término de “locura” —que aludía generalmente a las percepciones sociales sobre el comportamiento—, respecto al concepto de enfermedad mental, el cual se refería a un trastorno de las facultades de la inteligencia y la voluntad cuya sede era el cerebro.³⁸ No obstante, en sus intervenciones quincenales en la Escuela de Medicina, utilizó el término locura como sinónimo de enfermedad mental. Ante su audiencia, Sosa afirmó categórico: “si no existe un trastorno orgánico no hay locura”.³⁹ La supremacía de lo biológico sobre lo social permitía que los médicos de la mente se posicionaran en el terreno que más conocían: el cuerpo. Sólo la exploración anatómopatológica podía revelar la verdadera causa de la vesania. Secundino Sosa advirtió a los asistentes y lectores, quienes semana a semana leían sus charlas, que no debían juzgar el llanto recurrente de un niño de 5 años o la desconfianza franca de un viejo octogenario como una forma de locura. Si bien reconoció las dificultades metodológicas para catalogarla debido a que todavía eran “desconocidas las lesiones cerebrales”,⁴⁰ en ningún momento descartó la influencia de las pasiones en la etiología: “En nuestro país [...] una fuerte

³⁷ “Sobre la locura. Conferencia”, *El Universal*, 7 de febrero de 1891, p. 2. Recordemos que, en su juventud, Ángel de Campo comenzó a estudiar medicina en la Escuela de Medicina, pero en 1890 la abandonó para dedicarse al profesorado y la escritura. Yliana Rodríguez González, “Ángel de Campo: modalidades de la escritura”, en Rafael Olea Franco (ed.), *Doscientos años de narrativa mexicana*, México, El Colegio de México, 2010, pp. 227–249.

³⁸ Philippe Pinel estableció por vez primera que los llamados “locos” no eran más que individuos enfermos que requerían intervención médica. Según esto, ya no eran seres caídos del cielo o almas errantes en la tierra, sino cuerpos y mentes enfermas susceptibles de curación por medio de una terapéutica a la que llamó tratamiento moral. La medida consistía en redirigir la mente de los enfermos con dulzura y disciplina, hasta restituirles la razón. Su labor humanista y vocación de servicio lo encumbró en los anales de la historia de la psiquiatría como el “libertador de los locos”. Dora B. Weiner, *Comprender y curar. Philippe Pinel (1745–1826). La medicina de la mente*, México, Fondo de Cultura Económica, 2002, p. 15.

³⁹ “Escuela de Medicina. El Dr. Sosa”, *El Universal*, 14 de febrero de 1891, p. 2.

⁴⁰ “Escuela de Medicina. Conferencias del Dr. Sosa”, *El Universal*, 28 de febrero de 1891, p. 3.

conmoción moral puede producir también la locura, así como la pérdida de la fortuna, por un incendio, una inundación, etcétera, son causas inmediatas del desequilibrio mental, pero para que obren, es necesaria cierta disposición”.⁴¹

Lectores, profesionales y amplios sectores de la sociedad capitalina tuvieron a su disposición un conjunto de conocimientos didácticos acerca de las causas de la demencia. Porfirio Parra abogó para que los progresos científicos llegaran a públicos más amplios. “La sección del Doctor”, publicada durante un año y medio aproximadamente en el diario *El Universal*, tenía por objetivo brindar consejos de higiene personal y familiar, además de ofrecer saberes comprensibles sobre afecciones y sus tratamientos que estuvieran al alcance de todos. Parra abordó temas diversos como la educación sentimental, enfermedades respiratorias y trastornos mentales.

Respecto de las psicopatías, el médico chihuahuense buscó en reiteradas ocasiones dilucidar que la “verdadera causa científica” de los males mentales radicaba en la transmisión por herencia familiar.⁴² En otros artículos reiteró que la perversión moral de un sujeto y las pasiones que lo dominaban, eran consecuencia directa de la “debilidad orgánica”.⁴³ Si bien los diarios proporcionaban un espacio de libertad y expresión de ideas, también preconizaban un modelo sexuado del mundo, según el cual, lo femenino quedaba relegado a la pedagogía y lo masculino a la actividad intelectual.⁴⁴ Aunque Porfirio Parra escribió para un público amplio y fundamentalmente letrado, los códigos de higiene estaban claramente dirigidos a las damas de familia encargadas de los asuntos del hogar.

La incorporación de los médicos en los periódicos no sólo procuró ilustrar a diversos públicos, sino que buscaba avalar su imagen pública como los

⁴¹ “Causas de la locura. Conferencias del Dr. Sosa”, *El Universal*, 7 de marzo de 1891, p. 2.

⁴² De hecho, Porfirio Parra defendió en las páginas del diario que la herencia era una ley general aplicable a cualquier ser vivo. La “herencia patológica” explicaba en buena medida el origen de enfermedades físicas y mentales. Porfirio Parra, “La ley de la herencia. El organismo humano”, *El Universal*, 31 de enero de 1891, p. 1.

⁴³ Porfirio Parra, “Los nerviosos”, *El Universal*, 22 de junio de 1892, p. 2; “Epilepsia”, *El Universal*, 1 de junio de 1892, p. 2. También puede consultarse, Dr. X, “Los neurasténicos jincurables!”, *El Universal*, 20 de mayo de 1891, p. 1.

⁴⁴ Marie-Eve Thérenty, *La invención de la cultura mediática. Prensa, literatura y sociedad en Francia en el siglo XIX*, México, Instituto Mora, 2013, p. 32.

verdaderos profesionales de la salud y los únicos responsables de intervenir en el cuerpo social de la nación:

El estudio de las pasiones humanas se impone con fuerza irresistible a todo médico ilustrado, el cual debe ver en el cuerpo social multitud de enfermos cuya dolencia a nadie preocupa hasta verla desenlazada en cualquiera de esas tres formas de muerte civil llamada miseria, locura y crimen. *El conocimiento de las pasiones debe ser para el médico concienzudo una verdadera clínica del alma*, donde necesita, no sólo saber diagnosticar, sino saber curar.⁴⁵

Desde el punto de vista médico, las pasiones malsanas como la ira, los celos y la envidia cobraron relevancia mediática debido a que conformaban parte del amplio catálogo de actitudes censurables que podían trastocar, por igual, el cuerpo y el cerebro: “La ira trastorna por completo nuestro estado fisiológico. En un momento de ira, ponemos a prueba nuestro cerebro, nuestra digestión, nuestra circulación y en general todos los órganos que realizan las funciones de la vida”.⁴⁶

Prensa, medicina y sociedad reforzaban unos contratos de lectura mediante la difusión de preceptos higiénicos para el hogar y, al hacerlo, establecían un pacto social destinado a modular el comportamiento público. El médico y pedagogo Manuel Flores, exigió imponer la moderación como un agente benéfico para la salud colectiva, resaltó que la medida, después de todo, mostraba el grado de “civilidad” sin el cual no habría equilibrio en la sociedad.⁴⁷

Infiltrados en el manicomio

La diseminación de la demencia como suceso periodístico fue construyendo un marco cultural idóneo para la emergencia de una serie de propuestas textuales interesadas en sumergirse en los intramuros manicomiales: la crónica

⁴⁵ Marco L., “Higiene moral”, *El Municipio Libre*, 7 de mayo de 1887, p. 1. Cursivas mías.

⁴⁶ “Conversaciones semanarias”, *La Patria Ilustrada*, 28 de mayo de 1894, pp. 254-255; “La ira (su remedio)”, *El Tiempo Ilustrado*, 7 de junio de 1896, p. 152.

⁴⁷ Manuel Flores, “La urbanidad, la higiene y la moral”, *El Mundo Ilustrado*, 17 de septiembre 1899, p. 194; “El tratamiento que debe darse a los hijos”, *El Mundo Ilustrado*, 7 de agosto de 1898, p. 119.

epistolar, el reportaje ilustrativo y el cuento decadente. Estas modalidades textuales no sólo requerían del talento y la audacia del escritor-periodista, en realidad, debían satisfacer las exigencias del editor quien, finalmente, pagaba su salario.⁴⁸ Los cuentos reproducidos en los rotativos discutían las fronteras de la cordura, muchos de sus protagonistas-narradores representaban la salud y la enfermedad descritas bajo esquemas de oposición bueno/malo. En general, los personajes eran solitarios, letrados y biológicamente predisuestos. Alucinaban debido a las turbulencias que experimentaban en la modernidad.⁴⁹ Estos escritos pretendían visibilizar el mundo de la locura mediante personajes que visitaban los nosocomios de la capital.⁵⁰

En julio de 1882, el médico, escritor y periodista Hilarión Frías y Soto (1831-1905) publicó su texto “Cartas de un loco” en las páginas de *El Diario del Hogar*. Safir, el protagonista-narrador de la obra, decidió recluirse en el nosocomio de San Hipólito al sentirse un genio poco valorado, “sin que nadie me estorbara al paso”. De acuerdo con su declaración, la verdadera motivación de su incursión era “la curiosidad de ver este edificio y de buscar en él un descanso y un asilo”.⁵¹ Las cartas de Hilarión forman un discurso que abrevia de la narrativa de viaje y la crónica epistolar, géneros o modalidades textuales que utilizó el autor para producir un “texto híbrido” con el cual

⁴⁸ Belem Clark de Lara, *Tradición y modernidad en Manuel Gutiérrez Nájera*, México, Universidad Nacional Autónoma de México/Instituto de Investigaciones Filológicas, 1998, p. 50. La cuestión de la profesionalización del escritor y el análisis de los cuentos mexicanos serán tratados en los próximos capítulos.

⁴⁹ Algunos ejemplos de cuentos del romanticismo español publicados en los diarios mexicanos son: “Locos y cuerdos”, *La Libertad. Periódico Liberal-Conservador*, 2 de mayo de 1879, p. 1; Antonio Hermosa, “Alucinamiento”, *El Siglo Diez y Nueve*, 4 de abril de 1882, p. 2; Ramiro Blanco, “La salud y la enfermedad”, *El Monitor Republicano*, 3 de septiembre de 1883, p. 2; Manuel Osorio y Bernard, “Una casa de locos”, *La Libertad*, 2 de julio de 1884, p. 1.

⁵⁰ Otras veces, describían con desagrado y franca repulsión la vida cotidiana en el manicomio: “Medio centenar de desgraciados dementes estaban diseminados en el patio del edificio: todos con semblantes amarillos, con ojos de miradas extraviadas o inmóviles que revelaban su trastorno mental y algunos con actitudes inusitadas que acusaban lo extraño de su manía”. “Fragmentos de un loco”, *La Mujer. Semanario de la Escuela de Artes y Oficios para Mujeres*, 1 de septiembre de 1882, p. 2.

⁵¹ Safir, “Entorno del hogar. Cartas de un loco” y “Entorno del hogar I. La última carta de Safir”, *El Diario del Hogar*, tomo I. núms. 245, 248 y 251, correspondientes a los días 21, 25 y 28 de julio de 1882, pp. 1-2, 1-3 y 1-2, respectivamente.

podía mantener el interés de los lectores, incidir en la opinión pública y criticar, mediante la ironía, la política científica del presidente Manuel González y su compadre Porfirio Díaz.⁵² A todo esto habría que añadir que el protagonista-narrador era corresponsal del mencionado rotativo.

Lo primero que llamó su atención era la fetidez y los miasmas que inundaban los espacios del deteriorado inmueble: “Solo le encargo a usted –refiriéndose al editor– que traiga consigo o un trozo de alcanfor en su bolsa, o el pañuelo empapado de solución de ácido fénico; o cualquier cosa, en fin, que le haga tolerar a usted este aire viciado y nauseabundo”.⁵³ En su recorrido, Safir criticó la pésima gestión del entonces director, el aludido doctor Juan Govantes, a quien calificó de hombre honrado, pero “pésimo administrador”. El mal olor, la soledad y la violencia representaban las condiciones de vida de los enfermos en San Hipólito. Sus descripciones fueron las primeras leyendas negras sobre el espacio manicomial:

Yo aquí adentro, creerá ud que visita uno de los círculos del infierno de Dante: oirá ud carcajadas estridentes, sollozos desgarradores, lamentaciones tristísimas, aullidos que nada tienen de humano. Y verá ud locos que vociferan, que dan voces militares de mando, otros que predicán, otros que gesticulan, y otros que recorren vagando como sombras inconscientes, mientras algunos se acurrucan en un rincón como animales montaraces.⁵⁴

Varios años después de la publicación de “Cartas de un loco”, Francisco Zárate Ruiz, escritor y periodista michoacano, autor de los libros *Cuentos de manicomio. Los que no llegan a San Hipólito* y *Cuentos funambulescos* editados en Morelia en 1903,⁵⁵ publicó en el rotativo *El Popular* en su edición del 25 de

⁵² Ana Laura Zavala Díaz, “Todos los locos son hombres de su tiempo: locura y política en una obra de Hilarión Frías y Soto”, en Raquel Mosqueda Rivera, Luz América Viveros Anaya y Ana Laura Zavala Díaz (eds.), *Literatura y prensa periódica, siglo XIX y XX*, México, Universidad Nacional Autónoma de México/Instituto de Investigaciones Filológicas, 2019, p. 27.

⁵³ Safir, “Entorno del hogar. Cartas de un loco”, *El Diario del Hogar*, tomo I, núm. 245, 21 de julio de 1882, p. 2.

⁵⁴ Safir, “Cartas de un loco”, *El Diario del Hogar*, 25 de julio de 1882, p. 1.

⁵⁵ Francisco Ruiz Zárate, *Cuentos de manicomio. Los que no llegan a San Hipólito*, Morelia, Talleres de la Escuela Industrial Militar “Porfirio Díaz”, 1903; *Cuentos funambulescos*, Morelia, Talleres de la Escuela Industrial Militar “Porfirio Díaz”, 1903.

julio de 1899, un cuento que llevó por título “Cuentos del manicomio. ¡No era loco!”. Se trataba de un texto híbrido que también compartía elementos de la estética decadente que veremos en el quinto capítulo, en el que exploraba la situación acuciosa de los locos confinados a partir de la visita que realizó su protagonista-narrador al nosocomio.⁵⁶ Al ingresar a San Hipólito, percibió un espacio ordenado y salubre, por sus rincones se apreciaba un “notable aseo y adornos con banderas nacionales y recortes de papeles multicolores”, donde el personal transitaba apacible con sus blanquecinas batas. El protagonista-narrador pretendía exaltar la festividad del día de su visita. Asumió una posición de testigo inocente que recogía con detalle todo aquello que el guía iba mostrándole, como si se trata de un visitante ingenuo que recorre, por vez primera, un verdadero museo de la locura: “Aquel es un abogado que padece delirio de persecución”, aleccionaba el guía, “ese anciano cree que la cabeza que tiene no es suya y lo peor es que los ojos no son ni de esa cabeza”,⁵⁷ y así sucesivamente con varios asilados que, al mismo tiempo, se acercaban al contingente que los visitaba. A medida que un loco fingido justificaba la necesidad de encerrar a “los infelices”, el protagonista-narrador observó con asombro que esos locos confinados “no se preocupan más que por ellos mismos”. Para el visitante, por lo menos aquellos dementes de San Hipólito no tenían problemas sociales y económicos.⁵⁸

Es posible considerar los textos de Hilarión Frías y Soto y Francisco Zárate Ruiz como los precursores del periodismo de inmersión en los nosocomios capitalinos en México.⁵⁹ Si bien esta modalidad periodística perdura largamente hasta la segunda mitad del siglo XX,⁶⁰ a finales del XIX muchos

⁵⁶ Francisco Zárate Ruiz, “Cuentos del manicomio. ¡No era loco!”, *El Popular*, 25 de julio de 1899, p. 2.

⁵⁷ *Idem*.

⁵⁸ *Idem*.

⁵⁹ Estos temas son examinados con detalle en José Antonio Maya González, “Precursores del ‘periodismo psiquiátrico’ en la Ciudad de México a finales del siglo XIX”, *Estudios de Historia Moderna y Contemporánea*, núm. 61, enero-junio, 2021, pp. 101-132, doi: <<https://doi.org/10.22201/iih.24485004e.2021.61.76277>>.

⁶⁰ Rafael Huertas examinó las astucias del escritor Torcuato Luca de Tena para adentrarse en un manicomio y tener conocimiento de primera mano sobre la locura desde adentro. Al final, Luca de Tena escribió la exitosa novela *Los renglones torcidos de Dios* (1979). Rafael Huertas, “Psiquiatría y literatura en la España de la transición: Los renglones torcidos de Dios (1979)”, *Revista Latinoamericana de Psicopatología Fundamental*, vol. 20, núm. 1, 2017, pp. 142-164.

escritores-periodistas tomaron el lugar de la víctima recluida en un manicomio para testimoniar sobre lo observado. Por ejemplo, en 1887 Nellie Bly publicó en el *New York World* un importante libro compuesto por 17 reportajes sobre el asilo psiquiátrico de Blackwell's Island, en el que se hizo pasar por una paciente para documentar las vejaciones y maltratos que recibían las internas.⁶¹ Pocos años después, apareció en México uno de los primeros reportajes que pretendían dar cuenta del mundo social de la locura con la finalidad de ilustrar a los lectores sobre los principales diagnósticos de la época.

El 11 de agosto de 1895, el periodista y empresario Julio Poulat publicó en *El Mundo Ilustrado* un extenso reportaje titulado “La fiesta de los locos” a propósito del día de San Hipólito celebrado el 13 de agosto.⁶² La revista estaba destinada a la élite porfiriana, incluía noticias nacionales e internacionales, secciones literarias y culturales (novedades, teatro, zarzuela), así como reportajes sobre asuntos sociales de los sectores privilegiados: bautismos, matrimonios y diversas celebraciones.⁶³ A pocos meses de su fundación, el semanario alcanzó los cinco mil suscriptores según informó la redacción en una nota de junio.⁶⁴ Julio Poulat visitó los hospitales, San Hipólito y el Divino Salvador, con la finalidad de comprender las condiciones de vida de los internos. Entrevistó a los directores y algunos pacientes de los respectivos manicomios para comunicar a sus lectores “algunos datos de interés social”.

El texto era bastante solemne, pero contenía un tono moralizante mediante el cual el autor presentaba a los confinados como víctimas del despojo y la violencia de las pasiones: “esas pobres víctimas de la ignorancia, la credulidad, el vicio, la superstición, las influencias magnéticas, las pasiones violentas como el amor, el odio, la cólera, la venganza, los celos, el fanatismo, el dolor

⁶¹ El libro se llamó *10 Days in a Madhouse*. Igualmente, Andrée Thery realizó un reportaje sobre un hospital psiquiátrico tomando el lugar de una enfermera postulante. Marie-Eve Thérénty, *La invención de la cultura mediática. Prensa, literatura y sociedad en Francia en el siglo XIX*, México, Instituto Mora, 2013, p. 48, Cuadernos Secuencia.

⁶² Julio Poulat, “Artículos curiosos para personas ilustradas. 13 de agosto. La fiesta de los locos”, *El Mundo Ilustrado*, 11 de agosto de 1895, pp. 6-7.

⁶³ Estos y otros aspectos son estudiados por Antonio Saborit, *El Mundo Ilustrado de Rafael Reyes Spíndola*, México, Grupo Carso, 2003.

⁶⁴ Estos y otros aspectos materiales de la revista son estudiados por Martha Eugenia Alfaro Cuevas, “Revisión histórica del semanario *El Mundo Ilustrado* (1894-1914), en sus diez etapas, a partir del análisis de sus carátulas y portadas”, *Diseño y Sociedad*, otoño 2013, primavera 2014, núms. 35-36, pp. 96-107.

y la alegría. Los degenerados son los inválidos que no pueden combatir; los dementes son los que caen al pelear”.⁶⁵ A pesar de que su trabajo estaba dirigido a “personas ilustradas”, es posible especular que llegara a un número indeterminado de lectores dado su estilo directo y prosa refinada. Las doce fotografías y dos ilustraciones que acompañaban al texto, ayudaban a visibilizar los cuadros sintomatológicos característicos del alienismo francés (desde las manías, lipemanías y monomanías, hasta los delirios).⁶⁶

En su trabajo, Julio Poulat siguió las clasificaciones médicas de Pinel y Esquirol, sobre todo en aquellos aspectos que concernían a las causas físicas y el papel de las pasiones. También reconoció que la embriaguez era un factor determinante en los accesos de locura, así como el papel de la herencia como transmisor de los vicios en la organización.⁶⁷ De esta manera, los lectores podían obtener saberes en torno a la locura y reconocer, en dichos sujetos, los gestos característicos de la enfermedad.

A finales del siglo XIX, muchos capitalinos experimentaron el auge de los periódicos y la inserción de una variedad de modalidades textuales, en las cuales se procuró informar sobre el mundo social de los locos y la etiología del padecimiento. Las gacetillas, artículos, traducciones, crónicas, cuentos y reportajes, posicionaron la demencia en la opinión pública. Por su parte, los gacetilleros, ciertos médicos-columnistas y otros escritores-periodistas procuraron acercar a los lectores algunos conocimientos didácticos sobre la vida pasional de los locos urbanos y de otros confinados en los nosocomios.

⁶⁵ Julio Poulat, “Artículos curiosos para personas ilustradas...”, *op. cit.*, p. 7.

⁶⁶ Para estructurar su trabajo, es muy probable que Poulat conociera las clasificaciones realizadas por Jean-Etienne Esquirol propuesta en 1838, descritas en el ya mencionado libro *Des maladies mentales considérées sous les rapports médical, hygiénique et médico-legal*. En este trabajo, el alienista francés presentó “formas generales de locura” las cuales incluían la lipemanía, la monomanía, la manía, la demencia, imbecilidad o idiotismo. Llama la atención que en el reportaje, la primera fotografía corresponde a la “manía aguda”, muy similar a la imagen de una “maniaca” presentada en el libro de Esquirol. Rafael Huertas, *El siglo de la clínica. Para una teoría de práctica psiquiátrica*, Madrid, Novalia Electronic Editions, 2005, p. 55. Una vez más, la presencia de Pinel y Esquirol a finales de siglo, es más que evidente.

⁶⁷ Julio Poulat, “Artículos curiosos para personas ilustradas...”, *op. cit.*, p. 6.

ARTISTAS CURSADOS PARA FIRMAS ILUSTRADAS LA FRIETA DE LOS LOCOS.

Según se ve en la figura, de los dos locos, se ve en el de la izquierda el de los locos, se ve en el de la derecha el de los locos...



EL CARACTÉRISTICO DEL...

Los locos que se ven en esta página son de los que se ven en esta página, se ven en esta página...



EL CARACTÉRISTICO DEL...

LA FRIETA DE LOS LOCOS.



EL CARACTÉRISTICO DEL...

Los locos que se ven en esta página son de los que se ven en esta página, se ven en esta página...



EL CARACTÉRISTICO DEL...

LA FRIETA DE LOS LOCOS.



EL CARACTÉRISTICO DEL...

Los locos que se ven en esta página son de los que se ven en esta página, se ven en esta página...



EL CARACTÉRISTICO DEL...

LA FRIETA DE LOS LOCOS.



EL CARACTÉRISTICO DEL...

Los locos que se ven en esta página son de los que se ven en esta página, se ven en esta página...



EL CARACTÉRISTICO DEL...

LA FRIETA DE LOS LOCOS.



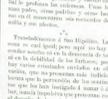
EL CARACTÉRISTICO DEL...

Los locos que se ven en esta página son de los que se ven en esta página, se ven en esta página...



EL CARACTÉRISTICO DEL...

LA FRIETA DE LOS LOCOS.



EL CARACTÉRISTICO DEL...

Los locos que se ven en esta página son de los que se ven en esta página, se ven en esta página...



EL CARACTÉRISTICO DEL...

LA FRIETA DE LOS LOCOS.



EL CARACTÉRISTICO DEL...

Los locos que se ven en esta página son de los que se ven en esta página, se ven en esta página...



EL CARACTÉRISTICO DEL...

LA FRIETA DE LOS LOCOS.



EL CARACTÉRISTICO DEL...

Los locos que se ven en esta página son de los que se ven en esta página, se ven en esta página...



EL CARACTÉRISTICO DEL...

LA INSERCIÓN DE FOTOGRAFÍAS E ILUSTRACIONES buscaba ofrecer a los lectores los rostros supuestamente característicos de cada enfermedad mental. Estas implementaciones tecnológicas no sólo mostraban el aspecto moderno del reportaje, sino que ponían en circulación la gestualidad y corporalidad aparentes de los locos y sus aficciones: lipemanía con estupor, el idiotismo, la manía aguda, megalomanía, manía tranquila, manía crónica, lipemanía crónica, epilepsia, imbecilidad, parálisis general, delirio de grandeza, idiotismo y la degeneración. Fuente: El Mundo Ilustrado, 11 de agosto de 1895, pp. 6-7.

Escritores moralistas

Yo he tenido siempre la convicción de que los sentimientos de los hombres se forman en la niñez con la lectura de estas novelas, que los hacen ver al través del prisma de su inocencia, siempre triunfante la virtud y siempre odioso el vicio.

VICENTE RIVA PALACIO¹

El amor dichoso no tiene historia.

DENIS DE ROUGEMONT²

EN LAS ÚLTIMAS DOS DÉCADAS, la nueva historiografía de la literatura y los estudios literarios han dirigido sus esfuerzos en reexaminar la cultura escrita en el México decimonónico, a partir de la comprensión de las condiciones en que se produjeron las obras, el papel de los literatos como trabajadores asalariados, la profesionalización del escritor y sus medios de subsistencia, además de ponderar los periódicos como plataformas de circulación de lo literario, entre otros aspectos. Asimismo, se ha mostrado el eclecticismo narrativo muy diverso (romanticismo, realismo, naturalismo, simbolismo) que caracterizó a las prácticas discursivas en el último tercio del siglo XIX.³ No es de sorpren-

¹ Pedro Castera, *Carmen (Memorias de un corazón)*, prólogo de Vicente Riva Palacio, México, Tip. de La República, 1882, p. IV.

² Denis de Rougemont, *El amor y Occidente*, Barcelona, Editorial Kairós, 1993.

³ Para una revaloración de la cultura literaria del siglo XIX, véase *La República de las Letras. Asomos a la cultura escrita del México decimonónico*, en Belem Clark de Lara y Elisa Speckman Guerra (eds.), México, vols. I, II, III, Universidad Nacional Autónoma de México, 2005; Belem Clark de Lara, *Tradición y modernidad en Manuel Gutiérrez Nájera*, México, Univer-

der que la nación pretendidamente moderna que anhelaban los porfiristas implicara la incorporación de muchos estilos en los planos literario, arquitectónico y artístico, por lo que un “estilo mexicano” en las artes, había sido el resultado de una variedad de formas estéticas.⁴ Siguiendo esta línea argumentativa, es posible elucidar los “rasgos” específicos de una o varias obras en un contexto de amplios y diversos registros discursivos. Mediante sólidos aparatos interpretativos y utilizando conceptos de otras disciplinas como la sociología, la lingüística y la antropología, los estudiosos producen otras historias de la cultura escrita con la finalidad de complejizar el campo literario.⁵ Esta perspectiva implica estudiar las redes intelectuales, las sociabilidades, las instituciones culturales y científicas, así como las disputas, negociaciones y pactos de lectura entre la prensa, la sociedad y la cultura.⁶ En mi opinión, se trata de comprender cuáles fueron los abordajes literarios relacionados con un conjunto de obsesiones estéticas, temáticas culturales, preocupaciones sociales y problemáticas sanitarias inherentes al proceso de modernización que experimentó el país durante la administración de Porfirio Díaz.

La etapa de modernización (económica, política, social) que percibieron amplios sectores de la sociedad, también tuvo un impacto en diversas expresiones de la cultura escrita. Los escritores nacionales lucharon incansablemente por la emancipación literaria respecto a otros cánones extranjeros, logrando su

sidad Nacional Autónoma de México/Instituto de Investigaciones Filológicas, 1998; *Tras las huellas de Eugenio Sue. Lectura, circulación y apropiación de Los Misterios de París. Siglo XIX*, en Laura Suárez de la Torre (coord. y ed.), México, Instituto Mora, 2015.

⁴ Mauricio Tenorio Trillo, *Artifugio de la nación moderna. México en las exposiciones universales, 1880-1930*, México, Fondo de Cultura Económica, 1998, p. 144.

⁵ Pierre Bourdieu considera el “campo literario” como un concepto clave para entender los espacios que consagraron a los escritores y artistas, como salones y academias; las formas de pensamiento que adoptaron y los medios de difusión cultural: revistas, asociaciones, teatros, entre otros aspectos que lo conforman. Estos temas son examinados por el sociólogo en *Las reglas del arte. Génesis y estructura del campo literario*, España, Anagrama, 2011.

⁶ Existe una amplia bibliografía sobre estos temas, menciono algunas: *Literatura y prensa periódica. Siglos XIX y XX*, en Raquel Mosqueda Rivera, Luz América Viveros Anaya y Ana Laura Zavala Díaz (eds.), México, Universidad Nacional Autónoma de México/Instituto de Investigaciones Filológicas, 2019; *Literatura y prensa periódica mexicana. Siglo XIX y XX. Afinidades, simpatías, complicidades*, en Marco Antonio Chavarrín González e Yliana Rodríguez González (coords.), México, UNAM/Instituto de Investigaciones Filológicas/El Colegio de San Luis, 2017.

integración en el ámbito de las letras latinoamericanas y su inserción al sistema de producción capitalista (inclusión dada mediante su ejercicio periodístico).⁷ Una de sus misiones era instruir a los lectores medios sobre la época que les tocó vivir, entre otras labores estéticas.⁸ No es mi objetivo establecer puntos de comparación entre lo nacional e internacional, pero cabría mencionar que, tanto en Hispanoamérica como en México, se produjeron relatos sentimentales que promovían un imaginario burgués fincado en amores heterosexuales, la familia conyugal y la pareja legítima; en una palabra, exploraron fantasías culturales asociadas con la privacidad burguesa.⁹ Una variada constelación de escritores mexicanos abanderó, con entusiasmo, el nacionalismo cultural durante el último cuarto del siglo XIX,¹⁰ escribieron novelas y relatos sentimentales con la finalidad de ilustrar sobre virtudes, modales y comportamientos deseados; al mismo tiempo, condenaron los vicios, las enfermedades y, por supuesto, las pasiones descontroladas.

Entre 1882 y 1900, se publicaron en la Ciudad de México algunas obras que relataron romances y ficciones sentimentales, ayudando así a la creación de realidades sociales destinadas al sostenimiento de las reglas de conducta vigentes. Los médicos-escritores centraron sus ficciones sentimentales en la

⁷ Los siguientes capítulos deben su orientación teórica y metodológica al ya citado trabajo de Belem Clark de Lara, *Letras mexicanas del siglo XIX. Modelo de Compresión Histórica*, Universidad Nacional Autónoma de México/Instituto de Investigaciones Filológicas, 2009, p. 76.

⁸ *La misión del escritor. Ensayos mexicanos del siglo XIX*, organización y presentación de Jorge Ruedas de la Serna, Universidad Nacional Autónoma de México/Coordinación de Humanidades/Dirección General de Publicaciones, 1996, p. 9; Gerardo Bobadilla Encinas, *Estudios sobre literatura mexicana del siglo XIX. Reflexiones críticas e historiográficas*, Madrid, Editorial Pliegos, 2009, p. 33.

⁹ Paulette Cécile Silva Beaugard, *De médicos, idilios y otras historias. Relatos sentimentales y diagnósticos de fin de siglo*, Santa Fe de Bogotá, Colombia, Convenio Andrés Bello, 2000, p. 24; *Historia de la vida privada*, dirigida por Philippe Ariés y George Duby, Madrid, Taurus, tomo IV, 1984, pp. 99-120.

¹⁰ En términos generales, escritores como Ignacio Manuel Altamirano (1834-1893), José Peón y Contreras (1843-1907), Justo Sierra (1848-1912), entre otros literatos, eran representantes importantes del nacionalismo cultural. Escribieron entre los años 1867-1889, pensaban que la literatura debía ser útil a la sociedad, razón por la cual era menester de los escritores enseñar, instruir y construir ciudadanía, deleitando a los lectores sobre comportamientos y buenas costumbres. Belem Clark de Lara, “¿Constelaciones o generaciones?”, en Belem Clark de Lara y Elisa Speckman Guerra (comps.), *La República de las letras...*, op. cit., p. 35. Estos y otros aspectos se desarrollarán más adelante.

descripción de experiencias infortunadas en el amor. Coincidió con varios autores en que estas narrativas lacrimógenas estaban dirigidas a lectores de los grupos medios y sectores privilegiados que podían identificarse con héroes y heroínas, realizando matrimonios satisfactorios o, por lo menos, fantasear con ese ideal romántico.¹¹ Desde esta perspectiva, es posible considerar que, en el plano narrativo, el liberalismo celebró el amor y el matrimonio como baluartes de la modernidad porfiriana. Pero, ¿quiénes fueron estos escritores?, ¿dónde escribieron y qué tipo de actividades desarrollaron?

Románticos positivistas

Al triunfo de la República, los escritores encabezados por el abogado, militar, escritor y periodista Ignacio Manuel Altamirano (1834-1893), se dieron a la tarea de crear una literatura propiamente nacional que exaltara “lo mexicano”. Para realizar dicha empresa, se fundó *El Renacimiento* en 1869, un periódico literario que buscó unir a las distintas facciones políticas (liberales y conservadores) en torno a un proyecto común: integrar la nación y mexicanizar la literatura.¹² En este periodo de restauración surgió una pléyade de literatos fuertemente comprometidos con el proyecto civilizatorio que veían por medio de su tarea intelectual.¹³ José Peón y Contreras (1843-1907), Pedro Castera (1846-1906), Porfirio Parra (1854-1912) y José Rafael Guadalajara (1863-¿?)¹⁴ fueron literatos de formación variada que utilizaron los saberes de la medicina mental para recrear a sus personajes. Ejemplos literarios representativos de este proceso de ficcionalización de la locura son: *Taide. Contornos de la vida ideal* (1885) y *Veleidosa* (1891), novelas cortas escritas por José Peón y Contreras.¹⁵ Algunos cuentos y relatos de Pedro Castera, que luego fueron

¹¹ Esto argumentos son desarrollados por Doris Sommer, *Ficciones fundacionales. Las novelas nacionales de América Latina*, Colombia, Fondo de Cultura Económica, 2004, p. 24.

¹² Belem Clark de Lara, *Tradición y modernidad...*, op. cit., p. 30.

¹³ Jorge Ruedas de la Serna, *La misión del escritor...*, op. cit., p. 9.

¹⁴ Desafortunadamente, para el caso de este último autor, no encontré la fecha exacta en que murió, aunque debió ocurrir después de 1911, ya que en la tercera edición de su libro *Amalia, páginas del primer amor* publicado ese mismo año, apareció un nuevo prólogo de su autoría.

¹⁵ José Peón y Contreras, *Taide. Contornos de una vida ideal*, México, edición “Diario del Hogar”, Tipografía Literaria, 1885; *Veleidosa*, México, Imprenta de Francisco Díaz de León, 1891.

incluidos en *Impresiones y recuerdos* (1882);¹⁶ sus novelas *Carmen. Memorias de un corazón* (1882);¹⁷ *Dramas de un corazón* (1890) y *Querens* (1890). De Porfirio Parra destaca su extensa novela *Pacotillas*, publicada en forma de libro en 1900.¹⁸ Y la novela corta *Sara. Páginas del primer amor* (1887), escrita por José Rafael Guadalajara. El hilo conductor de estas ficciones psicopatológicas son los excesos pasionales que aquejan a sus protagonistas. Los autores describieron relatos sentimentales con un fuerte sentido clínico. Desde el punto de vista de la historia cultural de la psiquiatría, estas narrativas tenían la función de reproducir, validar y legitimar las visiones científicas de la locura propuestas desde el discurso de la medicina mental. Para sostener dicho argumento, primero nos detendremos en examinar el perfil social de los escritores y las redes de sociabilidad que conformaron.

Los escritores pertenecieron a diferentes generaciones, tuvieron una formación heterogénea y realizaron actividades profesionales simultáneas. Fueron literatos que incursionaron al menos en algún género como la novela, el teatro y la poesía; también fueron activos redactores en los principales periódicos de la época. Bajo los aires del triunfalismo republicano, de unión política y de amor a las letras nacionales, nacieron y crecieron esta primera constelación de poetas, médicos, periodistas y literatos. Un acercamiento acotado a sus biografías nos permitió llegar a las siguientes consideraciones:¹⁹ José Peón

¹⁶ Algunos de los cuentos se publicaron en *La República. Semana Literaria*; por ejemplo, “Un amor artístico”, *La República. Semana Literaria*, año 1, núm. 8, tomo I, domingo 20 de noviembre de 1881, pp. 94-97; “Los ojos garzos”, *La República. Semana Literaria*, año 1, núm. 6, tomo I, domingo 6 de noviembre de 1881, pp. 71-74.

¹⁷ La novela no se editó en formato de libro, sino que apareció “por entregas” en forma de folletín en *La República. Semana Literaria*. Existen, por lo menos, una decena de reediciones que datan desde 1886: en la Librería de la Vda. de Ch. Bouret, París, se reeditó en los años 1887, 1904, 1907, 1908, 1920 y 1926; también fue publicada en la Editorial Latinoamericana en 1943; Porrúa la publicó en su “colección de escritores mexicanos” desde 1950, 1995 y 2004, edición y prólogo de Carlos González Peña.

¹⁸ A partir del 13 de septiembre de 1891, aparecieron las primeras entregas en el suplemento literario de *El Universal*, de Rafael Reyes Spíndola. Ana Laura Zavala, *En cuerpo y alma: ficciones somáticas en la narrativa mexicana de las últimas décadas del siglo XIX*, para obtener el grado de doctora en letras por la Universidad Nacional Autónoma de México, 2012, pp. 93-113, ofrece interesantes datos sobre las condiciones de publicación de la obra.

¹⁹ Los datos de los autores han sido tomados de los siguientes libros: María Teresa Bisbal Siller, *Los novelistas y la ciudad de México (1810-1910)*, México, Ediciones Botas, 1963; John

y Contreras y Porfirio Parra fueron destacados médicos practicantes en hospitales dentro y fuera de la Ciudad de México, mostraron gran interés por la patología mental y la lírica española. El primero fue director del Hospital de San Hipólito para hombres dementes e impartió la cátedra de Patología Mental en la Escuela Nacional de Medicina, en sucesión del primer alienista mexicano, el aludido Miguel Alvarado. El 28 de abril de 1897, el entonces secretario de gobernación, Manuel González Cosío, giró instrucciones para que José Peón y Contreras impartiera “lecciones clínicas de patología mental en los hospitales para hombres y mujeres dementes”.²⁰ El dramaturgo yucateco gozaba de buen prestigio social, de tal manera que sus actividades personales solían estar registradas en las gacetillas de la prensa capitalina.²¹

Pedro Castera, en cambio, figuró como minero, científico autodidacta, ferviente escritor espírita y destacado buscador de tesoros.²² Un aspecto relevante de su biografía es que resultó uno más de los cientos de pacientes asilados en el hospital para hombres dementes de San Hipólito. En efecto, en junio de 1883, Pedro Castera apareció en las listas de nómina de los pensionistas del

S. Brushwood, *México en su novela. Una nación en busca de su identidad*, México, Fondo de Cultura Económica, 1998; Emmanuel Carballo, *Diccionario crítico de las letras mexicana en el siglo XIX*, México, Océano/Consejo Nacional para la Cultura y las Artes, 2001; José Luis Martínez, *La expresión nacional*, México, Consejo Nacional para la Cultura y las Artes, 1995; Ralph E. Warner, *Historia de la novela mexicana en el siglo XIX*, México, Antigua Librería Robredo, 1953 y Ana Cecilia Rodríguez de Romo y otros, *Protagonistas de la medicina científica mexicana, 1800-2006*, México, Universidad Nacional Autónoma de México/Facultad de Medicina/Plaza y Valdés, 2008.

²⁰ Archivo Histórico de la Secretaría de Salud, Fondo: Beneficencia Pública, Sección: Establecimientos Hospitalarios, Serie: Hospital San Hipólito, leg. 5, exp. 18, 1894, f. 11. En adelante: F-BP, S-EH. S-HSH.

²¹ Por ejemplo, *El Siglo Diez y Nueve* en su edición del 13 de octubre de 1883, p. 2, detalló el cambio de domicilio del “inteligente y estudioso facultativo” José Peón y Contreras, recientemente instalado en la calle de la Profesa número 5.

²² Antonio Saborit, “El regreso de Pedro Castera”, *Nexos*, 1 de agosto de 1987 <<https://www.nexos.com.mx/?p=4832>>. Estos datos coinciden con algunas noticias que aparecieron en la prensa capitalina, según esto, en junio de 1883 comenzó a dar seguimiento de la situación que vivía el literato y los acalorados debates que suscitó la supuesta locura de Pedro Castera entre un sector de la opinión pública. “Pedro Castera”, *El Siglo Diez y Nueve*, 21 de junio de 1883, p. 3. Al parecer, el escritor estuvo confinado en San Hipólito aproximadamente un año y medio, ya que para junio de 1884, se hablaba de la inminente salida del “ilustre escritor”. “El Sr. Pedro Castera”, *El Monitor Republicano*, 3 de junio de 1884, p. 3.

nosocomio, durante su confinamiento pagaba 12 pesos mensuales para gastos de manutención.²³ Y, finalmente, José Rafael Guadalajara figuró como profesor de lenguas romances, empresario de metales y contador privado.²⁴ Contreras nació en Yucatán, Parra en Chihuahua, mientras que los dos restantes fueron oriundos de la capital. Pedro Castera fue el único que en su juventud se enlistó como soldado combatiente en contra del ejército francés.

Ya entrados en años, todos desempeñaron cargos públicos dentro y fuera de la ciudad; José Peón y Contreras, Pedro Castera y Porfirio Parra fueron representantes políticos en Yucatán y Nuevo León el primero, Querétaro y Puebla el segundo y Chihuahua e Hidalgo este último. Por su parte, en 1887 José Rafael Guadalajara ingresó al Departamento de Contabilidad de la Tesorería General; posteriormente, el político y financiero del régimen porfirista, José Yves Limantour, lo nombró contador de la Dirección General de Rentas del Distrito Federal.²⁵ En cada uno de sus espacios laborales, todos fueron miembros destacados y respetadas personalidades públicas con cargos específicos en la estructura de gobierno de Porfirio Díaz. Por las redes de sociabilidad que conformaron y su ubicación política en la estructura de gobierno, podemos concebirlos como “letrados” y no “intelectuales” propiamente dichos, debido a que fueron escritores, periodistas, médicos, empresarios y científicos que participaron en sucesos históricos y actividades políticas, ocupando puestos

²³ F-BP, S-EH. S-HSH, leg. 4, exp. 1, 1883, f. 17. Se han manejado varias versiones sobre las causas de su confinamiento: el exceso de trabajo intelectual y por haberse negado a colaborar en la campaña del níquel impulsada por el entonces presidente Manuel González. Otra versión indica que fue la familia la que lo confinó debido a un problema legal de tierras. De cualquier manera, su reclusión fue un suceso importante que despertó acalorados debates en la opinión pública. Esta perspectiva es desarrollada por Ana Laura Zavala Díaz y José Antonio Maya González, “El caso del escritor Pedro Castera: entre la esfera pública, el campo literario y la experiencia manicomial en el México de finales del siglo XIX”, *Asclepio. Revista de Historia de la Medicina y de la Ciencia*, vol. 71, núm. 2, 2019 <<https://doi.org/10.3989/asclepio.2019.21>>.

²⁴ Al parecer, se trataba de un exitoso comerciante que se encargaba de la “compra y venta de efectos nacionales y extranjeros, hipotecas y préstamos sobre valores”, según lo refiere un anuncio publicado por el propio autor en *El Fígaro Mexicano*, 22 de diciembre de 1896, p. 17.

²⁵ Luis Mario Schneider y otros, *Biblios. Boletín Semanal de Información Bibliográfica Publicado por la Biblioteca Nacional (1919-1926) y su galería de escritores*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, 1999, pp. 481-482.

públicos en instituciones de gobierno.²⁶ Por tal motivo, sus actividades literarias respondieron, en gran medida, a las necesidades de ordenamiento social y pedagogía ciudadana que pretendía instrumentar la administración porfirista; sin embargo, en el plano artístico no renunciaron del todo a su libertad creativa.

José Peón y Contreras y Porfirio Parra fueron miembros de la Sociedad Mexicana de Geografía y Estadística, así como de la Academia Nacional de Medicina de México. Todos escribieron en los diarios de mayor circulación de la capital aludidos anteriormente, incluso en el interior de la República, estuvieron al frente de semanarios de ciencia, arte y literatura y, a excepción de Pedro Castera, el resto fundó sus propias revistas y periódicos. En general, estos letrados publicaron interesantes relatos sobre costumbres y vida social. Pedro Castera escribió en *El Federalista*, *El Eco de Ambos Mundos* y *El Universal*, entre otros, publicó artículos sobre progresos científicos, artes y espiritismo,²⁷ además, fue director de *La República. Semana Literaria* en sucesión de Ignacio Manuel Altamirano.²⁸ José Peón y Contreras publicó sus versos, poemas y ensayos acerca de la literatura nacional en *La República. Semana Literaria* y *El Álbum de la Mujer*, además, fundó *El Álbum Literario, Científico, de Artes y de Modas*, una prestigiada revista dirigida para “entretener y deleitar” al bello

²⁶ Friedhelm Schmidt-Welle, “Letrados e intelectuales en Argentina y México: algunas figuras emblemáticas”, en Friedhelm Schmidt-Welle (coord.), *La historia intelectual como historia literaria*, México, El Colegio de México, 2014, p. 17. El autor considera que los “intelectuales” son aquellos personajes que lograron establecer una autonomía relativa o ambivalente en el “campo literario” y científico con respecto a las relaciones individuos/instituciones del Estado. Esta aseveración aplicaría a los escritores del modernismo decadente que veremos más adelante.

²⁷ Antonio Saborit estudió la vida y obra casterianas desde la óptica del espiritismo en México, corriente filosófica inaugurada en Guadalajara durante la década de 1850. Para Antonio Saborit, durante la década de 1870 Pedro Castera y Miguel de Olaguíbel fueron entusiastas seguidores del espiritista Allan Kardec; colaboraron de manera frecuente en *La Ilustración Espírita*, donde dieron continuidad al movimiento. Pedro Castera, *Los Imprescindibles*, selección y prólogo, Antonio Saborit, Ediciones Cal y Arena, 2004, pp. 19-20.

²⁸ Pedro Castera asumió el cargo de redactor en jefe el 1 de enero de 1882 hasta julio del mismo año, cuando reusó del cargo alegando problemas personales. Al siguiente año apareció como paciente en el nosocomio de San Hipólito. Este episodio está descrito en el “Prologo” de Luis Mario Schneider a *Impresiones y recuerdos. Las minas y los mineros. Los maduros. dramas de un corazón. Querens*, México, Editorial Patria, 1987, p. 15; véase también Carlos González Peña, *Historia de la literatura mexicana*, México, Editorial Porrúa, 1950, p. 16.

sexo.²⁹ También dio a conocer sus investigaciones en el campo de la medicina mental en *La Gaceta Médica de México*. Porfirio Parra escribió para *La Libertad*, *Revista de Instrucción Pública*, *Revista Positiva*, *La Gaceta Médica de México* y *El Universal*, fundó las revistas *El Método* y *El Positivismo*,³⁰ donde escribió artículos sobre medicina interna, patogenia e higiene pública. Finalmente, José Rafael Guadalajara fue director en jefe de *El Fígaro Mexicano* de noviembre de 1896 a febrero de 1897,³¹ y del rotativo *El Mexicano*, publicación que desafortunadamente no logré encontrar.

En definitiva, se trata de una constelación de letrados, escritores-periodistas y protagonistas de la opinión pública. Todos estuvieron inmiscuidos en arengas políticas y discusiones sociales sobre el papel del arte en su modernidad, los progresos de la ciencia y la profilaxis social, tópicos que consideraron de gran importancia para el desarrollo de la nación. Mientras que los galenos se interesaron por el mundo de la patología mental; el resto exploró las ciencias biológicas y metalúrgicas, encabezó importantes labores en la administración pública y el desarrollo de las prácticas literarias, no obstante, todos se insertaron con buen talante a la cultura escrita del país.

Ahora bien, ¿cuál fue la orientación política y vocación estética de estos escritores? Vistos como una constelación, ¿qué los hace representativos? La literatura de nuestros autores estuvo fincada en su ambiente social inmediato, ubicaron el desarrollo de sus narrativas en la Ciudad de México, planteando relatos sentimentales en tiempos donde comenzaba a despuntar el realismo y naturalismo literario en varias partes del mundo. En lo político, se trató de un grupo de letrados que se mostró entusiasta con el republicanismo y la

²⁹ *La huella del viento. José Peón y Contreras. Obra poética I*, presentación y selección a cargo de Rubén Reyes Ramírez, México, Ediciones de la Universidad Autónoma de Yucatán, 1998. Las obras completas de José Peón y Contreras se encuentran digitalizadas en la Biblioteca virtual de Yucatán <<http://www.bibliotecavirtualdeyucatan.com.mx/acervo.php>>.

³⁰ Lourdes Alvarado, “Porfirio Parra y Gutiérrez. Semblanza Biográfica”, en Álvaro Matute (ed.), *Estudios de historia moderna y contemporánea de México*, México, Universidad Nacional Autónoma de México/Instituto de Investigaciones Históricas, vol. 11, 1988, pp. 183-199.

³¹ *El Fígaro Mexicano* se publicaba por la empresa del mismo nombre, los días 1, 8, 15 y 22 de cada mes entre noviembre de 1896 y mayo de 1897. Dicho impreso daba espacio a la vida cultural y afrancesada del país; entre los redactores figuraban escritores como Rubén Darío, Alfonso Daudet, Alberto Leduc, Vicente Riva Palacio, Rafael Delgado, Manuel Gutiérrez Nájera, Laura Méndez de Cuenca, entre otros. Además, se traducían a escritores populares, desde Edgar Allan Poe hasta Max Nordau, de quienes hablaremos en los siguientes capítulos.

libertad individual. Habían nacido entre la dictadura de Antonio López de Santa-Anna, la guerra contra los estadounidenses y la segunda intervención francesa, aunque dichos acontecimientos históricos no aparecieron reflejados en sus propuestas literarias. Como letrados, se desarrollaron en un clima de relativa paz, en el contexto del nacionalismo cultural y la difusión de la filosofía positivista a partir de 1867.³² Desde mi perspectiva, uno de los propósitos literarios comunes lo encuentro en su marcado interés por representar las pasiones desbordadas, la locura y la mujer.

Estos puntos de encuentro narrativo los hacen representativos de un movimiento estético, en consecuencia, considero pertinente entender a los autores como una constelación de positivistas-románticos, según la expresión de Álvaro Matute, debido a que, en general, mostraron entusiasmo por los métodos de la ciencia positiva sin descuidar el tono sentimental característico del nacionalismo cultural.³³ En su narrativa confluyeron algunos de los “rasgos” propios del romanticismo (sentimentalismo en los personajes, dramas y conflictos en la privacidad del hogar, desenlace fatal) y concepciones científicas contemporáneas a su época (histeria, hipocondría, melancolía, nerviosismo) que confirmaban, por un lado, la libertad creativa que experimentaron y, por el otro, la asimilación de las tendencias clínicas y corrientes científicas en boga —la metafísica romántica y la medicina positivista respectivamente. Así, los escritores de la constelación romántico-positivista formaron parte de una élite porfiriana que nació, creció y se desarrolló en un contexto de nacionalismo cultural y la difusión del método científico.

La función social de las obras

En 1836 comenzó a publicarse en “la parte baja” de los periódicos franceses la llamada novela por entregas. Los “folletines” solían compartir el espacio con

³² Charles A. Hale, *La transformación del liberalismo en México a fines del siglo XIX*, México, Fondo de Cultura Económica, 2002, p. 16.

³³ El historiador Álvaro Matute acuñó el término “positivista romántico” para entender la trayectoria intelectual de Justo Sierra. Y agrega el autor: “Tal vez ello no resulte privativo suyo, ya que al eco tardío del romanticismo se sumó —en muchos escritores— el entusiasmo por la ciencia, el método y la experimentación”. Álvaro Matute, “Justo Sierra, el positivista romántico”, en Belem Clark de Lara y Elisa Speckman (eds.), *La República de las letras...*, vol. III, *op. cit.*, p. 429.

otras series narrativas de pintura, crítica literaria, informes de academias y crónica parisina. La gran innovación del periodista y publicista Émile Girardin, fue integrar la ficción en las obligadas secciones de política y economía, abriendo un potencial mercado cultural a los hombres de letras.³⁴ De esta manera, los rotativos publicaban textos literarios de una diversidad de autores de la juventud romántica que, a menudo, sus lectores esperaban de manera impaciente.³⁵ La novela por entregas resultó un instrumento de proyección de los escritores y una extraordinaria estrategia de venta para los dueños de los diarios, los cuales ofertaban dichas producciones mediante un buen aparato publicitario.

El modelo “por entregas” rápidamente se replicó en amplias regiones de Europa y América Latina, abriendo las estanterías y los espacios de lectura a nuevos sectores de la sociedad.³⁶ En México, durante la década de 1840, se publicaron las primeras novelas de folletín; por ejemplo, entre 1845 y 1846, Manuel Payno publicó *El fistol del diablo* en la *Revista Científica y Literaria*, en los mismos años, Justo Sierra O’Reilly dio a conocer *Un año en el hospital de San Lázaro* en el *Registro Yucateco*.³⁷ Entre 1860-1890, el modelo inaugural de Girardin tuvo su mayor auge en nuestro país, en parte, gracias al paulatino y desigual proceso de alfabetización.

En efecto, las prácticas de lectura en el porfiriato resultaron un fenómeno extendido, podían realizarse en la privacidad del hogar y en las plazas públicas.³⁸ La fundación de bibliotecas y de otros espacios públicos fue esencial

³⁴ Entre los primeros autores que lograron destacar con sus colaboraciones, están Alexandre Dumas, Honoré de Balzac y Gerard de Nerval. Marie-Eve Thérenty, *La invención de la cultura mediática. Prensa, literatura y sociedad en Francia en el siglo XIX*, México, Instituto Mora, 2013, p. 16 (Cuadernos de Secuencia).

³⁵ Jean-Yves Mollier, *La lectura en Francia durante el siglo XIX (1789-1914)*, México, Instituto Mora, 2009, p. 29 (Cuadernos Secuencia).

³⁶ Por ejemplo, la primera novela por entregas en Colombia está fechada en 1841, y se trata de *María Dolores o la historia de mi casamiento*, escrita por José Joaquín Ortiz, novela corta publicada en el diario *El Cóndor* de Bogotá. Carmen Elisa Acosta Peñalosa, *Lectura y Nación: novela por entregas en Colombia, 1840-1880*, Colombia, Universidad Nacional de Colombia/Facultad de Ciencias Humanas, 2009, p. 49.

³⁷ Rafael Pérez Gay, “Avanzaba el siglo por su vida”, en Margo Glantz (coord.), *Del fistol a la linterna. Homenaje a José Tomás de Cuellar y Manuel Payno en el centenario de su muerte*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, 1997 (Al siglo XIX. Ida y vuelta).

³⁸ Más adelante examinaremos algunos datos sobre alfabetización y lectores en el periodo de estudio. Por otra parte, algunos aspectos histórico-sociales de la novela decimonónica

para la socialización de la lectura. La Academia de San Carlos, por ejemplo, era un espacio que brindaba a sus estudiantes materiales impresos de diversa índole y con temáticas humanistas destinadas a la divulgación de las letras y la preservación de la memoria secular.³⁹ Así, las obras que nos ocupan pudieron haber sido leídas en distintos formatos y espacios; fueron parte del modelo “por entregas”, otras aparecieron en revistas literarias y luego divulgadas como libro en importantes casas editoriales, tanto de las propias revistas o de los periódicos que las habían dado a conocer. Asomarnos a las publicaciones puede acercarnos a los autores, los temas y el desarrollo de la imprenta en un contexto de auge económico.⁴⁰ No localicé las “entregas” por cada obra, pero existen indicios que nos permiten confirmar que todas siguieron dicho mecanismo de publicación.

Varios cuentos de Pedro Castera se publicaron en *La República. Semana Literaria*; por ejemplo, “Un amor artístico” y “Los ojos Garzos”,⁴¹ que posteriormente se incluyeron en el libro *Impresiones y recuerdos*.⁴² La novela *Carmen. Memorias de un corazón* comenzó a publicarse por entregas en el suplemento dominical del diario *La República*, antes de que Pedro Castera asumiera su dirección el 1 de enero de 1882. Según la redacción de *El Diario del Hogar*, al poco tiempo de su “bondadosa acogida que el público se ha servido dispensar a este ensayo de novela”, ésta comenzó a venderse en la redacción del

han sido retomados del Diplomado “Entre Ángeles y Demonios. Moralistas y perversos en la literatura del siglo XIX”, celebrado en el Instituto de Investigaciones Filológicas de la Universidad Nacional Autónoma de México, del 26 de agosto al 30 de septiembre de 2014. Agradezco en particular las valiosas sugerencias y opiniones de las doctoras Belem Clark de Lara, Luz América Viveros y Ana Laura Zavala.

³⁹ Véase la tercera sección del libro colectivo *Estantes para los impresos. Espacios para los lectores, Siglos XVIII-XIX*, en Laura Suárez de la Torre (coord.), México, Instituto Mora, 2017.

⁴⁰ Laura Suárez de la Torre, “Por los impresos: un panorama de los intereses culturales (1876-1890)”, en Luz Carregha Lamadrid, Marisa Pérez Domínguez y María Eugenia Ponce Alcocer (coords.), *Miradas retrospectivas al México de Porfirio Díaz*, México, El Colegio de San Luis/Universidad Nacional Autónoma de México/Instituto Mora/Universidad Iberoamericana, 2018, pp. 193-194.

⁴¹ Pedro Castera, “Un amor artístico”, *La República. Semana Literaria*, domingo 20 de noviembre de 1881, pp. 94-97; “Los ojos Garzos”, *La República. Semana Literaria*, domingo 6 de noviembre de 1881, pp. 71-74.

⁴² Pedro Castera, *Impresiones y Recuerdos*, México, Imprenta del Socialista de S. López Escalrillas, Juan de Mata Rivera impresor, 1882.

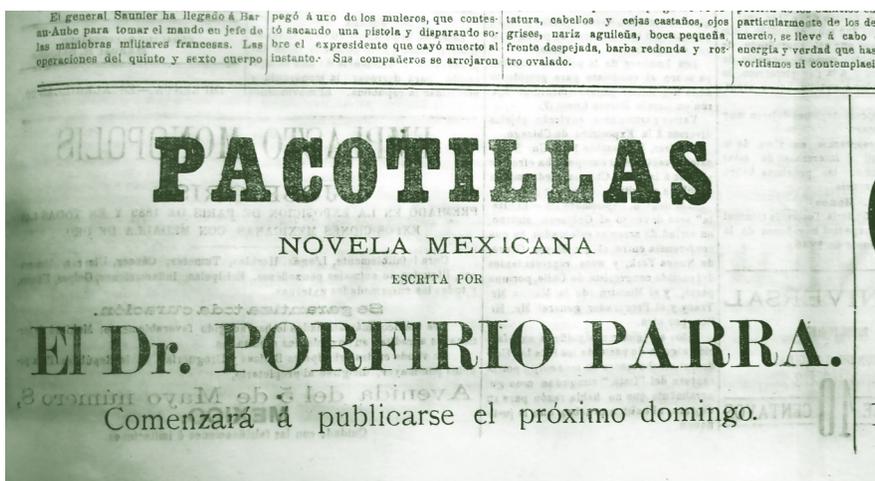
rotativo y en la tipografía literaria que estaba ubicada en la calle Betlemita 8 y 9.⁴³ Con el paso de los años, la *Carmen* de Castera se convertiría en una de las novelas con más reediciones en el mercado literario nacional.⁴⁴ Empresarios, litógrafos y redactores de los diarios capitalinos mostraban gran interés por el mundo editorial, y para vender los impresos, debían desplegar estrategias de mercado para proyectar a los autores nacionales en el gusto social de la época. Aunque hubiera cierto respaldo empresarial acompañado de una publicidad idónea, los resultados comerciales no siempre eran los esperados.

Pacotillas de Porfirio Parra es un ejemplo elocuente de cierto fracaso editorial. Comenzó a publicarse por entregas el domingo 13 de noviembre de 1892, en el suplemento del diario *El Universal*. En esa ocasión, los editores incluyeron los primeros tres capítulos de lo que sería el primero de dos libros de la novela completa publicada en forma de libro años después. Entre el 20 de septiembre y 11 de octubre del mismo año, aparecieron cuatro entregas más, no obstante, para el 26 de octubre se suspendió la publicación sin que el periódico ofreciera alguna explicación al respecto. La novela apareció en formato impreso en la editorial madrileña Salvat e Hijos, ocho años más tarde. En suma, las “novelas por entregas” representan objetos híbridos, mitad ficción y mitad estudios sobre el mundo contemporáneo, ya que se nutrían de la materia informativa que difundían los diarios. Si bien la prensa ficcionalizaba la información mediante protocolos de escritura (ficcional, ironía, conversaciones y escritos íntimos) y por la contigüidad de la propia información, se ha sugerido que la novela ficcionalizaba dicho discurso social, desficcionalizando los hechos sociales para presentarlos como reales. De esta manera, muchos lectores decimonónicos vivían en un imaginario ficcional, pero eran ficciones verdaderas en tanto que articulaban el sentido de lo real.⁴⁵ Este argumento nos permite considerar que los saberes médicos que circularon en los diarios fueron incorporados a las propuestas narrativas como ficciones con sentido de verosimilitud.

⁴³ “Carmen”, *El Diario del Hogar*, 25 de febrero de 1882, p. 4.

⁴⁴ La última edición de la novela de la que tengo constancia, data del año 2004. Pedro Castera, *Carmen. Memorias de un corazón*, México, 5ta edición, Editorial Porrúa/Colección de Escritores Mexicanos.

⁴⁵ Marie-Eve Thérenty, *La invención de la cultura mediática. Prensa, literatura y sociedad en Francia en el siglo XIX*, México, Instituto Mora, 2013, pp. 27, 28, 29 (Cuadernos de Secuencia).



CON BOMBO Y PLATILLO SE PUBLICITÓ el inicio de la novela “por entregas” titulada *Pacotillas*, escrita por el médico, escritor y periodista Porfirio Parra, flamante redactor del propio diario capitalino y amigo cercano de Rafael Reyes Spindola, propietario de *El Universal*. Sin embargo, el anuncio de la publicación no tuvo el impacto que probablemente se esperaba, ya que la novela no se publicó en México.

Finalmente, el resto de las novelas fueron publicadas en formato de libro en algunas de las principales casas editoriales de la Ciudad de México. Por ejemplo, *Veleidosa* (1891) de José Peón y Contreras se imprimió en los talleres de Francisco Díaz de León; asimismo, *Dramas de un corazón* (1890) de Pedro Castera se editó con Eduardo Dublán, y *Sara. Páginas del primer amor* (1887) de José Rafael Guadalajara apareció con Eusebio Gómez de la Puente, todas ellas en prestigiosos talleres de impresión que desde 1860 se habían encargado de acoger con entusiasmo poesías, teatro y novelas nacionales con el fin de impulsar a muchos autores de la República de las Letras.⁴⁶

La recepción

¿Cómo estaban estructuradas las obras? Mejor aún, ¿de qué tratan las novelas? A excepción de la extensa *Pacotillas* (1900) de Porfirio Parra y *Carmen de*

⁴⁶ Laura Suárez de la Torre, “La producción de libros, revistas, periódicos y folletos en el siglo XIX”, en Belem Clark de Lara y Elisa Speckman Guerra, *La República...*, vol. II, *op. cit.*, pp. 20-21.

Pedro Castera, el resto son producciones que cumplen, al menos, con tres de las características propias de la “novela corta” escrita durante el porfiriato: *a*) existencia de pocos personajes y hechos, *b*) ausencia de grandes descripciones y *c*) intensidad en el relato que sostiene al drama.⁴⁷ *Taide. Contornos de la vida ideal* (1885) y *Veleidosa* (1891) de José Peón y Contreras son novelas cortas centradas en la vida amorosa de los protagonistas y su entorno familiar. En ellas se relatan brevísimas descripciones de la vida social a finales de siglo. Estas producciones se componen de tres partes: en la primera se describen a los personajes, en la segunda se establece el conflicto y en la tercera se resuelve el drama mediante la muerte de algún protagonista.

Taide. Contornos de la vida ideal (1885) cuenta el imposible amor entre Ramiro, un joven y talentoso violinista recién llegado de Europa quien es flechado por Taide, una jovencita huérfana e hija adoptiva de Doña Rosa, quien celosamente les prohíbe su unión. Taide enferma y muere, Ramiro sufre la pérdida, enloquecido. En *Veleidosa* (1891) se narra la historia de Anselma, una “coqueta” que asume sin remordimientos su vida transgresora; pronto conoce a Salvador Morello, un pintor enfermizo quien termina muerto víctima del despecho de la protagonista. Aunque en estricto sentido no se ajustan al formato descrito de la novela corta, el resto de producciones describen personajes y situaciones que las enlazan. En *Carmen. (Memorias de un corazón)* de 1882, *Dramas de un corazón* (1890) y *Querens* (1890) de Pedro Castera, se abordan tórridos dramas pasionales. En la primera se narra la historia de la huérfana Carmen, una jovencita culta, bella y letrada quien encuentra en su padrastro un amor que roza con el incesto. El padrastro transforma sus sentimientos paternales en una pasión casi irrefrenable por su hijastra. Ante la negativa de la madre por aceptar la unión y las constantes confusiones que experimentan los personajes, Carmen finalmente muere de una afección en el corazón.

Dramas de un corazón es una novela dividida en dos partes, la primera relata el rapto de la esposa de un acaudalado comerciante de minerales llevado a cabo por un minero pasional. En la segunda, se narra el enamoramiento de una florista con un antiguo asesino. Ambas secciones dan continuidad a una historia de amor plagada de celos y deseos de venganza. En *Querens* Castera

⁴⁷ Para entender la estructura y composición de la novela corta decimonónica mexicana, véase Óscar Mata, *La novela corta mexicana en el siglo XIX*, México, Universidad Nacional Autónoma de México/Universidad Autónoma Metropolitana, Unidad Azcapotzalco, 2003, p. 21.

PEDRO CASTERA.

CARMEN

(MEMORIAS DE UN CORAZÓN)

Edición de "LA REPUBLICA."

MEXICO

TIP. DE "LA REPUBLICA" S. ANDRÉS NUM. 93.

1882.

BIBLIOTECA NACIONAL.
MEXICO.

118659
F.O.

LA PRIMERA EDICIÓN DE *Carmen* (*Memorias de un corazón*) de Pedro Castera, estuvo a cargo de los talleres tipográficos del periódico *La República*. *Semana Literaria*, órgano de publicación en el que laboró el autor. Fuente: Pedro Castera, *Carmen* (*Memorias de un corazón*), México, Tip. de "La República", 1882.

nos relata la historia de un hipocondriaco que ha llegado del pueblo de Tlalpan buscando paz y calma para sus nervios, pronto conoce a un extraño científico que realiza experimentos magnéticos con una mujer. El protagonista-narrador quiere revivir la pasión de la joven mediante la hipnosis y hacer que se enamore de él. Defraudado por los infructuosos arrestos amorosos, el protagonista, afligido, se convence de que fuera del estado de sonambulismo aquella mujer era un ser inerte. En *Sara. Páginas del primer amor* se narra la historia de una jovencita de clase alta a quien sus papás le prohíben entablar relaciones con el hombre del balcón. El amante busca la aprobación de los padres, pero sólo descubre que su amada se ha vuelto loca y poco tiempo después muere. Cabría resaltar que a partir de la tercera edición (1911) el título de la novela y el nombre de la protagonista fueron reemplazados por el siguiente: *Amalia. Páginas del primer amor*. En esta edición se establece que luego de sufrir crisis de histeria por un amor prohibido, Amalia es internada en una “casa de locas” y posteriormente fallece. En la mayoría de las novelas, el afán moralizante recayó en la vida pasional de las mujeres, así, los títulos llevan consignadas las intenciones de los autores por describir el amor de/por una mujer.

Pacotillas es una novela extensa, consta de 52 capítulos divididos en dos libros. En el primero, integrado por 18 capítulos, se muestran los antecedentes históricos del personaje principal, Francisco Téllez, la vida social en la Academia de Medicina, en las tabernas y en las ruidosas salas de los periódicos. En el segundo, se detalla la vida de algunos personajes enloquecidos, la división del trabajo, la paupérrima situación de “los de abajo”, la corrupción del gobierno en turno y la muerte del protagonista. Francisco Téllez, un joven enfermizo llega a la Ciudad de México para estudiar medicina. Pronto comienza a sufrir las dificultades de vivir en la capital, padece hambre y no cuenta con ingresos suficientes para mantener su relación con Amalia. Logra destacar en el mundo periodístico; sin embargo, descubre la enorme corrupción que invade al gobierno de Manuel González. Poco tiempo después es trasladado a la cárcel acusado de difamación y calumnia, adentro contrae tifo y finalmente muere. Un aspecto común en el conjunto de las obras es que los personajes son seres marcados por el fatalismo y la tragedia.⁴⁸ El programa romántico de muchos escritores hispanoamericanos de la centuria decimonónica estaba enfocado en mirar y hacer ver el mundo como “un conjunto de materiales

⁴⁸ *Ibid.*, p. 90.

útiles” para el proceso de conformación de las nuevas naciones. Hasta muy entrado el siglo, los escritores debían ser capaces de “inflamar el corazón” y estimular a los lectores mediante retóricas sentimentales.⁴⁹

Estas narraciones se caracterizan por un lenguaje claro, tono autobiográfico y función moralizante con la cual los autores pretendían despertar y/o acercarse a la sensibilidad de los lectores de los sectores medios y altos. Al relatar dramas pasionales y enfatizar valores sociales fincados en la pareja legítima heterosexual, la familia conyugal y la aspiración matrimonial, las obras cumplían con una clara función social: mostrar que las pasiones descontroladas enfermaban y conducían a los territorios de la locura. Estas obras estaban pensadas para leerse en la privacidad del hogar,⁵⁰ según esto, las ficciones sentimentales podían contribuir a la educación sentimental de la nación. Así lo creyeron muchos lectores del momento. En el prólogo a *Impresiones y recuerdos* de Pedro Castera, el abogado, político y escritor regiomontano Aldofo Duclos Salinas recordó que el verdadero objetivo de las obras de aquel autor, era contribuir a “la ilustración de las masas y a veces el verdadero patriotismo en época de lucha”.⁵¹

Los críticos de la época consideraban que la lectura era un bien necesario para el desarrollo de la sociedad mexicana. El escritor, periodista y seguidor del nacionalismo cultural, Vicente Riva Palacio, concibió la lectura de la narrativa casteriana como una práctica indispensable para “el perfeccionamiento de la vida social”.⁵² El escritor, jurista, militar y político escribió en el prólogo a *Carmen (Memorias de un corazón)* que la lectura de esta novela podía restituir el ánimo y despertar verdaderos sentimientos de bondad, al mostrar “ese noble deseo de alentar al hombre que lucha, a la mujer que siente, a la

⁴⁹ Víctor Goldgel, *Cuando lo nuevo conquistó América. Prensa, moda y literatura en el siglo XIX*, Argentina, Siglo XXI Editores, 2013, pp. 173, 177.

⁵⁰ Paulette Cécile Silva, Beauregard, *De médicos, idilios y otras historias...*, op. cit., p. 21.

⁵¹ Pedro Castera, *Impresiones y recuerdos...*, op. cit., p. (II). Alfredo Duclos Salinas fue un reconocido abogado que escribió en varios diarios locales de Monterrey, Nuevo León, como *El Horario*, *Flores y Frutas* y *La Revista*, cultivando la poesía, la oratoria y la prosa. En 1903 participó en una huelga estudiantil por sus críticas antigubernistas, exiliándose en los Estados Unidos donde publicó su libro *Mejico pacificado. El progreso de México y los hombres que lo gobiernan*. Porfirio Díaz-Bernardo Reyes, St. Louis Mo., Imprenta de Hughesy Ca., 1904.

⁵² Una biografía imprescindible de Vicente Riva Palacio, José Ortiz Monasterio, *Patria, tu ronca voz me repetía. Biografía de Vicente Riva Palacio y Guerrero*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, 1999.

familia que sufre”, y enfatizó su valor ético si éste se imponía desde la infancia: “yo he tenido siempre la convicción que los sentimientos de los hombres se forman en la niñez con la lectura de estas novelas, que los hacen ver a través del prisma de su inocencia, siempre triunfante la virtud y siempre odioso el vicio”.⁵³ Otras voces se sumaron a la ola de elogios de la obra de Castera.

El escritor y periodista Federico Mendoza y Vizcaíno celebró la novela por haber “deleitado a cuantos la han leído” y quienes “han sabido comprender[la]”. Destacó que Pedro Castera “se ha ocupado en hacer notar las bellezas de su libro”, y ratificó “tócanos sólo manifestar, cuánto nos complace este triunfo logrado por un compañero a quien tanto hemos querido”.⁵⁴ Notables personalidades de la crítica y reconocidos estudiosos de la literatura durante el porfiriato, consideraban indispensable la circulación de ciertas producciones artísticas no sólo porque estimulaban las prácticas de lectura entre amplios sectores sociales,⁵⁵ sino también porque formaban el carácter de sus lectores, ennobleciendo las virtudes y desterrando los vicios.

En efecto, durante el último tercio del siglo XIX, muchos escritores entendían que su papel en la sociedad era transmitir, comunicar y afianzar ciertas virtudes. Al mismo tiempo, procuraban fortalecer las creencias religiosas y ampliar los conocimientos culturales de los lectores.⁵⁶ En el prólogo a la tercera edición de *Amalia. Páginas del primer amor* (1911), José Rafael Guadalajara enfatizó que su libro tenía el propósito de exaltar las pasiones de sus lectoras e instruir la sensibilidad de la sociedad con el recurso narrativo del desencanto, es decir, por medio de “una ilusión que se canta con su desilusión correspondiente que se llora (nada nuevo, ¿no es así todo en esta vida?): eso vas a ver a través de estas páginas”.⁵⁷ Los escritores y críticos de la época no sólo valoraron el papel activo de los lectores en la cultura impresa de la época, también asentaban que el encuentro con las novelas sentimentales podía allanar el camino para educar a las jóvenes mostrándoles cómo las pasiones

⁵³ Pedro Castera, *Carmen...*, *op. cit.*, p. (IV).

⁵⁴ Federico Mendoza y Vizcaíno, “Carmen”, *La Patria*, 28 de abril de 1882, p. 2.

⁵⁵ Mílada Bazant, “Lecturas del porfiriato”, en *Historia de la lectura en México*, Ediciones del Ermitaño/El Colegio de México, 1988, p. 210.

⁵⁶ José Luis Martínez, “México en busca de su expresión”, en *Historia General de México*, México, El Colegio de México, 2000, p. 726.

⁵⁷ José Rafael Guadalajara, *Amalia. Páginas del primer amor*, México, Editor de Eusebio Gómez de la Puente, 1911, pp. 6-7.

desbordadas conducían a la desgracia y desventura.⁵⁸ Al respecto, Porfirio Parra, en su calidad de facultativo, aseguró que un excesivo sentimentalismo podía ser contraproducente, porque ciertas novelas románticas podían formar personas “egoístas, apáticas y severas” que en nada ayudaban al desarrollo moral del país. Desde una postura higiénica, el médico chihuahuense puntualizó que un lector –sensible y fundamentalmente femenino– podía conmoverse con “objetos imaginarios” alejados de la realidad.⁵⁹ En el escenario narrativo, la contradicción pasional de los protagonistas era vista como un mal necesario.

Otras obras fueron juzgadas por destacados escritores defensores del modernismo. Un ejemplo de ello es el prefacio a *Veleidosa*, de José Peón y Contreras, escrito por el reconocido escritor-periodista Manuel Gutiérrez Nájera, en el cual consideró el poder sugestivo de la obra dada su calidad estilística. Según el crítico, la novela buscaba enseñar exaltando el puntilloso vicio del hombre de genio del protagonista y mostrar las escindidas argucias médicas y estéticas de su autor, que “asistió como doctor al moribundo personaje y que escuchó como poeta sus confidencias”.⁶⁰ La disputa por la función literaria estaba acentuada en dichas obras. Vicente Riva Palacio había celebrado la novela de Pedro Castera como un ejemplo del compromiso social del escritor en la creación de la identidad nacional; sin embargo, Manuel Gutiérrez Nájera elogió la obra de José Peón y Contreras por su valor netamente estético, ratificando así la libertad del arte por encima de cualquier pedagogía moral que debía cumplir la literatura.⁶¹ Cabría insistir en un aspecto crucial: a finales de siglo XIX muchos escritores seguían considerando que la producción literaria debía cumplir una función social; no obstante, desde 1876 el mismo Gutiérrez Nájera había alzado la voz para liberar el arte de sus funciones pedagógicas y defender la libertad creativa.⁶² Más allá de las disputas, resulta notable que las

⁵⁸ Paulette Cécile Silva Beauregrad, *De médicos, idilios y otras historias...*, op. cit., p. 139.

⁵⁹ Porfirio Parra, “El sentimentalismo. Lecturas”, *El Universal*, 28 de febrero de 1891, p. 1.

⁶⁰ José Peón y Contreras, *Veleidosa...*, op. cit., p. (XVI).

⁶¹ Belem Clark de Lara, “Una crónica de los modernistas”, en *La literatura mexicana del otro fin de siglo...*, op. cit., p. 63.

⁶² En defensa del arte, Manuel Gutiérrez Nájera comentó: “Lo que nosotros queremos, lo que siempre hemos defendido, es que no se sujete al poeta a cantar solamente ciertos y determinados asuntos, porque esa sujeción, tiránica y absurda, ahoga su genio y sofocando tal vez sus más sublimes inspiraciones, le arrebatara ese principio eterno que es la vida del arte, ese principio santo que es la atmósfera del poeta, y sin el cual, como una ave privada del

obras de nuestra constelación romántico-positivista fueron comentadas por reconocidos empresarios, políticos prestigiosos y escritores-periodistas de renombre que buscaron posicionarlas en el campo literario porfiriano.

Finalmente, Porfirio Parra señaló en una breve nota introductoria a su *Pacotillas*, que la intención era enseñar a los lectores los peligros de una vida desarraigada, mostrando la desventura de su héroe, quien “no pudo adaptarse al medio social”.⁶³ Esta declaratoria ponía énfasis en la caracterización biológica de su protagonista, representado como un sujeto convaleciente muy parecido a su propuesta médica acerca de los individuos “predispuestos” que examinamos anteriormente.⁶⁴ El autor pretendía erigir su obra en un instrumento de formación de una ciudadana saludable, así, el médico-escritor buscaba instruir a los lectores sobre las consecuencias funestas de un hombre idealista que sucumbe en un entorno de ambiciones desmedidas y desorden social. La obra de Parra fue comentada por reconocidos personajes de la ciencia y las artes. Agustín Aragón (1870-1945) consideró que *Pacotillas* era el más claro ejemplo del espíritu científico de la época, porque contribuía a la “vulgarización de las verdades preparadas por una filosofía superior”.⁶⁵ En cambio, el novelista, historiador y analista político Victoriano Salado Álvarez señaló que dicha novela representaba un excepcional “documento histórico” que mostraba las historias secretas de corrupción durante la administración de Manuel González.⁶⁶ En definitiva, críticos, escritores, funcionarios y diversos letrados porfirianos, entendieron que la literatura de tono romántico y vocación científicista, era un medio privilegiado para calibrar los avances de la nación. Cada una de las

vital ambiente por la máquina neumática, el hombre siente que su espíritu se empequeñece, que sus fuerzas se debilitan, y muere, por último, en la abyección y la barbarie”. Manuel Gutiérrez Nájera, “El arte y el materialismo”, en Belem Clark de Lara y Ana Laura Zavala Díaz (introducción y rescate), *La construcción del modernismo...*, op. cit., pp. 3-32.

⁶³ Porfirio Parra, *Pacotillas*, op. cit., p. 5.

⁶⁴ En otro trabajo examiné estos y otros aspectos de la novela, “Ficciones psicopatológicas: locura y medicina mental en la novela *Pacotillas* de Porfirio Parra, 1900”, *Culturas Psi/Psy Culturas*, vol. 2, Buenos Aires, septiembre 2014, pp. 73-86.

⁶⁵ Agustín Aragón, “*Pacotillas*. Novela mexicana por el Dr. Porfirio Parra”, *Revista Positiva*, núm. 1, 1901, pp. 24-26.

⁶⁶ Victoriano Salado Álvarez, “*Pacotillas*. Novela del Dr. Porfirio Parra”, *Revista Positiva*, 28, 1903, pp.158-161.

opiniones vertidas coincide en una cosa: la verdadera función de las propuestas narrativas debía servir a los progresos culturales de la patria.⁶⁷

Prácticas de lectura

¿A quién estaban dirigidas las obras?, ¿cuál era su público lector? No es fácil determinar los lectores a los que estaban dirigidas las producciones narrativas, no es una problemática que busque resolver aquí; sin embargo, al asomarnos a los protocolos de escritura, las temáticas y los formatos de circulación de las obras, podemos entrever que dichas novelas estaban dirigidas a un sector reducido de la sociedad mexicana, citadina, letrada e interesada en la cultura sentimental. Decir que nuestras novelas fueron leídas por una minoría ilustrada no resulta del todo exagerado. Pues bien, sabemos que, en varios países de Europa a lo largo del siglo XIX, las autoridades correspondientes procuraron avanzar en el proceso de alfabetización al crear nuevos lectores mediante la lectura de periódicos y la venta de ficciones baratas. Hacia 1850, en Gran Bretaña, 70% de hombres y 55% de mujeres leían; en el imperio alemán 88% de la población estaba alfabetizada. Antes de la Revolución Francesa, 90% de los hombres y 80% de las mujeres eran capaces de firmar sus testamentos. Así, el aumento masivo de la alfabetización respondió a varios factores: la educación institucional, la reducción de las jornadas laborales y la compra-venta de libros a precios reducidos.⁶⁸ Si comparamos brevemente el proceso de alfabetización en el periodo de estudio que nos ocupa, encontramos una situación diferente.

En 1888, la Ciudad de México concentraba 120 de las 285 publicaciones periódicas del país, 42%, a pesar de que poco más del 3% de la población vivía en la capital. Se puede entrever que dichos impresos estaban dirigidos a trabajadores, mujeres y letrados, aunque no existe una correspondencia directa entre el número de producciones y el índice de lectores, calculado en menos del 10% de la población durante el porfiriato.⁶⁹ Si tomamos como referencia

⁶⁷ José Luis Martínez, *La expresión nacional...*, *op. cit.*, p. 15.

⁶⁸ Martyn Lyons, “Los nuevos lectores del siglo XIX: mujeres, niños y obreros”, en *Historia de la lectura en el Mundo Occidental*, bajo la dirección de Guglielmo Cavallo y Roger Chartier, México, Taurus, 2011, pp. 387-388.

⁶⁹ Pablo Piccato, *La tiranía de la opinión pública. El honor en la construcción de la esfera pública en México*, traducción Lucía Rayas, El Colegio de Michoacán/Instituto Mora, 2015, p. 93.

estos indicadores podemos argumentar que los lectores potenciales de nuestras novelas no correspondían al valor social que los críticos les habían otorgado. Sabemos que la población en los centros urbanos había tenido un crecimiento demográfico de 41% en 1877 y de 88% en 1910,⁷⁰ y dada su heterogeneidad, fundamentalmente rural y analfabeta (80% en 1910), podemos considerar que las obras de la constelación romántico-positivista estuvieron destinadas a campaar entre los grupos medios y un reducido sector social esparcido en el entorno urbano y trabajador que sabía leer y escribir.

En efecto, cuando se llevó a cabo el primer censo de la República en 1895, se calculó que sólo 14% de la población era alfabeta; aunque para 1910 había aumentado 20%. En dicho censo se estimó que 17% de los que sabían leer y escribir eran los varones, porcentaje que aumentó a 22% en 1910. Si lo comparamos con la situación de las mujeres, tenemos que tan sólo 11% poseía dichas habilidades. Según el primer censo, esta cifra aumentó seis puntos porcentuales para 1910. Cabría resaltar que tan sólo el entonces Distrito Federal concentraba 38% de la población alfabetizada.⁷¹ En proporción con el desarrollo demográfico y la centralización de la alfabetización en la capital, podemos concluir que fueron pocos los lectores posibles a finales del siglo XIX. Y seguramente, eran menos aquellos que realmente lo hacían.

Entre 1882 y 1900 aparecieron y circularon nuestros relatos sentimentales, se trató de un periodo en el que había un número reducido de lectores, fundamentalmente varones, habitantes de la capital y que podían gozar de los impresos si las condiciones económicas lo permitían. Podemos considerar que las novelas estaban dirigidas a un reducido, pero significativo público ciudadano e ilustrado que encontraba en las ficciones románticas una opción narrativa para celebrar, imaginar, rechazar o fantasear con amores desventurados y tragedias funestas que bordeaban la locura.

⁷⁰ Moisés González Navarro, *Estadísticas sociales del porfiriato*, México, Secretaría de Economía, 1956, p. 67.

⁷¹ Mílada Bazant, "Lecturas del porfiriato", *op. cit.*, p. 206.

Sentimentales, violentos, histéricas

Así, desde la situación más serena, un hombre incapaz de controlar sus pasiones y sus resoluciones se desliza insensiblemente hasta la pasión más impetuosa, hasta las decisiones más violentas, para desembocar en la manía más furiosa o en la melancolía más profunda.

JEAN ÉTIENNE ESQUIROL¹

La ciencia derriba al corazón del trono del sentimiento, localiza los pensamientos en las circunvoluciones del cerebro y las grandes pasiones y los más tiernos afectos, se convierten a la luz de los progresos de la fisiología en resultados casi matemáticos de la disposición del organismo.

VICENTE RIVA PALACIO²

EL SIGLO XIX FUE UN PERIODO DE GRANDES y profundas transformaciones; como el nacimiento de las naciones, el auge de las economías y la instauración del liberalismo en Europa y América Latina, entre otros aspectos.³ Además, la centuria decimonónica atestiguó el triunfo de la burguesía liberal, representada por miembros exitosos de las clases medias compuestas por familias adineradas,

¹ Jean Étienne Esquirol, *Sobre las pasiones consideradas como causas, síntomas y remedios de la alienación mental*, prólogo de José Luis Peset, Madrid, Asociación Española de Neuropsiquiatría, 2000, p. 32.

² Pedro Castera, *Carmen. Memorias de un corazón*, México, Tipografía de La República, prólogo de Vicente Riva Palacio, 1882, p. I.

³ Eric Hobsbawm, *La era del imperio, 1875-1914*, México, Booket, 2015.

dueñas de lujosas mansiones en lomas residenciales y casas de campo destinadas al esparcimiento. Estos grupos impusieron un “estilo de vida” basado en el gasto de importantes sumas de dinero como símbolo de estatus, mediante el cual regían su pretensión de cultura con una educación distinguida y prácticas deportivas.⁴ Arremetieron en contra de la sexualidad confiscándola a la función reproductora de la familia conyugal y la pareja romántica (legítima y procreadora), además impusieron un modelo de vínculo pasional anclado al utilitarismo.⁵ La racionalización de la vida, el consumo de bienes culturales, la frivolidad y el tiempo libre, fueron algunos de los nuevos valores burgueses que incidieron en los comportamientos de amplios sectores sociales.

La “cultura respetable del siglo XIX”, dice Peter Gay, veía en las imágenes excesivas y apasionadas un acompañante peligroso, razón por la cual “celebró la contención, modulación y control” de las pasiones con restricciones severas; sin embargo, resulta paradójico que en esta época florecieron varios testimonios de esposos impotentes, mujeres frías y amores ilícitos que hicieron de la centuria un tiempo ambivalente y socialmente complejo.⁶ Las campañas contra la masturbación, los temores de los maridos y los debates académicos sobre la sexualidad femenina mostraban inquietudes, miedos y angustias colectivas. Así, este siglo no sólo hizo problemática a la mujer, sino también problematizó la sexualidad humana.⁷ El amor romántico burgués confinó las prácticas sexuales a la formación de la familia legítima, promovió una sexualidad productiva en el hogar e intentó clausurar otras actividades eróticas (hermafroditismo, homosexualidad, lesbianismo) inscribiéndolas en los dominios de la anormalidad y la patología mental.⁸

Los literatos fueron una pieza clave del proceso civilizatorio, al describir historias de la vida privada entre jóvenes enamorados de los grupos privilegiados y clases medias en ascenso. Las “ficciones domésticas” exaltaban las virtudes psicológicas de las mujeres como protectoras, educadoras y baluartes

⁴ *Ibid.*, p. 184.

⁵ Una referencia ineludible, Michel Foucault, *Historia de la sexualidad. La voluntad de saber*, Argentina, Siglo XXI Editores, 2008.

⁶ Peter Gay, *La experiencia burguesa. De Victoria a Freud. La educación de los sentidos*, tomo I, traducción Evangelina Niño de la Selva, México, Fondo de Cultura Económica, 1992, p. 59.

⁷ *Ibid.*, p. 136.

⁸ Michel Foucault, *Historia de la sexualidad...*, *op. cit.*, p. 33.

femeninos, las cuales estuvieron simbolizadas con su poder en el hogar.⁹ Otras exploraron historias de transgresión de amores ilícitos y actividades sexuales fuera del matrimonio que sacudieron la moral de la época.¹⁰ En el caso latinoamericano, varios escritores elaboraron pocos romances satisfactorios que concluyeran en celebraciones matrimoniales. Los relatos sentimentales de la región fueron una manifestación elocuente de esa “cultura sentimental” que pretendía infundir ideas sobre la importancia de la moderación, el control de las pasiones y el culto a la vida doméstica. Los autores tenían la encomienda de moralizar sobre los asuntos de la “privacidad burguesa” resaltando amores heterosexuales y matrimonios convenientes que sirvieran a los lectores como ejemplos de consolidaciones pacíficas.¹¹ Estos relatos sentimentales buscaban domesticar las pasiones en favor de la consolidación de las naciones emergentes, mostrándolas como elementos peligrosos para la salud de la población. Los escritores, varones en su gran mayoría, exploraron a “la mujer enferma” como un personaje característico del eclecticismo narrativo de finales de siglo XIX, a tal punto que “parece imposible encontrar una obra que no se refiera a ella”.¹² Los relatos sentimentales de nuestra primera constelación estuvieron regidos por convenciones literarias y científicas de la época, desempeñaron un papel relevante en la definición de modelos estéticos de los trastornos mentales como un fenómeno pasional.

⁹ Para el caso de las ficciones domésticas desde una postura político-social en Inglaterra, véase el clásico libro de Nancy Armstrong, *Deseo y ficción doméstica. Una historia política de la novela*, presentación de Giulia Colaizzi, traducción de María Coy, Ediciones Cátedra/Universitat de València/Instituto de la Mujer, 1991, p. 17.

¹⁰ Una de las primeras novelas que retrató de manera magistral un amor ilícito fue *Madame Bovary*, de Gustave Flaubert, escrita por entregas en 1856. Una excelente traducción y edición, *Madame Bovary*, traducción de Carmen Martín Gaité, Fabula Tusquets Editores, 2002.

¹¹ Para Doris Sommer, las novelas fundacionales latinoamericanas fueron aquellas que ayudaron a imaginar una nación posible, narrando historias de amores desventurados que promovían sexualidades productivas en el hogar, las cuales estaban determinadas por factores como la raza, partidos e intereses económicos. Doris Sommer, *Ficciones fundacionales. Las novelas nacionales de América Latina*, Colombia, Fondo de Cultura Económica, 2004, p. 22.

¹² Paulette Cécile Silva Beauregard, *De médicos, idilios y otras historias. Relatos sentimentales y diagnósticos de fin de siglo*, Santa Fe de Bogotá, Colombia, Convenio Andrés Bello, 2000, p. 135.

Locos literarios, locuras pasionales

En las novelas de los románticos-positivistas, la locura está representada como un acto pasional donde el elemento fundamental es lo moral (psicológico). También se alude a lo orgánico y cerebral. Las narrativas esbozan tres padecimientos mentales: histeria, hipocondría y lipemania, pero no son tratadas como enfermedades crónicas, sino como actitudes excesivas llevadas al acto, meros “accesos” motivados por la decepción y el infortunio. Los autores buscaron fijar en los lectores escenas de locura pasajera compuestas por sentimientos exaltados y pasiones violentas. ¿Quiénes fueron los y las protagonistas caracterizadas como locas?, ¿a qué sector social pertenecieron?, ¿cómo fueron descritos?

Las edades de los protagonistas que padecen algún tipo de psicopatía varían, según se trata de mujeres u hombres: los rangos en las jóvenes se sitúan entre los 17 y 20 años, mientras que los varones están entre los 20 y 40. Además, pertenecían a los sectores medios y populares, sólo muy pocos se identificaron con grupos privilegiados. Para el caso de las mujeres, las narrativas señalan que se trataba de huérfanas de madre y padre abandonadas o dadas en adopción. Por ejemplo, Carmen fue abandonada “recién nacida” y acogida por la familia de su futuro padrastro y enamorado confeso en el pueblo de Tacubaya.¹³ Taide contaba con 17 años cuando fue adoptada por la señora Rosa, tras el fallecimiento de su abuela y mentora doña Francisca.¹⁴ Anselma, la *Veleidosa*, heroína de José Peón y Contreras, había sido recogida por Genoveva, hermana de su verdadero padre.¹⁵ Amalia, la pareja sentimental de “Pacotillas”, se quedó “huérfana y desamparada”, por lo que se fue a vivir con su amado en una “modesta casita” de “suelo despotricado” y sin rayos de luz.¹⁶ Es decir, estos personajes femeninos carecieron de una red familiar que ayudara a su educación sentimental, razón por la cual se convirtieron en una población en riesgo, pues estaban fuera de la institución familiar. A excepción de Sara (Amalia a partir de la tercera edición), el resto de las protagonistas vivían en zonas, si no pobres, al menos con ciertas limitaciones económicas. Sin embargo, sorprende el contraste entre las condiciones materiales y las descripciones

¹³ Pedro Castera, *Carmen...*, *op. cit.*, p. 12.

¹⁴ José Peón y Contreras, *Contornos de una vida ideal*, México, edición del “Diario del Hogar”, Tipografía Literaria, 1885, p. 20.

¹⁵ José Peón y Contreras, *Veleidosa*, México, Imprenta de Francisco Díaz de León, 1891, p. 11.

¹⁶ Porfirio Parra, *Pacotillas*, Barcelona, Tipolitografía de Salvat e hijo, 1900, p. 32.

de la vida privada al calor de un piano, música de violín y clases de pintura, además de que muchas de las familias contaban con trabajadoras domésticas.

Estas novelas hacían eco de las inquietudes de los médicos interesados en las cuestiones mentales, muchos de los cuales estaban convencidos de que la histeria atacaba principalmente a las jóvenes en su pubertad.¹⁷ Sara (Amalia) era una joven veinteañera hija de un rico “empleado del gobierno” que gozaba de gran reputación entre las “buenas familias” porfirianas de la capital.¹⁸ Igual situación la de Don Antonio, personaje cuarentón de la novela *Pacotillas* quien era reconocido como un antiguo hacendado, rico y de “buena fama”, que al morir su esposa se trasladó de Guanajuato a la Ciudad de México, en “pos de celebridades médicas y de óptimas medicinas”.¹⁹ Los dos últimos personajes muestran que la locura no era una enfermedad exclusiva de las clases medias o bajas, sino un fenómeno que podría presentarse entre ricos y pobres. Las propuestas narrativas coincidían con la medicina mental vigente, según esto, muchas enfermedades mentales, por lo general, afectaban a los sectores medios debido a que éstos lograban desarrollar “cierto grado de inteligencia” y, por ende, quedaban expuestos a la influencia del medio social.²⁰ Los facultativos también reconocían que “las calamidades públicas con la pobreza y todas sus secuencias” podrían ser causas de las neurosis.²¹

En los relatos sentimentales se enfatiza que los varones perturbados por algún tipo de psicopatía eran huérfanos, otros más, individuos solitarios de los que desconocemos su historia familiar. Tal es el caso de los protagonistas-narradores en las obras de Pedro Castera, que en su mayoría vivían alejados

¹⁷ Según el médico Carlos Chaix, “[...] a diferencia de la epilepsia, la histeria se manifiesta en la pubertad”, Carlos L. Chaix, *Estudio patogénico, diagnóstico y psicológico de la epilepsia*, México, Imprenta de la Viuda de Murguía e Hijos, 1870, p. 20. Para el galeno Isaac Vázquez, la histeria afectaba a muchas “mujeres jóvenes” principalmente por los cambios psicológicos que podía suscitar el periodo menstrual. Issac Vázquez, *Ligero estudio de algunos accidentes de la gran histeria*, México, Imprenta del comercio, de Dublan y Compañía, 1882, p. 14.

¹⁸ José Rafael Guadalajara, *Sara. Páginas del primer amor*, México, Imprenta de las Escalerillas, 1891, p. 11.

¹⁹ Porfirio Parra, *Pacotillas...*, *op. cit.*, p. 290.

²⁰ José Olvera, “Discurso sobre causas de las neurosis en México”, *El Observador Médico. Revista Científica de la Asociación Médica Pedro Escobedo*, México, tomo I, núm. 4, 1 de febrero de 1870, p. 54.

²¹ Juan Ramírez, “Juicio del que se suscribe. Sobre las causas de las neurosis en México”, *El Observador Médico, ibid.*, p. 55.

del trato humano. Claramente eran marginados de la sociedad: mineros, criminales, vagabundos y alcohólicos. El padrastro de Carmen en la novela del mismo nombre, era descrito como un alegre bebedor y “enamorado colérico”; también nos referimos al “hipocondriaco” personaje de *Querens*, de quien sabemos era un “alma solitaria” que después de salir de un hospital para hombres dementes, se trasladó a la capital para vivir cerca del pueblo de Tlalpan.²² Finalmente, encontramos al protagonista-narrador de *Dramas de un corazón*, un minero despechado invadido por una “pasión maldita” quien decidió asesinar al dueño de una minera y raptar a su futura esposa.²³ Las obras no establecen claramente una correlación directa entre la condición social del individuo y los accesos de locura.

También había letrados y artistas que, de igual forma, sucumbían a la demencia pasajera y al franco delirio por la vía pasional. Una constante era la desgracia y el infortunio que determinaba la vida mental de los varones. Ramiro, protagonista en la novela *Taide*, era adoptado, desde muy joven mostró virtudes en el violín y talento para el dibujo. Por su parte, Salvador Morello, amante de Anselma en *Veleidosa*, era alumno de la Academia de Bellas Artes. Poseía un alma de artista que contrastaba con su inminente pobreza. El mismo Francisco Téllez “Pacotillas”, héroe de Porfirio Parra, era huérfano de padre y madre, experimentó las limitantes económicas hasta su muerte. Este hecho caló hondo en su temperamento juvenil, a tal grado que también tuvo un breve periodo de alcoholismo. El estado de orfandad y la adversidad familiar son una constante en la vida de los varones; no obstante, la desgracia afectó por igual a hombres y mujeres sin importar su origen social. Sin declararse abiertamente como escritores realistas, estas narrativas ofrecían elementos propios del naturalismo literario, el cual procuraba dar cuenta del “medio, tiempo y espacio” en que se desarrollaban los acontecimientos.²⁴ Esta perspectiva reforzaba la idea de que la locura era un problema de raigambre social.

²² Pedro Castera, *Querens*, El paso Texas, Talleres Linotipográficos de “La Patria”, 1923, p. 6 (obra publicada en 1890).

²³ Pedro Castera, *Dramas de un corazón*, México, Tipografía de E. Dublan y Comp., 1890, p. 51.

²⁴ Émile Zola, *El naturalismo. Ensayos, manifiestos y artículos polémicos sobre la estética naturalista*, Barcelona, Península, 2002, pp. 47, 263.

Susceptibles e impresionables

La moderación, el recato y la religiosidad fueron atributos morales de las protagonistas. Sara (Amalia) es un personaje ejemplar, debido a que es retratada bajo el esquema ideal de la mujer decimonónica: reservada y ferviente católica. Menciona el protagonista-narrador: “Había en ella no sé qué aire de pureza y de candor que al contemplarla hacía pensar en las madonas del pincel de Urbino. Tenía en su faz la sonrisa hechicera de la niña y el recato y el rubor de la virgen cristina”.²⁵ Carmen representaba el idealismo de la belleza juvenil que había sido cantado por fervientes poetas, mediante la exposición minuciosa de sus letras.²⁶ El protagonista-narrador de la novela de Castera lo sintetiza de la siguiente manera: “Las orejas eran pequeñas y transparentes, el cuello redondo y como exuberante de morbidez, en las mejillas suavemente coloreadas, había la frescura y el brillo de la juventud. La gracia, la simpatía y la inocencia completaban aquella belleza soberana”.²⁷ La madrastra de Carmen había decidido que no fuera a un colegio para señoritas, así, las clases de religión, gramática, piano y bordado fueron dictadas por una profesora particular, con el objeto de forjar el “buen gusto y cordialidad”. Sin embargo, a la edad de 15 años comenzó a estar triste, “llena de divagaciones y de accesos de estremecimiento incomprensible”.²⁸ Es sabido que en este periodo muchas señoritas de estratos en ascenso debían aprender su rol “natural” en los círculos familiares, con el fin de convertirse en los “ángeles del hogar”.²⁹ Sin duda, para muchos escritores del nacionalismo cultural era riesgoso oponerse a esos valores sobre la domesticidad de las mujeres, debido a que equivalía a

²⁵ José Rafael Guadalajara, *Sara...*, *op. cit.*, p. 18.

²⁶ Esther Hernández Palacios, “Entre el ángel del hogar y la construcción de la patria: la poesía de las mujeres mexicanas del siglo XIX”, en Rafael Olea Franco (ed.), *La literatura mexicana del otro fin de siglo*, México, El Colegio de México, 2001, p. 539.

²⁷ Pedro Castera, *Carmen...*, *op. cit.*, p. 44.

²⁸ *Ibid.*, p. 29.

²⁹ El propio escritor José Joaquín Fernández de Lizardi opinaba que “no era bueno dejar mucho tiempo a una niña en la escuela”, porque adquirirían malas costumbres, al tiempo que “perderían su inocencia y candor”. Cita tomada de María Teresa Bisbal Siller, *Los novelistas y la ciudad de México (1810-1910)*, México, Ediciones Botas, 1963, p. 81. Julia Tuñón, “Ensayo introductorio. Problemas y debates en torno a la construcción social y simbólica de los cuerpos”, en Julia Tuñón (comp.), *Enjaular los cuerpos. Normativas decimonónicas y femineidad en México*, México, El Colegio de México, 2008, p. 45.

colocarse dentro de los enemigos de la familia, la civilización y la República.³⁰ En sus narrativas, los escritores reproducían estereotipos arraigados en la mentalidad colectiva decimonónica.

Los románticos-positivistas destacaron que la impresionabilidad y la susceptibilidad eran pruebas de la debilidad moral de sus protagonistas. En la descripción que realizó José Peón y Contreras sobre la joven Taide, destacan la “naturaleza endeble y delicada constitución”³¹ que la hacían fácilmente impresionable. Taide se había educado como una señorita de “casa grande”, por lo que había descuidado “las cualidades morales”. Sabía leer y escribir, era curiosa, inteligente, pasaba los días frente al espejo y mirando en el balcón. Sin embargo, “tenía la debilidad de amar hasta la exageración”.³² Los relatos sentimentales valoraron el deber/ser de las mujeres a partir de conductas naturalizadas. Estas reglas de comportamiento fueron defendidas por otras escritoras. En la novela *Sonrisas y lágrimas*, escrita por las hermanas Larraínzar, se advertía que la mujer debía ser “recta y moderada”, además de “tierna y moralmente bella cuando se mantiene virgen y pulcra”.³³ Incluso, los impresos de Vengas Arroyo publicados entre 1880 y 1920 realzaban la honradez, la devoción religiosa, la moderación y entrega como virtudes de las mujeres porfirianas.³⁴

Estas narrativas fueron escritas por hombres, revelando así el modelo sexuado de fin de siglo. En varios impresos capitalinos se difundía la idea de que las mujeres debían ser pasivas, católicas y moderadas en sus comportamientos, aunque otras letradas criticaran la supuesta “debilidad femenina” en tiempos ilustrados.³⁵ Incluso la prensa dedicaba espacios en sus editoriales para disuadir a las buenas conciencias de que el decoro y el recato moral, eran

³⁰ Paulette Cécile Silva Beauregard, *De médicos, idilios y otras historias...*, op. cit., p. 93.

³¹ José Peón y Contreras, *Taide...*, op. cit., p.109.

³² *Ibid.*, p. 12.

³³ Ernestina Larraínzar y Enriqueta Larraínzar, *Sonrisas y lágrimas*, México, Imprenta de Ignacio Cumplido, Hospital Real núm. 3, tomo I, 1883, p. 151.

³⁴ Elisa Speckman Guerra, “Pautas de conducta y código de valores en los impresos de Vengas Arroyo”, en Rafael Olea Franco, *La literatura mexicana...*, op. cit., p. 430.

³⁵ La escritora española y radicada en México desde 1883, Concepción Gimeno de Flanquer, consideró que si la mujer era débil, se debía a que se había dejado “arrastrar al abismo de la perdición”, ya sea porque “el vicio las atraía o porque, para vivir en su armonía depravada, necesitaba corromperse”. Concepción Gimeno de Flanquer, “No hay sexo débil”, *El Album de la mujer*, México, año 1, núm. 12, 16 de septiembre de 1883, p. 19.

virtudes loables de la “dama mexicana”.³⁶ En suma, los relatos sentimentales reprodujeron las imágenes del “ángel del hogar” como una representación naturalizada de la mujer porfiriana. Los autores insistieron en que la impresionabilidad, la susceptibilidad y la debilidad del carácter eran constitutivos de la moralidad femenina.

Débiles y sentimentales

La debilidad y susceptibilidad también fueron atributos de la “psicología” varonil. Con base en dichos atributos, los autores explicaron los accesos de locura que experimentaron sus personajes. El artista Salvador Morello es retratado como un extraordinario pintor, pero “demasiado impresionable”.³⁷ Al celebrarse el domingo de carnaval Salvador se encontró con Anselma del brazo de Diego Vargas, tiempo después, decepcionado, se embarcó hacia París. Pacotillas tuvo accesos de sentimentalismo representados como rasgos de “debilidad”. Era descrito como un individuo profundamente romántico y de “viva sensibilidad, de imaginación ardiente, era dado a la pereza del cuerpo y a la actividad del alma, era un soñador precoz y un poeta agraz”.³⁸ Después de separarse del periódico *La Bandera del Progreso*, Pacotillas perdió su plaza en el Hospital y luego cayó en un estado “opaco, melancólico y triste como el alma desilusionada”.³⁹ La debilidad es una estrategia narrativa constante en la descripción de los personajes, hombres y mujeres. Los relatos sentimentales dialogaban con las ideas de los facultativos, quienes solían argumentar que había individuos “débiles, mal constituidos, de una organización delicada”, por haber tenido una educación “afeminada”.⁴⁰ Es evidente que los facultativos

³⁶ “La coquetería”, *El Monitor Republicano*, 24 de febrero de 1882, p. 2; “La aptitud y la misión de la mujer”, *El Monitor Republicano*, 3 de mayo de 1883, p. 2; Concepción Gimeno de Flanquer, “La dama mexicana”, *El Monitor Republicano*, 19 de agosto de 1883, p. 2; Para entender los imaginarios de la feminidad durante la centuria decimonónica, Carmen Ramos Escandón, “Mujeres de fin de siglo. Estereotipos femeninos en la literatura porfiriana”, *Signos*, II, 1989, pp. 51-83.

³⁷ José Peón y Contreras, *Veleidosa...*, op. cit. p. 119.

³⁸ Porfirio Parra, *Pacotillas*, op. cit., p. 49.

³⁹ *Ibid.*, p. 281.

⁴⁰ Buenaventura Jiménez, *La histeria en el hombre*, México, Imprenta de Epifanio D. Orozco y Compañía, 1882, p. 13. Patrocino Biedma publicó en *El Monitor Republicano* el 22 de

y otros personajes públicos consideraron que la “susceptibilidad” mostraba la naturaleza de la mujer; por consiguiente, dedujeron que la “debilidad” de ciertos varones podría ser resultado de una educación feminizada.

Para esta constelación de escritores, las pasiones y sentimientos desbordados tenían su correlato fisiológico; por ejemplo, Carmen padecía “dolores nerviosos” debido a una afección en el corazón;⁴¹ Taide había sido sonámbula con intensas fiebres, doña Rosa padecía “reblandecimiento en los sesos”;⁴² Esther, la prima de Sara (Amalia) había muerto de una “afección en el corazón”, mientras que aquella padecía intensas fiebres y ataques epilépticos con los que experimentó delirios.⁴³ Anselma, protagonista de “veleidosa”, estuvo una temporada en el hospital por una tuberculosis. Pacotillas sufrió un periodo de alcoholismo antes de morir de tifo. Hay, pues, una relación entre los accesos de locura y los desequilibrios orgánicos. Los románticos-positivistas subrayaron el sustrato fisiológico que predisponía a sus protagonistas a la demencia. El protagonista-narrador en *Dramas de un corazón* describe el proceso de esta manera:

El corazón humano presenta profundos abismo ante la mirada escrutadora que lo sondea. El pensador se detiene ante ciertos problemas que le parecen como enfermedades de la mente o como deformidades morales. Fórmense en esa extraña como especie de concreciones sombrías. Las pasiones que lo agitan pueden distraerlo, ennobleciéndolo, o contraerlo, empequeñeciéndolo. *Ciertos sentimientos en él producidos, son hijos de la influencia nerviosa y de la debilidad cerebral.*⁴⁴

febrero de 1883, un artículo donde explicaba que la debilidad en ciertas personalidades masculinas se debía a que sus cuerpos estaban atrapados en “almas femeninas”, causando una “considerable perturbación en todo el sistema vital, y sobre todo en el sistema nervioso”. Patrocinio Biedma, “Las almas femeninas”, *El Monitor Republicano*, 22 de febrero de 1883, p. 1. Incluso el mismo Porfirio Parra, a inicios de la década de 1890, consideró que había personalidades que se dejaban atrapar por un “funesto sentimentalismo” debido a su débil constitución y que, además, aquellas cualidades “empobrecidas” en el carácter, se reforzaban con la lectura de novelas románticas. Porfirio Parra, “El sentimentalismo. Lecturas”, *El Universal*, 28 de febrero de 1891, p. 1.

⁴¹ Pedro Castera, *Carmen...*, *op. cit.*, p. 46.

⁴² José Peón y Contreras, *Taide...*, *op. cit.*, p. 106.

⁴³ José Rafael Guadalajara, *Sara...*, *op. cit.*, p. 206.

⁴⁴ Pedro Castera, *Dramas...*, *op. cit.*, p. 5. El mismo autor consideró que las facultades del individuo se agravaban por “el gasto excesivo de fuerza nerviosa y por el abuso de la

Los relatos sentimentales producían ficciones psicopatológicas ancladas a una visión organicista y psicologista de la enajenación mental. Estas narrativas describían a personajes moralmente desequilibrados, sensibles y fisiológicamente predisuestos a enloquecer. Respecto a los protagonistas varones, es probable que sus actitudes pudieran cuestionar el modelo de masculinidad decimonónica, fincada en la virilidad, la fortaleza y la capacidad de decisión. De manera que la exploración de la sensibilidad reafirmaría al artista moderno.⁴⁵ Sin embargo, estos temas serán discutidos por los escritores decadentes.

Locuras pasionales

Para nuestra constelación de escritores, la locura de sus protagonistas estaba identificada con sentimientos de la vida privada: amor pasional, celos, sensaciones de abandono y emociones fuertes. Las locuras pasionales están representadas en función de una lógica argumental específica: el amor pasional venía precedido por el anhelo de poseer al objeto y la violencia del deseo; los celos aparecían bajo el signo de la sospecha; el sentimiento de abandono emergía tras la separación de los amantes; la muerte de un familiar era causa de delirios. Los locos literarios son personajes que experimentan dramas apasionados que derivan en actitudes violentas y/o extravíos de la voluntad; en pocas palabras, pierden el dominio de sí. En *Un amor artístico* (1881) de Pedro Castera, el protagonista-narrador recuerda cómo, a mitad de la noche, escuchó las notas “dulces y lánguidas, triste y sollozantes” de una melodía ejecutada en un piano. Dentro de la casa miró la fotografía de una mujer, besó su rostro y creyó poseerla, así, su pasión “se convirtió en delirio, en frenesí, en locura”.⁴⁶ El sentimiento de posesión constituyó un elemento clave en la dinámica patológica de muchos personajes, las “pasiones desenfrenadas” eran vistas como

imaginación”, Pedro Castera, “Cosas que fueron”, en *Impresiones y recuerdos...*, *op. cit.*, p. 65. *Cursivas mías.*

⁴⁵ Ana G. Chaucíño Fernández, *La imagen de masculinidad en la novela de sensibilidad hispanoamericana*, México, Universidad Veracruzana/Instituto de Investigaciones Lingüístico-Literarias, 2003, p. 54. La sensibilidad como reafirmación del artista moderno es uno de los temas principales de las discusiones sobre los decadentistas que analizaremos más adelante.

⁴⁶ Pedro Castera, “Un amor artístico”, *La República. Semana Literaria*, año 1, núm. 8, tomo I, domingo 20 de noviembre de 1881, p. 96.

enfermedades relacionadas con desequilibrios corporales. No poseer al objeto amado era proporcional a la enfermedad que producía. Recuerda el protagonista-narrador de “Los ojos garzos”:

El corazón me palpitaba aceleradamente, mis sienas latían con fuerza, mi paso era vivo y rápido, una especie de angustia me oprimía el pecho y no sé qué ansiedad indefinible se había apoderado de mí, poniéndome trémulo, medroso, inquieto y en toda la plenitud de una exaltación, semejante a la que nos produce una intensa fiebre.⁴⁷

En la novela *Sara. Páginas del primer amor* se alude a un joven descrito como un amante impetuoso, cortés y apasionado, de tanto mirar a su vecina reclinada en su balcón le hizo creer que le pertenecía. La pasión era tan desbordante que su cuerpo revelaba la violencia contenida: “Mi cuerpo temblaba, el corazón latía con violencia y con la dificultad respiraba: parecía que el corazón teniéndolo cerca quería saltar del pecho”. Cuando descubre que Sara ha enloquecido, el joven cae en un estado de “neurosismo” motivado por la “contrariedad y decepción”. Su locura consistía en la pérdida momentánea de la memoria, fiebres intensas e incoherencias justificadas por su imaginación ardiente:

Los ardores de la fiebre habían hecho que mis labios, aunque con incoherentes frases, informaran a mi familia de lo que Sara había llegado a ser para mí. Después de luchar tanto y ayudado por el silencio y la quietud de mis días y de mis noches de convalecencia, pude al fin recordar enteros aquellos cuadros de mi fantasía; engendrados por el amor: abrigados por la decepción.⁴⁸

La separación de los amantes eran antiguos esquemas literarios resignificados en el contexto de la medicina positivista. *María* (1867), del colombiano Jorge Issacs, fue una novela bastante leída por los escritores mexicanos,⁴⁹

⁴⁷ Pedro Castera, “Los ojos garzos”, *La República. Semana Literaria*, año 1, núm. 6, tomo I, domingo 6 de noviembre de 1881, p. 73.

⁴⁸ José Rafael Guadalajara, *Sara...*, *op. cit.*, p. 277.

⁴⁹ La historia está ubicada en el Valle del Cauca y cuenta el idilio amoroso entre el expedicionario Efraín y la joven María, quien padecía de una “epilepsia incurable”. Lejos del gusto por lo exótico, la nostalgia, la descripción del paisaje y el mundo esclavista, Jorge Issacs imprimió a sus personajes de una melancolía, desarraigo y delirio amoroso con la cual buscaba dotarlos de un aire psicológico. Jorge Issacs, *María*, Barcelona, Editorial Bruguera, 1972.

daba cuenta del proceso psicopatológico de María y las consecuencias funestas de la separación. María es descrita como una joven devota, pálida y enferma a quien afectaban sobremanera “las emociones intensas”. Finalmente muere víctima de una “fiebre cerebral” causada por la ausencia prolongada de su amado. Doris Sommer consideró la enfermedad de la protagonista como una “restricción narrativa” que mantuvo separados a los amantes más certeramente que cualquier tragedia personal.⁵⁰ La enfermedad como consecuencia de la separación, fue un recurso narrativo bastante utilizado en nuestras obras.

Carmen confesó a su madrastra que el amor que sentía por su padre había engrandado en un padecimiento: “Usted no sabe mamita que estoy muy mala de amor. El amor es una enfermedad. El corazón está muy hinchado de tanto como lo quiero”. Carmen había enflaquecido, estaba “pálida” y con “la boca abierta”, parecía aspirar el aire con “angustia”; para entonces era una “sombra de lo que fuera antes”.⁵¹ La protagonista vino a menos debido al amor insatisfecho. Su comportamiento convaleciente era la expresión de la época. Las conductas amorosas estuvieron alimentadas por los debates acerca del estatuto clínico de la pasión, la existencia de naturalezas sexuales y los peligros del exceso fisiológico entre metafísicos, médicos y psiquiatras a lo largo del siglo XIX.⁵² Así, las ficciones psicopatológicas fueron depositarias de la estética del romanticismo, aunque resignificaron los temas pasionales bajo esquemas conceptuales tomados de la fisiología y la medicina mental. Muchos poetas eran conscientes de que las pasiones amorosas podían derivar en un cruento estado patológico. Así lo creía Ignacio Ramírez “El Nigromante”:

Un hospital mi amor es,
 Todo quejas y dolores
 Me derrama sus ardores
 De la cabeza a los pies.
 Si enfermo por ti me ves
 Y si tu piedad divina
 A premiar a mi fe se inclina,
 Cásate con boticario

⁵⁰ Doris Sommer, *Ficciones fundacionales...*, *op. cit.*, p. 228.

⁵¹ Pedro Castera, *Carmen...*, *op. cit.*, pp. 363-364.

⁵² Philippe Aries y Georges Duby, *Historia de la vida privada*, Madrid, Taurus, tomo IV, 1989, p. 525.

Y alivia mi mal Rosario
Con cualquier medicina.⁵³

El amor desenfrenado y la pasión amorosa sucumbieron ante la mirada clínica finisecular, la cual degradó el mito romántico a un cuadro psicopatológico.⁵⁴ Diversos escritores del nacionalismo cultural condenaron el infortunio y los excesos pasionales como actitudes dañinas para el ciudadano,⁵⁵ así, los médicos–escritores procuraron mostrar los peligros de las pasiones contrariadas y su relación con la locura.

Contrarios al comportamiento civilizatorio, el cual suponía el autocontrol y la autoacción de los afectos,⁵⁶ muchos de nuestros protagonistas mostraban actitudes pasionales que marcaban su falta de dominio de sí.⁵⁷ Cuando doña Rosa consideró que su vástago estaba enamorado de otra mujer, entró en un estado de “exaltación” que la hizo perder el juicio. La pasión arrebatada justificaba el camino irremediable hacia la psicopatía. El protagonista–narrador describe el hundimiento moral de la madre despechada:

[...] aquel sentimiento se desprendía siempre del alma de doña Rosa, puñal en mano, para herir profundamente su cerebro, y esa lleva en línea recta a la exaltación y al delirio; las razonables ideas y el juicio siempre inmutable y firme de aquella madre postiza en la forma, si se nos permite expresarnos así, pero en el fondo real y verdadera.⁵⁸

⁵³ Ignacio Ramírez, “Enfermedades de amor”, *La República. Semana Literaria*, México, tomo I, año 1, núm. 2, domingo 9 de octubre de 1881, p. 5.

⁵⁴ Dominique Simonnet, *La más bella historia de amor*, Argentina, Fondo de Cultura Económica, 2004, p. 109.

⁵⁵ Carlos Illades, *Nación, sociedad y utopía en el romanticismo mexicano*, México, Consejo Nacional para la Cultura y las Artes, 2005, p. 120.

⁵⁶ Norbert Elías, *El proceso civilizatorio*, México, Fondo de Cultura Económica, 2009, p. 542.

⁵⁷ El escritor francés Honoré de Balzac (1799–1850) consideró en su *Comedia humana*, que una pasión bajo el yugo de la intensidad podía engendrar en monomanía. Rafael Torres Sánchez estudió la obra de Balzac desde el punto de vista del proceso civilizatorio y como una muestra de la sensibilidad decimonónica en el contexto de transición social y recomposición política. Rafael Torres Sánchez, *Balzac para historiadores*, México, Consejo Nacional para la Cultura y las Artes/El Centavo, 2011, p. 35.

⁵⁸ José Peón y Contreras, *Táide...*, *op. cit.*, p. 41.

Doña Rosa sentía un profundo miedo de que su hijo Ramiro tuviera el deseo de unir su vida a otra que no fuera la suya, entonces “se transfiguraba” hasta que perdía los estribos. La pasión amorosa excesiva era representada como una psicopatía de la que no siempre se conocían sus secuelas.⁵⁹ Si el amor se identificaba con un estado nervioso, la situación afectiva revelaba la acuciante debilidad del individuo. Así lo detallaba un poema anónimo: “El enfermo de males del alma, sea joven o viejo, es el débil y tímido esclavo, de horribles espectros”.⁶⁰

Al no contralar las pasiones, éstas encontraban otra vía de escape: la violencia del deseo. El protagonista-narrador en *Dramas de un corazón*, consideraba que el anhelo de poseer al objeto amado despertaba “esa fiebre de deseos y esa exaltación de los sentidos, que en determinados casos puede llegar a producir un delirio enfermizo y a veces hasta el crimen”.⁶¹ Cuando el minero descubrió que aquella mujer estaba comprometida con un exitoso hombre de negocios, su comportamiento se tornó violento. Recuerda el protagonista-narrador, “la pasión es más bien una enfermedad y como tal debe tratársela”. El personaje discutió el hecho de que las pasiones, aunque necesarias para cultivar la vida interior de los hombres, podían hacer perder la razón y mostrar el rostro de la demencia:

Un ser sin pasiones es un ser muerto. Suprimid los deseos y suprimid los ímpetus. Suprimid las discusiones que se producen en nuestro interior por los razonamientos y se suprime la inteligencia; en este caso obtendréis al cretino que nada quiere; *dominado por la pasión al demente*. En los dos es el resultado: en uno, de la supresión de las pasiones y en otro de la exaltación de las mismas. En ambos ejemplos, la razón ha perdido su imperio. La razón debe estar antes que todo.⁶²

⁵⁹ El escritor Manuel Sánchez Mármol lo describe muy bien en su novela *Pocahontas* de 1882. El dueño de la embarcación Sea Foam, Mr. Young, cuenta que cuando vio por primera vez a Miss Young (Pocahontas) sintió que su pasión se convirtió en una “enfermedad peligrosa, cuanto que conociendo los síntomas patológicos, eludía el tratamiento de los físicos. Creíame enamorado”. Manuel Sánchez Mármol, *Pocahontas (relación fantástica)*, México, Tipografía Juventud Tabasqueña de F. Chigliazza, 1882, p. 43.

⁶⁰ “Espectros”, *El Universal*, jueves 6 de septiembre de 1888, p. 2. Poema firmado por Luzbel.

⁶¹ Pedro Castera, *Dramas...*, *op. cit.*, p. 13.

⁶² Pedro Castera, *Querens...*, *op. cit.*, p. 25. *Cursivas mías*.

Las narrativas hacían eco de esa imagen negativa de la locura que, desde su campo profesional, promovieron los médicos. Al degradar el mito romántico a un proceso psicopatológico, estas ficciones psicopatológicas pusieron en circulación ideas, valores y actitudes sociales sobre los arrebatos pasionales, validando las percepciones médicas de la medicina mental vigente.

Respecto a los celos, los autores ofrecieron explicaciones basadas en la sospecha, la traición y el perjurio. Estas actitudes sociales tampoco eran nuevas. Desde el periodo novohispano hasta bien entrado el siglo XIX, los celos eran emociones privadas que podían conducir a actos de agresividad y violencia. Los comportamientos celotípicos reflejaban estructuras sociales, y desafiaban los códigos familiares y religiosos de la época.⁶³ En los relatos sentimentales, los celos conducían a estados de furia, delirio y actos pasajeros de irracionalidad. Por ejemplo, en la novela *Taide. Contornos de la vida ideal* se describen los celos y delirios compartidos entre Ramiro y su madre debido al amor que aquél sentía por la joven Taide. Cuando doña Rosa, madre de Ramiro, se enteró de aquella pasión, se llenó de celos y pidió a su hijo elegir entre su amor o el inminente despecho:

No, yo no trataré de abandonarla a usted, nunca [...] este es otro amor, este es otro [...] ¿Otro amor? Exclamó doña Rosa levantándose y como poseída de un acceso de locura; ¿otro amor? Pues bien, el suyo o el mío. ¡Madre! ¡El suyo o el mío! Madre [...] replicó Ramiro, retrocediendo algunos pasos. Contesta, ¡contesta pronto!, ¿no ves que me estoy muriendo? Madre mía. No... ¡yo no soy tu madre! Soy una infeliz mujer a quien devora el infortunio. Contesta ¿No me obedeces? ¡Obedéceme!, porque debes obedecerme.⁶⁴

Los celos condujeron a la madre a estados de locura, en tanto que Ramiro huyó de la ciudad al sentirse acorralado por su mentora y luego despechado por Taide. Solo, en una casa deshecha y con un violín prestado, Ramiro reveló

⁶³ Estos temas han sido estudiados por Teresa Lozano Armendares, “Penurias del cornudo novohispano”, en Pilar Gonzalbo Aizpuru y Verónica Zárate Toscano (coords.), *Gozos y sufrimientos en la Historia de México*, México, El Colegio de México/Instituto Mora, 2007, p. 178. Véase de la misma autora, *No codiciarás la mujer ajena. El adulterio en las comunidades domésticas novohispanas. Ciudad de México, siglo XVIII*, México, Universidad Nacional Autónoma de México/Instituto de Investigaciones Históricas, 2005.

⁶⁴ José Peón y Contreras, *Taide...*, op. cit., pp. 97-98.

a su amada la condición mental en que se encontraba: “Taide, hace muchos días que me separé de tu lado. ¡Yo creo que voy a volverme loco!”. Los celos de Ramiro fueron consecuencia de las sospechas de que la joven tuviera otro amor, así, comenzó a tener visiones que lo atormentaban, “se le aparecían bajo mil formas, bajo mil diferentes aspectos”, su “exaltada imaginación” parecía abandonar su cerebro: “en ese caos en que parece que flota el cráneo mismo, especie de embriaguez sin malestar, sin congestión, sin sueño, como pudiera ser la del estúpido, como pudiera ser la del idiota”.⁶⁵ La narrativa de José Peón y Contreras retrató a Ramiro bajo el semblante del retrasado mental, tema que había estudiado cuando trabajaba en el Hospital de San Hipólito para hombres Dementes.⁶⁶ Los celos podían atacar el cerebro y ofuscar la razón:

Los celos más absurdos y más injustificados y menos razonables, invadieron y se apoderaron de aquel cerebro y de aquel corazón. Las pasiones cegaron el alma, el celo dominó al amor, y después de una lucha terrible, esperó sufriendo como debería sufrir, un ser en quien el raciocinio se veía ofuscado por el exceso de la pasión.⁶⁷

Los celos afectaban a hombres y mujeres por igual, la desconfianza y el temor a la traición eran motivos constantes. Cuando Carmen descubre que su padrastro tuvo un antiguo amorío con Lola (en apariencia su verdadera madre), comenzó a manifestar “celos intensos” que provocaron la enfermedad moral: “Tengo celos de entonces, de aquel pasado, de lo que yo no vi, de lo que me han dicho, de lo que sospecho, de tus recuerdos, de tus pensamientos y de todo. ¡Tengo celos!” El médico consideró que, de persistir su actitud, empeoraría el estado de salud de la joven: “La enfermedad moral, es decir, la pasión y los celos, vienen a agravar más la enfermedad física”, y concluyó que “si le causara una decepción, evidentemente moriría”.⁶⁸ Los médicos interesados en

⁶⁵ *Ibid.*, p. 67.

⁶⁶ José Peón y Contreras, “Idiotía microcefálica”, *Gaceta Médica de México*, tomo VII, núm. 5, México, 1 de agosto de 1872. En el texto examinó el caso del joven de nombre José que padecía una malformación craneal que explicaba su “estado idiota”. Este diagnóstico estaba relacionado con el retraso mental, proceso degenerativo de las facultades intelectuales y afectivas.

⁶⁷ Pedro Castera, *Dramas...*, *op. cit.*, p. 152.

⁶⁸ Pedro Castera, *Carmen...*, *op. cit.*, pp. 177, 179, 192.

la patología mental consideraban los celos como una causa determinante y no predisponente de la llamada “locura moral”, principalmente en las mujeres.⁶⁹ Esos “violentos arrebatos de la pasión”, según la expresión del médico Porfirio Parra, hacían perder la regularidad del “proceso psíquico”, generando actos irreflexivos e involuntarios porque la libertad moral “estaría suprimida”.⁷⁰ Las narrativas señalaban que los celos podían generar todo tipo de perturbaciones, incluso, comparaban el estado celotípico con una lucha interior que desvirtuaba los pensamientos.

Salvador Morello sintió celos al ver a Anselma del brazo de otro joven, manifestó una “masa confusa de pensamientos” semejante a una “penumbra sin límites” que “torturaban su cerebro”. Dicha sensación le hizo experimentar accesos de locura: “Volvió la vista alrededor, experimentó vehementes deseos de correr, de gritar, le espantó su locura, su delirio, la ebriedad, de su pasión profunda.” El protagonista-narrador consideró que el joven artista sufría de “accesos de sentimentalismo”, un estado de confusión, extravagancia y caos mental producto de sus celos:

¡Qué multitud de ideas, extravagantes y extrañas, pululaban en la mente de Morello! Ideas que en el reducido espacio de su cráneo, se mezclaban, se confundían, como en inmensa plaza [...] con diferentes trajes abigarrados, de diverso idioma, que se empujan, se codean, ganando y perdiendo terreno, disputando, vociferando, sin comprenderse, hasta que la noche viene y las dispersa, quedando el sitio, donde hubo tanto movimiento y vida, envuelto en sombras, desolado, yermo, lóbrego como el caos.⁷¹

El carácter de Salvador Morello era “demasiado impresionable”, su acceso de locura culminó en suicidio envenenándose con una medicina. Los celos lograban afectar el estado mental de los personajes, lo mismo que otras emociones fuertes, como la muerte de un familiar.

⁶⁹ En las citadas conferencias del doctor Secundino Sosa, se refirió específicamente a las pasiones psicopatológicas de esta manera: “pero si es celosa, si la familia está en la miseria, si en la viudez ve a sus hijos sin pan y sin porvenir [...] su pensamiento estará agitado por ideas, que por la debilidad de su juicio sean erróneas; su imaginación se cargará de falsas imágenes [...] le producirá el desequilibrio de las facultades mentales: la locura”. “Causas de la locura. Conferencias del Dr. Sosa”, *El Universal*, 7 de marzo de 1891, p. 2.

⁷⁰ Porfirio Parra, *Ensayo sobre la patogenia de la locura*, México, Tipografía Literaria, 1878, p. 27.

⁷¹ José Peón y Contreras, *Veleidosa...*, *op. cit.*, p. 116.

Antonio, un viejo hacendado del norte del país, sufrió la pérdida de su esposa. A partir de entonces, fue víctima de una lipemania. Cuando llegó a la Ciudad de México para su inspección, el enfermo confesó al facultativo que su mal radicaba en un “agujero en la sien” que le “taladraba la cabeza”. Su familia declaró que los síntomas de su locura consistían en la insensibilidad hacia su familia y el despilfarro de su dinero: “una vez dio un rancho por un caballo flaco, otra vez le regaló una casa a un embustero, que lo enterneció contándole no sé qué historia, hablaba sólo, no hacía caso de sus hijos, y parecía haberles perdido el cariño”. El diagnóstico del médico indicaba que se trataba de un caso de melancolía e hipocondría, debido principalmente a su estado de tristeza e indefensión:

El pobre loco pertenecía a la clase de los mansos e inofensivos, los furibundos accesos con que le empezó la vesania habían desaparecido. Era dócil como un niño, se dejaba guiar y conducir por su hermano, a quien profesaba la adhesión que al amo tiene el perro. Su locura era melancólica, con predominio de ideas hipocondriacas y se manifestaba por la inmovilidad y el silencio.⁷²

Más tarde, el médico consideró que por “cierta atonía en la mirada” se trataba de un caso típico de “lipemania” o “delirio melancólico”. Esta definición se ajustaba a las concepciones psiquiátricas que la consideraban un trastorno de las emociones con delirio sobre un objeto y predominio de una pasión triste o depresiva.⁷³ La melancolía de don Antonio servía para aleccionar a los lectores sobre el impacto de las “emociones fuertes” en la vida mental. Nuestra constelación de literatos no dejó de insistir en el substrato orgánico de cualquier trastorno psíquico. Por ejemplo, sobre la enfermedad hipocondriaca, dice un personaje-narrador de Pedro Castera, “no es tan imaginaria como se cree. De la hipocondría a la hepatitis hay una corta distancia, y en las enfermedades, como en la mayor parte de las cosas de la vida, lo difícil es el principio”.⁷⁴ Los médicos-escritores confinaron la locura de sus protagonistas a la privacidad del

⁷² Porfirio Parra, *Pacotillas...*, op. cit., p. 298.

⁷³ Rafael Huertas, *El siglo de la clínica. Para una teoría de práctica psiquiátrica*, Madrid, Novalia Electronic Editions, 2005, p. 54; Germán Berrios, *Historia de los síntomas de los trastornos mentales. La psicopatología descriptiva desde el siglo XIX*, México, Fondo de Cultura Económica, 2008, p. 382.

⁷⁴ Pedro Castera, *Querens...*, op. cit., p. 6.

hogar, incapaces de controlar sus pasiones, éstos experimentaron estados pasajeros de irracionalidad, extravíos de voluntad y tristezas patológicas.

Vigilar y prohibir

Las protagonistas de nuestras novelas fueron caracterizadas con algunos de los síntomas más comunes de la histeria decimonónica: actitudes pasionales y erotismo inmoderado.⁷⁵ Los accesos histéricos aparecerían como causa y efecto del amor desmedido y/o la prohibición del encuentro, una estrategia narrativa muy eficaz para dramatizar la vida sentimental de los personajes. Los relatos sentimentales ficcionalizaron la locura histérica y condenaron ciertos comportamientos marcados por la diferencia sexual,⁷⁶ al ponderar la fragilidad y la sexualidad desmedida pusieron en circulación valores sociales avalados por el discurso médico de fin de siglo.⁷⁷ Si bien los facultativos decimonónicos

⁷⁵ Durante del siglo XIX, la histeria se convirtió en la columna vertebral del alienismo francés. Los alienistas consideraron que se trataba de un desorden nervioso que afectaba principalmente a las mujeres y producía incoherencia en los valores morales. Sus principales síntomas eran trastornos del afecto y la sensibilidad. Diane Chauvelot, *Historia de la histeria: sexo y violencia en lo inconsciente*, Madrid, Alianza Editorial, 2001, p. 211. Michel Foucault advirtió que la histeria era el rostro “negativo” de la racionalidad médica, que transformó un problema clínico en una cuestión moral. Michel Foucault, *Historia de la locura en la época clásica*, tomo II, México, Fondo de Cultura Económica, 2002, pp. 432-461; Edward Shorter, *Historia de la psiquiatría. Desde la época del manicomio a la era de la fluoxetina*, Barcelona, J. y C. Ediciones Médicas, 1999, pp. 113-144; Jaques Postel y Claude Quézel (comps.), *Nueva historia de la psiquiatría*, México, Fondo de Cultura Económica, 2000, p. 274.

⁷⁶ Georges Didi-Huberman, *La invención de la histeria. Charcot y la iconografía de la Salpêtrière*, Madrid, Ensayos de Arte Cátedra, 2007, p. 112. Para el caso mexicano, Martha Lilia Mancilla-Villa, *Locura y mujer durante el porfiriato*, México, Círculo Psicoanalítico Mexicano, 2001; Frida Gorbach, “La histeria y la locura. Tres itinerarios en el México de fin de siglo”, en Laura Cházaro y Rosalinda Estrada (eds.), *En el umbral de los cuerpos. Estudios de antropología e historia*, México, BUAP/Colmich/Instituto de Ciencias Sociales y Humanidades, 2005, pp. 97-116.

⁷⁷ Cabría recordar que Philippe Pinel ubicó la histeria dentro de la familia de las neurosis, las actitudes “autodestructivas” y “antisociales”, así como el abuso del alcohol o el lesbianismo fueron algunos comportamientos anormales que sirvieron para catalogar la moralidad de las mujeres, Dora B. Weiner, *Comprender y curar...*, pp. 199-200. En 1882, Jean-Martin Charcot (1825-1893) reconoció que se trataba de una “enfermedad psíquica por excelencia”.

procuraban silenciar las voces de las mujeres que no acataban los roles tradicionales de género,⁷⁸ no es de sorprender que varios escritores se encargaron de ponerles voz y rostro a sus fatales heroínas.⁷⁹ Como muchas ficciones sentimentales latinoamericanas, la enfermedad revelaba a los lectores un secreto largamente escondido en la privacidad del hogar: la feminidad descontrolada y la sexualidad como peligro.⁸⁰ La constelación de escritores que nos ocupa detalló algunas fases clínicas de la histeria y ponderó que dicha neurosis estaba relacionada con la prohibición pública del deseo. Pero, ¿por qué enfermaron?

Las novelas ofrecen dos motivos principales: la rigidez del mundo emotivo y las tensiones familiares que experimentan las protagonistas. El personaje de Carmen descubre que su otrora protector no es su padre biológico; por su parte, la madrastra sospecha que “la niña” está enamorada por su actitud “silenciosa e indiferente” que había manifestado a consecuencia de la soledad. Exige a su hijo regañe a Carmen quien lleva días quejándose del corazón. Según la joven, se trataba de un “dolor nervioso” resultado de la separación familiar, aunque negó que estuviera realmente enferma, indicó que si su padrastro se iba de nuevo, “entonces sí me enfermaré”.⁸¹ El protagonista-narrador detalló que la separación desató el nerviosismo y reconoció que las “afecciones nerviosas persistentes” desaparecerían de continuar la pareja juntos.⁸² Por su parte, Sara (Amalia) era víctima de una constante vigilancia cuando mostraba interés por el joven que veía en su balcón, a tal grado que la familia se trasladó al “mágico pueblo de Tacubaya” por considerar riesgoso que su hija se enamorara. En una carta, Sara le confiesa a su enamorado el temor de que algún día los sorprendieran juntos: “Me vigilan mucho todavía, me cuesta mucho trabajo salir o hablarte y aunque María me cuida tengo miedo de que me vean

cia” que perturbaba a hombres y mujeres por igual. Roy Porter, *Breve historia de la locura*, México, Fondo de Cultura Económica, 2002, p. 135.

⁷⁸ Marta Caminero-Santangelo, *The madwoman Cant't speak. Or Why insanity is not subversive*, Cornell University Press, 1998, p. 2.

⁷⁹ Janet Beiser, *Ventriloquized bodies. Narratives of Hysteria in Nineteenth-Century France*, Ithaca, Cornell University Press, 1994, p. 137. También véase, Gabriela Nouzeilles, “Asesinatos por sugestión: estética, histeria y transgresión”, *The Colorado Review of Hispanic Studies*, vol. 4, fall 2006, pp. 309-325.

⁸⁰ Doris Sommer, *Ficciones fundacionales...*, p. 253; Paulette Cécile Silva Beauregard, *De médicos, idilios y otras historias...*, *op. cit.*, p. 136.

⁸¹ Pedro Castera, *Carmen...*, *op. cit.*, pp. 45-46.

⁸² *Ibid.*, p. 52.

alguna vez”.⁸³ Aunque su madre terminó por aprobar aquel amor, el padre de Sara consideraba inmoral la conducta de su hija, ya que se trataba de “una loquita al corresponder a un novio que ni conocía”.⁸⁴ La aludida novela de las hermanas Larraínzar afirmarí­a que era un “deber sagrado” de los padres, vigilar a los hijos para impedir a toda costa su “desmoralización”.⁸⁵

El modelo clasista de la sexualidad imperante en el último tercio del siglo XIX, domesticó el erotismo de las mujeres. Las autoridades médicas, religiosas y familiares sentían el vivo deseo de extender su autoridad cultural al cuerpo femenino, subordinando dichas prácticas al matrimonio.⁸⁶ Nuestras protagonistas están determinadas por reglas y conductas propias de las buenas costumbres porfirianas, según las cuales, como se ha dicho, eran la moderación y el autocontrol. Para Julia Tuñón, la élite porfiriana pretendió que el erotismo femenino se identificara con la maternidad y la vida doméstica, para así alcanzar la estabilidad del país y construir un Estado fuerte, progresista y moderno.⁸⁷ La constelación de médicos–escritores validó estas percepciones ficcionalizándolas. Sus relatos constataban que las familias debían salvaguardar el estado mental de sus hijas, mermando el deseo por medio de la prohibición.

En la tercera edición de *Amalia. Páginas del primer amor*, se describe la firmeza del padre quien consideró indispensable no generar incomodidad a la señorita con “asuntos de amores”. Por recomendación médica, impidió cualquier intercambio epistolar entre Amalia y el amado. El juicio del padre era contundente: “La contrariedad la enferma, las emociones fuertes la dañan”.⁸⁸

Las contrariedades podían desembocar en accesos de histerismo. Los autores coincidieron con los médicos al asociar la desdicha, los amores prematuros y los excesos venéreos con la etiología de la histeria.⁸⁹ Creyeron que el

⁸³ José Rafael Guadalajara, *Sara...*, *op. cit.*, p. 117.

⁸⁴ *Ibid.*, p. 159.

⁸⁵ Ernestina Larraínzar y Enriqueta Larraínzar, *Sonrisas y Lágrimas...*, *op. cit.*, pp. 66–67.

⁸⁶ Judith R. Walkowitz, “Sexualidades peligrosas”, en *Historia de las mujeres. El siglo XIX. Cuerpo, trabajo y modernidad*, tomo 8, Madrid, Taurus, p. 64; Rosario Esteinou, *La familia en México: lecturas de su modernidad. Siglos XVI al XX*, México, Centro de Investigaciones y Estudios Superiores en Antropología Social/Miguel Ángel Porrúa, 2008.

⁸⁷ Julia Tuñón, “Ensayo introductorio...”, *op. cit.*, p. 51.

⁸⁸ José Rafael Guadalajara, *Amalia...*, *op. cit.*, p. 176.

⁸⁹ Andrés Ríos Molina, *La locura durante la Revolución mexicana. Los primeros años del Manicomio General La Castañeda, 1910-1920*, México, El Colegio de México, 2009, p. 103.

zas de quien me dió el sér, por la luz que me alum-
bra, por mi fe.

»No huyes ya ¿verdad?

»Allá entre las sombras de mi mente veo que al
fin me miras. Estás pálida, ves lo que te escribo, y
al leerlo se suspende tu lloro; toman tus labios esas



curvas que les imprime una sonrisa ligera, y en tus
ojos hay lágrimas como las que se suspenden de las
pestañas de un niño cuyo llanto ha callado una ca-
ricia materna.

»Mañana cuando lá luz comience, el angel de mi
amor que vela tus sueños irá á despertarte acari-

LA CONSTANTE VIGILANCIA que sufría Amalia (Sara) repercutió notablemente en su salud, y ante la negativa del padre para ver a su amado, la joven caía presa de llantos imprevistos y risas desmedidas. Fuente: José Rafael Guadalajara, *Amalia. Páginas del primer amor*, México, tercera edición, Editor de Eusebio Gómez de la Puente, 1911, p. 130.

padecimiento estaba relacionado con el amor infructuoso. Cuando Salvador Morello descubrió que Anselma había sido amante de Antonio Rojas, decidió romper definitivamente con ella. La joven le escribió pero se quedó sin recibir respuesta; ante esta situación, la tía Genoveva observó que “la muchacha no quería más que el encierro”. Ella comenzó a enfermar, estar débil y ausente. Su tía le sugirió que lo dejara de ver porque consideraba que dicho romance era causa de su mal. Anselma respondió con una negativa, y dudó de hasta qué punto el amor era origen y remedio de su enfermedad:

Pero tu enfermedad... si es eso lo que te enferma, prescinde. ¿Prescindir? ¡De Salvador! ¿Sabes lo que me dijo anoche? ¿Qué te dijo? Que el médico que me está curando, se empeña es verdad; pero que él cree que ¡vamos!, que si me empeñara más... que haciendo esfuerzos supremos... torturando a la ciencia... En fin... que él, Salvador, iba a curarme ¿comprendes? Extravagancias de enamorado.⁹⁰

Aquella noche Anselma soñó que Salvador, transformado en médico, le devolvía la salud, “el bienestar y la ventura”. Después de recuperarse, no volvió a ver al artista más que en su franca agonía. Pero también el miedo y el dolor podían generar visiones aterradoras, que se volvían reales en la mente de quien las padecía.⁹¹ Al percatarse de que Pacotillas había perdido su puesto de redactor en el periódico y la plaza como practicante en el hospital, Amalia sintió miedo de que algo le pasara. Tras esperarlo toda la noche sin un ápice de luz e invadida por pensamientos tenebrosos, comenzó a tener visiones:

Unas veces se veía asaltada por enorme multitud de grandes y asquerosas ratas, que se paseaban por su cuerpo, clavaban en ella los ojitos relucientes, le hincaban en las carnes las afiladas garras, y le roían con los grandes dientes; otras veía a Paco muerto, ya cosido a puñaladas, ya herido por el rayo, ya arrastrado por caudaloso torrente, ya devorado por bestias feroces. No sollozaba ya, no lloraba, ahora aullaba; su voz se había enronquecido, su cabeza turbada por terrible dolor le parecía hueca, ya no se daba cuenta de que lo que sucedía, su razón turbia, enmarañada y confusa, estaba a dos líneas de la locura.⁹²

⁹⁰ José Peón y Contreras, *Veleidosa...*, *op. cit.*, p. 62.

⁹¹ Estos temas son abordados en el cueto de Antonio Hermoso, “Alucinamiento”, *El Siglo Diez y Nueve*, 4 de abril de 1882, p. 2.

⁹² Porfirio Parra, *Pacotillas...*, *op. cit.*, p. 369.

La imaginación desbordada y la razón obnubilada eran síntomas de la caída a la demencia. Si bien el autor no describió a su protagonista como histérica, el protagonista-narrador explicó que dicho estado consistía en la “idea fija” de creer que su amado había muerto. La histeria fue una preocupación periodística. J. Valenzuela publicó el artículo “El hipnotismo y la histeria”, en el que buscaba aleccionar a los lectores y desterrar la “confusión general de ideas sobre esta materia”. El texto celebraba las aportaciones de Charcot y sus experimentos en la Salpêtrière, definió la histeria como una enfermedad de etiología orgánica propia del sexo femenino, cuyos síntomas eran “convulsiones generales, gritos, llantos, palabras incoherentes y actitudes pasionales” que determinaban trastornos muy graves en “la organización, como la motricidad, la vista o el gusto”.⁹³ Notas como ésta, pusieron en circulación ideas, valores y actitudes con pretensión científica que relacionaban lo “frágil del sexo femenino” con la histeria, además, solían ofrecer a sus lectores consideraciones médicas sobre la sensibilidad incontrolada.⁹⁴ Los personajes de Amalia, Taide, Carmen y Sara (Amalia) comparten experiencias comunes de arrebatos sentimentales que coincidían con alguno de los síntomas de histeria enunciados por la medicina mental. Cabría interrogarse, ¿quién define el padecimiento y cómo describe sus accesos?

Familiares y vecinos se encargaron de definir el dolor nervioso, y brindaron asistencia durante o después del acceso. La madrastra de Carmen observó que dicho sufrimiento se debía a su pobre condición moral: “En esta enfermedad yo creo, comparando lo que he visto en ella hoy, con lo que he observado en los días anteriores, que la mayor parte viene de su estado moral”.⁹⁵ Esta opinión estaba acorde con el primer veredicto del doctor respecto a las contrariedades que la condujeron a su estado actual de impaciencia. El facultativo aseveró: “creo que en esta enfermedad las contrariedades son dañosas y a pesar de todo [...] esa pobre niña está llena de inquietudes y de intranquilidad por causa de este amor”.⁹⁶ Al respecto, la novela de las hermanas Larraínzar aconsejaba atemperar la pasión por medio de la prudencia.⁹⁷ José Peón y

⁹³ J. Valenzuela, “El hipnotismo y la histeria”, *El Siglo Diez y Nueve*, 10 de junio de 1882, p. 1.

⁹⁴ Héctor Pérez Rincón, *El teatro de las histéricas. De cómo Charcot descubrió, entre otras cosas, que también había histéricos*, México, Fondo de Cultura Económica, 2015, p. 85.

⁹⁵ Pedro Castera, *Carmen...*, *op. cit.*, p. 404.

⁹⁶ *Ibid.*, p. 105.

⁹⁷ Las hermanas aconsejaban a las señoritas porfirianas lo siguiente: “No, jamás la sensibilidad debe tener una influencia tan desmedida, pues los males que esto pudiera originarse serían

Contreras describió “el nerviosismo” de Taide como un “embotamiento intelectual”, observado por algunos médicos bajo la forma del carácter histeroepiléptico. El protagonista-narrador ponderó la tristeza y sinrazón que invadía a la protagonista:

[...] quedábase sumergida en ese voluptuoso estado de embotamiento intelectual en que los entreabiertos ojos; entrevén, en que el alma medio duerme y el labio medio sonrío, en que tal parece que sobre el lecho, como sobre una ola, flota el cuerpo con vaivén acompasado y dulce y que se desliza blandamente sin rumbo y sin objeto, vagando y vagando, como uno se imagina despierto vagan las sombras de la noche.⁹⁸

Los síntomas de Taide eran: falta de apetito, tristeza incomprensible y una marcada indiferencia hacia Ramiro. Según el médico, la enfermedad era nerviosa y la acabaría “poquito a poco lo mismo que una vela que va ardiendo”. Detalló que después de los accesos, Taide ponía “los ojos en blanco, se le alargaban las pestañas, no se le oye la respiración y se queda con la nariz perfilada y la boca entreabierta y del color del marfil la frente”.⁹⁹ Desesperado por la indiferencia de Sara (Amalia), el joven enamorado decidió buscarla. María, la empleada doméstica, declaró que la joven estaba totalmente enferma. Un día al recoger flores para regalárselas al novio, Sara cayó en acceso nervioso, las contracciones musculares, la agitación y los gritos fueron representados como síntomas de su enfermedad. María presenció lo siguiente:

De repente vi que se ponía rojo encendido, como si la sangre toda le subiera a la cara. Me vio con ojos espantados, agitó los brazos en el aire como si tuviera ansias horribles; quiso quejarse pero el grito se le ahogó en la garganta, murmuró algo incomprensible y cayó en el suelo sin que mis brazos pudieran detenerla.¹⁰⁰

terribles, y por eso es que la fortuna existe también en el catálogo de las virtudes, otra encantadora que nombramos prudencia, la cual tiene el arte de templar los grandes ímpetus y de poner una medida eficaz al desbordamiento impetuoso de las grandes pasiones”. Ernestina Larraínzar y Enriqueta Larraínzar, *Sonrisas y Lágrimas...*, *op. cit.*, p. 8.

⁹⁸ José Peón y Contreras, *Taide...*, *op. cit.*, p. 72.

⁹⁹ *Ibid.*, p. 107.

¹⁰⁰ José Rafael Guadalajara, *Amalia...*, *op. cit.*, p. 241.

En la primera y segunda edición de la novela, José Rafael Guadalajara consideró que el mal de Sara se debía a un “ataque de sangre”; sin embargo, en la tercera edición se establece el ataque histérico producto de las emociones fuertes que había sufrido. De acuerdo con el dictamen del doctor Zorral, médico de la familia, se trataba de un “histerismo del peor carácter que no combatido a tiempo, puede ser de fatales consecuencias”. Víctima de la vigilancia paterna y contrariada por la prohibición de su amor, la locura de Sara (Amalia) se debió al drama emotivo que experimentó por la negativa familiar de aceptar su romance con el joven del balcón. El protagonista-narrador menciona: “fijó en mí una mirada profunda, abierta, indagadora; y nerviosa, recia, horrible, soltó una carcajada. Amalia [...] estaba loca”.¹⁰¹ Quienes definían la psicopatía y describían los accesos, también establecían los términos en que se expresaba la enfermedad y las conductas anormales que presentaban las jovencitas. Por ejemplo, don Cleofas, un peón que trabajaba en la hacienda de los papás de Sara (Amalia), consideró que los ataques nerviosos estaban relacionados con la educación y actividades de la vida moderna que la pre-disponían al sentimentalismo:

Esas lecturas de novelas, ese piano que pone a las muchachas tan románticas y tan nerviosas; los teatros, los perfumes; y metidas siempre entre holandas que adivine usted si el marido puede sostener; la prohibición del novio después de haberlos hecho, los padres mismos, soñar amores con los libros y la música que les dan; rodeándoles de una atmósfera de romanticismo y lujo que enferma y que daña.¹⁰²

Las ficciones sentimentales no sólo recogían las experiencias clínicas del alienismo francés, también presentaban un proyecto narrativo basado en la condenación de las pasiones de la vida privada. Los autores pusieron especial

¹⁰¹ *Ibid.*, p. 195.

¹⁰² *Ibid.*, p. 227. Este pasaje literario recuerda lo escrito décadas antes por el alienista francés Jean Étienne Esquirol en su tesis médica publicada en 1805: “Las pasiones son más vivas, más exaltadas, más eróticas en las mujeres [...] Hallaremos la causa [...] en los vicios de nuestra educación, en el abuso de la música, en la asiduidad de los teatros y de las sociedades desde la más tierna edad que despiertan las pasiones en una época de la vida en que los órganos propios para satisfacer están apenas esbozados, en la vida insulsa, inactiva e inaplicada, en la profusión de novelas cuya lectura provoca en las jóvenes una actitud precoz agitando su imaginación, inspirándoles ideas de una perfección imaginaria que ansían adquirir”. Jean Étienne Esquirol, *Sobre las pasiones...*, *op. cit.*, p. 35.

atención en la educación moral de la mujer, en sus actividades y pasatiempos, ya que determinaban los sentimientos que derivaban en síntomas relacionados con el histerismo. En *Querens*, Pedro Castera concibió el permanente estado sugestivo en que se encontraba una mujer y los experimentos que realizaban un científico loco y su amigo espiritista. El protagonista-narrador consideró que “su” mujer en estado normal carecía de inteligencia, pero “en el sueño magnético” y “el sonambulismo” funcionaba “la vida en ella con sus pasiones”.¹⁰³ Mientras que el científico buscaba probar que los fenómenos del magnetismo e hipnotismo eran hechos científicos, el protagonista-narrador procuraba que la fémica se enamorara de él por medio del proceso de sugestión. Así, ambos personajes masculinos decidieron asociarse para “curarla”, porque fuera del estado sugestivo, “la mujer era una idiota”.¹⁰⁴ Sin embargo, los resultados no fueron los esperados:

He aplicado todos los métodos. El ejercicio obligado para los músculos, alcaloides sobre el sistema nervioso, la electricidad por diversos sistemas, todos los medios que han puesto a mi alcance la naturaleza, la ciencia y el estudio y la práctica... He utilizado la naturaleza, tratando de despertar sus pasiones... y hasta hoy todo ha sido inútil. Sólo vive con la vida magnética.¹⁰⁵

Para algunos escritores decimonónicos, el magnetismo y los fenómenos en torno al sonambulismo, no eran otra cosa que “milagros de terapéutica” y adivinación, alegando que tales “extravagancias deben condenarse por respeto a la ciencia”.¹⁰⁶ Sin embargo, ciertos facultativos buscaron insertar dichos procedimientos en el mundo de la patología mental para desterrarla de la visión espiritualista.¹⁰⁷ El protagonista-narrador de Castera consideraba que la mujer sufría de insensibilidad, así, su narrador buscaba el control de la “mente” para

¹⁰³ Pedro Castera, *Querens...*, *op. cit.*, p. 48.

¹⁰⁴ *Ibid.*, p. 74.

¹⁰⁵ *Ibid.*, p. 76.

¹⁰⁶ Manuel Sánchez Mármol, *Pocahontas...*, *op. cit.*, p. 79.

¹⁰⁷ Algunos ejemplos son: Dr. Escuder, “Hipnotismo I”, *El Universal*, 18 de agosto de 1888, p. 1; Dr. Escuder, “Hipnotismo II”, *El Universal*, 23 de agosto de 1888, p. 2.; “La ciencia hipnótica. Sugestión”, *El Universal*, 4 de marzo de 1891, p. 1. Para una historia social del hipnotismo en el México finisecular, Mauro Sebastián Vallejo, “Magnetizadores, ilusionistas y médicos. Una aproximación a la historia del hipnotismo en México, 1880-1900”, *Trashumante. Revista Americana de Historia Social*, núm. 5, enero-junio 2015, pp. 201-219.

reactivar las pasiones. En este sentido, el autor participaba de las fantasías de dominación de muchos médicos y escritores de finales del siglo XIX, al considerar que podían manipular el cuerpo femenino usando metales y sustituyendo la voluntad propia de un individuo por una voluntad extraña para dirigirla.¹⁰⁸ Las cuatro protagonistas fueron descritas como sensibles, contrariadas y deseosas. Y para validar dichas representaciones, estaba un personaje central: el médico.

Médico de locos

La función de los facultativos era salvaguardar la higiene física y moral de los amantes desventurados. Debido a su personalidad pública, actividades científicas y actitudes cordiales, estos personajes estaban autorizados para dirimir en asuntos familiares y conflictos pasionales al mostrar un buen trato con sus pacientes.¹⁰⁹ No son representados como alienistas o psiquiatras propiamente dichos, sino galenos interesados en la enfermedad mental dispuestos a normalizar las pasiones desbordadas por medio de una variedad de terapéuticas: baños de agua fría, regímenes alimenticios, medicamentos antiespasmódicos, confinamiento manicomial, el matrimonio y el destierro de la Ciudad de México. Los médicos de locos consideraban necesario restituir la conducta moral del enfermo mediante la respiración de aires puros en Tacubaya y Cuernavaca. Nuestra constelación de escritores hizo de los médicos, personajes que simbolizan un saber especializado dirigido a normalizar las pasiones descarriadas por medio del rito matrimonial.¹¹⁰

¹⁰⁸ J.Valenzuela, “El hipnotismo y la histeria”, *El Siglo Diez y Nueve*, 10 de junio de 1882, p. 2; “El Congreso de Blas. La moralización por el hipnotismo”, *El Monitor Republicano*, 24 de octubre de 1884, p. 2.

¹⁰⁹ Para entender la injerencia de los médicos de la mente en la comprensión literaria de la enfermedad mental en la España finisecular, véase Richard A. Cardwell, “The Mad Doctors: Medicine and Literature in Finisecular Spain”, *Journal of the Institute of Romance Studies*, núm. 4, 1996, pp. 67-86; para el caso inglés, Christine Bolus-Reichert, “Architecture in the Family Way: Doctors, Houses, and Women, 1870-1900”, *Victorian Studies*, vol. 43, núm. 1, 2000, p. 121.

¹¹⁰ En este punto coincidieron con los escritores nacionalistas de la generación de Ignacio Manuel Altamirano décadas antes, los cuales enfatizaron el matrimonio como un valor social necesario para acallar las pasiones. Le agradezco a la doctora Ana Laura Zavala sus observaciones sobre este punto.

En la novela *Carmen* se alude a un médico traído de la capital y antiguo amigo del padrastro de la joven histérica, el cual consideró importante conocer “la manera de vivir de Carmen”, sus “costumbres, carácter, sentimientos e ideas”. Según declaró el padrastro, el médico había practicado un “reconocimiento detenido y concienzudo, retirándose después a recetar y prescribir un régimen que nos recomendó fuese observado con la mayor exactitud”. Mediante un trato dulce con la paciente llevó a cabo el interrogatorio, el cual buscaba determinar si se trataba de una afección orgánica o nerviosa.¹¹¹ El padrastro de Carmen decidió tener otra opinión al respecto, así que mandó llamar al doctor Manuel para que realizara una segunda inspección. Según la descripción, los médicos podían destacar en cualquier sociedad “incrédula en las artes curativas” a partir de su postura aristócrata y las distinciones que los cobijaban: “Manuel era un médico distinguido, especialista en las enfermedades del corazón y que se hacía notar en la sociedad por muchos títulos”. Dicho facultativo era representado como amante de su profesión, esmerado, recto en lo moral y bondadoso con los desamparados. Un hombre rico y estudioso que promovía reuniones con sus colegas.

Las actitudes nobles y cordiales de los facultativos eran bastante frecuentes en nuestras obras de estudio. En la novela *Pacotillas* el tercer médico que atendió la lipemanía que padecía don Antonio se describe como un individuo respetable, acreditado y renombrado doctor que vivía en una lujosa calle de la capital. En la obra se detallan las condiciones materiales en que ejercían los médicos; se trataba de relacionar la posición social del facultativo con el valor profesional de la medicina. En la casa del médico había “elegantes corredores con masetas de porcelanas, conteniendo plantas exóticas” que imprimían un “aspecto sano y agradable” a la casa.¹¹² Además, el protagonista-narrador destacó el porte del facultativo: “encendidos pómulos; vestía con esmero, sus maneras eran despejadas y agradables, hablaba con locuacidad y trataba con mucha amabilidad a sus enfermos”.¹¹³ La actitud del médico ante la enfermedad de don Antonio fue compasiva, atenta a sus delirios y sufrimiento.

Los relatos sentimentales buscaban infundir en el ánimo de los lectores concepciones honradas de los galenos al ponderar la calidad moral y la voluntad

¹¹¹ Pedro Castera, *Carmen...*, *op. cit.*, p. 92.

¹¹² Porfirio Parra, *Pacotillas...*, *op. cit.*, p. 309.

¹¹³ *Ibid.*, p. 313.

de servicio como prueba de su profesionalismo.¹¹⁴ Durante ese periodo, Justo Sierra había señalado que los médicos eran “soldados de la prevención social”, labor que no se reducía a prescribir medicinas, sino a estudiar todos los aspectos del organismo social con el fin de erradicar sus males.¹¹⁵ Nuestras narrativas reflejaban algunas inquietudes propias del médico durante el porfirato, debido a que el gremio, como se ha mencionado, buscaba afanosamente fortalecer su imagen pública enalteciendo las virtudes científicas y éticas de la medicina,¹¹⁶ mediante normas y códigos de conducta como la buena atención y franqueza hacia los pacientes.¹¹⁷ Asimismo, hacían eco del llamado tratamiento moral instaurado en el alienismo francés durante buena parte del siglo XIX, según el cual, el alienista debía incidir sobre las ideas y pasiones mediante de un trato dulce con el alienado.¹¹⁸ En 1876, el doctor Pedro Diez de Bonilla elogió las virtudes del “médico de locos” y su buen talante para ser un “filósofo por necesidad” y “meditativo por carácter”. Ellos debían estar al tanto de las “heridas del corazón para impedir, en la medida de sus posibilidades, el sufrimiento a la vista del paciente”.¹¹⁹ El aura sacerdotal, el estatus moral y la etiqueta médica eran valores sociales muy difundidos en buena

¹¹⁴ El escritor Ignacio Manuel Altamirano describió la visión carismática y el aura sacerdotal que muchas veces se tenía de los médicos en asuntos morales, a partir de la figura del Dr. L [...] quien era descrito como “un literato instruido y amable, un hombre de mundo, algo desencantado de la vida, pero lleno de sentimiento y de nobles y elevadas ideas”. Finalmente, el literato consideró que el valor social de su médico radicaba en la “santa misión como filántropo, como un sacerdote”. Ignacio Manuel Altamirano, *Clemencia*, México, Editorial Porrúa, 1944, p. 12.

¹¹⁵ Justo Sierra, “Discurso de clausura”, *Concurso científico en la Sesión solemne del 18 de agosto de 1895*, México, Cámara de Diputados, Oficina Tipográfica de la Secretaría de Fomento, 1895, p. 18.

¹¹⁶ Claudia Agostoni, “Médicos ecuestres, el arte de curar y los galenos en la historia nacional (Ciudad de México, 1877-1911)”, *Ciencia Salud Colectiva*, núm. 3 (3), 2008, p. 976.

¹¹⁷ Claudia Agostoni, “El arte de curar: deberes y prácticas médicas porfirianas”, en Claudia Agostoni y Elisa Speckman (eds.), *Modernidad, tradición y alteridad. La ciudad de México en el cambio de siglo (XIX-XX)*, México, Instituto de Investigaciones Históricas, Universidad Nacional Autónoma de México, 2001, pp. 103-104.

¹¹⁸ Rafael Huertas, *Historia cultural de la psiquiatría. (Re)Pensar la locura*, España, Los libros de la Catarata, 2012, p. 58.

¹¹⁹ Pedro Diez de Bonilla, “El médico considerado moral y filosóficamente en diversos ramos de su profesión”, *El Observador Médico. Revista Científica de la Asociación médica Pedro Escobedo*, tomo I, núm. 9, 1 de julio de 1876, p. 133.

parte de la literatura decimonónica nacional e internacional.¹²⁰ Los médicos de locos eran representados como autoridades morales dispuestas a incidir en el carácter de sus pacientes mediante recursos terapéuticos de diversa índole.

Los relatos sentimentales aludían a una terapéutica ecléctica practicada en la medicina mental de la época. El doctor Manuel recomendó a Carmen el “ejercicio moderado”, insistió en “divagarla”, “pasearla”, “distraerla” y tener “conversaciones agradables” y “lecturas amenas” a fin de no contrariar “sus caprichos”. Su autoridad moral logró imponerse a las necesidades terapéuticas de la familia, que buscaban un remedio eficaz, ya que “los baños fríos” no habían mejorado el nerviosismo de la joven. Pronto la familia se trasladó a Cuernavaca pensando que el clima cálido y la lejanía del bullicio capitalino ayudarían.¹²¹

El doctor Manuel también recomendó al padraastro “la distracción” y “el ejercicio” como un remedio para “relajar los nervios”. Preocupado por la enfermedad de Carmen y la reacción de su madre ante la sospecha de amor incestuoso, el padraastro tuvo que “divagarse por todos los medios posibles”, saliendo al teatro y recorriendo varios puntos de la ciudad tratando de ordenar su mente y pensamientos.¹²² El texto alude así a la concepción médica de las terapias de distracción, laboral y de ocupación bastante populares en el siglo XIX, las cuales formaban parte del tratamiento moral y ayudaban al desarrollo de las funciones mentales.¹²³ Contrario a las prescripciones médicas, algunos personajes veían con desconfianza la ingesta de medicamentos por temor a reacciones secundarias.

En la novela *Veleidosa* de José Peón y Contreras, Salvador, un pintor apasionado y sumido en la pobreza acudió a la sala de mujeres del Hospital de Jesús para buscar a su amada Anselma, quien había sido afectada por una

¹²⁰ Un panorama general aparece en Hugo Fernández de Castro Peredo, *Ética, moral y etiqueta médica en la literatura del siglo XIX, México*, Bitbuk, 2011.

¹²¹ Dice el protagonista-narrador: “El calor era excesivo pues el termómetro de Réaumur marcaba en la sombra 33 grados, pero aumentándose por esta causa la densidad atmosférica, respirándose con gran facilidad y sin esfuerzo alguno, como si los pulmones se hubieran dilatado o crecido, circunstancia que debería ser favorable a la enfermedad por nosotros combatida”. Pedro Castera, *Carmen...*, *op. cit.*, p. 200.

¹²² *Ibid.*, p. 302.

¹²³ Rafael Huertas, *El siglo de la clínica...*, *op. cit.*, p. 219.

ligera tisis.¹²⁴ Según el artista, la situación de la joven era alarmante debido a su calentura y tos. Los médicos del hospital le recomendaron tomar “arsénico” y “aceite de Hogg” para estabilizar su temperamento nervioso, pero Anselma se mostró reacia a la excesiva medicación por sospecha de futuros trastornos mentales: “¿Tomaste el alquitrán? Lo tomé. Pero el aceite de hígado de bacalao no, murmuró Genoveva. ¡Imposible dijo Anselma, yo no tomo eso, su vista solamente me descompone toda [...] me trastorna”.¹²⁵ Anselma se recuperó, pero su conducta adversa a la medicina revelaba el grado de desconfianza que podía tener un sector de la población a la medicación. Para los accesos nerviosos que padecía Rosita, esposa del mafioso “Chango” enemigo público de Pacotillas, este último le recomendó una dieta de “alimentos sustanciosos”, un “plan tónico” y, sobre todo, respirar “aire libre y puro”.¹²⁶ Así, muchos personajes afectados por algún tipo de psicopatía reclamaban a los médicos una respuesta inmediata que curara sus males. Los médicos, en cambio, consideraban el llamado del paciente como la justificación de su necesidad social.

Los baños, las distracciones y el uso de medicamentos podían mejorar la salud de los personajes, pero no eran las únicas terapéuticas. También están el uso de hierbas, la aplicación de sangrías y otros métodos de enfriamiento cerebral característicos de la terapéutica decimonónica contra las enfermedades mentales.¹²⁷ Cuando don Antonio perdió a su esposa, enloqueció y una “furia

¹²⁴ En siglo XIX era el nombre que designaba la tuberculosis pulmonar. Un clásico estudio sobre el imaginario de la tuberculosis en la literatura del siglo XIX, Susan Sontag, *La enfermedad y sus metáforas. El sida y sus metáforas*, España, Debolsillo, 2011.

¹²⁵ José Peón y Contreras, *Veleidosa...*, p. 85.

¹²⁶ Porfirio Parra, *Pacotillas...*, *op. cit.*, p. 477.

¹²⁷ Para María Blanca Ramos de Viesca, la hidroterapia en México estaba circunscrita al uso de agua fría en baños de inmersión. A partir de 1869 se introdujeron en el territorio nacional regaderas al estilo de la bañoterapia europea. La hidroterapia consistía en la aplicación de baños fríos dos veces por semana, las inmersiones y compresas estaban dirigidas a atacar afecciones histéricas, hipocondrías y melancolías, el objetivo era “regular el equilibrio de la circulación sanguínea” de todas las funciones cerebrales. María Blanca Ramos de Viesca, “La hidroterapia como tratamiento de las enfermedades mentales en México en el siglo XIX”, *Salud Mental*, octubre, año/vol. 23, núm. 5, 2000, pp. 43-44. Para las sangrías como elemento terapéutico, María Blanca Ramos de Viesca y otros, “La sangría como recurso terapéutico en las enfermedades mentales en el México del siglo XIX”, *Salud Mental*, diciembre, año/vol. 25, núm. 2006, pp. 53-58. Según los autores, las sangrías se utilizaban en México en la práctica médica del hospital de San Hipólito; estaban dirigidas

alterada se apoderó de su espíritu”, murmuraba frecuentemente, se llenaba de injurias y decía mil picardías a propios y extraños. Ante estos comportamientos, el primer médico que lo examinó indicó que se trataba de “un ataque al cerebro”, procedió a “sangrarlo”, lo rapó y puso “vejigas con hielo en la cabeza”.¹²⁸ Este método pretendía enfriar el cerebro debido a la profunda “excitación que presentaba”. El segundo médico que lo valoró fue el propio Francisco Téllez; luego de analizar su actitud “pensativa” y “melancólica” sugirió trasladarlo, ya fuera a San Hipólito, para tenerlo bajo “protección y vigilancia” de un practicante, o enviarlo a una casa de alquiler al cuidado de dos enfermeros fuera de la ciudad.¹²⁹ Mientras la familia decidía qué hacer con su enfermo, la locura de don Antonio podía merecer el encierro manicomial.

Pedro Castera consideró que, en algunos casos de demencia, el confinamiento podía ser “correctivo” y ratificó su valor pedagógico. En *Querens*, el personaje-narrador declaró: “cuando un ser así odia a la sociedad, se le corrige, se le castiga, se le educa. Las cárceles se han hecho para los criminales y los manicomios se sostienen para los dementes. Con el objeto de abrigar a seres semejantes, se han creado los hospitales por el estado”.¹³⁰ Sin embargo, la injerencia del Estado en materia de manicomios todavía no estaba a la altura de las exigencias literarias, debido a que los únicos hospitales encargados de brindar atención a los enfermos mentales, como lo hemos mencionado, eran San Hipólito y El Divino Salvador, por entonces ya denunciados por algunos diarios capitalinos como precarios, vetusto e insuficientes.¹³¹

a afecciones históricas o “sujetos con temperamento sanguíneo”. La técnica consistía en “sangrar” al enfermo con el fin de “purgar” el exceso de humores que afectaba las funciones cerebrales.

¹²⁸ Porfirio Parra, *Pacotillas...*, pp. 295-296.

¹²⁹ *Ibid.*, p. 297.

¹³⁰ Pedro Castera, *Querens...*, pp. 19-20.

¹³¹ Algunos ejemplos de estas denuncias en la prensa son: “El hospital de locos”, *El Monitor Republicano*, 2 de marzo de 1882, p. 3; “Un manicomio”, *El Monitor Republicano*, 5 de mayo de 1882, p. 1; “Los enfermos del Hospital de la Canoa”, *El Monitor Republicano*, 16 de julio de 1882, p. 4; “San Hipólito”, *El Tiempo*, 14 de diciembre de 1883, p. 2; “San Hipólito”, *El Monitor Republicano*, 15 de agosto de 1884, p. 4; “Hospitales”, *El Monitor Republicano*, 1 de octubre de 1884, p. 3.

Para los médicos de locos, el destierro y el matrimonio constituían una terapéutica peculiar para domesticar los deseos incontrolados de los personajes. Cuando los accesos histéricos de Sara (Amalia) se hicieron más frecuentes, el destierro involuntario buscaba poner freno a sus joviales pasiones. El padre de la joven decidió trasladar a la familia al apacible pueblo de Tacubaya para evitar que se enamorara.¹³² En una carta enviada a su pretendiente, Sara confiesa el suplicio vivido por la separación anunciada: “¿Lo cree usted así? Me contestó. Este destierro es un purgatorio para mí. Me han traído para alejarme de usted y no queriendo que en usted piense me hacen meditar en un libro místico. ¡Cuando mi pensamiento está muy lejos!”.¹³³

Las familias en contubernio con la autoridad moral de los facultativos, consideraban indispensable esclarecer los móviles de los romances y procuraban acallar las pasiones de los jóvenes amantes. Acordes con el impulso normalizador, también algunas familias simpatizaban con el voto matrimonial, argumentando que se trataba de un infalible remedio socialmente necesario y culturalmente aceptado. El Dr. N., gran amigo del padre de Sara (Amalia), fue persuadido por el joven para que abogara en favor de aquel “desdichado amor”. El médico consideró “necesario el casorio” para apaciguar las pasiones de la joven, pero éste no pudo consumarse porque Sara estaba en franco acceso de histerismo.¹³⁴ Incluso la madre del enamorado, en atención al facultativo, consideró el matrimonio como un elemento terapéutico que acabaría con los accesos histéricos:

Para ese mal desgraciado, casar a las mujeres dicen que es gran remedio; violenta tu boda, no pretendas ya los lujos que pretendías, procura hacerlo decente pero modestamente. Así se acabará esa horrible enfermedad que en mi tiempo, créelo, en mi tiempo no había.¹³⁵

¹³² Tacubaya era un lugar de descanso y diversión para las élites de la Ciudad de México, debido a su clima favorable y abundancia de agua. Fue una municipalidad de importancia para los habitantes acomodados desde el siglo XVIII, aunque en el XIX se multiplicaron la cantidad de propietarios que erigieron mansiones en su cabecera, transformándose en una exclusividad residencial. Sergio Miranda Pacheco, *Tacubaya: de suburbio veraniego a ciudad*, México, México, Universidad Nacional Autónoma de México/Instituto de Investigaciones Históricas, 2007, pp. 13-14.

¹³³ José Rafael Guadalajara, *Amalia...*, *op. cit.*, p. 59.

¹³⁴ *Ibid.*, p. 233.

¹³⁵ *Ibid.*, p. 180.

Por medio del matrimonio se negociaban las tensiones pasionales de los amantes, siempre y cuando fueran avaladas por la familia y la medicina. Las narrativas articulaban una preocupación científica que veía en el voto marital un remedio eficaz para arrancar, desde sus entrañas, una enfermedad moralmente quejosa.¹³⁶ Mediante estos personajes nuestros autores buscaron legitimar las ideas de los médicos de locos y sus procedimientos terapéuticos. Estas narrativas no sólo sirvieron para validar al gremio médico, sino que tuvieron la impronta de poner en circulación ideas, valores y actitudes sociales, mediante los cuales se ponderó la autoridad moral de los facultativos en conflictos de orden pasional.

Los relatos sentimentales representaron el mundo interior de los protagonistas, mujeres y hombres, con el fin de legitimar algunas ideas médicas en torno a las pasiones y sus relaciones con los accesos de locura. Con pretensiones científicas, los autores clasificaron ciertos comportamientos apasionados con el lenguaje médico a su disposición. Las historias de amor no concluyeron en celebraciones matrimoniales satisfactorias, debido a las enfermedades y procesos patológicos que padecieron los personajes pertenecientes a los grupos medios y sectores populares. Los locos literarios experimentaron breves periodos de demencia generados por pasiones desbordadas, una herencia funesta, un entorno social desfavorable y unas condiciones de vida particularmente difíciles. Si bien los relatos sentimentales tuvieron pretensiones moralizantes, otras narrativas usaron el lenguaje médico como bandera contestataria.

¹³⁶ Francisco Rodiles, apoyado en la idea de que la histeria era un mal generado por causas morales, consideró que lo natural era “calmarla por los medios legales como el matrimonio”. Francisco Rodiles, *Breves apuntes sobre la histeria, seguidos de un apéndice sobre la locura histérica*, Puebla, México, Imprenta de Miguel Corona, 1885, p. 58. Por su parte, Alejandro López indicó que los individuos predispuestos a la locura, podían “encontrar en el matrimonio un remedio preventivo, dado que reduce el peligro de la pasión a la mitad”. Alejandro López, *Algunos cuidados especiales a los enajenados*, Cuernavaca, México, Imprenta del Gobierno de Morelos, 1886, p. 11. Finalmente, Secundino Sosa decía que el “buen matrimonio” rara vez puede “generar un desequilibrio en las facultades de una mujer”. Secundino Sosa, “Causas de la locura”, *El Universal*, 7 de marzo de 1891, p. 2.

Escritores perversos, narrativas malsanas

Cuando la literatura ha hecho suyo el campo de la fisiología, la medicina ha tendido sus brazos a la región más oscura del misterio.

Los raros,
RUBÉN DARÍO (1896)¹

Otras enfermedades literarias son las que se comprenden bajo el nombre de Magismo, Decadentismo, Delicuescencia, Simbolismo, etcétera.

Literaturas malsanas. Estudios de psicología literaria,
POMPEYO GENER (1894)²

EUROPA EXPERIMENTÓ UN EXTRAORDINARIO y no menos complejo proceso de modernización en la pintura, la arquitectura, la música y las letras desde el último cuarto del siglo XIX, hasta los inicios de la Primera Guerra Mundial. Para Eric Hobsbawm, este periodo estuvo caracterizado por la “democratización de la cultura”, debido a que las actividades estéticas lograron penetrar en amplios sectores de la sociedad.³ Los autores modernos necesitaban de un

¹ Rubén Darío, *Los raros*, Barcelona, Casa editorial Maucci, segunda edición, 1905, p. 192.

² Pompeyo Gener, *Literaturas malsanas. Estudios de patología literaria*, Madrid, Fernando Fé, librero, 1894, p. 6.

³ El crecimiento de la riqueza de las nuevas clases medias, la interconexión entre las principales ciudades del mundo y la publicidad, ayudaron a diseminar las artes. La pretensión de cultura era un indicador de estatus social; por ejemplo, la introducción de pianos en los hogares de trabajadores y campesinos comprados a plazos o el consumo de libros a bajo costo. Así, el arte moderno estaba articulado con la “era democrática”. Eric Hobsbawm, *La era del imperio, 1875-1914*, México, Booket, 2015, pp. 229, 232, 234.

Estado y sociedad relativamente liberales para desarrollarse como artistas; no obstante, sus producciones muchas veces eran objeto de censuras sistemáticas por parte de los grupos privilegiados que sentían agraviada su moral. Entre objeciones y expresiones de franco rechazo, la innovación artística fue creando un clima de “represión” profundamente hostil para sus creadores hacia la segunda mitad de la centuria decimonónica.⁴

Peter Gay consideró que la modernidad generó un “nuevo modo de entender la sociedad y el papel del artista”; muchos escritores preferían tomar caminos de insubordinación contra las élites en el poder que ajustarse a las necesidades del mercado y el progreso material. Los artistas no sólo cuestionaron los cánones establecidos durante siglos, sino reivindicaron la soberanía de su arte más allá de cualquier fin utilitario.⁵ Baudelaire luchó en contra de las fuerzas materialistas que imponía el proceso civilizatorio, oponiendo una visión “pastoral del artista” que navega libremente hacia un mundo espiritual.⁶ Para el caso latinoamericano, varios estudios han mostrado que los escritores modernistas criticaron el positivismo y los valores burgueses, abandonaron los relatos sentimentales para explorar nuevos territorios narrativos marcados por el sincretismo estético, el rescate de lo irracional y el caos interior.⁷ En este sentido, los modernistas hispanoamericanos escribieron desde modalidades textuales diversas, como el naturalismo, el simbolismo, el realismo y el decadentismo que, para efectos de su entendimiento, invalida cualquier tentativa de clasificación. Los escritores del modernismo finisecular escribieron bajo el velo del eclecticismo literario.

⁴ Peter Gay, *Modernidad. La atracción de la herejía de Baudelaire a Beckett*, España, Paidós, 2007, p. 37.

⁵ El poeta francés Charles Baudelaire (1821-1867) fue el primer héroe de la modernidad, sostiene Peter Gay, debido a que reveló su estado de ánimo y “desesperación existencial” a sus lectores. *Ibid.*, pp. 47, 55, 69.

⁶ Marshall Berman, *Todo lo sólido se desvanece en el aire. La experiencia de la modernidad*, traducción André Morales Vidal, México, Siglo XXI Editores, 2003, p. 138. Sin embargo, cabría mencionar que el poeta galo gastó la mitad de la herencia de su padre en un año y por eso su madre lo incapacitó por prodigalidad. Agradezco a la doctora Cristina Sacristán por el dato.

⁷ Iván A. Shulman, “Reflexiones en torno a la definición del modernismo”, en Lily Litvak (ed.), *El Modernismo*, Madrid, Taurus, 1981, p. 90; Klaus Meyer-Minnemann, “La novela modernista en Hispanoamérica”, en Hans-Otto Dill y otros, *Apropiaciones de la realidad en la novela hispanoamericana de los siglos XIX y XX*, Frankfurt-Madrid, 1994, pp. 159-170.

Mientras que en México se celebraba la era positiva y los adelantos materiales con el ascenso de los “científicos” en los comicios de 1892, un puñado de escritores identificados con el modernismo decadentista procuraba renovar el panorama literario mediante narrativas que pretendían recrear el hastío, la violencia y la locura como una estética contestataria de fin de siglo. En efecto, los escritores-periodistas del modernismo decadente comenzaron a manifestarse en 1893, gozaron de cierta autonomía político-social al menos hasta 1903.⁸ Sus cuentos y narrativas cortas sacudieron la moral porfiriana y despertaron la animadversión pública.⁹ Como grupo tenían claridad en que debían abandonar la función pedagógica de la literatura, y lo hicieron cuestionando muchos de los comportamientos civilizatorios (contención, moderación y recato) defendidos por las clases dirigentes, los médicos y demás letrados interesados en las cuestiones mentales.

Los modernistas en su faceta decadente que analizamos, pero no los únicos, son Alberto Leduc (1867-1908), Amado Nervo (1870-1919), José Juan Tablada (1871-1945), Ciro B. Ceballos (1873-1938), Rubén M. Campos (1876-1945) y Bernardo Couto Castillo (1880-1901). Estos escritores-periodistas fueron percibidos negativamente debido a que su personalidad combativa y su narrativa subversiva encarnaban una visión del mundo que ponían en riesgo la “salud” de la sociedad porfiriana en su conjunto.¹⁰ Por su sentido

⁸ Luego de estar inmersos en el trabajo literario, muchos escritores del grupo decadente terminaron como diputados, diplomáticos y comerciantes al finalizar el conflicto revolucionario. En este apartado sólo me interesa rescatar su labor literaria en el marco temporal elegido. A mi entender, el mejor trabajo histórico-filológico sobre el movimiento decadente en México, Ana Laura Zavala Díaz, *De asfódelos y otras flores del mal mexicanas. Reflexiones sobre el cuento modernista de tendencia decadente*, México, Instituto de Investigaciones Filológicas, 2012.

⁹ Estas reacciones virulentas hacia la producción literaria no eran nada nuevas en el siglo XIX. Recordemos que durante el periodo Ilustrado el Marqués de Sade fue condenado, a partir de sus escritos, porque sus personajes representaban la naturaleza criminal, a pesar de que el propio autor nunca cometió un crimen radical. Élisabeth Roudinesco, *Nuestro lado oscuro. Una historia de los perversos*, Barcelona, Anagrama, 2009, p. 52.

¹⁰ *La construcción del modernismo* (Antología), introducción y rescate a cargo de Belem Clark de Lara y Ana Laura Zavala Díaz, México, Universidad Nacional Autónoma de México, 2002, pp. XII, XXIX. Para la escritura de este capítulo he utilizado las versiones periodísticas originales que se encuentran consignadas en dicha antología, así como otras fuentes sobre el decadentismo recabadas en los diarios de la época. No es mi objetivo hacer una historia sobre el decadentismo, basta con mencionar que el mismo Baudelaire estableció

sectario y “sensibilidad enfermiza”, los letrados porfirianos se empeñaron en mostrar la poca utilidad que tenía la narrativa decadente para el desarrollo de la nación, ya que atentaba contra el proyecto pedagógico-nacionalista que se había trazado el país desde la restauración de la República.¹¹ Con la emergencia del escritor decadente entró en crisis la imagen romántica del literato como guía social, adoptando un estilo bohemio sin pretender transformar el mundo.¹² Se declararon opuestos al credo positivista; en sus narrativas abordaron el sacrilegio, las perversiones sexuales, la muerte y la demencia a partir de las cuales ponían énfasis en el héroe contradictorio y desequilibrado que representaba el propio artista.¹³ Los decadentes incorporaron los recursos de la medicina científica como un instrumento de interpretación del cuerpo individual y social.¹⁴ El Estado porfiriano reaccionó de manera virulenta crucificándolos en la palestra pública, al considerar que estaban produciendo una literatura enferma.¹⁵ Así, médicos, políticos y los propios escritores decaden-

las rutas de dicha corriente, al estar en contra del positivismo, asumir el mundo interior del escritor y abogar por la libertad creativa. Klaus Meyer-Minnemann, *La novela hispanoamericana de fin de siglo*, México, Fondo de Cultura Económica, 1991, p. 8; Leda Schiavo, *El éxtasis de los límites. Temas y figuras del decadentismo*, Argentina, Ediciones Corregidor, 1999. Más adelante se abordarán otros aspectos relevantes de dicha corriente estética.

¹¹ Ana Laura Zavala Díaz, “La blanca lápida de nuestras creencias: notas sobre el decadentismo mexicano”, en Rafael Olea Franco (ed.), *Literatura mexicana del otro fin de siglo*, México, El Colegio de México, 2001, p. 56.

¹² Hans Hinterhäuser, *Fin de siglo. Figuras y mitos*, versión castellana de María Teresa Martínez, España, Taurus, 1980, pp. 75-76; Rafael Gutiérrez Girardot, *Modernismo. Supuestos históricos y culturales*, México, Fondo de Cultura Económica, 1988, p. 25.

¹³ David Jiménez Panesso, *Fin de siglo. Decadencia y modernidad. Ensayos sobre el modernismo en Colombia*, Instituto Colombiano de Cultura/Universidad Nacional de Colombia, 1994, p. 171.

¹⁴ Estos argumentos han sido trabajados para el caso argentino, Gabriela Nouzeilles, *Ficciones somáticas. Naturalismo, nacionalismo y políticas médicas del cuerpo (Argentina 1880-1910)*, Argentina, Beatriz Viterbo Editora, 2000, p. 61.

¹⁵ La medicalización de sus prácticas discursivas no fue un fenómeno exclusivo de México, sino un movimiento internacional iniciado en Europa por los facultativos e intelectuales Max Nordau (1849-1923) y Pompeyo Gener (1848-1920), quienes escribieron libros fundamentales sobre la degeneración en el arte. Dicha teoría, basada en la transmisión hereditaria, logró extenderse hasta las primeras décadas del XX en torno al llamado “arte degenerado” en la Alemania nazi. Andrew Scull, *La locura: una breve introducción*, España, Alianza Editorial, 2013, p. 90. Más adelante abordaré estos temas.

tes reorganizaron el campo literario en dos frentes: una literatura “saludable” escrita por literatos moralistas, y otras ficciones “malsanas” engendradas por novelistas perversos.

¿Por qué fueron considerados como un grupo disidente en el campo cultural porfiriano? Mejor aún, ¿cuáles fueron las razones que derivaron en la patologización de las producciones decadentistas? Sin duda, amplios sectores de la élite porfiriana, vieron en los cuentos y poemas de tendencia decadente la confirmación de la crisis moral por la que atravesaban las letras nacionales, pero también el grado de degeneración de los escritores que se había alejado del proyecto de reformismo social. Para entender la virulencia en contra de los escritores-periodistas, es importante conocer su perfil intelectual y el contexto de producción de sus narrativas.

Modernos y decadentes

El 8 de enero de 1893, José Juan Tablada publicó su poema “Misa Negra” en el diario conservador *El País*, propiedad de Jesús Rábago y Joaquín Escoto. Por su contenido erótico mezclado con elementos religiosos, los fundadores del periódico solicitaron al poeta atemperar sus colaboraciones que habían indignado a la esposa del presidente Porfirio Díaz, Carmen Romero Rubio.¹⁶ Doña Carmelita, la segunda esposa del mandatario, era famosa por su cultura, gustos refinados y su devoción católica que gozaba exhibir públicamente,¹⁷ actitudes que sin duda influyeron en la decisión del régimen por tratar de silenciar la inmoralidad del poeta capitalino. Se considera que José Juan Tablada buscaba

¹⁶ Rubén Lozano Herrera, *Las veras y las burlas de José Juan Tablada*, México, Universidad Iberoamericana, Departamento de Historia, 1995, p. 126. Un análisis filológico e histórico del poema de José Juan Tablada se puede consultar en el trabajo de Esther Hernández Palacios, “Misa Negra o el sacrilegio inacabado del modernismo” <<http://cdigital.uv.mx/bitstream/123456789/1630/1/199177P5.pdf>>, fecha de consulta: 1 de marzo de 2014. Para el escritor, historiador y ensayista Vicente Quirarte, “Misa Negra” inició una nueva literatura nacional que exploraba el lado oscuro de la conciencia humana. Vicente Quirarte, “Cuerpo, fantasma y paraíso artificial”, en Rafael Olea Franco, “Cuerpo, fantasma y paraíso artificial”, en Rafael Olea Franco (ed.), *Literatura mexicana del otro fin de siglo*, México, El Colegio de México, 2001, p. 32.

¹⁷ Paul Garner, *Porfirio Díaz. Del héroe al dictador. Una biografía intelectual*, México, Planeta, 2010, pp. 120, 141.

infundir la duda entre los lectores sobre la manera en que los burgueses vivían el catolicismo y lo que las clases medias disfrutaban en silencio: el pecado.¹⁸ Es difícil saber las reacciones de los lectores potenciales tras la publicación, lo cierto es que, ante las presiones del gobierno y de los propietarios del rotativo, Tablada renunció a su cargo en la sección literaria y, una semana después, lanzó un pronunciamiento público que desataría una intensa polémica sobre la literatura modernista en su versión decadente. Más adelante exploraremos las retóricas médicas que encierran estas polémicas, por ahora, es importante mencionar que “Misa negra” bien podría considerarse un “poema sedicioso” según la expresión de Robert Darton,¹⁹ no porque satirizara, criticara o ridiculizara a algún funcionario público corrupto, sino que, en realidad, había logrado perturbar las buenas conciencias porfirianas mediante versos que exploraban la sexualidad. De acuerdo con el historiador estadounidense, los poemas sediciosos fueron sintomáticos del momento en el que Luis XV, rey de Francia entre 1715-1774, comenzaba a perder control sobre la obediencia de sus súbditos.²⁰ Sin embargo, en el México de Porfirio Díaz, reelecto por tercera ocasión en los comicios de 1892, el régimen se encontraba en el momento más álgido de su poder.

El control y la censura de la prensa fueron esenciales en la consolidación del poder presidencial, razón por la cual el encarcelamiento sistemático resultó una estrategia idónea para someter a los disidentes.²¹ El silenciamiento a José Juan Tablada se sumaba a otros casos de escritores y periodistas que habían sufrido censura y persecución política en 1893; por ejemplo, los jueces ordenaron las aprehensiones de los redactores de los periódicos opositores *El Diario*

¹⁸ Christina Karageorgou-Bastea, “Un arrebató decadentista: el pragmatismo corpóreo de José Juan Tablada”, en Rafael Olea Franco (ed.), *La literatura mexicana...*, op. cit., p. 46.

¹⁹ Robert Darton, *Poesía y policía. Redes de comunicación en el París del siglo XVIII*, traducción de Antonio Saborit, México, Ediciones Cal y Arena, 2011.

²⁰ *Ibid.*, p. 172.

²¹ El caso más emblemático fue el de Filomeno Mata, director en jefe de *El Diario del Hogar* a quien se le encarceló por su jacobinismo radical por primera vez en 1889, al criticar abiertamente la segunda reelección de Díaz en 1888. Paul Garner, *Porfirio Díaz...*, op. cit., p. 146. La regulación jurídica de la instrumentación de la censura se remonta a la administración de Manuel González (1880-1884) y el segundo mandato de Porfirio Díaz. Estos temas son abordados por Fausta Gantús, *Caricatura y poder político. Crítica, censura y represión en la Ciudad de México, 1876-1888*, El Colegio de México/Instituto Mora, 2009. Particularmente el capítulo V.

del Hogar y El Demócrata. En agosto de ese mismo año, había 29 periodistas de nueve diferentes diarios confinados en la cárcel de Belén. Cajistas, correctores y hasta voceadores podían ser detenidos por criticar al régimen.²² Incluso, ante la oleada de sátiras políticas, actividades burlescas y celebraciones populares suscitadas en el Jockey Club a propósito de la quema de Judas en 1893, el gobierno buscó regular estas prácticas sociales al considerar que amenazaban al régimen con el desorden público.²³ En este contexto de intensificación de la censura, persecución política y control de la prensa se dio a conocer la segunda generación modernista de escritores-periodistas,²⁴ la cual rompió definitivamente con el proyecto pedagógico impulsado por Ignacio Manuel Altamirano, proponiendo una estética fincada en la defensa del arte por el arte mismo y en la exploración de temáticas consideradas inmorales, indecentes y malsanas: la sexualidad, el suicidio, la muerte, la violencia y la locura. ¿Cuál es el perfil social de los escritores-periodistas?, ¿a qué sector social pertenecían?

Leduc, Nervo y Campos nacieron en el interior de la República, en Querétaro, Jalisco y Guanajuato respectivamente; mientras que Tablada, Ceballos y Couto vieron la luz en la capital mexicana. Esta constelación de escritores nació en el periodo de Restauración de la República, en su juventud, desarrollaron sus dotes artísticas durante la consolidación del régimen de Porfirio Díaz en la década de 1890.²⁵ Los modernistas en su vertiente decadente fue-

²² Pablo Piccato, "Honor y opinión pública: la moral de los periodistas durante el porfiriato temprano", en Cristina Sacristán y Pablo Piccato (eds.), *Actores, espacios y debates en la historia de la esfera pública en la ciudad de México*, México, Instituto de Investigaciones Históricas/Instituto Mora, 2005, p. 162.

²³ William Beezley, *Judas en el Jockey Club y otros episodios del México porfiriano*, México, El Colegio de San Luis/Centro de Investigaciones y Estudios Superiores en Antropología Social, 2010, pp. 26, 163. A partir de 1895, el Jockey Club dejó de participar en las celebraciones de quema de Judas y comenzó a promocionar los juegos floridos y los desfiles de bicicletas.

²⁴ La primera generación modernista estaría compuesta por el mexicano Manuel Gutiérrez Nájera y los latinoamericanos José Martí y José Asunción Silva, entre otros.

²⁵ Para el historiador Luis González, se trató de una generación que perteneció a la "minoritaria clase media", nacidos en un contexto familiar cuyo idioma era el español y que recibieron una educación "refinada" y de tono "afrancesado" en las principales ciudades de la época: París y Nueva York. Luis González, *La Ronda de las Generaciones*, México, Secretaría de Educación Pública, 1984, pp. 55-56. Sin embargo, la propuesta generacional del autor no incluye los intereses comunes y las filiaciones estéticas de los modernistas en su versión decadente.

ron formados en la cultura positivista a la que posteriormente combatieron; por ejemplo, José Juan Tablada estudió en el Colegio Militar de Chapultepec, poco después en la Escuela Nacional Preparatoria; Amado Nervo cultivó ciencias y filosofía en su natal Jalisco; Bernardo Couto estudió en el Colegio Francés abierto por los maristas, institución apegada a los programas oficiales del régimen.²⁶ Éste abandonó sus estudios siendo jovencísimo para trasladarse a París, donde conoció a escritores franceses como Émile Zola y los hermanos Goncourt.

A excepción de Bernardo Couto quien provenía de una familia con solvencia económica y que le permitió llevar sus contribuciones literarias a los periódicos sin tener que preocuparse por la paga,²⁷ el resto nació en un entorno social y familiar modesto.²⁸ Sin embargo, esto no les impidió escalar en su juventud ciertos peldaños ocupando lugares de privilegio en la administración porfirista. Un claro ejemplo fue el poeta Amado Nervo, comisionado por el gobierno de Díaz como representante en la Exposición Universal de París en 1889, junto con los escritores Carlos Díaz Dufoo (1861-1941) y Ángel de Campo “Micros” (1868-1908).²⁹ Alberto Leduc, Amado Nervo y

²⁶ Mílada Bazant, *Historia de la educación durante el porfiriato*, México, El Colegio de México, sexta reimpression, 2006, p. 200.

²⁷ El abuelo de Bernardo Couto Castillo, José Bernardo Couto Pérez (1803-1862) fue diputado, senador, ministro de justicia y presidente de la Academia de San Carlos, autor de *Diálogo sobre la historia de la pintura en México*. Ángel Muñoz Fernández, “Bernardo Couto Castillo”, en Belem Clark de Lara y Elisa Speckman (eds.), *La República de las Letras. Asomos a la cultura escrita del México decimonónico*, vol. III, Universidad Nacional Autónoma de México, 2005, p. 598. Bernardo Couto Castillo, *Obra reunida*, edición, introducción, estudio preliminar y notas de Coral Velázquez Alvarado, México, Universidad Nacional Autónoma de México, 2014.

²⁸ Por ejemplo, Blanca Estela Treviño refiere que debido a la pobreza que padeció Alberto Leduc al morir su padre, soldado francés del mismo nombre quien había llegado durante el Imperio de Maximiliano, trabajó vendiendo juguetes en la capital antes de enrolarse en el periodismo. Alberto Leduc, *Un calvario. Memorias de una exclaustrada. María del Consuelo*, introducción y selección de Blanca Estela Treviño, México, Universidad Nacional Autónoma de México, 2012.

²⁹ Estos personajes se habían convertido en parte de la “red de propaganda de México” en el extranjero cuyo objetivo era mostrar que la nación estaba a la altura de los países modernos y civilizados. Mauricio Tenorio Trillo, *Artifugio de la nación moderna. México en las exposiciones universales, 1880-1930*, México, Fondo de Cultura Económica, 1998, p. 228. Carlos Díaz Dufoo tuvo una relación ambivalente con el movimiento decadente,

Rubén M. Campos compartieron la desgracia de quedar huérfanos de padre y/o madre desde su infancia. Algunos pasaron experiencias sumamente difíciles. Por ejemplo, al quedar huérfano Leduc fue confinado junto con sus hermanos en un orfanato, donde recibió una educación religiosa y del que escapó años después para trasladarse a Veracruz, con la misión de viajar al país de su progenitor.³⁰ En suma, se trató de una constelación de escritores-periodistas de origen diverso, cosmopolitas, conocedores de lenguas extranjeras e interesados en los progresos culturales de la nación. ¿Cuáles fueron sus intereses comunes?, ¿dónde escribieron?, ¿en qué consistió su decadentismo?

La expresión *decadentismo* es histórica, compleja, polisémica e implica aseveraciones filosóficas, éticas y literarias que no pretendo definir, mucho menos acotar a un sentido particular.³¹ Con Baudelaire se utilizó el término para hablar de su obra: las características del estilo decadente son el culto a la forma y el estilo refinado. En lo social, fueron contestatarios y buscaron reivindicar la independencia del trabajo estético, entre otros aspectos. En México, algunos estudios señalan que el decadentismo fue un movimiento literario producto de las influencias extranjeras y que los decadentes se convirtieron en artistas marginales, personalidades excéntricas y escritores excluidos de la modernidad.³² Sin embargo, si realmente hubieran sido escritores marginados por el Estado y aislados de los círculos letrados, ¿cómo se explica que en la Ciudad de México lograron establecer un movimiento unificado, fundar una revista y publicar sus textos en los principales diarios de la capital? Es

era crítico, pero compartió algunos temas e intereses propios del movimiento. En cambio, Ángel de Campo tenía mayor interés por continuar con el proyecto de literatura nacional fundado por Ignacio Manuel Altamirano.

³⁰ La novela corta titulada *Un calvario. Memorias de una exclaustrada*, bien podría interpretarse como las vivencias del propio autor en una situación de confinamiento asilar. Por otra parte, los cuentos “En el litoral pacífico” y “El aparecido (diario íntimo de un ex grumete de la Armada Nacional)”, incluidos en el libro *En torno de una muerta*, México, Tipografía de “El Nacional”, 1897, confirman la incursión del autor en la vida de la Marina Nacional.

³¹ Para conocer los significados históricos del término, véase el libro de Matie Calinescu, *Cinco caras de la modernidad. Modernismo, vanguardia, decadencia, kitsch, postmodernismo*, presentación de José Jiménez, traducción de Francisco Rodríguez Martín, Madrid, Alianza, 2003.

³² Existen varios trabajos clásicos que sostienen estas tesis, un par de ejemplos son: Rafael Gutiérrez Girardot, *Modernismo...*, *op. cit.*, p. 42; Rafael Pérez Gay, “La prosa de los noctámbulos”, *Nexos*, 1 de agosto de 1987; José Mariano Leyva, *Perversos y pesimistas. Los escritores decadentes mexicanos en el nacimiento de la modernidad*, México, Tusquets, 2013, p. 91.

evidente que las “leyendas negras” alrededor de su comportamiento público permitieron mitificarlos, proceso que le resta importancia a las actividades prolíficas, prácticas discursivas y al papel que tuvieron sus narrativas en la conformación de un campo literario que ayudó a dimensionar el imaginario psicopatológico finisecular.

Con la finalidad de superar estas visiones maniqueas, Ana Laura Zavala Díaz sostiene que no hubo una tradición decadentista mexicana sino manifestaciones, expresiones y momentos de esplendor durante diez años que van de 1893 a 1903. De acuerdo con la especialista, durante este periodo el decadentismo “a la mexicana” no sólo fue utilizado como bandera de rebelión contra los discursos hegemónicos, también se usó como una herramienta para reorientar la literatura de la época, contribuir al progreso intelectual del país y formular propuestas críticas sobre su realidad como artistas sometidos a las reglas de la oferta y la demanda.³³ En efecto, los modernistas en su versión decadente fueron una constelación de escritores, periodistas, traductores y ensayistas que se ganaban la vida escribiendo, debatiendo y compitiendo en los espacios de la cultura periodística de la capital. Los decadentes trabajaron en los diarios de mayor importancia, como *El Nacional* y *El País*, redactaron para los oficialistas como *El Universal*, *El Partido Liberal* y *El Imparcial*, hasta los más críticos del régimen, *El Diario del Hogar*, *El Mundo Ilustrado* y *El Siglo Diez y Nueve*, entre otros. Esta apertura mediática a la producción de los decadentes nos ofrece una perspectiva de relativa tolerancia del régimen, porque a pesar de que ejercían crítica social en sus producciones también formaron parte de la élite cultural que generó opinión pública. Al menos durante diez años, estos escritores-periodistas vivieron la contradicción de la modernidad porfiriana; recurrir a la crítica social dentro de un sistema de producción que podía cubrir sus necesidades de subsistencia.³⁴

En sus memorias, Ciro B. Ceballos señaló que los escritores-periodistas ganaban entre 30, 50 y 100 pesos mensuales, “cantidades suficientes para

³³ Ana Laura Zavala Díaz, *De asfódelos y otras flores del mal mexicanas...*, *op. cit.*, pp. 14, 28, 86. La autora examina las polémicas sobre el decadentismo en México y el imaginario decadente a partir de un análisis filológico e histórico de autores como Alberto Leduc, Bernardo Couto Castillo, Ciro B. Ceballos y Rubén M. Campos.

³⁴ Véase el estudio introductorio a Ciro B. Ceballos, *Panorama mexicano 1890-1910 (Memorias)*, edición crítica de Luz América Viveros Anaya, México, Universidad Nacional Autónoma de México, 2006, p. 14.

satisfacer el costo de la vida, aunque modestamente fuere”.³⁵ Comparados con otros salarios, se puede observar que los decadentes podían subsistir de su trabajo intelectual; por ejemplo, en 1876, un trabajador de limpia ganaba 30 pesos al mes. En 1882, el Ayuntamiento pagaba 25 pesos mensuales a profesores de instrucción elemental; un alcaide de la cárcel percibía un sueldo de 100 pesos en 1884.³⁶ Así pues, el literato como trabajador asalariado profesionalizó el campo de la escritura a partir de su inserción en los espacios periodísticos.

Entre 1893 y 1903, los modernistas decadentes redactaron cuentos, poesías y ensayos en diversas revistas de la Ciudad de México. La *Revista Azul* (1896-1898) fundada por Manuel Gutiérrez Nájera y Carlos Díaz Dufoño dio cabida a escritores hispanoamericanos presentando un perfil continental.³⁷ En el primer número, los redactores y propietarios establecieron que su objetivo era “defender la belleza”, para lo cual contaban con una publicación que alojaba a “la loca de la casa”, es decir, la imaginación, según la expresión de Santa Teresa.³⁸ Sin embargo, fue gracias a la *Revista Moderna* (1898-1903)³⁹ que

³⁵ Ciro B. Ceballos, *Panorama mexicano...*, *op. cit.*, p. 331.

³⁶ Enriqueta Quiroz, “Vivir de un salario. El costo del consumo doméstico”, en Alicia Salmerón y Fernando Aguayo (coords.), *Instantáneas de la Ciudad de México. Un álbum de 1883-1884*, tomo I, Instituto Mora/Universidad Autónoma Metropolitana, Cuajimalpa, 2013, p. 134.

³⁷ La *Revista Azul* apareció el domingo 6 de mayo de 1894 y concluyó el 11 de octubre de 1896 como suplemento dominical de *El Partido Liberal*, periódico promotor del progreso y la vida social porfirista. La revista tenía por objetivo dar cabida a las manifestaciones literarias del modernismo nacional y extranjero. Para un estudio detallado de la estética, forma y desarrollo de la publicación, véase el estudio introductorio de Jorge von Ziegler, a la edición facsimilar de *Revista Azul*, tomo I, México, Universidad Nacional Autónoma de México/Dirección de Cultura, 1988, pp. IX-XXV. *El modernismo hispanoamericano, testimonios de una generación...*, *op. cit.*, p. 42.

³⁸ *Revista Azul*, tomo I, México, 6 de mayo de 1894, núm. I, p. 1.

³⁹ La *Revista Moderna* apareció en 1898 y cerró su primera etapa en 1903. Fue impresa en la Tipografía Carranza, luego pasó a la Imprenta de Eduardo Dublán. Incorporó el uso de la fotografía y la reproducción de obras famosas, además, contó con ilustraciones de Julio Ruelas, flamante ilustrador. Para un examen detallado de la estructura, circulación, publicaciones, temas, tendencias y escritores, véase el estudio introductorio de Héctor Valdés, en *Índice de la Revista Moderna. Arte y Ciencia (1898-1903)*, México, Universidad Nacional Autónoma de México/Centro de Estudios Literarios, 1967. Durante su primera época, la *Revista Moderna* acogió muchas colaboraciones de corte decadentista y el mencionado ilustrador le otorgó una identidad artística por medio de viñetas y dibujos.

se consolidó el grupo y conformó un sistema literario moderno, el cual ayudó al desarrollo y profesionalización de la escritura de los modernistas. Con la *Revista Moderna*, los escritores tomaron partido en favor del modernismo cosmopolita.⁴⁰ Cabría entonces establecer una distinción: a diferencia de la constelación de escritores estudiados con anterioridad a los que definí como letrados (por sus funciones pedagógicas y de gobierno), este grupo se inserta en la clasificación de los intelectuales, porque en buena medida vivieron del trabajo literario a partir de sus textos y mantuvieron cierta distancia o ambivalencia con respecto a las instituciones del Estado.⁴¹ Los modernistas decadentes podían jactarse de ser un grupo de escritores que no respondían a los intereses estatales, mucho menos a exigencias sociales de algún tipo. Alberto Leduc, Amado Nervo, José Juan Tablada, Ciro B. Ceballos, Rubén M. Campos y Bernardo Couto Castillo fueron entusiastas literatos que no pretendían servir a la educación del pueblo o rescatar valores nacionalistas apelando a un glorioso pasado. Su propósito era defender el arte en sí mismo allende al nacionalismo cultural que toleraban y denostaban.

Espacios y producciones

Los centros de reunión y sociabilidad de los modernistas decadentes incluían bares, tabernas y cantinas (Salón Bach, Salón Weber, Bar Wondracek, entre otros) donde disfrutaban de la compañía de literatos y funcionarios públicos en acaloradas discusiones contra el mundo burgués.⁴² También frecuentaban

Ciro B. Ceballos, *En Turania. Retratos literarios*, edición crítica de Luz América Viveros Anaya, Universidad Nacional Autónoma de México/Instituto de Investigaciones Filológicas, 2010, p. XXII.

⁴⁰ Belem Clark de Lara y Fernando Curiel Defossé, *El modernismo en México a través de cinco revistas*, Universidad Nacional Autónoma de México, 2000, p. 36.

⁴¹ Los debates sobre la conceptualización de letrados e intelectuales, en Friedhelm Schmidt-Welle, "Letrados e intelectuales en Argentina y México: algunas figuras emblemáticas", en Friedhelm Schmidt-Welle (coord.), *La historia intelectual como historia literaria*, México, El Colegio de México, 2014, pp. 30-31.

⁴² Rubén M. Campos ofrece en su obra *El Bar. La vida literaria de México en 1900*, interesantes datos sobre la vida de los modernistas y algunas anécdotas relevantes de la bohemia mexicana. Desafortunadamente, no llegó a publicarse sino como facsimilar gracias al trabajo de Serge I. Zaïtzeff, quien la rescató en 1996 de los archivos familiares. Según el pro-

casas de prominentes médicos y empresarios, como Jesús Valenzuela, quien además de escritor, fue el mecenas del grupo que financió la *Revista Moderna*. En sus memorias, Ciro B. Ceballos señaló que en varias ocasiones Amado Nervo, José Juan Tablada y Bernardo Couto asistieron a la residencia del doctor Samuel Morales Pereyra, entonces director del Hospital para Mujeres Dementes y colaborador en el proyecto de construcción de un nuevo manicomio para la capital en 1896 (Manicomio General La Castañeda, inaugurado en 1910). La casa estaba ubicada en un anexo al nosocomio en la calle de la Canoa; en ella los escritores disfrutaban de licores en compañía de las bellas hijas del facultativo. Una noche de navidad y a petición de los jóvenes escritores, el facultativo decidió mostrarles algunos “casos interesantes” de locas que puso “nerviosos” a varios de los decadentes:

Esta señora enloqueció a consecuencia del suicidio de su hijo, a quien mucho amaba. Esta muchacha perdió la razón en el conventículo donde sus padres la internaron para hacerla desistir de un amor. Esta es una idiota. Esta es ninfómana. Esta también. Esta padece delirio de persecución. Aquella viejecita sufre de locura mística.⁴³

Ciro B. Ceballos advirtió que después de presenciar semejante espectáculo, varios de los asistentes salieron corriendo apresurados, como emergiendo de una “pesadilla horrenda” en la que el joven Bernardo Couto era el más “nervioso” del grupo. Este episodio muestra que los modernistas en su versión decadente no fueron marginales escritores de cantina, sino que también establecieron sociabilidades con la cúpula porfirista. Las relaciones entre escritores decadentes y personalidades médicas no era asunto exclusivo de la cultura porfiriana. El psiquiatra argentino José Ingenieros (1877-1925) celebraba almuerzos en casa de sus colegas médicos a los que asistían escritores como Leopoldo Lugones y Florencio Sánchez —el primero, colaborador de la *Revista Moderna*—, los cuales se convirtieron en “número obligado para los intelectuales y conferencistas europeos”, como señala Silvy Molloy. En su

pio Serge, el manuscrito estaba fechado en 1933 por el propio Campos, aunque se venía anunciando desde 1907 en la prensa capitalina. Rubén M. Campos, *El Bar. La vida literaria de México en 1900*, prólogo Serge I. Zaïtzeff, México, Universidad Nacional Autónoma de México, 2013.

⁴³ Ciro B. Ceballos, *Panorama mexicano...*, *op. cit.*, p. 390.

juventud, Ingenieros fue un entusiasta poeta decadente que fundó una revista literaria, colaboró con su amigo, el modernista Rubén Darío, para que describiera casos ficcionales de neurópatas.⁴⁴ Así, el imaginario psicopatológico de las narrativas decadentes estaba alimentado por la cercanía de los escritores con el mundo de la medicina mental y, en algún sentido, por experiencias de confinamiento manicomial de sus miembros. En septiembre de 1895, al parecer José Juan Tablada decidió pasar una breve temporada en el Hospital de San Hipólito para hombres dementes debido a su adicción a la morfina y la bebida. Con tristeza, Carlos Díaz Dufoo dio la noticia a los lectores de la *Revista Azul*:

Nuestro exquisito artista José Juan Tablada atraviesa hoy por una dolorosa y aguda crisis: es un envenenado de Baudelaire, un iniciado en los misterios de esa vida de las drogas estimulantes de la imaginación; el éter, la morfina, el hashich, esas emboscadas pérfidas de los sentidos han hecho en él presa y le desgarran sin piedad.⁴⁵

El consumo de morfina, heroína y otros enervantes, no parecía tener mayores restricciones entre algunos poetas finiseculares, más que el evidente deterioro de la salud de quien se hacía adicto a ellas. Por ejemplo, Antenor Lescano, médico, poeta y redactor de la *Revista Moderna*, no sólo dedicó su tesis de medicina al “estudio de la morfinomanía”, también consumió enervantes en búsqueda de “paraísos artificiales” que finalmente lo llevaron a una

⁴⁴ Silvy Molloy, “Diagnósticos del fin de siglo”, en Beatriz González Stephan y Richard Nelly (eds.), *Cultura y Tercer Mundo: nuevas identidades y ciudadanías*, Caracas, Venezuela, Editorial Nueva Sociedad, 1996, p. 190.

⁴⁵ Carlos Díaz Dufoo, “Azul Pálido”, *Revista Azul*, tomo III, núm. 20, 15 de septiembre de 1895, p. 320. Sin embargo, no logré constatar la noticia de la reclusión del escritor en San Hipólito. Bernardo Couto Castillo dedicó a José Juan Tablada su poema “Poemas locos. La canción del ajenjo”, donde se describen las experiencias narcóticas del narrador vinculadas con estados alterados de la conciencia: “Las visiones iban y volvían, circulaban alrededor de mi cabeza, tristes las unas —con la tristeza de los destinos no cumplidos— riendo las otras, con risas guturales y lascivas, con la pacífica sonrisa de la inocencia otras; y la visión iba, volvía, desenrollándose las azuladas nubes, nubes de quimeras, al brotar y desprenderse del trono de ópalo!”. Bernardo Couto Castillo, “Poemas locos. La canción del ajenjo”, *Revista Azul*, tomo V, núm. 5, 31 de mayo de 1896, pp. 77-78.

muerte prematura.⁴⁶ A diferencia de Pedro Castera, quien apareció recluido en San Hipólito en 1883 tras un conflicto legal por unas tierras de la familia, probablemente José Juan Tablada había decidido combatir sus adicciones por medio del confinamiento. Más allá de las leyendas negras que estos episodios puedan suscitar, debemos subrayar que los escritores-periodistas decadentes tenían afición al alcohol y a ciertos estimulantes, lo cual distinguió su comportamiento público y los unió en su mocedad rebeldía: en 1901 murió Bernardo Couto, seis años después Julio Ruelas (1870-1907), también se ha comentado que en 1908 falleció Alberto Leduc y en 1911 el poeta y abogado Jesús E. Valenzuela (1856-1911), todos al parecer víctimas del etilismo.⁴⁷

Entre 1893 y 1903, esta constelación de escritores publicó cuentos, novelas cortas y ensayos que examinaron, por un lado, los debates, tendencias y estilos relacionados con la escuela decadente; por otro, abordaron la locura criminal, la sexualidad y la violencia. En breve consignamos sólo las obras que estudiaremos en el próximo capítulo. Alberto Leduc publicó en 1894 dos novelas cortas tituladas *Un calvario. Memorias de una exclaustrada*, merecedora del premio literario lanzado por *El Universal* en 1893, y *María del Consuelo*,⁴⁸ tres años después publicó *En torno a una muerta* con 10 narraciones breves que examinaban el suicidio, la muerte y la moral.⁴⁹ Además, aparecieron una serie de cuentos publicados en el mismo diario que llevaron por título “Perfiles de almas”, “Siluetas de miseria”, “Cuentos nocturnos” y “Cuentos blancos”, narraciones en las que exploró el registro mental de personajes pasionales.⁵⁰ En 1897, Bernardo Couto Castillo publicó su único libro, *Asfódelos*. Se trató de una colección de 12 cuentos, muchos de éstos publicados con anterioridad en la prensa capitalina, en los que abordó las relaciones entre la violencia, la

⁴⁶ Ricardo Pérez Montford, *Tolerancia y prohibición. Aproximaciones a la historia social y cultural de las drogas en México, 1840-1949*, México, Debate, 2016, p. 82.

⁴⁷ Rubén M. Campos, *El Bar. La vida literaria en México...*, *op. cit.*, pp. 201-215.

⁴⁸ Por ahora, sólo contamos con la edición facsimilar, Alberto Leduc, *Un calvario...*, *op. cit.*

⁴⁹ Alberto Leduc, *En torno a una muerta...*, *op. cit.*

⁵⁰ “Cuentos nocturnos. Un asesinato”, *El Universal*, 9 de abril de 1893, p. 2; “Decadentismo. A los señores José Juan Tablada, Jesús Urueta, Francisco de Olaguíbel y Luis Vera”, *El País*, 29 de enero de 1893, p. 2; “Fragatita”, *El siglo Diez y Nueve*, 2 de mayo de 1896, p. 2; “Nuestra señora la Muerte”, *El Universal*, 7 de mayo de 1893, p. 1; “Perfiles del alma. Un cerebral”, *El Universal*, 26 de marzo de 1893, p. 4. Algunos de estos cuentos se encuentran reunidos en Alberto Leduc, *Fragatita y otros cuentos*, México, La Matraca, Premia Editora, 1984.

locura y la criminalidad.⁵¹ Algunos de los cuentos también se reprodujeron en la *Revista Azul* y la *Revista Moderna*. Para Ana Laura Zavala Díaz, 1897 fue el momento de mayor esplendor del decadentismo con la publicación de *Asfódelos y Oro y Negro* de Francisco M. de Olaguíbel (1874-1924),⁵² los cuales aparecieron en el contexto de la sustitución del término decadentismo por el de modernismo, lanzado por Amado Nervo un año antes.

En este periodo, los escritores comenzaron a tomar conciencia de que pertenecían a un movimiento continental con características propias y desligadas de las propuestas estéticas europeas.⁵³ Un indicador de la relevancia que adquirieron las obras decadentes apareció en la columna de *El Universal* titulada “Libros y autores. 1897”, en la cual el redactor lamentó que se editaran tan pocos libros, entre los cuales figuraban *Croquis y Sepias* de Ciro B. Ceballos, *Asfódelos* de Bernardo Couto y *Cuentos Mexicanos* en los que se incluía un texto de Alberto Leduc.⁵⁴ En este sentido, más de la mitad de libros impresos en 1897 provenían de las plumas de los decadentes.

En 1901, el ensayista, dramaturgo y economista Carlos Díaz Dufoo (1861-1941) publicó su libro *Cuentos Nerviosos* con 16 relatos donde exploró la crueldad, la venganza y la violencia desde la retórica médica de los nervios.⁵⁵ Aunque no figuró dentro del movimiento decadente, considero importante incluir algunos de sus cuentos porque compartió las obsesiones literarias del resto de escritores. Por su parte, Ciro B. Ceballos publicó *Claro Oscuro* en 1896, una colección de diez cuentos cuyos personajes encarnan la lujuria, el vicio y la perversión. Dos años después salió *Croquis y Sepias* en la casa editorial Eduardo Dublán, otra colección de cuentos en los que continuó con los temas decadentes. Para 1903 se imprimió *Un adulterio*, obra compuesta por

⁵¹ Bernardo Couto Castillo, *Asfódelos*, México, Eduardo Dublán Impresor, 1897. También publicó: “La vida de un artista”, *Diario del Hogar*, 22 de junio de 1893, p. 2; “Celos póstumos”, *Revista Moderna*, año 1, núm. 7, 1 de noviembre de 1898, pp. 107-108; “Poemas locos. La canción del ajenjo”, *Revista Azul*, tomo V, núm. 5, 31 de mayo de 1896, pp. 77-78; “El poseído”, *Revista Moderna*, año III, núm. 4, febrero de 1900, p. 57, entre otros cuentos.

⁵² Francisco M. de Olaguíbel, *Oro y Negro*, propileo de Amado Nervo, Toluca, Oficina tipográfica del gobierno, 1897.

⁵³ Ana Laura Zavala Díaz, *De asfódelos y otras flores del mal mexicanas...*, *op. cit.*, pp. 65, 156.

⁵⁴ “Libros y autores. 1897”, *El Universal*, 1 de enero de 1898, p. 3.

⁵⁵ Carlos Díaz Dufoo, *Cuentos nerviosos*, México, J. Balleca y Compañía, sucesor, 1901.

Bernardo Couto Castillo

— 62

ASFODELOS

... Oh ! La Muerte! la muerte soberana, inmensamente poderosa, una y múltiple, presente, haciendo sentir su imperio a todas horas en todos los lugares,—la muerte, sombra de Dios extendiéndose como inmensa bandera, dominando sobre el mundo, sobre los seres y las cosas, rodeando todo, acechando todo y cerrándolo en un círculo cada vez mas estrecho. La muerte ¡la sola que verdaderamente existe!

B. C. C.

BIBLIOTECA NACIONAL
MEXICO

MÉXICO

EDUARDO DUBLAN, IMPRESOR
CALEJON DE CINCUENTA Y SIETE NUM. 7.

MDCCCXCVII

BERNARDO COUTO CASTILLO fue uno de los más entusiastas escritores del grupo decadente. Se dice que estuvo enamorado profundamente de una prostituta, pero murió jovencísimo víctima del consumo de alcohol y varios enervantes. *Asfódelos* fue publicado en la prestigiosa casa de Eduardo Dublán. Fuente: Bernardo Couto Castillo, *Asfódelos*, México, Eduardo Dublán Impresor, 1897.

cuentos en los que examinó el deseo de destrucción, los celos y la venganza.⁵⁶ Durante este periodo, José Juan Tablada publicó una serie de ensayos en los que defendió el decadentismo utilizando el discurso médico para identificar el movimiento con la patología mental.⁵⁷ Pero, ¿qué los hace representativos? El hilo conductor de estas narrativas a las que considero sediciosas, es la centralidad de lo irracional, la perversión y la voluntad de malicia con que actúan sus protagonistas varones. La producción de los modernistas en su versión decadente se publicó en las principales casas editoriales de la capital, que abrieron sus espacios a escritores que no pretendían educar al pueblo. Esto es un indicador de la tolerancia del régimen porfirista y del interés de los empresarios por difundir una estética subversiva en la cultura nacional.

¿A quién estaban dirigidas las obras?, ¿cuál era el perfil del público lector? Por el lenguaje refinado y contenido simbólico, es indudable que los cuentos estaban dirigidos a una “minoría ilustrada” dispuesta a cumplir con las exigencias de los propios escritores.⁵⁸ Un lector ideal habría sido un lector-artista, el cual podría compartir el contenido figurado y velado de sus obras; sin embargo, un lector real no podría ser otro que un letrado perteneciente a los grupos privilegiados y sectores medios.⁵⁹ Al tratarse de una literatura para literatos, estaba destinada a un reducido sector de la sociedad culta e informada de las propuestas estéticas extranjeras y conocedora de la forma y el estilo de la lengua francesa, ya que los decadentes solían incorporar párrafos en ese idioma. Carlos Díaz Dufoo consideró que el trabajo intelectual de los escritores modernos demandaba un “gasto de energía”, por lo que sentenció, “el mismo gasto de energías se exige del lector”.⁶⁰ Este “requisito”, sin duda,

⁵⁶ Ciro B. Ceballos, *Claro Oscuro*, librería Madrileña, 1896; *Croquis y Sepias (Retrato por Julio Ruelas)*, México, Eduardo Dublán Impresor, 1898; *Un Adulterio*, México, Imprenta de Eduardo Dublán, 1903.

⁵⁷ “Cuentos mexicanos”, *El Nacional*, 14 de octubre de 1897, p. 1; “Cuestión literaria. Decadentismo”, *El País*, 15 de enero de 1893, p. 2; “Los modernistas mexicanos y *monsieur Prudhomme*” (dos entregas), *El Nacional*, 9 de enero de 1898, p. 3 y 16 de enero de 1898, p. 3; “El monstruo (Fantasías estéticas)”, *Revista Moderna*, año II, núm. 4, abril de 1899, pp. 100-102.

⁵⁸ Ana Laura Zavala Díaz, *De asfódelos y otras flores del mal mexicanas...*, *op. cit.*, p. 41.

⁵⁹ Esta distinción entre lector ideal y lector real la establece Coral Velázquez Alvarado para el caso de Bernardo Couto, pero creo que bien podría aplicarse al resto de escritores decadentes. Bernardo Couto Castillo, *Obra reunida...*, *op. cit.*, p. 62.

⁶⁰ Carlos Díaz Dufoo, “El dolor de la producción”, *Revista Azul*, tomo III, núm. 14, 4 de agosto de 1895, p. 211.

pudo haberles restado lectores, pero no tenemos indicios para constatarlo. De cualquier manera, los decadentes reclamaban lectores; por ejemplo, Ciro B. Ceballos pedía a gritos “un ocioso que me lea”,⁶¹ declaración que, en cierta manera, exhibía las enormes dificultades que enfrentó el grupo decadente para encontrar públicos interesados en sus narrativas.

En su libro *En Turania* publicado en 1902, el propio autor de *Croquis y Sepias* lamentó que en los inicios del siglo XX, los sectores medios tuvieran más predilección por fórmulas literarias vetustas que por creaciones consideradas por ellos mismos como refinadas: “la clase media, la menos burguesa, que es la que más lee y relativamente posee mejor ilustración, prefiere cualquier tirada de rimas lloronas a un relieve tallado en diamante puro por el egrario Díaz Mirón”. Ciro B. Ceballos enfatizó que pocos leían a Amado Nervo y Bernardo Couto, “simplemente porque, en nuestra tierra, el gusto literario sólo ensaya pasos embrionarios”.⁶² Para los escritores identificados con el decadentismo, la sociedad mexicana no estaba preparada para un cambio cultural. Muchos eran conscientes de que no contaban con un ejército de entusiastas seguidores y se quejaron amargamente de que, en la vitoreada modernidad, la lectura fuera un asunto de elegidos. Amado Nervo lo expuso de la siguiente manera:

En general, en México se escribe para los que escriben. El literato cuenta con un cenáculo de escogidos que lo leen y acaba por hacer de ellos su único público. El *gros public*, como dicen los franceses, ni lo paga ni lo comprende, por sencillo que sea lo que escribe; ¿qué cosa más natural que escribir para los que si no lo pagan lo comprenden al menos?⁶³

Los críticos de la escuela decadente buscaron desestimar las acusaciones de Amado Nervo argumentando que el “pueblo mexicano” ya sabía leer y que realmente leía; una prueba de ello era la circulación de periódicos “de a centavo”.⁶⁴ Aunque las personas tuvieran acceso a los cuentos publicados en los periódicos debido a sus bajos costos, no debemos olvidar, como ya se dijo anteriormente, que para 1895 sólo 14% de la población nacional era alfabeta

⁶¹ Ciro B. Ceballos, *Croquis y Sepias...*, *op. cit.*, p. IV.

⁶² Ciro B. Ceballos, *En Turania...*, *op. cit.*, p. 21.

⁶³ Amado Nervo, “Fuegos fatuos. Nuestra Literatura”, *El Nacional*, 15 de junio de 1896, p. 1

⁶⁴ Aurelio Horta, “Literatura para el pueblo”, *El Partido Liberal*, 20 de junio de 1896, p. 1

y el Distrito Federal tenía 38%.⁶⁵ Si durante este periodo poca gente leía relatos sentimentales, seguramente era menos la interesada en cuentos perversos. Las prácticas de lectura de las obras decadentes no llegaron a ser un fenómeno social sino décadas más tarde.

Con seguridad, los cuentos decadentes escritos entre 1893 y 1903 fueron leídos por los miembros de los órganos de las revistas e integrantes del grupo literario. Hemos podido confirmar que los libros llevaban dedicatorias escritas de puño y letra, mostrando el respeto que se tenían como escritores modernos. Los decadentes comulgaron en el reconocimiento mutuo de sus capacidades estéticas, constituyendo así una confraternidad literaria de escritores-lectores-selectos que, en todo caso, hablaban el mismo lenguaje. Los debates médico-sociales sobre el decadentismo movilizarían a un sector de la élite cultural y científica de la época, desatando acusaciones en contra de sus miembros por representar una amenaza para la sociedad.

Patologizar el arte

A finales de siglo XIX, la presencia del decadentismo en suelo nacional estuvo marcada por el estigma de la locura que supuestamente padecían ciertos poetas. Los decadentes fueron objeto de sátiras que buscaban construir una percepción negativa de su personalidad pública. Varios opositores al movimiento pretendían mancillar el semblante del literato y confinarlo al ostracismo:

Escritor funeral, genio sin cena,
Cantor de tumbas y demás horrores,
Perpetuo cazador de ruiseñores,
Espectro sin dinero y con melena.
Funerario conserje de la pena,
Perseguidor de parcas y dolores,
Safo barón, que al recordar amores,
Quieres morir por abreviar la escena.
Tu genio a abandonar tu humana zona,
No busques árbol, ni cordel, ni pena,
Que mi voz que la verdad abona:

⁶⁵ Mílada Bazant, "Lecturas del Porfiriato...", *op.cit.*, p. 206.

Ponte al cuello las cuerdas de tu lira
Y cuélgate después... de tu persona.⁶⁶

Durante una década, surgieron debates médico-sociales sobre la pertinencia, adhesión y rechazo del movimiento literario, abriendo un espacio de confrontación científico-cultural entre quienes lo consideraban inútil, incomprensible y malsano para la salud colectiva; y aquellos que lo defendían como un arte refinado, necesario para cultivar el espíritu y consecuente con el progreso cultural. Estos debates fueron alimentados por las ideas organicistas propuestas por el médico húngaro Max Nordau en su famosa obra *Entartung*.⁶⁷ De origen hebreo y ferviente seguidor del credo positivista, reaccionó en contra de la religión católica y abogó por la supresión de los instintos en favor de la racionalidad científica. Defendió la ética del trabajo y el altruismo como elementos necesarios para el progreso de las naciones.⁶⁸ Figura señera para el movimiento sionista y del judaísmo reconstruccionista en el periodo entreguerras.⁶⁹ Implacable en sus teorías y demoledor en sus diagnósticos, Max Nordau influyó notablemente en la intelectualidad mexicana al establecer algunas líneas argumentales de la degeneración en el arte. Un recuento general de su proyecto nos permitirá comprender la medicalización de las prácticas discursivas en el México porfiriano.

⁶⁶ Bernardo López García, “Un decadente”, *El Universal*, 27 de agosto de 1893, p. 2. Estas mismas críticas aparecieron en el poema del escritor uruguayo Ricardo Sánchez, “Decadentismo”, *El Diario del Hogar*, 31 de marzo de 1900, p. 4.

⁶⁷ La obra *Entartung*, traducida en la cultura hispánica de la época como “Degenerescencia”, se publicó entre 1892 y 1893 en Alemania, dos años más tarde Auguste Dietrich la tradujo al francés. Max Nordau, *Dégénérescence*, Traduit de l’allemand Auguste Dietrich, troisième édition, Ancienne Librairie Germer Bailliere, Félix Alcan, Editeur, París, 1895. En 1902 apareció la edición en español a cargo del médico madrileño Nicolás Salmerón y García. *Degeneración*, traducción de Nicolás Salmerón y García, con epílogo del autor, tomos I y II, Madrid, Librería de Fernando Fé Saenz de Jubera, Hermanos, 1902.

⁶⁸ P.M. Baldwin, “Liberalims, Nationalism, and Degeneration: The Case of Max Nordau”, *Central European History*, vol. 13, núm. 2, 1980, p. 102. Además, Max Nordau puso en práctica un proyecto estatal de regeneración de las almas y los cuerpos para crear a un “judío nuevo”, su objetivo era purificarlos mediante matrimonios controlados, por lo que obligaban a las masas a abandonar sus “vicios” como el tabaco, alcohol y una sexualidad desordenada. Élisabeth Roudinesco, *Nuestro lado oscuro...*, *op. cit.*, p. 133.

⁶⁹ Jacob Golomb, *Nietzsche and Zion*, Cornell University Press, 2004, p. 48.

Entartung era un término que se fue imponiendo en el lenguaje médico, social y cultural en la Europa entre siglos. La importancia de la obra radicó en su carácter “divulgador” de una visión evolutiva de la vida en que la biología se consagraba como sustituto laico de Dios.⁷⁰ Max Nordau utilizó el modelo del “caso clínico” prototipo del siglo XIX (antecedentes hereditarios, síntomas, etiología, diagnóstico) para examinar la literatura de su época. Los patrones de conducta y los valores morales del burgués europeo se impusieron como canon natural de las especies, cuya representación más acabada eran sus teorías sobre la degeneración de la actividad artística. El nuevo naturalismo y realismo ofrecían al lector medio una visión de los bajos fondos (vicios, prostitución, alcoholismo) que la burguesía pretendía, sino erradicar, al menos controlar, incorporando teorías provenientes del campo de la medicina, la psiquiatría y la antropología criminal. La patologización del genio, según Rafael Huertas, respondió a la necesidad que tenían las élites de defenderse de las posibles influencias de ese arte comprometido en describir la realidad “desde abajo” entre las poblaciones a las que se pretendía controlar.⁷¹ La literatura moderna y decadente se había convertido en objeto de inspección médica y agente peligroso para el orden social.

En el prólogo a la edición francesa, dedicado a su maestro el médico y criminólogo italiano Césare Lombroso (1835-1909),⁷² Nordau señaló que no sólo los criminales, prostitutas y anarquistas conformaban la gran familia de los locos, sino que los artistas “modernos”, como los prerrafaelistas, simbolistas, diabolistas y decadentistas franceses presentaban una variedad de trastornos mentales producto de herencias malsanas y vicios adquiridos por las

⁷⁰ Max Nordau, *Fin de siglo*, prólogo de José Luis Arántegui, Madrid, 1999, p. 8 (Colección Heterohistorias).

⁷¹ Rafael Huertas, *Locura y degeneración. Psiquiatría y sociedad en el positivismo francés*, Madrid, Consejo Superior de Investigaciones Científicas/Centro de Estudios Históricos, 1987, pp. 160-162.

⁷² Durante la década de 1870, Lombroso había esbozado una patografía de la imaginación lunática consistente con sus teorías sobre el degeneracionismo, basada en el estudio de obras pictóricas de grandes artistas de su tiempo. En *The Man of Genius*, Lombroso consideró que el arte de los locos revelaba rasgos persistentes de una psique trastornada e indicó que muchas pinturas se caracterizaban por la distorsión, excentricidad y obscenidad de sus autores. Roy Porter, *Breve historia de la locura*, México, Fondo de Cultura Económica, 2002, p. 172. Véase el estudio introductorio a cargo de José Luis Peset y Mariano Peset, *Lombroso y la Escuela positivista italiana*, Madrid, Instituto Arnau de Vilanova, C.S.I.S, 1975.

agitaciones en las grandes ciudades. Señaló que las obras de pintores, poetas y literatos satisfacían a todas luces “instintos malsanos” que revelaban el semblante de su degeneración.⁷³ En su disección literaria, Max Nordau tenía por objetivo desenmascarar las modas en el arte y la literatura de sus contemporáneos, y probar la degeneración de los autores. Desde el punto de vista clínico y “según los elementos psico-fisiológicos que le han dado nacimiento” a las producciones artísticas, Nordau procuró analizar la predisposición orgánica de los artistas en cada contexto geográfico en que emergían. La ofensiva médico-social en contra de las propuestas literarias decimonónicas, también comenzó a reproducirse en el país ibérico. Mientras el proyecto nordausiano buscaba constatar, por medio de la literatura, el grado de degeneración del escritor, el ensayista y dramaturgo barcelonés, Pompeyo Gener, indagaba sobre los elementos malsanos en la narrativa de su época. Publicó su obra *Literaturas malsanas. Estudios de patología literaria contemporánea* en 1894, una prueba más del interés que sentían las élites culturales por las locuras literarias.⁷⁴ A Pompeyo Gener no le interesaba indagar sobre “las facultades mentales de los escritores” sino examinar las obras, tendencias y fines “para descubrir en ellas estados de descomposición patógena, adulteraciones venéreas”, entre otros aspectos. El autor catalán estaba interesado en las propiedades “malsanas de la literatura”, por lo tanto, su tarea era prevenir a los lectores de la potencial carga patológica de la narrativa romántica, naturalista y decadente: “señalamos las literaturas nocivas para que todos se aparten de ellas, presentado a unas como productos accidentales de vicios corregidos, a otras como hijos de una falsa concepción del Universo de pueblos semibárbaros, o de un estado regresivo de naciones

⁷³ Max Nordau menciona: “Le dégénéres ne sont pas toujours des criminels, des prostitués, des anarchistes ou de fous déclarés; ils sont maintes fois des écrivains et des artistes. Mais ces derniers présentant le même traits intellectuels –et le plus souvent aussi somatique– que le membres de la même famille anthropologique qui satisfont leurs instincts malsains avec le surin de l’assassin ou la cartouche du dynamiteur, au lieu de les satisfaire avec la plume e le pinceau”, Nordau, Max, *Dégénérescence...*, p. VI.

⁷⁴ La obra de Pompeyo Gener se publicó en 1894, estudios previos aparecieron entre 1885–1887 en la revista *Le Livre*, posteriormente en España, en el periódico *El Liberal*. Pompeyo Gener, *Literaturas malsanas. Estudios de patología literaria contemporánea*, Madrid, Fernando Fé, Librero, 1894. Luego apareció una cuarta edición publicada en la Sociedad de Antropología de París, Barcelona, Juan Llordachs, 1900. Ambas ediciones se encuentran en el Fondo Reservado de la Hemeroteca Nacional de la Universidad Nacional Autónoma de México. Utilizo las dos.

oprimidas por el absolutismo”.⁷⁵ Esta separación entre la vida patológica en la literatura (Max Nordau) y la literatura patologizante (Pompeyo Gener) marcó una distinción entre ambos médicos.

Gener sostenía que la literatura podía ser un agente de “contagio” que afectaba a los lectores medios y argumentó que, así como existían enfermedades individuales y colectivas, también había “literaturas enfermas” que constituían verdaderos “casos patológicos” contrarios a la reproducción de la vida.⁷⁶ En cambio, Nordau procuró demostrar que detrás de una literatura patologizante existía un escritor degenerado; para demostrarlo, retomó el término *Moral Insanity* propuesto por Pritchard,⁷⁷ con el cual designó tres características patológicas de los escritores: egoísmo, impulsividad y emotividad. Según esto, los autores “degenerados” sólo buscaban satisfacer una necesidad orgánica transformando las emociones en movimiento, lo cual iba en contra del proyecto liberal fincado, al menos en el discurso, en el desarrollo social y el bien común. Llegó a concluir que los escritores no podían controlar sus pasiones dado que eran víctimas de “impulsiones repentinas”, por lo que la obra de arte era un catalizador de herencias, vicios y comportamientos desenfrenados que liberaban el “sistema nervioso de una tensión”.⁷⁸

En *Psico-fisiología del genio y del talento*,⁷⁹ obra traducida por el abogado Arturo Paz, hijo del respetado periodista Ireneo Paz, abuelo, a su vez, del poeta

⁷⁵ Pompeyo Gener, *Literaturas malsanas. Estudios de patología literaria contemporánea*, Barcelona, de la Sociedad de Antropología de París, Juan Llordachs cuarta edición, 1900, p. VIII.

⁷⁶ Pompeyo Gener, *Literaturas malsanas...*, *op. cit.*, p. 5.

⁷⁷ El concepto de “locura moral” fue propuesto por James Cowles Prichard (1789-1848) en 1835, en oposición al concepto de monomanía de la escuela francesa, donde el delirio era constitutivo de aquella forma de locura. Para Prichard, en la *Moral Insanity* el individuo presentaba “anomalías morales” sin alteraciones de la inteligencia y había clara ausencia de delirio. Estos debates están en Rafael Huertas, *El siglo de la clínica. Para una teoría de práctica psiquiátrica*, Madrid, Novalia Electronic Editions, 2005, p. 75. Además, el término de “locura moral” aludía a un trastorno conductual cuya característica común, sumado a la ausencia de delirio, era la tendencia del individuo al “abatimiento”, “tristeza” y una expresión inusual de “sentimientos intensos”. Germán E. Berrios, *Historia de los síntomas de los trastornos mentales. La psicopatología descriptiva desde el siglo XIX*, México, Fondo de Cultura Económica, 2008, p. 521.

⁷⁸ Max Nordau, *Degeneración...*, *op. cit.*, p. 32.

⁷⁹ Max Nordau, *Psico-fisiología del genio y el talento*, traducida de la edición francesa por Arturo Paz, segunda edición, México, Imprenta, Lit. y Encuadernación de Ireneo Paz, 1898.

Octavio Paz, Max Nordau distinguió entre el verdadero “hombre de genio” y el talento del “hombre vulgar”. El ingenio era un asunto de superioridad biológica; un hombre que poseía “propiedades hereditarias superiores” que con sus órganos sanos “imagina actividades nuevas” para el conocimiento de la naturaleza humana.⁸⁰ En el sistema de oposiciones nordausiano, los genios/sanos eran útiles a la sociedad, en tanto que tenían por finalidad expresar la virtud y la verdad; en cambio, los talentos/enfermos pretendían manifestar la belleza sin ninguna misión moralizadora, ya que sólo aportaban emociones malsanas que alteraban el sistema nervioso del público.⁸¹ Nordau concibió que el fin de siglo aportaba un estado de desazón individual y colectivo, acompañado por un profundo desprecio hacia la moral tradicional, escenario en el cual germinaba la predisposición a la degeneración de las modernas escuelas literarias:

En el mundo civilizado reina incontestablemente una disposición de espíritu crepuscular que se expresa, entre otras cosas, por toda clase de modas estéticas extrañas. Todas estas nuevas tendencias, el realismo o el naturalismo, el decaden-

También tradujo *Los criminales en el arte y la literatura*, obra de Enrico Ferri. La traducción del libro de Nordau prueba el interés que suscitaban sus teorías en el medio intelectual mexicano. Un revisión histórica del personaje, se encuentra en <<http://www.letraslibres.com/mexico-espana/tras-la-genealogia-paz-arturo-paz-solorzano->>, fecha de consulta: 2 de enero 2017.

⁸⁰ De hecho, en su visión jerarquizada del hombre europeo, Max Nordau llegó a señalar que el ingenio revelaba el grado máximo de perfección de la vida humana: “El ingenio es una formación extraordinaria que se aparta de las formaciones normales. Reposa sobre el desarrollo particular de un centro nervioso, a veces, también es muy posible de varios centros o aun de todos. Verifica a consecuencia de un molde extraordinariamente perfecto, todas las actividades a las que presiden la central excepcionalmente desarrolladas en él, con mucha mayor perfección que el hombre del tipo medio, hubiera verificado por el ejercicio de su central correspondiente llegadas al más alto grado de perfección que le sea accesible. Desde el punto de vista puramente fisiológico, se debería en realidad hablar de ingenio en todos los casos en que un centro cualquiera, un tejido cualquiera, está desarrollado de una manera extraordinaria, pasando en mucho la medida normal”, Max Nordau, *Psico-fisiología del genio...*, op. cit., p. 63.

⁸¹ Max Nordau procuraba demostrar los efectos nocivos que representaba el vínculo entre el público y la obra. De Rembrandt a Baudelaire, señaló que estas obras buscaban “excitar y trastornar” los nervios de las personas debido a la “incoherencia, contradicción y extravagancia” que contenían. Por ejemplo, condenó la “sensualidad desnuda” en la obra del Marqués de Sade porque fomentaba “el vicio contra naturaleza y la degeneración”.

tismo, el neomisticismo y sus subdivisiones, son manifestaciones de degeneración y de histeria, idénticos a los estigmas intelectuales de éstos clínicamente observados e incontestablemente establecidos; y la degeneración y la histeria por su parte son la consecuencia de un desgaste orgánico exagerado, sufrido por los pueblos a consecuencia del aumento gigantesco del trabajo que hay que suministrar y del notable crecimiento de las ciudades.⁸²

Como hombre de convicciones religiosas, pero de espíritu liberal, señaló que el desenfreno, el apego a los vicios, la ambición desmedida, el menosprecio a los semejantes y la avidez de los placeres, anunciaban el fin de un periodo de la humanidad. Las producciones artísticas, por lo tanto, se engendraban en un terreno poco favorable para el orden y progreso de las naciones: el vicio y la inmoralidad.⁸³ En este sentido, el abatimiento moral, el tedio y el pesimismo eran algunos “estigmas morales” significativos que de manera alarmante se reproducían en la literatura, sobre todo la modernista. Más que advertir signos de progreso, señaló Nordau, las nuevas tendencias literarias atestiguan un retroceso debido a que eran producto de “espíritus enfermos” y de las “convulsiones del agotamiento”. Añadió que un fenómeno característico de los literatos degenerados era la formación de grupos o escuelas “cerradas, aisladas intratablemente de las escuelas vecinas”. Subrayó que “artistas sanos” no tendrían la necesidad de aliarse a grupos, sectas o pandillas con sus dogmas predicados “por el fundador de una nueva capilla artística o literaria” y quienes lo hacían, daban prueba de su “falta de personalidad” al quedar subyugados por un liderazgo con ideas patológicas.⁸⁴ Max Nordau rápidamente se convirtió en el enemigo público número uno de ciertas literaturas en boga, sobre todo de aquellas que promovían el desenfreno, los vicios y la lujuria. Nordau consideró que los escritores de la escuela decadente tenían una predilección por temas oscuros, como la muerte, la podredumbre y la enfermedad, tópicos que no eran otra cosa que manifestaciones de trastornos mentales. Lamentó que los literatos degenerados encabezados por los decadentes no pudieran enjuiciarse jurídicamente, ya que la sociedad corría un grave peligro al contar

⁸² Max Nordau, *Degeneración...*, *op. cit.*, p. 69.

⁸³ *Ibid.*, pp. 22-23.

⁸⁴ *Ibid.*, p. 51. La formación de una escuela aislada del resto de la sociedad será un elemento retomado por los adversarios del decadentismo en México que examinaremos más adelante.

entre sus miembros con individuos distinguidos que esparcían, con sus letras, el germen de la maldad:

El artista que representa con agrado lo que es depravado, vicioso, criminal, que lo aprueba, quizás lo glorifica, no se distingue sino cuantitativamente y no cualitativamente del criminal que practica de hecho todas esas cosas; es una cuestión de intensidad de la obsesión y de la fuerza de resistencia del juicio, acaso también de valor y cobardía, y nada más. Si la ley positiva no trata al criminal de intención con toda severidad como al criminal de acción, es porque el derecho penal persigue el hecho y no la intención, la manifestación objetiva, no sus raíces subjetivas.⁸⁵

El proyecto de Max Nordau colocó la degeneración como el eje fundamental de sus reflexiones sobre el progreso y la decadencia literaria. Vislumbró que la literatura modernista había sido presa de los cuerpos degenerados y de las subjetividades patológicas de sus autores. La medicalización de las prácticas discursivas era resultado de un complejo proceso médico-social, mediante el cual se utilizaron conceptos psiquiátricos para clasificar actitudes estéticas y patologizar tendencias literarias. Las ideas sobre el arte degenerado pronto encontraron cabida en las discusiones médicas porfirianas, develando, así, los temores de una élite que se resistía al cambio cultural.

Críticos y adversarios

Los médicos porfirianos comenzaron a observar un estado generalizado de “agotamiento cerebral”, “cansancio nervioso” y “fatiga intelectual” que afectaba a los individuos que participaban de los progresos de la nación: abogados, políticos, comerciantes, poetas y literatos. En la prensa capitalina, *El Diario del Hogar*, *El Mundo Ilustrado* y *El Universal*, así como en revistas médicas y científicas, *La Gaceta Médica*, *La Medicina Científica* y *Revista Positiva*, cuyos objetivos eran fomentar la investigación nacional y tender puentes con la medicina europea,⁸⁶ se publicaron varios artículos en los que se discutieron las relacio-

⁸⁵ *Ibid.*, vol. II, p. 133.

⁸⁶ Martha Eugenia Rodríguez, “La prensa médica en México. El caso de la Escuela de Medicina (1879-1914)”, en *Montalbán*, núm. 36, p. 135.

nes del progreso, las patologías sociales y la degeneración del arte moderno. Algunos redactores habían formado parte de la estructura política porfirista, conocían la lengua francesa y probablemente habían leído directamente a Max Nordau. El problema fundamental al que se enfrentaron fue establecer los elementos causales de los trastornos del proceso creativo y enmarcarlos en la narrativa decadente, escuela literaria que rechazaron categóricamente.

Los médicos comenzaron por señalar que los fenómenos de los trastornos mentales y la patología del genio recaían, paradójicamente, en los individuos urbanos que formaban parte activa de la sociedad. Recordemos que, para la medicina mental porfiriana, toda manifestación psicopatológica, particularmente las neurosis, eran consecuencia de un problema fisiológico y que los desequilibrios del sistema nervioso podían traducir los estragos que acarrea la modernidad.⁸⁷ Como lo observamos en el segundo capítulo, la locura estaba vinculada con la urbe, de manera que muchos médicos comulgaron en una idea: la psicopatía afectaba a los sectores medios de la sociedad que habitaban las grandes ciudades. El historiador Moisés González Navarro señaló que durante el porfiriato, la clase media fue vista como “el núcleo modelo de la nación”, conformada por grupos sociales de trabajadores e individuos educados, ejemplos de moderación y virtud.⁸⁸ Sin embargo, para varios facultativos aquellos sectores medios, valorados por su recato y buen comportamiento, también eran propensos a la nerviosidad y la locura.

Los galenos dirigieron sus esfuerzos para explicar las causas de los trastornos mentales en los trabajadores intelectuales y en comprender la patología que implicaba el talento artístico a partir de cuatro elementos: el desgaste orgánico, los excesos cerebrales, la degeneración e inutilidad del arte decadentes. El 10 de diciembre de 1891, el ilustre médico Porfirio Parra estimó que si los “hombres de letras” (entre los que destacó a los literatos, poetas y periodistas) pretendían “conservar y fortalecer” sus facultades mentales, debían someterse a una alimentación de “fácil digestión”, “ejercicio muscular al aire libre” y contar con “un sueño reparador”. Estos códigos higiénicos

⁸⁷ Andrés Ríos Molina, *La locura durante la Revolución mexicana. Los primeros años del Manicomio General La Castañeda, 1910-1920*, México, El Colegio de México, 2009, p. 99.

⁸⁸ El autor agregó: “Justo Sierra y Francisco Bulnes creían que la clase media era la única que podía regir los destinos de la patria”. Moisés González Navarro, *Sociedad y cultura en el porfiriato*, México, Consejo Nacional para la Cultura y las Artes, 1994, p. 147 (Colección Cien de México).

estaban dirigidos a todas aquellas “personas de talento” que exponían su cerebro a grandes excitaciones con su trabajo intelectual.⁸⁹ Atraídos por la fascinación y el rechazo que suscitaban las psicopatías, los médicos interesados en la cuestión mental se empeñaron en ofrecer una respuesta científica a la intensa actividad intelectual y focalizar socialmente el problema de los excesos cerebrales. Para el médico Luis Vergara Flores, el llamado “cansancio nervioso” estaba muy presente en los profesionales, estudiantes, literatos y poetas, debido a que se trataba de un padecimiento netamente fisiológico generado por el trabajo excesivo, el ejercicio exagerado y la intensa labor intelectual. En su trabajo destacó que la “debilidad nerviosa” que afectaba al grueso de la población citadina inmersa en actividades eruditas, no era más que la traducción funesta de la civilización moderna:

Las pasiones mal correspondidas, amores frustrados, ambiciones no satisfechas; los trastornos y cambios de fortuna producen el mismo resultado fatal; igualmente las emociones intensas, como sucede en las grandes revoluciones, en las guerras, en todos los cataclismos sociales y políticos, son causa eficiente del cansancio nervioso; y más que todo, esta civilización moderna, formada por tan diversos elementos, en los cuales la lucha por la existencia se manifiesta con caracteres alarmantes.⁹⁰

Los facultativos fueron conscientes de que las primeras víctimas psicopatológicas de fin de siglo, eran aquellos individuos que ayudaban a edificar el progreso de la nación. Se creía que por su trabajo intelectual y constantes preocupaciones fácilmente podían sucumbir a los trastornos nerviosos.⁹¹ Para muchos médicos, las patologías mentales afectaban “en mayor grado a los literatos”, cuyo rol (todavía) era concebido como indispensable para el

⁸⁹ Porfirio Parra, “Higiene de los poetas, literatos, periodistas y otras personas de talento”, *El Universal*, 10 de diciembre de 1891, p. 1. Un par de semanas después, el galeno chihuahuense aseveró que la inteligencia que mostraban ciertas personalidades públicas caracterizadas como geniales, podía encubrir manifestaciones neuropáticas propias de un desarreglo en los centros nerviosos. “Los neurópatas”, *El Universal*, 21 de enero de 1892, p. 4.

⁹⁰ Luis Vergara Flores, “Neuropatía y aberración intelectual”, *La Medicina Científica*, tomo VI, núm. 13, julio de 1893, p. 202.

⁹¹ De Mosso, “La fatiga cerebral”, *La Medicina Científica*, tomo VI, 1 de noviembre de 1893, p. 335.

sostenimiento, desarrollo y funcionamiento moral de la sociedad.⁹² Con pesimismo, los médicos valoraron el cierre de la centuria decimonónica como un periodo de crisis en que la peste de la neurosis inundaba el mar de las letras de sus contemporáneos.

A poco menos de un año de la publicación de *Entartung*, la medicalización de las prácticas literarias cobró gran auge en las principales revistas médicas de la Ciudad de México y en la prensa capitalina. El “hombre de genio” y la cuestión de la degeneración, logró insertarse en las discusiones públicas debido a la ansiedad y alarma que producían en la sociedad la degradación de la raza humana.⁹³ Sin embargo, es importante señalar que en medio de estas discusiones, los galenos eran muy cautelosos en difundir los nombres de aquellos literatos del territorio nacional que pudieran estar degenerados. En cambio, en un primer momento centraron su atención en personalidades artísticas internacionales —Honoré Balzac, Wolfgang Mozart, Edgar Allan Poe, Isaac Newton y Friedrich Chopin—, y en describir con perspectiva patológica a las “nuevas escuelas literarias” que iban floreciendo en el orbe.⁹⁴ Los criterios que utilizaron para patologizar las producciones modernas no eran muy claros, aunque estaban basados en la supuesta “incongruencia” y “mal gusto” que promovían sus escritores y artistas. La crítica médica a las modernas propuestas literarias, encontraba en lo patológico un lugar cada vez más común, por la simple razón de no ajustarse a las simpatías de los mismos galenos.

El médico y escritor Gonzalo Aróstegui indicó que los simbolistas franceses hallaban en la repetición de las palabras, “un signo de debilidad mental” ya que usaban sustantivos “absolutamente incoherentes”.⁹⁵ Concebía la “excéntrica” como un “desorden intelectual” generado por factores hereditarios, en los que se podía detectar la personalidad antisocial de algunos escritores:

Esos seres, en gran parte, tienen una conducta desigual: son irritables, perezosos, instintivos, pueden tener inteligencia y cultura medianas, o por el contrario, exteriorizarse con facultades brillantísimas y exuberantes. La herencia es la

⁹² “La carne y el cerebro”, *La Medicina Científica*, tomo VII, 1 de marzo de 1894, p. 84.

⁹³ Max Nordau, “El neurosismo en el siglo que viene”, *El Universal*, 26 de agosto de 1894, p. 2.

⁹⁴ Jaime Weir, “Genio y degeneración”, *La Medicina Científica*, tomo VIII, 1 de marzo de 1895, pp. 70-71.

⁹⁵ Gonzalo Aróstegui, “Los excéntricos”, *La Medicina Científica*, tomo VIII, núm. 20, 15 de octubre de 1895, p. 315.

puerta por donde entra la degeneración, y desde pequeños puede el observador atento descubrir que esos enfermos son candidatos a la vesania.⁹⁶

La teoría de la degeneración tuvo ámbitos de influencia más allá del contexto médico, como hemos visto, también sirvió de fundamento teórico para la criminología, la antropología criminal y los estudios literarios.⁹⁷ En este sentido, el modelo degeneracionista fue un instrumento de detección de anomalías literarias que animó a muchos escritores y críticos, a lanzar ataques sucintos a las narrativas del modernismo decadentista. Victoriano Salado Álvarez fue un activo detractor quien escribió varios artículos en contra de ese movimiento que “proclamando la imitación de no sé qué neurosismo que en Francia impera ha pretendido echar abajo en un día la obra de muchos años y de muchos esfuerzos”.⁹⁸ Uno de los más entusiastas acusadores fue Hilarión Frías y Soto (1831-1895), destacado escritor y crítico literario quien redactó para *El Siglo Diez y Nueve* una serie de artículos en los que atacó abiertamente al movimiento decadentista en México.⁹⁹ Siguiendo a Max Nordau, Frías y Soto consideró que dicha escuela literaria era producto de los excesos étlicos y una manifestación elocuente de la patología mental que padecían sus escritores:

Hoy surge el decadentismo, el bastardo del arte engendrado en un manicomio entre los vapores alcohólicos del ajenjo; pero en ese baturrillo de palabras, nada hay literario, ni artístico, porque faltan la psiquis, la idea que brota del sentimiento y el pensamiento que nace del juicio y despiden rayos de luz que llevan por todas partes la verdad que guía, o el principio que redime a un pueblo.¹⁰⁰

⁹⁶ *Idem.*

⁹⁷ Marcelo Sánchez, “La teoría de la degeneración en Chile (1892-1915), en César Leyton, Cristián Palacios y Marcelo Sánchez (ed.), *Bulevard de los pobres. Racismo científico, higiene y eugenesia en Chile e Iberoamérica, siglos XIX y XX*, Chile, Museo Nacional de Odontología/Ocho Libros, 2015, pp. 35-61.

⁹⁸ Victoriano Salado Álvarez, *De mi cosecha. Estudios de crítica*, Guadalajara, Imprenta de Ancira y Hermano A. Ochoa, 1899, p. IX

⁹⁹ Algunos ejemplos de sus artículos son: “Copos de Espuma”, *El Siglo Diez y Nueve*, 20 de octubre de 1894, p. 1; “Los olvidados. Juan B. Delgado”, *El Siglo Diez y Nueve*, 13 de octubre de 1894, p. 1; “Los del porvenir. Micros (Ángel de Campos)”, *El Siglo Diez y Nueve*, 27 de octubre de 1894, p. 1.

¹⁰⁰ Hilarión Frías y Soto, “Por la provincia. Fulgor y Sombra. Por José Felipe Costellot”, *El Siglo Diez y Nueve*, 28 de diciembre de 1895, p. 1.

Tal y como ocurría en el contexto francés o español, la medicalización de las prácticas discursivas en México había bifurcado la literatura moderna en dos senderos: por un lado, aquella que reproducía la virtud y la verdad; por el otro, la que representaba el vicio y la degeneración. Llamaron “arte libertino” al que tenía por objetivo expresar la “belleza” sin ninguna misión moralizadora y muy pronto encontraron en “los extravíos del decadentismo moderno” una literatura de absoluto rechazo.¹⁰¹

En efecto, varios escritores creían que el decadentismo había “contaminado” a la juventud latinoamericana que militaba en el campo de las letras y exhortaron a las “nuevas generaciones” a no afiliarse a sus principios “degenerados”.¹⁰² Los temores hacia el decadentismo se extendieron a los periódicos católicos que reaccionaron de manera virulenta. Por ejemplo, para los redactores del diario conservador *La Voz de México*, el decadentismo literario “corrompía la moral” de la sociedad, porque sus partidarios eran “imitadores serviles del decadentismo francés” que profanaban el lenguaje castellano, escribiendo narrativas sin sentido de utilidad.¹⁰³ Hasta los funcionarios del régimen se manifestaron contrarios al movimiento decadente. Agustín Aragón, médico, ingeniero y funcionario público destacó que muchos “literatos modernos” no tenían la “preparación intelectual necesaria” ni mucho menos un organismo necesariamente “fuerte” para soportar las agitaciones sociales y políticas del nuevo siglo XX.¹⁰⁴ Preocupados por tal situación, los críticos no encontraron otro camino que evidenciar los nombres de aquellos escritores

¹⁰¹ “El arte y la moral”, *El Mundo Ilustrado*, 9 de enero de 1898, p. 18.

¹⁰² Germán Luna, “Ideal. Al eximio americanista N. Bolet Peraza”, *El Diario del Hogar*, 22 de abril de 1897, p. 1.

¹⁰³ “En qué consistía la decadencia de los latinos”, *La Voz de México*, tomo XXX, núm. 368, 28 de noviembre de 1899, p. 1. Por su parte, el diario católico del estado de Puebla *El Amigo de la Verdad*, publicó un artículo en el que comparó dos autores de escuelas diferentes: de un lado colocó al escritor nacionalista Rafael Delgado de quien elogiaron su narrativa sentimental y de pertenecer a la “escuela clásica” de Homero, Virgilio y Petrarca; y por otro, denostaron a Amado Nervo por no ser un “artista ni cosa que se le parezca” y de formar parte de la escuela de “los neuróticos y desequilibrados” decadentes. “Comparemos”, *El Amigo de la Verdad*, tomo I, núm. 102, 6 de agosto de 1899, p. 1; Salvador Brambila Sánchez, “La corrupción literaria. Sentido de estas palabras”, *La Voz de México*, núm. 191, 26 de agosto de 1902, p. 1.

¹⁰⁴ Agustín Aragón, “Alocución”, *Revista Positiva*, núm. 27, 26 de febrero de 1903, p. 117.

decadentes que sólo labraban el culto a su persona, eximiéndose de su responsabilidad moral de educar al pueblo:

[...] ellos no buscan la verdad ni guían a los hombres a ningún fin; antes bien se sustraen a los anhelos de los hombres y se encierran casi siempre en su yo: Darío, Lugones, Tablada, Dávalos, Nervo, etcétera, han sido y son poetas que yo llamo personalistas, es decir, poetas que escriben y pulimentan la frase para expresar lo que ellos piensan e imaginan y no lo que sienten e imaginan los hombres de la vida contemporánea.¹⁰⁵

La última ofensiva en contra del decadentismo de la que tenemos registro, llegó a partir de un texto publicado en la prestigiosa *Revista Positiva* en 1903, año que coincide con el cierre de la primera etapa de la *Revista Moderna*. Se trataba del trabajo escrito por el ensayista y crítico literario Atenedoro Monroy, premiado en los juegos florales realizados en el estado de Puebla un año antes. El premio revelaba las inquietudes que suscitaban las narrativas decadentes entre la élite porfiriana, pero, sobre todo, la necesidad irrefrenable que tenía el Estado por combatir toda forma de anarquía cultural. Quizá por esta razón, el ensayo buscaba desprestigiar definitivamente la “escuela decadente” en México mostrando a los escritores adherentes como poetas enfermos y nocivos para el orden y el progreso del país: “La escuela poética apellidada comúnmente decadentista, no es, en mi sentir, sino la reaparición extraña en nuestros tiempos de una de esas crisis patológicas de la literatura que con diversos nombres y caracteres constitutivos se han desarrollado en todas partes”.¹⁰⁶ Apoyado en las teorías de Max Nordau y Pompeyo Gener, Monroy consideró que el decadentismo en México era un “estrageo funesto, olvido del buen gusto y corrupción de las artes”, y que los jóvenes escritores adherentes no eran más que “ovejas descarriadas en el campo de la literatura”.¹⁰⁷ Enumeró cinco elementos esenciales por los cuales el decadentismo debía desterrarse definitivamente del país: 1) porque atentaba contra la lengua castellana al privilegiar el idioma francés; 2) no representaba un proyecto nacional; 3) imitaba modelos

¹⁰⁵ Francisco Medina, “El modernismo literario. ¿Procede del positivismo?”, *Revista Positiva*, núm. 28, 26 de marzo de 1903, p. 157.

¹⁰⁶ Atenedoro Monroy, “Valor estético de las obras de la Escuela Decadentista”, *Revista Positiva*, núm. 29, 23 de abril de 1903, p. 13.

¹⁰⁷ *Idem*.

extranjeros (principalmente el francés); 4) era una narrativa enferma y, por lo tanto; 5) el escritor un ser antisocial. Era firme la creencia de que el desapego al proyecto nacional, por un lado, y el contenido “enfermo” de las narrativas, por el otro, podían llevar a la sociedad a una crisis moral generalizada. El ensayista patologizó, con implacable destreza, la producción de los decadentes al presentarlos como escritores con algún grado de enajenación mental:

[...] escuela poético-literaria de origen metafísico, en que se traduce un hondo y amargo malestar social de cansancio y decrepitud, por medio de símbolos oscuros e ininteligibles, expresiones rebuscadas o alteradas caprichosamente en su significación, metros de calentadas disonancias o virtualidades musicales de absoluta libertad y novedad, rimas regresivas y fantasías y alucinaciones personalísimas, propias sólo de la neurosis y el desequilibrio mental.¹⁰⁸

La medicalización de las prácticas discursivas del proyecto decadente involucró a médicos, funcionarios y críticos literarios, un procedimiento calculado que no sólo ayudó a construir percepciones alarmistas de los productores y sus narrativas, sino que también reveló una cruzada en contra de toda forma de anarquía cultural promovida por un sector de la élite científica. Según los adversarios, el decadentismo sólo existía en la imaginación de los escritores, mas no en la mentalidad de la moderna ciudadanía. Sin embargo, las críticas fueron de suma importancia para los escritores decadentes y una oportunidad inmejorable para visibilizar su proyecto.

Neuróticos, hiperestésicos

El 15 de enero de 1893, José Juan Tablada publicó una carta titulada “Cuestión literaria. Decadentismo”, en el diario *El País*, al que había renunciado una semana antes tras la publicación de su poema “Misa Negra”. La misiva estaba dirigida a los escritores Balbino Dávalos, Jesús Urueta, José Peón del Valle (hijo de José Peón y Contreras), Alberto Leduc y Francisco de Olaguíbel, en la cual consideró que “la escuela decadente” era la única “en que hoy puede obrar libremente el artista”. Tablada criticó la hipocresía de la élite que toleraba un “bicicletista exhibiendo los asquerosos bellos”, en lugar de un poema

¹⁰⁸ *Ibid.*, p. 195.

con “ligero cote en el seno de una musa”.¹⁰⁹ La carta de José Juan Tablada desató un intenso y fructífero debate sobre el nuevo posicionamiento de los creadores en la cultura escrita nacional, polémica mediante la cual, como hemos visto, los escritores decadentes fueron criticados más por cuestiones “extraliterarias” que por sus “convicciones estéticas”.¹¹⁰ La defensa que hicieron los escritores-periodistas del movimiento decadente entre 1893 y 1896 (año en que Amado Nervo sustituyó el término por el de modernismo), permite comprender los usos del discurso de la medicina psicopatológica en la construcción de la personalidad pública de los modernos literatos.

La mirada clínica de Max Nordau y Pompeyo Gener comenzó a utilizarse en varios rincones del orbe. Médicos, psiquiatras y escritores apelaron a sus teorías sobre la degeneración para diseccionar la composición, estructura y mentalidad de los artistas modernos, o bien, para construir personajes y situaciones en sus narrativas.¹¹¹ Las ideas de Max Nordau tuvieron buena recepción en el medio cultural porfirista. Los juicios sociales sobre la degeneración del literato moderno terminaron por transformar la concepción misma de la literatura y su función social.¹¹² Además de que encajaron muy bien con el positivismo y el liberalismo en México, debido a que las políticas científicas del régimen seguían el principio del bien común, el combate a la degeneración y la preservación de la especie humana. Así, la élite buscó

¹⁰⁹ José Juan Tablada, “Cuestión literaria. Decadentismo”, *El País*, 15 de enero de 1893, p. 2.

¹¹⁰ Ana Laura Zavala Díaz, “La blanca lápida de nuestras creencias...”, *op. cit.*, p. 56. Para comprender las polémicas sobre la conformación, orientación y significado del movimiento decadente en México, véase de la misma autora el primer capítulo de su libro, *De asfódelos y otras flores del mal mexicanas...*, *op. cit.*, pp. 31-87.

¹¹¹ Existen varios trabajos al respecto, uno de los más importantes es el de William Greenslade, *Degeneration, culture and the novel 1880-1940*, Nueva York, Cambridge University Press, 1994.

¹¹² Christian Sperling, “Vamos en un tren de suicidas. La recepción de la teoría de la degeneración en la crítica cultural de Carlos Díaz Dufoo, Revista Azul 1894-1896”, *Hipertexto*, núm. 16, 2012, p. 29. La recepción de Max Nordau en el plano latinoamericano, fue usado por ciertos intelectuales como un contradiscurso que pretendía hacer frente a las instituciones conservadoras de la sociedad. Sus ideas sobre el modelo del cuerpo puro y la degeneración del genio artístico, llegaron rápidamente gracias a las traducciones que hacían los escritores, médicos y demás letrados. Para los usos médico-literarios de Max Nordau en las letras latinoamericanas, véase Erin Graff Zivin, “Diagnósticos modernistas de Max Nordau: Darío, Ingenieros y Silva leen al médico judío”, *Estudios*, vol. 14, núm. 28, (julio-diciembre 2006), p. 182.

afanosamente poner en práctica una estrategia de defensa social basada en la creencia de que la burguesía representaba la clase “sana” que debía regir los preceptos morales de la nación.¹¹³ Sin embargo, no sabemos cómo ocurrió este proceso de defensa, por lo tanto, cabe preguntarse, ¿por qué la patología mental fue tan importante para el grupo decadente? Los escritores-periodistas adherentes al decadentismo utilizaron el discurso de la medicina mental para construir su personalidad pública y así distinguirse como literatos con una sensibilidad exquisita y superior al resto de los intelectuales porfirianos. Por supuesto, seguían las tendencias de la época, en la que muchos escritores se apropiaron de sintomatologías neuróticas para mostrar su persona y definir el contenido de sus producciones.¹¹⁴

En México, los decadentes utilizaron los conceptos estudiados en capítulos anteriores, como la neurosis e histeria, incluyendo el término de hiperestesia (sensibilidad exagerada) para describir la fisiología y el temperamento que los caracterizaba como grupo literario. En su misiva del 15 de enero de 1893, José Juan Tablada distinguió el “decadentismo moral”, el cual entendía como una manifestación de un “estado común” de hastío y desaliento generado por los excesos de civilización; del “decadentismo literario”, el cual consistía en la forma en que los poetas percibían la realidad a partir de una fisiología común y una sensibilidad patológica:

Ese es nuestro estado de ánimo, esa es la fisonomía de nuestras almas, y ese estado y esa fisonomía es lo que se llama decadentismo moral, porque el decadentismo únicamente literario, consiste en el refinamiento de un espíritu que huye de los lugares comunes y erige a Dios de sus altares a un ideal estético, que la multitud no percibe pero que él distingue con una videncia moral, con un poder para sentir lo suprasensible, que no por ser raro deja de ser un hecho casi fisiológico en ciertas idiosincrasias nerviosas, en ciertos temperamentos hiperestesiados.¹¹⁵

¹¹³ Ana Laura Zavala Díaz, *De Asfódelos y otras flores del mal mexicanas...*, *op. cit.*, p. 62.

¹¹⁴ Gabriela Nouzelles, “Narra el cuerpo propio. Retórica modernista de la enfermedad”, *Estudios. Revista de Investigaciones literarias*, año 5, núm. 9, Caracas, enero-junio, 1997, p. 152.

¹¹⁵ José Juan Tablada, “Cuestión literaria...”, *op. cit.*, p. 2. A más de dos décadas de experimentar la polémica sobre el decadentismo, Tablada buscó desmarcarse de aquel estigma que representó haber lanzado el término: “La palabra decadente me fue aplicado como un estigma cuando tenía veinte años...”. José Juan Tablada, *La Feria de la vida (memorias)*, México, Ediciones Botas, 1933, p. 184. Esta obra fue publicada por entregas entre 1925-1927

El 23 de enero de 1893, el poeta Jesús Urueta publicó otra misiva en el mismo diario capitalino en la cual respondía que el decadentismo literario no era reflejo del decadentismo moral, sino que era el estado general de la sociedad. Aludiendo a las ideas de Max Nordau, consideró que los decadentes estaban “enfermos de civilización” y se refugiaban en “paraísos artificiales”. Sin embargo, para Urueta el verdadero trabajo de los escritores decadentes era expresar emociones “indefinibles” y “enfermas”.¹¹⁶ Sin importar la condena pública, tras la publicación de “Misa Negra” varios escritores adherentes al movimiento decadente comenzaron a identificarse con algunas de las enfermedades de “moda” para la medicina mental vigente. La tarea de los escritores decadentes era traducir sensaciones desconocidas y anómalas que no necesariamente provenían de la patología mental del escritor, sino del medio social en que vivían. En palabras de Alberto Leduc, “por un verdadero estado de absoluto e irremediable desaliento”.¹¹⁷ Para los nuevos adherentes, el decadentismo se vinculaba con los terrenos de la patología mental, pero que, a diferencia de otras enfermedades sociales, no contaba con un historial de defunciones:

Se afecta uno de eso, como puede contagiarse de tifo o de viruela. Por fortuna nadie se muere de decadentismo. Es un estado patológico sin consecuencias fatales. Cuando más, se rompe una válvula y el corazón se desangra en endecasílabos...¹¹⁸

en el diario *El Universal*. Para un análisis crítico, véase el estudio introductorio y las notas de Fernando Curiel Defosse, en José Juan Tablada, *Obras IX. La Feria de la vida. Memoria I*, México, Nueva Biblioteca Mexicana, Universidad Nacional Autónoma de México, 2010.

¹¹⁶ Dice Urueta: “El decadentista recurre a los diccionarios viejos, visita los trasterios llenos de baratijas, cuyos colores ha desleído el polvoso tiempo, es amigo de los pintores, es amigo de los cielos en que el Sol da pinceladas de infinitos tonos; porque nota sensaciones indefinibles, enfermas, tiene que romper sus frases, darles el color de un chal viejo, el estrechamiento de un lomo de gato acariciado [...] Las frases de los Goncourt tienen toda la fascinación de un ataque de histeria”. Jesús Urueta, “Hostia. A José Juan Tablada”, *El País*, tomo I, núm. 18, 23 de enero de 1893, p. 1.

¹¹⁷ Alberto Leduc, “Decadentismo. A los señores José Juan Tablada, Jesús Urueta, Francisco de Olaguíbel y Luis Vera”, *El País*, tomo I, núm. 23, 29 de enero de 1893, p. 2.

¹¹⁸ Claudio Frollo (Ignacio M. Luchichí López), “Ya soy decadente”, *El Universal*, 12 de febrero de 1893, p. 3. Los adherentes al decadentismo se percibían como traductores de los estragos de la modernidad: “El poeta moderno es analítico y soñador, sus sueños se fundan en su individualidad refinada, en la hiperestesia de su temperamento”. Jeanbernat, “Decadentismo”, *El Diario del Hogar*, 22 de febrero de 1893, p. 2.

Para los adherentes al decadentismo, la idea de “contagio” se volvió una metáfora central en el proceso de identificación con los ideales estéticos del grupo, ya que a partir de la defensa de la libertad del arte y el régimen de lo patológico como atributo de distinción social, los escritores podían difundir una nueva propuesta literaria que no cumplía con funciones de gobierno y mucho menos con exigencias de ponderación nacionalista.¹¹⁹ Pese a su relación ambivalente respecto al movimiento decadentista, Carlos Díaz Dufoo¹²⁰ compartió con los decadentistas el hecho de percibir una “sensibilidad enfermiza” característica del literato moderado. Consideró que su generación estaba marcada por “grandes dolencias pasadas” y desdichas acumuladas en el fin de siglo, razón por la cual, el artista se encontraba en la paradoja de ser el único individuo capacitado para traducir el mundo interior a costa de su propia desaparición: “La intelectualización de las sensaciones es un placer de un supremo artista, pero es también el lento, persistente suicidio de un espíritu enfermo”.¹²¹ Los retratos literarios descritos por Ciro B. Ceballos en su libro *En Turania*, son el ejemplo más elocuente de la injerencia del discurso psiquiátrico en la construcción pública de los decadentes. El autor elaboró diagnósticos estéticos sobre Amado Nervo, Jesús Valenzuela, Alberto Leduc, Balbino Dávalos, Julio Ruelas, Bernardo Couto Castillo, entre otros; mediante los cuales exaltaba lo psicopatológico como atributo de distinción social.

Sobre Amado Nervo señaló: “toda la personalidad externa de Amado Nervo, de Amado el Magnífico, de Amado el Pacífico, de Amado el piadoso, me

¹¹⁹ Eduardo Colín, “Papel del decadentismo en las letras”, *La Patria*, 20 de febrero de 1898, p. 2.

¹²⁰ En las páginas de la *Revista Azul*, Carlos Díaz Dufoo defendió la idea de que el artista moderno era un enfermo de la civilización, aunque también criticó a los decadentes por su postura ante el mundo. Estos aspectos se estudian en Ana Laura Zavala Díaz, *De asfódelos y otras flores del mal mexicanas...*, op. cit., p. 60.

¹²¹ Carlos Díaz Dufoo, “Fragmento”, *Revista Azul. El Domingo del Partido Liberal*, tomo II, núm. 8, 23 de diciembre de 1894, p. 118. El autor estuvo interesado en discutir la patología del artista más allá del valor de la obra. Su percepción lo vinculó en más de un sentido con las propuestas de Max Nordau, sobre todo al considerar que “el arte es un caso de patología psíquica”, debido a la excesiva sensibilidad que reinaba en los poetas. Carlos Díaz Dufoo, “Documentos Humanos”, *Revista Azul. El Domingo del Partido Liberal*, tomo II, núm. 19, 10 de marzo de 1895, p. 303; “Impresiones internas (Fragmento) Luis G. Urbina”, *El Domingo del Partido Liberal*, tomo III, núm. 7, 16 de junio de 1895, pp. 110-111; “El dolor de la producción”, *El Domingo del Partido Liberal*, tomo III, núm. 14, 4 de agosto de 1895, pp. 209-210.

produjo, al conocerle, una sensación evocadora de lo extraño, de lo fantástico, de lo funambulesco [...] Avizoré en él una excesiva irritabilidad nerviosa”. Al hablar, Amado Nervo gesticulaba y contorsionaba su cuerpo, además, padecía “frecuentes intermitencias, abstracciones de beato”.¹²² Ciro B. Ceballos retrató a sus colegas decadentes a partir del discurso de la medicina mental de la época, lo cual permite comprender su hegemonía en el medio intelectual porfiriano.

En suma, para los escritores identificados con el decadentismo, lo psicopatológico ocupó un lugar de privilegio ya que les otorgaba personalidad pública y los distinguía como seres sensibles en un entorno médico-social que buscaba combatir las patologías mentales. Las pugnas médico-sociales en contra de las letras modernas, abrió un espacio de confrontación cultural que dividió el campo literario. De cualquier modo, los decadentes asumieron la sensibilidad patológica como símbolo de su modernidad literaria e hicieron de la locura, una metáfora para la crítica social.

¹²² Ciro B. Ceballos, *En Tiranía...*, *op. cit.*, pp. 50-51. Sobre Balbino Dávalos mencionó que llevaba en su interior “la tristeza amarguísima y punzante de los iluminados”. Respecto de José Juan Tablada señaló: “Su sensibilidad moral atormenta siempre a su imaginación poblándolo de castas y obscenas apariciones. Es un manojito de nervios tocando al palo magnético de las concupiscencias”; en relación con Bernardo Couto consideró que su literatura procedía de “algún museo patológico”.

Pervertidos, suicidas y locos-criminales

En vez de tomar una copa de ajenjo, se lee una nueva obra. Hay mayor cantidad de substancia tóxica en ésta que en aquélla. Del éxtasis opalino salís al manicomio, al hospital, a la obscura bocanaza de la tierra; de la literatura actual saldréis con una vida artificial, hiperestesiada la sensibilidad, con extraños sobresaltos, dispuesto a todos los dolores, con una mezcla de asco y miedo.

CARLOS DÍAZ DUFOO¹

Yo he conocido la miseria, la última, la negra, en mis largas excursiones a pie por valles y montañas; he vivido la dolorosa vida de los manicomios y de las prisiones; las cefalalgias con sus círculos inquisitoriales han oprimido mi cráneo por semanas largas y torturantes; pero así quiero la vida, con cefalalgias, con loqueras, con hambre, con dolor.

ALBERTO LEDUC²

LOS CUENTOS SEDICIOSOS DEL MODERNISMO decadente hicieron de lo psicopatológico un elemento central en la configuración de sus protagonistas. Para los autores, se trataba de explorar las enfermedades mediante narrativas que representaran los más profundos miedos, ansiedades y fantasías de terror entre sus lectores. La catalepsia fue uno de esos padecimientos que despertó pánicos sociales a lo largo del siglo XIX, porque se trataba de una parálisis corporal,

¹ Carlos Díaz Dufoo, "Venenos literarios", *Revista Azul*, tomo V, núm. 4, 24 de mayo de 1896, p. 50.

² Alberto Leduc, "Verdades eternas", *Revista Azul*, núm. 1, año 1, 1 de julio de 1898, p. 13.

total y súbita.³ Aunque no fue considerada una enfermedad mental, el cuadro sintomatológico sedujo a muchos escritores mexicanos que utilizaron el episodio clínico para infundir todo tipo de sensaciones sobre la experiencia de ser enterrado vivo.

En el cuento “El litoral del pacífico”, Alberto Leduc abordó la historia del marinero Arainza, quien había abusado de todos “los alcoholes y narcóticos modernos”. El narrador lo describía como un hombre silencioso, con “inquietudes extrañas” y “extravagantes maneras”, es decir, se trataba de un “neurópata cosmopolita”. Al paso del tiempo, el bergantín se detuvo en la bahía de San Bartolomé donde supuestamente había fallecido el navegante. Veinte horas después de los funerales, el barco elevó anclas y cuando la tripulación se disponía a arrojar el cuerpo al mar, el personal lo descubrió con huellas de sufrimiento y una rata junto a su ataúd: “Los desenterradores pronunciaron mudos; el oficial hablando a solas murmuró: lo enterraron vivo... era cataléptico... ahora lo recuerdo”.⁴ La misma estrategia narrativa la encontramos en los cuentos titulados “Catalepsia”, escritos por los reconocidos literatos y periodistas Carlos Díaz Dufoe y Laura Méndez de Cuenca (1853-1928).⁵ Aun-

³ Dicho trastorno desconectaba sensorialmente al individuo, estaba acompañado de anestesia y analgesia, el cuerpo quedaba en una postura pasiva con insensibilidad general después del episodio. Se decía que los estudiantes, los miembros de las órdenes religiosas y los militares eran los más propensos. Germán E. Berrios, *Historia de los síntomas de los trastornos mentales. La psicopatología descriptiva desde el siglo XIX*, México, Fondo de Cultura Económica, 2008, pp. 462-465. De hecho, el concepto era tan importante en la medicina europea que el propio neurólogo francés Jean M. Charcot incluyó el fenómeno de la catalepsia en la conceptualización de la histeria, ya que se podía inducir en la paciente por medio de la sugestión.

⁴ Desafortunadamente no tengo la fecha de publicación del texto, pero debió aparecer a finales del siglo XIX, el cuento está incluido en *Fragatita y otros cuentos*, La Matraca/Premia Editora, 1984, p. 24.

⁵ Laura Méndez de Cuenca comenzó su carrera literaria hacia 1890, trabajó en favor de la educación del país por medio de la literatura. Como sus contemporáneos, fue ecléctica en su forma y estilo literario, viajó a Estados Unidos y Europa para recabar información sobre pedagogía. Padeció diabetes con síntomas de histeria. Según Roberto Sánchez Sánchez, la escritora consideraba que las enfermedades eran producto de las condiciones sociopolíticas que las engendraban. Las referencias a la medicina venían a partir de sus personajes, como es el caso del narrador en “Catalepsia”: “Yo recordaba haber leído en un libro de medicina, que los efectos de la catalepsia eran los mismos que yo experimentaba; es decir, lucidez completa del espíritu e inercia también completa de la materia. El accidente que me retenía en el lecho era una catalepsia”. Laura Méndez de Cuenca, *Semblanzas y otros*

que no eran autores claramente identificados con el movimiento decadente, también utilizaron la retórica médica en sus escritos.⁶ Sus textos procuraban despertar sensaciones de pavor sobre el proceso de sepultura e incluyeron la visión psicológica de personajes, conscientes de su incapacidad para controlar la rigidez corporal. En su cuento “Catalepsia”, Díaz Dufoo describió el instante en que un hombre tuvo la “conciencia de su caída” al ser testigo de cómo, lentamente, lo enterraban vivo:

¡Y me sentí allí, rígido, inmóvil! ¡Era yo! Me sentía encerrado en aquella armadura de acero. ¡Mi cuerpo! ¡Había encontrado mi cuerpo! El alma se acercó temblando y se posó sobre mis labios, fríos, helados. ¡Qué fría es la muerte!⁷

Estas narrativas eran una respuesta estética a las ansiedades colectivas que despertaban las enfermedades a finales del siglo XIX e inicios del XX, pero también una muestra elocuente de las formas de apropiación del discurso médico en la literatura moderna. A diferencia de las perspectivas médicas centradas en el estudio del organismo, los escritores del modernismo hispanoamericano no sólo exploraron el conflicto psíquico y la sensibilidad del protagonista con su realidad,⁸ también apelaron a la fisiología y a la medicina mental, porque de esa manera orientaban a los lectores sobre la identidad patológica de los personajes.⁹ Gabriela Nouzeilles sostiene que la estructura del “caso clínico” (antecedentes, etiología, diagnóstico y tratamiento), fue la matriz narrativa que

cuentos, edición crítica, estudio preliminar, notas e índice, Roberto Sánchez Sánchez, México, Universidad Nacional Autónoma de México, 2010, pp. 12, 77, 109.

⁶ Los usos de la medicina en la narrativa también los podemos observar en autores como Amado Nervo, pues el novelista estableció diferentes diálogos con el campo científico. Estos argumentos son abordados por Christian Sperling, “La medicina mental en la novela corta hispana: el caso de Amado Nervo”, *Asclepio. Revista de historia de la medicina y de la Ciencia*, vol. LXIII, núm. 1, enero-junio, 2011, pp. 65-88.

⁷ Carlos Díaz Dufoo, “Catalepsia”, *Revista Azul*, tomo I, núm. 3, 20 de mayo de 1894, pp. 35-36; utilizo la versión del mismo autor que está en su libro, *Cuentos nerviosos*, México, J. Balleca y Compañía, sucesor, 1901, p. 20.

⁸ Klaus Meyer-Minnemann, “La novela modernista en Hispanoamérica”, en Hans-Otto Dill y otros, *Apropiaciones de la realidad en la novela hispanoamericana de los siglos XIX y XX*, Frankfurt-Madrid, 1994, p. 165.

⁹ Paulette Cécile Silva Beauregard, *De médicos, idilios y otras historias. Relatos sentimentales y diagnósticos de fin de siglo*, Santa Fe de Bogotá, Colombia, Convenio Andrés Bello, 2000, p. 166.

sustentaban las novelas naturalistas en el positivismo argentino.¹⁰ Esta aseveración permite comprender el grado de asimilación de los contenidos médicos que llevaron a cabo varios escritores finiseculares.

Para el caso mexicano, sabemos que este proceso de recepción del “caso clínico” llegó por la asimilación del discurso “patologizante” atribuido a la difusión de los estudios del aludido Max Nordau. En este sentido, la enfermedad mental aparece como “símbolo de la experiencia interior del artista”, menciona Christian Sperling,¹¹ razón por la cual los personajes de los decadentes suelen adoptar características de los héroes convalecientes que se debaten entre el amor, la locura y la muerte, señala Ana Laura Zavala Díaz.¹² Estos estudiosos también mencionan que el interés de los escritores por la medicina mental proviene de las convenciones literarias que aprendieron de escritores como Edgar Allan Poe, Charles Baudelaire, Rachepin, entre otros, pero como hemos visto hasta ahora, las teorías sobre la locura y sus representaciones sociales circulaban en los mismos diarios y revistas donde escribían los literatos. Los decadentes mexicanos encontraron en las discusiones públicas, los discursos médicos y las convenciones literarias, espacios de mediación e influencia que terminaron por estructurar sus ficciones psicopatológicas.

Cabría añadir que los escritores decadentes, señala Vicente Quirarte, crearon una “galería de personajes neuróticos y siniestros”¹³ que revolucionaron la sensibilidad moderna. Así, la interrogante sería conocer qué función tiene la retórica de los nervios en la configuración de los protagonistas. Al respecto, José Mariano Leyva argumentó que los literatos utilizaron términos como “neurosis” para enmarcar la centralidad fisiológica de los procesos mentales

¹⁰ Gabriela Nouzeilles, *Ficciones somáticas. Naturalismo, nacionalismo y políticas médicas del cuerpo (Argentina 1880-1910)*, Argentina, Beatriz Viterbo Editora, 2000, p. 138. Para el caso español, Pura Fernández, “*Scientia Sexualis* y saber psiquiátrico en la novela naturalista decimonónica”, *Asclepio. Revista de Historia de la Medicina y de la Ciencia*, vol. XLIX, núm. 1, 1997, pp. 227-244.

¹¹ Christian Sperling, *La narrativa modernista de México: sensibilidad finisecular y el discurso científico sobre la consciencia humana*, tesis de doctorado en letras, Universidad Nacional Autónoma de México/Instituto de Investigaciones Filológicas, 2009, p. 242.

¹² La autora sostiene que Alberto Leduc “como otros escritores decadentes”, tuvo en su trabajo literario una amplitud de registros estéticos, y que asimiló el discurso. Ana Laura Zavala Díaz, *De asfódelos y otras flores del mal mexicanas...*, *op. cit.*, p. 92.

¹³ Vicente Quirarte, “Cuerpo, fantasma y paraíso artificial”, en Rafael Olea Franco (ed.), *Literatura mexicana del otro fin de siglo*, México, El Colegio de México, 2001, p. 33.

en los personajes,¹⁴ pero no se ha dimensionado la articulación social de sus narrativas y la función de la locura para entender el imaginario psicopatológico que encierran sus cuentos.

Estas interrogantes permiten identificar, por un lado, la circulación de conceptos médicos en el medio cultural de los escritores; por el otro, estudiar su representación literaria. Sobre este punto, coincido con Thomas Anz, cuando menciona que en las ficciones literarias sobre locos en el modernismo, “se concentran como en ningún otro motivo las características de una crítica cultural”. Así, el “loco” funciona como una imagen negativa “contra las virtudes burguesas”, entre las que se encontraban la “autodisciplina, la ética del trabajo, el orden, el cumplimiento de los deberes y sobre todo, el control de los afectos”.¹⁵ Efectivamente, tanto los escritores decadentes en México como del resto de América Latina, se obsesionaron con la sexualidad anómala, el suicidio y la criminalidad porque encontraban en dichos temas un resquicio para posicionar sus preocupaciones artísticas. Mostraron el dominio de lo psicopatológico para establecer una crítica a los valores burgueses por medio de personajes enfermos, anómalos y criminales.¹⁶ La figura femenina aparece

¹⁴ Para José Mariano Leyva, el uso de la retórica de los nervios en la narrativa decadente era la confirmación de una mirada “nostálgica” presente en sus pesquisas literarias. Dice el autor: “Y para culminar su invectiva, los pocos términos recientes que los decadentes sí usaban, eran aquellos que contravenían la propia actualidad. La palabra neurosis y neuróticos se repetían en diferentes páginas, en distintos autores. El término era tan antiguo como 1769, cuando lo acuñó el médico escocés William Cullen, y esta primera referencia se aplicaba a males fisiológicos”. José Mariano Leyva, *Perversos y pesimistas. Los escritores decadentes mexicanos en el nacimiento de la modernidad*, México, Tusquets, 2013, pp. 169-170. Considero que los decadentes en realidad resignificaron el término y lo ajustaron a las necesidades estéticas y las visiones médicas de la época.

¹⁵ El autor se refería al expresionismo alemán, pero creo que su propuesta se ajusta muy bien a la postura contestataria de los decadentes mexicanos. Thomas Anz, “La esquizofrenia como sintomatología de época. La patología y la poetología alrededor de 1910”, en Wolbang Bonjers y Tanja Olbrich (comps.), *Literatura, cultura y enfermedad*, Argentina, Paidós, 2006, pp. 148-149.

¹⁶ Afortunadamente, hoy contamos con una mayor producción historiográfica sobre la literatura como espacio de crítica social, algunos ejemplos son: para el caso chileno, Andrea Kottow, “Historias de locuras en la literatura chilena del siglo XIX, o la modernidad y sus vicisitudes”, *Nuevo Mundo Mundos Nuevos* [en internet], Colloques, mis en ligne le 09 juin 2014, consulté le 24 février 2016 <<http://nuevomundo.revues.org/66914>>; doi: <10.4000/nuevomundo.66914>; para el caso brasileño, Nádía Maria Weber Santos,

como un ser amenazante que despierta miedo a los héroes melancólicos o es causa de su convalecencia.¹⁷ En las narrativas de los escritores decadentes, los personajes varones fueron representados con diversas patologías mentales de la época. Los decadentes creyeron que lo psicopatológico no debía excluirse, desde el plano narrativo; por el contrario, buscaron *despatologizar* los comportamientos pasionales como una muestra facunda de su modernidad literaria.

Lujurias, concupiscencias, placeres morbosos

Los modernistas en su versión decadente escribieron narrativas sediciosas en las que abordaron temas como la profanación de cuerpos muertos, la zoofilia y el sacrilegio, es decir, se acercaron a las desviaciones sexuales que el régimen de Porfirio Díaz procuraba combatir mediante la aplicación del método científico, instrumentos jurídicos, instituciones de Estado y campañas de higiene pública.¹⁸ Las considero sediciosas porque perturbaban las conciencias de la élite, quebrantaban códigos morales y alimentaban fantasías de transgresión entre una población citadina cada vez más acostumbrada al morbo sensacionalista. Un infortunado matrimonio entre una joven pareja, como otros asuntos cotidianos, podía divertir “a una sociedad ávida de emociones de índole malsana”.¹⁹

“‘Você, Quaresma, é um visionário’: alma nacional e loucura em *Triste fim de Policarpo Quaresma* de Lima Barreto”, *Nuevo Mundo Mundos Nuevos* [en línea], Debates, Puesto en línea el 28 enero 2006, consultado el 1 marzo 2015 <<http://nuevomundo.revues.org/1513>>; doi: <10.4000/nuevomundo.1513>.

¹⁷ Para mayor referencia al respecto, véase Ana Laura Díaz Zavala, *De asfódelos y otras flores del mal mexicanas...*, *op. cit.*, p. 21.

¹⁸ Estos aspectos se abordan en Andrés Ríos Molina, *La locura durante la Revolución mexicana. Los primeros años del Manicomio General La Castañeda, 1910-1920*, México, El Colegio de México, 2009, capítulo. 1. Claudia Agostoni, *Monuments of Progress. Modernization and Public Health in Mexico City, 1876-1910*, University of Calgary Press/University Press of Colorado/Instituto de Investigaciones Históricas, 2003, capítulo. 3. Para un estudio de la monstruosidad y las desviaciones orgánicas, Frida Gorbach, *El monstruo objeto imposible. Un estudio sobre la teratología mexicana, siglo XIX*, México, Universidad Autónoma Metropolitana, Xochimilco /Itaca, 2008.

¹⁹ En el cuento “El viejo error”, Ciro B. Ceballos relató el infortunado divorcio entre el modesto mozo Pedro de Guevara y la millonaria, pero ociosa Loulie Parks. Véase, Ciro B. Ceballos, *Croquis y Sepias (Retrato por Julio Ruelas)*, México, Eduardo Dublán Impresor, 1898, p. 120.

En las narrativas decadentes desfilaron una variedad de personajes patológicos fundamentalmente varoniles entre los que destacaban poetas, escultores, jugadores, mujeriegos, aristócratas, prostitutas, vagabundos, violadores, burgueses, criminales, los cuales estaban caracterizados por padecer enfermedades físicas y mentales: había tuberculosos, histéricos, neurasténicos, degenerados, suicidas, alcohólicos, sifilíticas, hiperestésicos, melancólicos y neuróticos. La enfermedad física y mental atacaba por igual a todos los grupos sociales. Si en la constelación de los médicos-escritores las pasiones contrariadas fueron un elemento central en la propensión a la locura, para los modernistas decadentes fueron las pasiones malsanas las causantes de las sexualidades anómalas. En el cuento “Monografía” de Ciro B. Ceballos, se menciona que un gran orador como Monseñor Hermógenes Arcipreste, entregó al protagonista-narrador un cuaderno con las intimidades escritas por una mujer, se trataba de un “curioso caso psicológico”. El manuscrito decía que Benedicta tenía 18 años, era descrita como una mujer bella, de tez blanca y “cultura mediana”, su padre había sido un contratista corrupto, y su madre, una devota que protegía al borracho de su marido. En las confesiones, Benedicta describió que, a los 14 años en el colegio para señoritas, comenzó a salir con un niño “y sin rubores junté mi boca con la suya y sin malicias permití que su mano precozmente libertina profanara mi cuerpo en momentos de infantil lujuria”.²⁰ Luego de aquel incidente, fue castigada y enviada al confesionario. Al paso del tiempo, Benedicta se hizo nerviosa, histérica y aficionada a las novelas, las únicas que podían colmar sus ardientes deseos. En un baile conoció a otro joven, su madre quería que se casara con él, pero ella se rehusó. Un día, Benedicta se encontró con un hombre en el parque, dibujó el retrato de su rostro, el mismo que usaba por las noches para excitarse:

¡Qué impúdicas revelaciones eróticas le hice en voz baja! En las noches al correr los pabellones del lecho, acometíanme pudores de recién casada, parecía que las pupilas del retrato observaban con pecaminosa insistencia mis movimientos y cuando el sueño llovía mi pensamiento con sus partículas de oro, sentía junto a mi rostro un aliento ardoroso y escuchaba ternezas a la vez que unos labios se tendían hacia mi anhelante boca para desflorar allí sus besos.²¹

²⁰ *Ibid.*, p. 58.

²¹ *Ibid.*, p. 85.

Al representar el mundo interior, los lectores podían acercarse a la manera de elucubrar los deseos, las reacciones y los argumentos de los protagonistas. Las pasiones malsanas justificaban ciertos comportamientos anómalos. Son personajes-narradores que, pese a no tener una historia, exhibían sus motivaciones por medio de actos pecaminosos. En el cuento “El guantelete”, el narrador describe el proceso de exhumación llevado a cabo por Walterio W., quien era descrito como un tuberculoso aficionado a los salones que llevaba una “vida orgiástica”, había sido jugador de casino, mujeriego y apostador. Luego de sufrir un despecho, Walterio hurgó entre papeles viejos, donde encontró el retrato de una mujer de la que se sintió enamorado. Buscó el cadáver de la dama, pasó largas noches junto al cuerpo inerte: “Mi sensualidad insana asociada al loco deseo de saber algo más respecto a la muerta se me impuso tan poderosamente que careciendo de ánimo para atajar mis impulsiones amoratorias, me decidí a hacer efectivo el deseo de exhumar el cadáver de la que desde hacía tiempo me perseguía con sus apariciones”.²² Los profanadores eran hombres descritos como malvados y faltos de moral, que sólo buscaban satisfacer sus instintos. En el cuento “La muerta”, se describe a Santiago, hijo de un sepulturero quien era “malvado y cruel como un cuervecillo”, había perdido la sensibilidad ante el sufrimiento humano, y cuando se disponía a enterrar a una mujer, sintió una “cruda e insana” necesidad de tocarla, y “allí en ese tálamo negro y horrendo, la violaba”.²³ Estos cuentos exhibían episodios de un erotismo perverso y desenfrenado.

En la novela corta titulada “Un adulterio” de Ciro B. Ceballos, se narra la experiencia amorosa de Rogelio Villamil, un hombre convaleciente, burgués y tuberculoso enamorado de la viuda y adinerada Geraldine Kerse, mujer de refinados gustos y apasionada de su primate Jack. Rogelio es descrito como un ateo que envidiaba la dicha obrera. Cuando llegó a la adolescencia se volvió “precoz, nervioso, exaltado e imaginativo”, su carácter cambió con el despertar sexual: “Un pie, una mano enguantada, una garganta desnuda tenía el privilegio de llenarle el encéfalo de pensamientos obscenos y de alucinaciones nocturnas y de lujurias desconocidas”.²⁴ A petición del médico,

²² Ciro B. Ceballos, *Un adulterio*, México, Instituto Nacional de Bellas Artes/La Matraca, 1982, p. 76.

²³ Ciro B. Ceballos, *Croquis y Sepias...*, *op. cit.*, p. 149.

²⁴ Ciro B. Ceballos, *Un adulterio...*, *op. cit.*, p. 19.

Rogelio fue trasladado al campo para relajar sus nervios, a su regreso, se casó con Geraldine e inmediatamente mandó echar a Jack de la casa. Geraldine enfureció, a los tres meses terminaron su relación debido a que el marido sospechaba que su amada lo traicionaba. Una noche Rogelio escuchó bramidos en la habitación de su ex mujer y la sorprendió “completamente desnuda” y copulando “con horrible rijo con el cuadrumano” de Jack.²⁵ Estas narrativas fomentaban visiones anormales en torno a la sexualidad humana, representando escenas de pasiones perversas y episodios de lujurias insanas, a partir de personajes patológicos.

Los escritores-periodistas presentaban a los varones como protagonistas inclinados a saciar sus deseos sexuales; en cambio, mostraban a la mujer como pecadora, lo cual contrastaba con el estereotipo decimonónico del ángel del hogar. En las narrativas decadentes el amor era examinado como un instinto sexual, tal y como sucedía en el decadentismo venezolano. Cabría recordar que, en Venezuela, los escritores apelaron a las transgresiones sexuales no sólo para alimentar los debates sobre la función del artista moderno, sino para mostrar el empleo de conceptos tomados de las ciencias médicas.²⁶ Aunque en los cuentos sediciosos no se hablara ampliamente de degeneración, los personajes –lujuriosos y pervertidos– estaban predispuestos fisiológicamente a realizar actos y comportamientos anormales. Estas producciones revelaban las inquietudes, las angustias y los temores de una sociedad que, según se creía, atravesaba por una terrible crisis moral.

En los inicios del siglo XX, era frecuente que los amantes se entregaran frenéticamente a las prácticas amoratorias en los espacios públicos, exhibiendo sin recato y a los ojos de los transeúntes, el espectáculo de hombres y mujeres que satisfacían sus necesidades corporales a media calle. Ante tan inveteradas costumbres, resultó ineficaz la multa de cuatro reales y la instauración de mingitorios en los espacios recreativos. De hecho, para 1903, el gobierno de la capital ordenó la consignación de quienes, en lugares públicos, cedieran “a exclamaciones y ademanes contrarios a las buenas costumbres”.²⁷ Los

²⁵ *Ibid.*, p. 46.

²⁶ Paulette Cécile Silva Beauregard, *De médicos, idilios y otras historias...*, *op. cit.*, p. 215. Estas inquietudes literarias aparecieron en la revista *Cosmopolis* (1894-1895), órgano moderno para la promoción de los escritores de finales de siglo.

²⁷ Daniel Cosío Villegas, *Historia moderna de México. El porfiriato*, a cargo de Moisés González Navarro, Argentina, Editorial Hermes, 1971, p. 409.

funcionarios públicos y las personalidades respetables culparon de la degradación moral a la “literatura obscena de creciente circulación en cuarteles y colegios; las pinturas pornográficas en las paredes; la demanda de figuras lúbricas de barro, hechas en Guadalajara”. Incluso, señalaron que las causas de la crisis por la que atravesaba el país se debían a la temprana adquisición de enfermedades venéreas, el número creciente de abortos, infanticidios, concubinatos, violaciones y adulterios en las casas de vecindad.²⁸ Al respecto, Julio Guerrero, funcionario del régimen y especialista de la criminalidad en México, consideró que dicho vacío se debía a la separación de la Iglesia respecto a su papel en la educación moral del pueblo. Por esta razón, buscó combatir la lujuria callejera entre “léperos y artesanos” que a fuerza de “presiones musculares procuran encender la brama”. Guerrero pretendía establecer restricciones educativas apelando a las virtudes católicas, esto para salvar del abismo a las almas pecadoras: “En efecto, el gran lauro del partido liberal en México es haber separado al Estado de la Iglesia; pero su gran error es haber laicizado la instrucción pública, sin sustituir la moral católica con otra”.²⁹

Las campañas moralizadoras del Estado debían estar dirigidas a los sectores populares, “más propensos por su condición material y social a la promiscuidad, la poligamia y la poliandria, es decir, los estadios inferiores del amor”.³⁰ Las coacciones moralistas contra la sexualidad configuraron el proyecto de un ciudadano modelo a partir de la familia y la educación, por lo tanto, la prostitución y las manifestaciones carnales no eran bien vistas. La afamada *Santa* (1903), de Federico Gamboa, probablemente haya sido leída como una novela aleccionadora, en la cual la prostitución era el símbolo de la inevitable corrupción moral engendrada en la vida moderna.³¹ Desde luego,

²⁸ *Idem.*

²⁹ Julio Guerrero, *La génesis del crimen en México. Estudio de psiquiatría social*, Librería de la Vda. de Ch. Bouret, México/París, 1901, pp. 314, 321.

³⁰ Véase el estudio de Carlos Illades, “La crisis moral de la sociedad moderna”, en Federico Gamboa, *Todos somos iguales frente a las tentaciones. Una antología general*, selección, estudio preliminar y cronología de Adriana Sandoval, Ensayos críticos Carlos Illades, José Luis Martínez Suárez, Felipe Reyes Palacios, México, Fondo de Cultura Económica/Fundación para las Letras Mexicanas/Instituto de Investigaciones Filológicas/Dirección General de Publicaciones y Fomento Editorial/Universidad Nacional Autónoma de México, 2012, p. 483.

³¹ José Luis Martín Suárez, “Santa: una lectura social. Representación literaria de aspectos culturales del Porfiriato”, en Federico Gamboa, *Todos somos iguales frente a las tentaciones...*, *op. cit.*, p. 303.

las narrativas decadentes compartían las obsesiones de la élite por la relajación de las costumbres en los sectores bajos, pero los literatos buscaban mostrar que las perversiones sexuales también reinaban en personajes de los grupos privilegiados. En el cuento “El delito”, de Ciro B. Ceballos, se describe a Don Fermín como un viejo funcionario, rico y aficionado a los placeres de la carne, quien podía “satisfacer las concupiscencias” con dinero. Lo mismo había tenido “como esclavas la maestra de escuela, la hija del recaudador de rentas, la hermana del secretario, la mujer del juez de letras, y tantas y tantas que sólo esperaban una palabra de sus labios para entregársele y saciarlo hasta la hartura de placeres”.³² Esta caracterización ficcional del burócrata con poder, lanzaba una crítica mordaz a un sector de las clases privilegiadas que satisfacían sus necesidades corporales, a punta de monedas.

Estas narrativas no sólo representaban con fascinación y morbo los bajos fondos de la moralidad porfiriana, sino que lograban liberar impulsos, deseos y necesidades ocultas de una población que podía regocijarse con ciertos eventos malsanos.³³ Con la emergencia de los reportajes sensacionalistas, las crónicas de burdel y las notas policíacas de finales de siglo, se puso de manifiesto que los eventos perniciosos habían logrado posicionarse entre los gustos de los lectores medios de la capital. Ante el surgimiento de la prensa sensacionalista —la cual se remonta a la fundación del diario oficialista *El Imparcial* en 1896—, los lectores podían disfrutar a bajo costo y con un tiraje de 50 000 ejemplares, noticias escandalosas sobre adulterios, crímenes y homicidios, los cuales condicionaban los aspectos de la moral pública mediante el uso de novedosas tipografías y fotografías.³⁴ La narrativa decadente competía con dichas modalidades textuales para reclamar lectores en el mercado cultural porfiriano. Además, los cuentos de los decadentes no eran los únicos placeres morbosos que ofrecía la capital al consumidor. A poco más de tres años de la llegada del cinematógrafo en agosto de 1896, los hombres de los sectores medios disfru-

³² Ciro B. Ceballos, *Claro oscuro*, librería Madrileña, 1896, p. 111.

³³ Tal y como sucedía con la lectura de cierta “literatura pornográfica”, sobre todo en los círculos sociales en Europa. Estos y otros aspectos se abordan en Peter Gay, *La experiencia burguesa. De Victoria a Freud. La educación de los sentidos*, México, Fondo de Cultura Económica, 2000, capítulo 2.

³⁴ Alberto del Castillo, “El surgimiento de la prensa moderna en México, en Belem Clark de Lara y Elisa Speckman (eds.), *La república de las letras. Asomos a la cultura escrita del México decimonónico*, vol. II, México, Universidad Nacional Autónoma de México, 2005, p. 111.

taban de “funciones para hombres solos” con la proyección de películas con escenas subidas de tono.³⁵ La creciente demanda de diversiones de índole malsana daba la posibilidad a los varones capitalinos de liberar impulsos eróticos (malsanos y pervertidos), muchas veces ocultos en la privacidad del hogar.

Los cuentos sediciosos muestran episodios de lujuria y vejación que, sin duda, alarmaron y fascinaron por su detallada visión de los bajos instintos. Varios protagonistas-narradores violaban a mujeres indefensas apelando a su incontinencia, condición orgánica y mentalidad perversa. En el cuento “El delito” de Ciro B. Ceballos, se narra una terrible violación ejecutada por Juan Pablo Bringas. El protagonista es descrito como un joven positivista y amante de los libros que no había sufrido ningún desengaño debido a su egoísmo. Era sarcástico con las mujeres a quienes despreciaba con hipocresía. No era rico ni pobre, hablaba tres idiomas. Según el narrador, Juan prefería “un buen vicio a una mala virtud”, en su juventud había preferido las bibliotecas en lugar de los amores, después se enamoró de una “mozuela” humilde a quien violó en el lecho de muerte de la madre. Juan Pablo sintió un doble remordimiento: por la profanación del lecho materno y la violación de la joven inocente, situación dramática que lo puso delirante, bordeando los territorios de la locura:

Miraba a los hombres temeroso, procuraba esquivar su presencia a los agentes de policía, y volvía el rostro despavorido al escuchar los más insignificantes rumores, imaginando en su locura que extrañas voces le nombraban y en todos los ruidos eran gritos delatores, que arrojaba la muerta desde su tálamo injuriado [...] Era un alarido que se introducía en su cerebro como víbora de fuego, y al retorcerse allí, trastornaba las circunvoluciones de su pensamiento, apagaba todas las claridades, para poblar su mente con esas pesadillas del pecado.³⁶

En el programa decadente, lo anormal generalmente se definía como transgresión a los valores impuestos por el catolicismo, tal y como lo evidenció el poema “Misa Negra” de José Juan Tablada. La violación de una mujer inocente, católica y recatada tenía la función de provocar sentimientos de animadversión o liberar impulsos malsanos entre los lectores, al mismo tiempo que mostraba el mundo pervertido de los victimarios que sólo buscaban

³⁵ Aurelio de los Reyes, *Los orígenes del cine en México (1896-1900)*, México, Fondo de Cultura Económica, 2013, p. 121.

³⁶ Ciro B. Ceballos, *Claro oscuro...*, op. cit., p. 92.

saciar sus perversos deseos. En la novela corta *El enemigo*, escrita por Efrén Rebolledo, el narrador describió a Gabriel Montero como un personaje idealista, fastidiado y vicioso que buscaba el amor para colmar sus “fatales sentidos”. Gabriel se enamoró de Clara, una de las tres hermanas Medrano. En su juventud, soñaba con mujeres desnudas y orgías desmedidas, sus noches eran un “hervidero de pesadillas sensuales”, aunque todo fuese una “lujuria cerebral”. Ante la incapacidad para confesarle su amor, pronto visitó a Clara en su casa con el objetivo de violarla, “para terminar el conflicto; para acabar con aquella lucha en que cedía la voluntad, en que se tumbaba la conciencia; y el deseo, irritado hasta el paroxismo, saltaba bramando aquella virgen en flor”.³⁷ Tras la vejación, Gabriel sintió arrepentimiento.

Entre lujuriosas, perversos, profanadores y violadores, los escritores presentaron a personajes concupiscentes, patológicos y anómalos, arrastrados por emociones perversas como elementos centrales para entender sus accesos de locura. Estas narrativas proporcionaron imágenes negativas de las pasiones malsanas que, en todo caso, pretendían subvertir el orden moral de la sociedad.

Suicidas literarios

“Hoy que está de moda levantar la tapa de los ataúdes [...] leer cartas que no van dirigidas a uno y no sólo leerlas, sino publicarlas, ser, en suma, un repórter indiscreto, nadie tomará a mal que yo publique [...] la carta de un suicida”.³⁸ Según Manuel Gutiérrez Nájera, la noticia había sido tomada de “la gaceti-lla arlequinesca de un periódico”, aunque seguramente El Duque Job usó la misiva de un suicida como estrategia narrativa no sólo para buscar lectores, sino para expresar algunos puntos de vista sobre el suicidio. En dicho texto, el suicida se describía como un hombre de mediana edad que pecó en su juventud, luego decidió entregarse “al gran libro de la ciencia” hasta despojar el velo de “las sencillas creencias de mi infancia”. Al paso de los años perdió la fe en Dios, y repitió en su cabeza: “¡Hijos del siglo, todos somos huérfanos!”. Gutiérrez Nájera no trató al suicida como un loco, sino como un personaje

³⁷ Efrén Rebolledo, *El Enemigo*, México, Edición de la Revista Moderna, Eduardo Dublán Impresor, 1900, p. 82.

³⁸ Manuel Gutiérrez Nájera, “Carta de un suicida”, *Revista Azul*, tomo III, núm. 21, 22 de septiembre de 1895, pp. 321-323. Fechado en el año de 1888.

que atravesaba una crisis moral, un segregado confeso ante las exigencias de la vida moderna: “Caballero: voy a matarme porque no tengo una sola moneda en mi bolsillo, ni una sola ilusión en mi cabeza. El hombre no es más que un saco de carne que debe llenarse con dineros. Cuando el saco está vacío, no sirve para nada”.³⁹ El suicidio fue un tema que inquietó fuertemente a las élites gobernantes de las principales ciudades del mundo, pero también un motivo literario que obsesionó a muchos escritores desde finales del siglo XVIII hasta la segunda mitad del XIX.

De acuerdo con Georges Minois, a lo largo de la historia el suicidio ha sido visto como un crimen, pero su significación no ha dependido de las estadísticas gubernamentales, sino de valores religiosos, filosóficos y culturales que imprimen cada época.⁴⁰ Para el historiador, el término “suicidio” surgió poco antes de 1700, reemplazó a la expresión “meurtre de soi-même” del Antiguo Régimen. Georges Minois sostiene que en el tránsito del siglo XVIII al XIX, los motivos de los suicidas pasaron de ser actos filosóficos con una fuerte carga intelectual, a experiencias sentimentales que atestiguaban lo absurdo de la condición humana. El novelista Johann Wolfgang von Goethe (1749-1832) fue el maestro del suicidio romántico y filosófico, el cual alimentó los debates sociales mediante la difusión de una obra que narraba un amor imposible que finalizó en el suicidio de su protagonista, en *Las desventuras del joven Werther* (1774). El tema del enamorado suicida se reprodujo rápidamente entre los escritores de toda Europa, razón por la cual, la “werthermania” generó inquietudes entre las élites, acusando a Goethe de inmoral, y a su obra como la causante de una ola de suicidios suscitados tras la publicación.⁴¹ Sin embargo, la acusación era injustificada, ya que el autor era ante todo un novelista y no un apologista del suicidio.

En el tránsito al siglo XIX y con el surgimiento del alienismo francés, el suicidio dejó de ser entendido desde un punto de vista filosófico y religioso. Philippe Pinel y su discípulo Jean Étienne Esquirol, lo consideraron como un síntoma de la alienación mental. En 1821, Esquirol señaló que el suicidio

³⁹ *Ibid.*, p. 322.

⁴⁰ Georges Minois, *Historie du suicide. La société occidentale face à la mort volontaire*, París, Fayard, 1995. El trabajo es un estudio de larga duración sobre las actitudes sociales, culturales, médicas y políticas frente al suicidio. Aborda los motivos cambiantes de los suicidas desde el Antiguo Régimen hasta la primera mitad del siglo XX en Europa.

⁴¹ *Ibid.*, pp. 308, 312.

sobrevenía por “delirios sociales”, por una “emoción impulsiva”, “delirium orgánico”, lipemania (tristeza patológica), pero no estaba claro si se trataba de una enfermedad mental propiamente dicha. Para 1838, la noción psiquiátrica adquirió relevancia debido a que el propio Esquirol lo consideró un “acto secundario”, relacionado con un trastorno emocional y la locura”.⁴² Esta orientación influyó notablemente en la medicina mental durante el porfirato. Sabemos que, en la primera mitad de la centuria, la explicación médica sobre el suicidio acentuaba los efectos del contexto social y las pasiones de los individuos como causantes del mal. Los facultativos lo entendieron como una “enfermedad moral” producto de las cambiantes condiciones políticas y sociales, resultado del proceso de secularización, los progresos científicos y las prácticas de lectura de autores “modernos”.⁴³ Para el último tercio del siglo XIX, los médicos porfirianos interesados en las cuestiones mentales consideraron el suicidio desde un punto de vista fisiológico, moral (psíquico) y social. En 1899, el prestigiado médico José Olvera indicó que el suicidio tenía por causa predisponente un mal “funcionamiento de las celdillas nerviosas” en el cerebro, además, los desórdenes políticos, el nihilismo y el materialismo podían alterar las funciones de la inteligencia y la voluntad. Consideró el suicidio como una “aberración del sentido moral” por tres razones: iba en contra de la voluntad divina, era un trastorno del intelecto y por tratarse de una amenaza social. Para José Olvera y el resto de los médicos de la mente, el suicidio era resultado de un organismo débil, predispuesto y susceptible al influjo de las pasiones externas:

Los maestros, los libros, los compañeros [...] etcétera, graban con caracteres casi indelebles imágenes e ideas que dependen de las ideas e imágenes ejercidas por la educación literaria, moral, pasional, proporcionadas por las personas superiores que se imponen, influyendo poderosamente sobre el educando para asemejarlo en el genio, en el carácter. Las tribulaciones públicas se imponen poderosamente sobre la moral del pueblo exaltándole o abatiéndole hasta la exageración, haciendo nacer pasiones públicas que determinan la comisión de

⁴² Germán E. Berrios, *Historia de los síntomas de los trastornos mentales...*, op. cit., p. 541.

⁴³ Francisco Javier Beltrán Abarca, “La construcción de la epidemia de suicidios: interpretaciones y confrontaciones de los letrados en torno a sus causas sociales. Ciudad de México, 1830-1876”, *Trashumante. Revista Americana de Historia Social*, núm. 5, enero-junio 2015, pp. 67, 74, 77.

crímenes espantosos y la práctica de virtudes heroicas; los efectos de esas sugerencias poderosas que influyen sobre las multitudes, la historia nos lo muestra en cada pueblo y en cada época.⁴⁴

En el código penal que entró en vigor en 1872, el suicidio no era considerado propiamente un delito: “El que dé muerte a otro con voluntad de éste y por su orden, será castigado con cinco años de prisión. Cuando solamente le provoque el suicidio, o le proporcione los medios de ejecutarlo; sufrirá un año de prisión, si se verifica el delito. En caso contrario, se le impondrá una multa de cincuenta a quinientos pesos”.⁴⁵ El asesinato —que sólo dañaba al individuo— era visto como un doble atentado, ya sea porque transgredía el orden social o atentaba contra la sociedad.⁴⁶ En términos jurídicos, el suicidio no era considerado un delito porque no dañaba a otras personas, tampoco suponía una violación al contrato social; sin embargo, en algunos estados, como en Jalisco, específicamente en Guadalajara, sí era visto como un atentado a la moral pública cuando llegaba a causar escándalo.

En la prensa finisecular, el suicidio despertó sentimientos de compasión y rechazo, los suicidas generalmente eran descritos como personas pasionales vinculadas con patologías sociales propias de la época: alcoholismo, enfermedades venéreas, degeneración, las cuales se arraigaban en los grupos medios y bajos de la sociedad. Según las editoriales, la muerte voluntaria estaba directamente vinculada con las condiciones de vida que rodeaba a los suicidas.⁴⁷ Para Alberto del Castillo, su percepción social (en particular del femenino)

⁴⁴ José Olvera, “Algunas palabras sobre el suicidio”, *Gaceta Médica*, tomo XXXVI, núm. 19, México, Imprenta de El Siglo XIX, 1899, p. 480.

⁴⁵ Utilizo la siguiente versión: *Código penal para el Distrito Federal y el territorio de Baja California sobre delitos del fuero común y para toda la república sobre delitos contra la federación*. Zacatecas, Imprenta del Hospicio de Niños de Guadalupe, 1902.

⁴⁶ Elisa Speckman, *Crimen y castigo. Legislación penal, interpretaciones de la criminalidad y administración de justicia (Ciudad de México, 1872-1910)*, México, El Colegio de México/Universidad Nacional Autónoma de México, 2007, p. 31.

⁴⁷ Para el caso de la prensa yucateca, Luis Roberto Canto Valdés, “La muerte voluntaria en Yucatán durante el porfiriato”, *Secuencia*, núm. 82, enero-abril 2012, pp. 73-100; para el caso de Guadalajara, Miguel Ángel Isais Contreras, “Suicidio y opinión pública en Guadalajara de finales del siglo XIX: representaciones y censuras”, en Federico de la Torre (ed.), *Anuario 2005. Seminario de estudios regionales*, Guadalajara, Universidad de Guadalajara, 2007, pp. 107-133.

en la prensa de la Ciudad de México, desató explicaciones encontradas pero complementarias; los católicos responsabilizaron al ateísmo generalizado y la influencia perniciosa de la prensa, mientras que los sectores letrados y progresistas lo consideraban un fenómeno patológico y hereditario que se presentaba en los grupos sociales incapaces de adaptarse al medio social.⁴⁸ La publicación de tratados médicos, instrumentos jurídicos y noticias sensacionalistas sobre la infortunada vida de suicidas hombres y mujeres, así como las respuestas de los sectores letrados, religiosos y científicos al problema de sus causas, revelaba el grado de preocupación que sentía la élite, pero también la fascinación que despertaba la muerte voluntaria entre un sector de la sociedad mexicana.⁴⁹ Los suicidas literarios expuestos en las narrativas decadentes son una respuesta estética a esas ansiedades colectivas y valores sociales ciertamente ambiguos sobre el fenómeno del suicidio.

¿Quiénes son los suicidas literarios? Se trataba de personajes-narradores fundamentalmente varones, jóvenes que provenían de contextos urbanos o vivían en la capital al momento de ejecutar sus acciones. Que fueran en su mayoría hombres suicidas se puede explicar por lo que mencionamos anteriormente, en el imaginario decadente, el papel de la mujer prácticamente se reducía a ser la causa de la convalecencia del héroe melancólico o una amenaza que podía enloquecerlos. Entre los ejemplos se encuentran mozos despechados, centinelas enloquecidos, aristócratas refinados y lectores taciturnos. También encontramos el caso de una mujer que prefirió suicidarse a casarse en contra de su voluntad.

⁴⁸ Alberto del Castillo, “Notas sobre la moral dominante a finales del siglo XIX en la Ciudad de México. Las mujeres suicidas como protagonistas de la nota roja”, en Claudia Agostoni y Elisa Speckman (eds.), *Modernidad, tradición y alteridad. La Ciudad de México en el cambio de siglo (XIX-XX)*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, 2001, p. 325; para un análisis de la criminalidad femenina en la legislación penal, Elisa Speckman Guerra, “Las flores del mal. Mujeres criminales en el porfiriato”, *Historia Mexicana*, vol. XLVII, núm. 1, 1997, pp. 183-229.

⁴⁹ Así lo muestra la novela de Ángel de Campo “Micros”, *La de los claveles dobles*, publicada en la revista *Cómico* en 1899, en la cual aborda con fascinación y rechazo el suicidio de la joven de 17 años Sofía Ahumada, quien se arroja desde una de las torres de la Catedral de la Ciudad de México. Afortunadamente contamos con un extraordinario facsimilar. Ángel de Campo, *La de los claveles dobles. Ni amor al mundo ni piedad al cielo. El suicidio de Sofía Ahumada. Expediente de prensa y literatura mexicanas*, estudio preliminar, compilación y edición Miguel Ángel Castro, Universidad Nacional Autónoma de México, 2008 (Colección al siglo XIX. Ida y Regreso).

Mediante las descripciones de los protagonistas-narradores podemos saber algo sobre su entorno; no obstante, poco o nada sabemos sobre su condición física. Para los escritores decadentes, lo importante era registrar los pensamientos y transmitir las motivaciones de los suicidas, razón por la cual los autores buscaron despertar sentimientos de fascinación o rechazo entre los lectores, presentando narrativas que situaban a los protagonistas arrojándose de lo alto de una Iglesia, envenenándose, ahorcándose sigilosamente o disparándose a sangre fría. A partir de la propuesta de Georges Minois, podemos considerarlos como suicidios románticos porque fueron causados por el desamor, pero también hubo suicidios filosóficos debido a que los personajes decidían renunciar a la vida moderna.

En “Perfiles de almas. Un Cerebral” publicado el 26 de marzo de 1893 en las páginas de *El Universal*, Alberto Leduc describió el paulatino deterioro moral de Daniel que lo llevó a quitarse la vida. De acuerdo con el narrador, Daniel era un ávido lector, pero estaba convencido de que Lucecita no lo amaba. Éste consideró que era un hombre atormentado debido a la constante “elaboración cerebral”.⁵⁰ Daniel se disparó en la cabeza. Recuerda el narrador que una tristeza “infinita, incurable, inmensa” rodeaba el carácter de su amigo, pero ahora, su cadáver estaba postrado con “los labios pálidos”, los cabellos manchados de sangre y la ancha frente de “soñador, de loco, de neurópata”.⁵¹

El cuento se reprodujo sin cambios sustanciales en la *Revista Moderna*, en su edición de agosto de 1900, y venía ilustrado con una litografía realizada por Julio Ruelas. En la imagen se puede observar a Daniel recostado en su cama, sangrando profusamente mientras sostiene el revólver con su mano derecha. La visión del ilustrador mostraba la dramática escena del suicida con el semblante tranquilo, cobijado por una tenue luz y rodeado de sus preciados libros.⁵² Veamos otros ejemplos. En el cuento titulado “¿Por qué?”, de Bernardo

⁵⁰ Alberto Leduc, “Perfiles de almas. Un Cerebral”, *El Universal*, 26 de marzo de 1893, p. 4. El texto se reprodujo con algunas modificaciones en la *Revista Moderna*, año III, núm. 15, agosto de 1900, pp. 232-235.

⁵¹ *Ibid.*, p. 4.

⁵² Un estudio clásico sobre la figura de Julio Ruelas como pintor y dibujante en Teresa del Conde, *Julio Ruelas*, Universidad Nacional Autónoma de México/Instituto de Investigaciones Estéticas, 1976. También pueden consultarse los trabajos de Carlos Monsiváis, Antonio Saborit y Teresa del Conde, incluidos en el libro, *El viajero lúgubre. Julio Ruelas modernista, 1870-1907*, España, Museo Nacional de Arte/Instituto Nacional de Bellas Artes, 2007.



EN LA LITOGRAFÍA REALIZADA POR JULIO RUELAS, se observa al suicida tumbado en la cama, todavía vestido y sosteniendo el arma. A la derecha, un buró viejo reguarda sus preciados libros, al fondo, una luz tenue que parece escapar de la oscuridad y las sombras. Además, se puede apreciar la sien perforada por la bala del revólver, sin duda, una escena profundamente dramática y quizá perturbadora para un sector de la sociedad porfiriana. Fuente: Alberto Leduc, “Un cerebral”, *Revista Moderna*, año III, núm. 15, agosto de 1900, pp. 232-235.

Couto Castillo, el personaje-narrador es descrito como un joven convaleciente que decidió quitarse la vida debido al tedio de su existencia, estaba frustrado en el amor. Buscó “los placeres intelectuales”, pero sólo encontró “vacilación, angustia y tortura”.⁵³ Por su parte, la señorita Magdalena decidió quitarse la vida ingiriendo un veneno luego de que su madre le comunicara su decisión de matrimoniarla con un hombre al que no amaba. En este cuento titulado “La envenenada”, de Alberto Leduc, el narrador trató el suicidio de Magdalena como una salida moral, en la cual la protagonista tomó una decisión precipitada y condenable, al considerar su muerte voluntaria como un pecado.⁵⁴ En ocasiones, los motivos de los suicidas no estaban relacionados con desventuras amorosas, sino con la propia enfermedad. En el cuento “Diario de un simple”, un joven lector de Johann Wolfgang von Goethe envió una

⁵³ Bernardo Couto Castillo, *Asfódelos...*, *op. cit.*, p. 137.

⁵⁴ Alberto Leduc, *En torno a una muerta...*, *op. cit.*, p. 1897.

carta al protagonista-narrador en la que explicaba por qué se había ahorcado. Se trataba de “un depravado moral” que se deleitaba con “heroínas tísicas” y mujeres muertas; se consideraba un enfermo cuyo trastorno había nacido “en lo profundo, ha echado raíces muy ondas, se parece al del ahorcado de la calle de la Vieille Lanterne”.⁵⁵

Finalmente encontramos a Pedro, el centinela de un batallón que no había podido dormir por la intensa jornada de trabajo. Por la noche, recordaba el suicidio de un camarada suyo la noche anterior, el cual le advirtió, con talante profético, que no viviría al día siguiente. Presa de terribles visiones en donde veía al camarada muerto, Pedro, “desprendiendo la correa de su Remington, ató uno de los extremos a una cama y comenzó a pasarse la otra extremidad alrededor del cuello”.⁵⁶ Otros protagonistas buscaron suicidarse, pero no lograron hacerlo debido a su arrepentimiento, tal es el caso de Jacinto, “un mozo romántico” que, pese a sus esfuerzos por quitarse la vida tras el despecho de Rosalinda, sintió recelo de arrojarse cuando estaba en las alturas de la Catedral, al rescatarlo, Juan estaba completamente loco.⁵⁷ Y no era el único personaje enloquecido tras su fallido intento. Luego de violar a Victoria en la recámara de su madre muerta, Juan Pablo Bringas pensó en el suicidio, según esto, el narrador consideró que, tras la vejación, había sido presa de un acceso de locura:

Los nervios de Bringas, irritados por las emociones anteriores, hacían vibrar su organismo con esa sensibilidad que sobreviene a las grandes crisis morales y que tan cara se hace pagar al efectuarse la consecuente reacción física. Huía como un loco escapando del manicomio [...] Mascullaba frases inconexas, mil ideas negras e incoherentes picoteaban su mente como cuervos voraces [...] y ansioso de liberarse de su peso, pensaba en el suicidio, suponiendo [...] que lanzándose al supremo enigma, lograría un consuelo a sus padecimientos.⁵⁸

La retórica de los nervios funcionaba como un catalizador de las discusiones públicas sobre el suicidio en la época. En muchos ejemplos, los intentos para quitarse la vida revelaban la situación psicopatológica de los personajes,

⁵⁵ Ciro B. Ceballos, *Croquis y Sepias...*, *op. cit.*, p. 192.

⁵⁶ Carlos Díaz, Dufoo, *Cuentos nerviosos...*, *op. cit.*, p. 35.

⁵⁷ Rubén Campos, “Un suicidio”, *Revista Moderna*, año IV, núm. 24, segunda quincena de diciembre de 1901, p. 7.

⁵⁸ Ciro B. Ceballos, *Claro oscuro...*, *op. cit.*, pp. 98, 99.

retratados como individuos nerviosos y predispuestos a tener accesos de locura. Una lectura minuciosa de estas narrativas nos permite entrever lo siguiente: en las elucubraciones de los protagonistas-narradores se presenta una subjetividad doliente, mezcla de amargura y sentimientos amenazantes, caóticos y confusos de su mundo interior. En este punto coincido con Ana Laura Zavala Díaz, cuando sostiene que, en los relatos de tendencia decadente, el principal conflicto del héroe melancólico esta “vinculado a su imposibilidad de sustraerse del afuera, de ese materialista mundo exterior” que asecha la integridad de los protagonistas.⁵⁹

Los cuentos sobre suicidas no ofrecen mayores explicaciones al respecto, pero los autores insistieron en que las motivaciones estaban vinculadas con las condiciones psicológicas de los personajes. Las motivaciones no eran unívocas, había una gran variedad de razones, argumentaciones y justificaciones clínicas de sus actos suicidas. Destaca el término de neurosis, que no sólo fue utilizado para construir el perfil de algunos suicidas literarios, sino también era un instrumento narrativo, mediante el cual los personajes podían expresar sus puntos de vista sobre el padecimiento que los aquejaba. Un ejemplo contundente lo encontramos en “Diario de un simple”, de Ciro B. Ceballos, en el que el protagonista-narrador justificó su inminente suicidio como una enfermedad cerebral:

¡Confusión demoniaca! Creyérose que en bullente microcosmos de mi cráneo produce la sangre inflamada muchas explosiones rojas. ¡Oigo ruido de alas! Estoy seguro que mariposea y vuela en el espacio un suspiro del extramundo o algún fluido psíquico sensible a mi neurosis.⁶⁰

En varios cuentos, los suicidas literarios se concebían como enfermos nerviosos cuya vida desordenada había afectado su carácter. El escritor-periodista Carlos Díaz Dufoo logró imprimir, mediante un personaje, la visión organicista que tenía sobre el tema: “¿Qué ignorada celdilla de aquel cerebro vibró en el triste momento...?”⁶¹ Algunos protagonistas-narradores consideraban que un historial familiar patológico determinaba sus acciones; en otros,

⁵⁹ Ana Laura Zavala Díaz, *De asfódelos y otras flores del mal mexicanas...*, op. cit., p. 160.

⁶⁰ Ciro B. Ceballos, *Croquis y Sepias...*, op. cit., p. 190.

⁶¹ Carlos Díaz Dufoo, “El cuarto del suicida”, *Revista Azul*, tomo IV, núm. 20, 15 de marzo de 1896, p. 312.

simplemente se trataba de una salida moral a las presiones sociales. Un aspecto a destacar es que las prácticas de lectura fueron la causa primordial de la conducta suicida. Así, la idea de contagio literario se volvió central en la manera de justificar los motivos.

Los suicidas literarios leían a los decadentes, además de tratados filosóficos escritos por Schopenhauer y Hegel, y poesías de Baudelaire, Goethe, Poe, entre otros. Menciono un ejemplo ilustrativo que hemos referido antes. Luego de que Daniel, protagonista en “Perfiles de almas. Un cerebral”, se pegara un tiro en la cabeza, su abuela responsabilizó a esos “libros modernos” que sólo diseminaron pasiones malsanas y herejías en la mentalidad patológica de su amado hijo adoptivo:

Esos libros señor –dijo doña Carmelita–, esos libros lo mataron; no fue la bala del revólver, sino esos impíos, miserables, que no saben el daño que hacen a las almas con sus herejías. La anciana interrumpió su anatema y se puso a sollozar, me quedé meditando sobre la terribilísima responsabilidad literaria y sobre los cargos que doña Carmelita hacía a nuestros maestros inmortales, y decidido a perder mi fisiología del amor por Beyle, le dije...⁶²

Mediante recursos narrativos que iban de la decepción, la renuncia existencial, al contagio literario, los escritores decadentes establecieron que el suicidio era una salida “elegida” por los personajes–narradores. Los autores se sirvieron de la retórica de los nervios para explicar el suicidio, aunque no ofrecieron argumentaciones fisiológicas contundentes, entendían que se trataba de un problema nervioso (orgánico) agravado por un conflicto interno y un entorno social perjudicial. Los personajes resolvían sus conflictos interiores por medio de la renuncia existencial. En el plano social, estas narrativas ofrecían un producto cultural que resultaba atractivo y verosímil para los lectores. El suicidio y la locura–criminal eran asuntos que vendían muy bien a finales de siglo.

⁶² Alberto Leduc, “Perfiles de almas...”, *op. cit.*, p. 76.

Locos-criminales

Por las noches, Federico contemplaba el brillo de la luna, pero el rechinado inclemente de la puerta y los constantes aullidos de un perro habían alterado sus nervios. En el relato “Cuentos nocturnos. Un asesinato”, Alberto Leduc describió a Federico como un joven estudiante de medicina, pobre y fastidiado de la “Anatomía descriptiva”; luego de escuchar constantemente los ladridos, descargó su furia contenida en contra del sabueso negro que le había perturbado la calma. Recuerda el narrador: “Y Federico, rápido, violentísimo, grotescamente aterrado, con los ojos desencajados y la navaja de barba abierta, montó sobre la cabeza de Tom, le oprimió con fuerza el cuello entre ambas rodillas, y hundió la hoja entre la piel negra y peluda del perrazo...”⁶³ Tres años después, el mismo autor publicó el cuento “Fragatita” en las páginas de *El Siglo Diez y Nueve*, donde narró el asesinato cometido por la sifilítica prostituta Cuca Mojarrás, mejor conocida como Fragatita debido a sus amantes marinos. Cuca tenía por amante a Pierre Douairé, contramaestre de un barco que frecuentaba el puerto veracruzano, pero Juan Sánchez estaba enamorado de ella, así que una noche Fragatita lo emborrachó y asesinó porque aquel hombre había lastimado a su amante francés.⁶⁴ Los relatos de Alberto Leduc, así como varios cuentos de tendencia decadente de finales de siglo, ponían al alcance de los lectores capitalinos, una propuesta literaria que versaba sobre las motivaciones del criminal, la criminalidad y los hechos de sangre. Los modernistas en su versión decadente también se obsesionaron con el fenómeno de los asesinatos y los homicidas, pues su interés no era otro que mostrar crímenes literarios como una muestra de su flamante modernidad literaria, pero, sobre todo, como una estrategia narrativa para competir en el disputado mundo del periodismo de los bajos fondos, de reportajes sensacionalistas, noticias escalofriantes y gacetillas escandalosas que hicieron del asesinato, una mercancía redituable. Es importante destacar que los escritores-periodistas se sirvieron de las ideas científicas sobre la criminalidad en boga

⁶³ Alberto Leduc, “Cuentos nocturnos. Un asesinato”, *El Universal*, 9 de abril de 1893, p. 2.

⁶⁴ Alberto Leduc, “Fragatita. A Clara Luna”, *El Siglo Diez y Nueve*, 2 de mayo de 1896, p. 2. Cuento incluido en *Fragatita y otros cuentos*. Presentación de Ignacio Trejo Fuentes, México, Instituto Nacional de Bellas Artes-Premia editora, 1984 (La Matraca 26, Segunda serie).

para construir narrativas “objetivas”,⁶⁵ es decir, que resultaran verosímiles para un público consumidor de hechos sanguinarios.

En México, el combate a la criminalidad fue uno de los asuntos prioritarios para la administración de Porfirio Díaz. La historiografía ha demostrado que el discurso sobre la criminalidad fue producto de la élite en el poder; su objeto de estudio eran los grupos sociales marginales, mientras que los bajos fondos de la capital, plagados de contextos insalubres, eran generalmente el espacio de operación de las instancias encargas de combatir su proliferación. La finalidad de los grupos dirigentes era castigar a los transgresores y justificar su necesidad de gobernar al grueso de la sociedad.⁶⁶ Con el afán de defender a los ciudadanos, la inteligencia porfiriana explicó la criminalidad desde una perspectiva fisiológica (fisonomías, gustos, costumbres transmitidas por herencia), en la cual la noción de “degeneración” era particularmente efectiva, explica Pablo Piccato, debido a que mezclaba argumentaciones científicas con clasificaciones morales que colocaban a los ciudadanos en una escala cuyos peldaños más bajos eran los criminales, las prostitutas y mendigos.⁶⁷ En este sentido, los médicos interesados en las cuestiones mentales desempeñaron un papel importante en la patologización de los actos criminales y en el proceso de criminalización de la locura.

⁶⁵ Los decadentes en México compartieron con el naturalismo literario de Émile Zola, el interés por incluir en sus narrativas de ficción elementos teóricos y conceptos clínicos retomados de la antropología criminal y el alienismo francés. Sin embargo, para Zola y sus seguidores, la llamada “novela científica” era un instrumento de denuncia social ya que los personajes criminales y prostitutas coincidían con los casos reales descritos por los psiquiatras y criminalistas. En este sentido, el naturalismo tenía como objetivo someter el arte a las reglas de la ciencia para exponer los vicios de las lacras de la sociedad. En cambio, los decadentes presentaban los crímenes literarios como una estética contestataria a los valores burgueses. Rafael Huertas y José Luis Peset, “Psiquiatría, crimen y literatura (I): el criminal nato en el naturalismo zoliano”, *Revista de la Asociación Española de Neuropsiquiatría*, vol. V, núm. 13, 1985, pp. 132-150; “Psiquiatría, crimen y literatura (y II). La mujer prostituta y la mujer criminal en la obra de Émile Zola”, *Revista de la Asociación Española de Neuropsiquiatría*, vol. VI, núm. 18, 1986, pp. 353-365.

⁶⁶ Elisa Speckman Guerra, *Crimen y castigo...*, *op. cit.*, p. 114. También, Robert Buffington, *Criminales y ciudadanos en el México moderno*, México, Siglo XXI Editores, 2001.

⁶⁷ Pablo Piccato, “La construcción de una perspectiva científica: miradas porfirianas a la criminalidad”, *Historia Mexicana*, vol. XLVII, núm. 1, 1997, p. 160.

En España, la medicina legal contribuyó a construir la idea de que los criminales eran individuos orgánicamente predispuestos y degenerados, por lo que los médicos de la mente asumieron una función política y comenzaron a controlar el crimen y administrar el Estado moderno.⁶⁸ En México, los médicos legistas representaban los intereses de una élite temerosa de la aparición de individuos peligrosos cuyos comportamientos anormales y delictivos atentaran contra el proyecto de nación moderna que tanto anhelaban los porfiristas.⁶⁹ En el *Código civil para el Distrito Federal y Baja California* se tipificaba el delito como un acto que “violaba” la ética y causaba daño a la sociedad. El delincuente era aquel que cometía alguna infracción voluntaria de una ley penal, pero no reconocía como responsables a los individuos que delinquían sin tener conocimiento de su ilícito.⁷⁰ En el artículo 34 se detallaban las circunstancias que excluían la responsabilidad criminal: “Violar una ley penal hallándose el acusado en estado de enajenación mental que le quite la libertad, o le impida enteramente conocer la ilicitud del hecho u omisión de que se le acusa”.⁷¹ No se consideraban responsables a los sujetos que actuaban bajo el influjo de la demencia o por hallarse en estado de “embriaguez completa”; de igual modo, estaban exentos los ancianos decrepitos y los menores de nueve años. No obstante, dicho artículo en materia de responsabilidad no suponía una novedad, pues la legislación antigua de “Las Siete Partidas” ya consideraba la locura como eximente de culpabilidad.⁷² En todo caso, el código formalizó la intervención del médico en su tarea de indagar el estado mental de un individuo que violara alguna ley padeciendo locura intermitente. Para los médicos legistas lo importante no era discutir la libertad moral del sujeto, sino el grado de responsabilidad para determinar su peligrosidad.⁷³

⁶⁸ Ricardo Campos Marín y otros, *Los ilegales de la naturaleza. Medicina y degeneracionismo en la España de la Restauración*, Madrid, Consejo Superior de Investigaciones Científicas, 2000, p. 55. Para un análisis de la función política de la psiquiatría, Michel Foucault, *Los anormales*, traducción de Horacio Pons, México, Fondo de Cultura Económica, 2002.

⁶⁹ Andrés Ríos Molina, *La locura durante la Revolución mexicana...*, op. cit., p. 71.

⁷⁰ Elisa Speckman, *Crimen y castigo...*, op. cit., p. 35.

⁷¹ *Código penal para el Distrito Federal...*, op. cit., artículo 34.

⁷² Cristina Sacristán, “Locura y justicia en México. La psiquiatría, la familia y el individuo frente a la modernidad liberal: el caso Raygosa (1873-1877)”, tesis inédita en antropología social y cultural, España, Universitat Rovira I Virgili, 1999, p. 177.

⁷³ Mediante la colaboración científica en asesinatos célebres, los médicos de la mente podían implementar, difundir y visibilizar una serie de herramientas teóricas en los tribunales, así

Los homicidas literarios en la narrativa decadente encarnaban muchos de esos miedos sociales, pero representaban al criminal como un personaje reflexivo, refinado y culto que, en algún sentido, era contrario a las visiones positivistas defendidas por la élite. Sin bien la literatura de los modernistas tenía como finalidad moralizar sobre la cuestión criminal,⁷⁴ no se debe olvidar que sus narrativas también buscaban satisfacer fantasías homicidas entre los lectores y, con ello, conjugar sentimientos de fascinación y rechazo en torno al comportamiento psicopatológico de los asesinos. Escritores como Atilio Chiappori y Eduardo Homberg escribieron relatos policiales sobre crueles homicidios que hicieron legible la violencia hacia la mujer y demostraron que esos crímenes literarios expresaban las fantasías colectivas de la cultura porteña.⁷⁵ Cabe interrogarse, ¿quiénes eran los criminales literarios y a qué sector social pertenecían?

Se trataban de personajes-narradores de los sectores populares y bajos de la sociedad. Con la poca información que se brinda en las narrativas, sabemos que muchos vivían en la capital al momento de ejecutar sus asesinatos. Había profesionales, médicos, estudiantes, artistas, pintores y escultores con una historia trágica. Esta variedad de individuos no permite establecer una tipología literaria definitiva, pero evidencia la gran diversidad de protagonistas que consumaron sus actos delictivos. Son descritos como individuos reflexivos que elucubraban metódicamente sus móviles: en reiteradas ocasiones narraban con detalle sus crímenes, recodaban sus hazañas o confesaban sus íntimas motivaciones, asumiendo su responsabilidad como ejecutores con voluntad de malicia. Como asegura Coral Velázquez, eran personajes “amoraless” regidos por las reglas del mundo interior”.⁷⁶ Ante amigos, confesores y

auxiliaban en la administración de justicia y procuraban legitimarse como expertos en la enfermedad mental. José Antonio Maya González, “Locura y criminalidad en el discurso médico porfiriano: el caso de Enrique Rode, 1888-1891”, *Trashumante. Revista Americana de Historia Social*, núm. 5, enero-junio 2015, pp. 128-148.

⁷⁴ Elisa Speckman Guerra, *Crimen y castigo...*, *op. cit.*, p. 152.

⁷⁵ Gabriela Nouzeilles, “Asesinatos por sugestión: estética, histeria y transgresión”, en *The Colorado Review of Hispanic Studies*, vol. 4, fall, 2006, pp. 309-325.

⁷⁶ La autora refiere esta caracterización a los personajes asesinos de Bernardo Couto Castillo después de 1898, considero que también aplica para varios de los personajes estudiados en este apartado. Véase el estudio introductorio a Bernardo Couto Castillo, *Obra reunida...*, *op. cit.*, p. 144.

tribunales de justicia, varios protagonistas-narradores negaron rotundamente estar afectados por alguna patología mental. En los relatos elegidos para este apartado, se muestran con detalle las motivaciones que los llevaron a asesinar niñas, esposas y mujeres indefensas. En la gran mayoría de casos, se trataba de asesinatos de mujeres de mediana edad que saciaron sus deseos sanguinarios con perversidad y conciencia de sus actos.

En el cuento “Blanco y Rojo” escrito en 1897 por Bernardo Couto Castillo, el narrador relató el proceso de sentencia de muerte de Alfonso Castro y sus confesiones redactadas desde la prisión. Castro había matado a su amante debido a la necesidad irrefrenable que tenía por sentir “emociones placenteras”. El personaje es descrito como un joven refinado, conocedor del francés, alemán e italiano, al que le fascinaban los poemas de Charles Baudelaire y Edgar Allan Poe. Había tenido una vida desenfadada y plagada de excesos. En la siguiente imagen se puede observar a un personaje fumando plácidamente en una banca, que el lector supone es el asesino antes de su reclusión. Con seguridad, el autor de la litografía fue Eugenio Olvera (1866-1904), flamante dibujante de *El Mundo Ilustrado*, donde se publicó el cuento originalmente el 21 de marzo, y quien inauguró la sección gráfica del diario moderno *El Imparcial* de Rafael Reyes Spíndola.⁷⁷ En la litografía, el personaje viste un elegante traje negro que le imprime un gesto aristócrata, la mano izquierda se encuentra reclinada en la mejilla sosteniendo la mirada en el horizonte, en clara actitud melancólica. En el cuento, Alfonso argumentó ante los jueces que nació “inquieto” y solitario, razón por la cual se refugió en los libros raros, “los enfermizos, libros que me turbaban, y que helado mi corazón, marchitando mis sentimientos, halagaban mi imaginación despertando mis sentidos a goces raras veces naturales”.⁷⁸

En “¿Asesino?”, del mismo autor, el protagonista-narrador de nombre Silvestre Abad describió a sus amigos el “encanto y placer” que le produjo asesinar a una niña que se encontró en la calle. Contrario al refinamiento de Alfonso Castro, Silvestre es descrito como un joven poco brillante, feo, sin dinero y hambriento, en las calles inspiraba repulsión a los paseantes. Sin embargo, el crimen no lo cometió para obtener capital, sino por el placer de

⁷⁷ Julieta Ortiz Gaitán, *Imágenes del deseo*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, 2003, p. 145.

⁷⁸ Bernardo Couto Castillo, *Asfódelos...*, *op. cit.*, p. 99.



UN HOMBRE ELEGANTEMENTE VESTIDO, de corbatín oscuro y pelo enmarañado, se encuentra sentado fumando apacible un cigarrillo. Además, se le observa con la mirada taciturna y con la mano izquierda sosteniendo el rostro, figura triste y reflexiva que mira indiferente al horizonte. Fuente: Bernardo Couto Castillo, "Cuento Criminales. Blanco y Rojo", *El Mundo Ilustrado*, 21 de marzo de 1897, p. 186.

asesinar. Según el narrador, al momento de estrechar el cuello inocente de su víctima, Silvestre Abad confesó haber sentido “inefable placer cuando mis dedos se hundían en la carne”.⁷⁹ Estos relatos enfatizaban la voluntad de malicia de los personajes para ejecutar sus asesinatos, todo con la finalidad de obtener oscuros placeres. En otros relatos, podemos conocer las confesiones detalladas del criminal: por ejemplo, en “El caso Pedro” de Ciro B. Ceballos, el narrador encontró en las hojas de un libro del criminalista italiano Cesare Lombroso, una misiva escrita por Pedro dirigida a Fabricio, en la cual especificaba por qué había asesinado a su hermano Renato con un veneno de su botica. Pedro era descrito como un hombre recto y estudioso que logró licenciarse en medicina, pero que había tenido una vida poco afortunada debido a los maltratos y humillaciones sufridas por parte de su madre y hermano. Cuando murió el padre, el testamento favoreció a Renato. Sin embargo, la razón por la que decidió asesinarlo fue porque éste tuvo un amorío con su mujer. Según el narrador: “Apliqué todas las revelaciones de la moral escrupulosa, y con una arteria de matoide, esperé la ocasión propicia para consumir mi delito”.⁸⁰

Las confesiones de los asesinos también se realizaban en los salones de justicia. En “Un crimen raro”, escrito también por Ciro B. Ceballos, se narra el asesinato de una mujer perpetrado por su esposo, quien declaró en el Palacio de Justicia que la asesinó porque la confundía con la muerte, “porque de noche... de noche... me daba miedo”.⁸¹ De acuerdo con las indagaciones de los magistrados, se constató que la esposa era trabajadora y amorosa en el hogar, por lo que no había motivos maritales que justificaran el uxoricidio. El homicida era descrito como un ex estudiante de medicina a quien la sangre horrorizaba y que, al abandonar sus estudios, obtuvo un empleo como ayudante de fotógrafo en cárceles y hospitales, donde tomaba copias de películas de “ajusticiados, suicidas, ahogados”, razón por la cual, explica el protagonista-narrador, sus “nerviosidades crecieron gradualmente hasta adquirir tamaños espeluznantes”.⁸² Se dio a la bebida, las barajas y el burdel, teniendo efectos desastrosos en su organismo. Siguiendo con otro relato de Ciro B. Ceballos, en “La obra maestra” se describe el asesinato de una mujer cometido

⁷⁹ *Ibid.*, p. 87.

⁸⁰ Ciro B. Ceballos, *Croquis y Sepias...*, *op. cit.*, p. 11.

⁸¹ *Ibid.*, p. 19.

⁸² *Ibid.*, p. 21.

por Antíoco Estrambasaguas, pintor “desventurado y muy raquítrico” descrito como un individuo “perverso, refinado en gustos, amable y cordial”, también era aficionado al opio, al alcohol y a la morfina. Según el narrador, Antíoco decidió matar a su musa para consumir definitivamente su gran obra de arte a partir de su cuerpo inerte.⁸³ Finalmente, en “El vengador”, escrito por Carlos Díaz Dufoo, se narra la terrible confesión en los tribunales de justicia de un hijo que asesinó a su anciana madre. Según el narrador, se trataba de un estudiante pobre que sobrevivía de una beca “del poder público”. Una noche al verla recostada recordó las ofensas cometidas por parte de su progenitora, en aquel instante “se agolpó a mi cerebro, inundándolo con resplandores rojizos como las olas de un mar de fuego”,⁸⁴ llevando las manos a la garganta y apretando sin compasión. Según se informaba en el relato, el joven asesinó a su mamá en venganza por los años de abandono y, sobre todo, por haberse entregado a la vida orgiástica.⁸⁵ Estas narrativas sobre crímenes sanguinarios, asesinatos horripilantes y homicidios despiadados, antes de aparecer en forma de libro se publicaron en los diarios de mayor circulación de la Ciudad de México, por lo tanto, estaban en competencia con otras modalidades textuales que también exploraban el tema de los asesinatos.

La criminalidad fue un asunto que preocupó a la cultura científica del siglo XIX, el cual prosperó gracias al florecimiento de gacetillas atroces, reportajes sanguinarios y literatura novelesca. Observadores y moralistas condenaron el interés “malsano” por la representación criminal, así, el relato criminoso se convirtió en símbolo de esa “mala cultura” que convenía limitar o erradicar.⁸⁶ En Francia, la propagación mediática del crimen resultó redituable para los grandes periódicos, alcanzando tirajes de cinco millones de ejemplares de los cuatro principales diarios nacionales. En este sentido, sostiene Dominique Kalifa, los autores de novela criminal y policiaca inmersos en el periodismo, difundían representaciones del crimen muy cercana por su estilo, retórica y espíritu, a las gacetillas de la prensa cotidiana.⁸⁷ Los relatos criminales escritos por literatos profesionales eran una extensión de la gacetilla informativa, modalidad

⁸³ *Ibid.*, p. 172.

⁸⁴ Carlos Díaz Dufoo, *Cuentos Nerviosos...*, *op. cit.*, pp. 50-51.

⁸⁵ *Ibid.*, p. 50.

⁸⁶ Dominique Kalifa, *Crimen y cultura de masas en Francia, siglos XIX-XX*, México, Instituto Mora, 2008, p. 13 (Cuadernos de Secuencia).

⁸⁷ *Ibid.*, pp. 55-56.

textual que claramente no tenía una función estética. En el terreno social, la circulación de relatos criminales logró impactar en la privacidad de las familias en los hogares de los sectores medios. Un ejemplo de ello son las retóricas sensacionalistas surgidas en torno a la figura de Jack “El Destripador”, las cuales ayudaron a forjar fantasías aleccionadoras sobre los peligros de transgredir los estrechos límites del hogar para adentrarse en las peligrosas calles londinenses.⁸⁸ Por supuesto que, durante la administración porfirista, la sociedad capitalina no estuvo ajena a la propagación periodística del asunto criminal.

Hacia finales de siglo, los nuevos reporteros colocaron la mirada en los problemas sociales que aquejaban al país; uno de éstos era la criminalidad. El reportaje policiaco resultó una pieza clave para modelar las actitudes sociales hacia el delincuente, despertando sentimientos de temor y fascinación por el submundo de los asesinos. Con la fundación del diario oficialista *El Imparcial* en 1896, se transitó de “la hegemonía del artículo político al imperio del reportaje”, este cambio, sostiene Alberto del Castillo, fue resultado de la introducción de tecnologías, así como del uso de fotografías que privilegiaban los intereses de empresa. Los reporteros se profesionalizaron, mientras que los artículos literarios y las noticias sensacionalistas se convirtieron en mercancías vendidas a bajo precio.⁸⁹ Criminales célebres como El Tigre de Santa Julia y Francisco Guerrero “El Chalequero”, entre otros, fueron dotados por una aureola de fascinación, horror y satanización por parte de los reporteros, desatando el miedo social hacia los criminales. La violencia hacia la mujer en la prensa popular, como *El Diablito Rojo*, *La Guacamaya* o *El Diablito Bromista* – formadores de una conciencia proletaria –, también era tema recurrente en estos periódicos. En los diarios se insertaban poemas que hablaban de desventuras amorosas y sospechas de perjurio, narrativas que reiteraban la ansiedad que sentían los hombres ante la traición femenina, espectro donde se engendraba

⁸⁸ Judith R. Walkowitz, *La ciudad de las pasiones terribles. Narraciones sobre el peligro sexual en el Londres victoriano*, Madrid, Ediciones Cátedra/Universitat de Valencia/Instituto de la Mujer, 1992, p. 23. Agradezco a César Valdés la referencia.

⁸⁹ Alberto del Castillo, “Prensa, poder y criminalidad a finales del siglo XIX en la Ciudad de México”, en Ricardo Pérez Montfort (coord.), *Hábitos, normas y escándalo. Prensa, criminalidad y drogas durante el porfiriato tardío*, México, Centro de Investigaciones y Estudios Superiores en Antropología Social/Plaza y Valdés, 1997, pp. 30, 31, 34; “El surgimiento del reportaje policiaco...”, *op. cit.*, p. 137.

la violencia hacia ese sector de la población.⁹⁰ En definitiva, el combate de la élite hacia la criminalidad y la construcción social de los criminales fueron elementos clave que ayudaron a definir la imagen de los bajos fondos en el México porfiriano.⁹¹ Por su modelo informativo asociado con las gacetillas y el reportaje, las narrativas de los decadentes producían bienes simbólicos en torno a la figura del asesino que competían con la prensa sensacionalista de fin de siglo. Muchas de estas narraciones estaban alimentadas por fantasías sociales en donde la locura y el crimen eran tolerados e incluso secretamente solicitados mediante de la prensa.⁹² Cabría entonces preguntarse, ¿cuáles fueron las motivaciones de los homicidas?, ¿qué elementos médico-psiquiátricos utilizaron los autores para explicar la criminalidad?

En los cuentos elegidos encontramos un esfuerzo de los protagonistas-narradores por explicar las motivaciones que los condujeron al asesinato; éstas se resumían en el despecho amoroso, los celos, las sospechas de traición y el deseo irrefrenable por asesinar. A diferencia de muchos individuos de la vida real que durante el porfiriato acudían al robo como una estrategia de subsistencia,⁹³ los criminales literarios no realizaban asesinatos con fines utilitarios, simplemente buscaban satisfacer deseos perversos. En general, las motivaciones de los locos criminales estaban vinculadas con pasiones malsanas y deseos anómalos resueltamente llevados al acto. Muchos protagonistas-narradores atribuían las causantes a las condiciones sociales desfavorables y un

⁹⁰ Robert Buffington, “La violencia contra la mujer y la subjetividad masculina en la prensa popular de la Ciudad de México en el cambio de siglo”, en Claudia Agostoni y Elisa Speckman (eds.), *De normas y transgresiones. Enfermedad y crimen en América Latina (1850-1950)*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, 2005, p. 310.

⁹¹ Para una lectura histórica de los bajos fondos durante el porfiriato, James Alex Garza, *The Imagined Underworld. Sex, Crime, and Vice in Porfirian Mexico City*, Lincoln, NE: University of Nebraska Press, 2007. Existe versión en español, *El lado oscuro del porfiriato. Sexo, crimen y vicios en la ciudad de México*, México, Aguilar, 2013.

⁹² Esto también ocurría con los relatos policíacos en la Argentina de fin de siglo. Gabriela Nouzeilles, “Asesinatos por sugestión...”, *op. cit.*, p. 310.

⁹³ Muchas veces, algunas personas de los sectores desfavorecidos recurrían al robo de mercancías para empeñarlas y obtener algo de dinero. Estas personas, además, establecían redes de solidaridad con los empleados de las casas de empeño, garantizando así la subsistencia de algunos individuos más pobres. María Dolores Lorenzo, *El Estado como Benefactor. Los pobres y la asistencia pública en la Ciudad de México 1877-1905*, México, El Colegio de México/El Colegio Mexiquense, 2011, p. 205.

ambiente familiar enrarecido. Por ejemplo, en “El caso Pedro” el protagonista-narrador consideró que su infortunada historia familiar había incidido en su decisión para asesinar a su hermano Renato:

Yo fui la consecuencia de un devaneo juvenil, el intruso, el bastardo, el espurio a quien la madre postiza aborreció siempre por suponerlo un obstáculo para hacer efectivo los derechos de su vástago al capital del marido. Soy caviloso, e imagino, arrancando mi suposición de muchas observaciones astutas que, la mujer que me asiló en su materno claustro no era muy virtuosa, también estoy persuadido de que mi engendrador me despreció siempre, porque sospechaba con buenas o malas razones, que yo no era hijo suyo, sino de cierto oficial imperialista a quien mató en desafío por rivalidades amorosas y políticas intrigas.⁹⁴

Algunos personajes se percibían a sí mismos como seres miserables en un sentido moral y material, viviendo en las calles de la limosna y embrutecidos por el alcohol. Por ejemplo, en el cuento “El ratero”, de Ciro B. Ceballos, la pobreza y marginación explicaban la predisposición del personaje hacia el crimen. Nacido en un tugurio y bajo el cobijo de una “madre malvada”, por la sangre de aquel hombre corrían “herencias de añejos vicios, atavismos de una raza degenerada”.⁹⁵ La biología, el tono de piel y la desdicha social eran las condicionantes que justificaban sus fatales estigmas. El narrador se colocaba en el lugar del psiquiatra y criminalista que observa “objetivamente” las marcas fisiológicas de la criminalidad: “¡Observadle: en sus andrajos que no logran ocultar su carne enjuta y de bronceados tonos, en su sonrisa horrible y la mirada cobarde de sus selváticas pupilas, lleva un drama forjado en la noche, es el tipo que persigue el alienista para determinar al desequilibrado”.⁹⁶ Sus narrativas ponían en circulación conceptos “científicos” sobre el criminal nato de Lombroso,⁹⁷ pero

⁹⁴ Ciro B. Ceballos, *Croquis y Sepias...*, op. cit., p. 3.

⁹⁵ Ciro B. Ceballos, *Claro-Obscuro...*, op. cit., p. 191.

⁹⁶ *Ibid.*, p. 193.

⁹⁷ La antropología criminal nació en Italia en la segunda mitad del siglo XIX, Cesare Lombroso centró su análisis en el organismo del individuo, en la constitución fisiológica y en los estigmas físicos que revelaban las tendencias criminosas de los sectores populares. Según esto, la organización biológica (asimetría en la cabeza, ojos pequeños, tono de piel, etcétera) podía ofrecer elementos de análisis para determinar a un criminal nato. Estas ideas tuvieron una fuerte repercusión en el México de fin de siglo. Véase Elisa Speckman, *Crímen y castigo...*, op. cit., pp. 93-114.

su postura estética se alejaba de la función política de la antropología criminal y la medicina mental. Los decadentes ofrecían a los lectores propuestas estéticas en las que visibilizaban el fundamento orgánico de los criminales, pero en ningún momento declararon la exclusión de los transgresores y el confinamiento manicomial por su fisonomía anómala. Los relatos sobre criminales coincidieron con la clínica psiquiátrica decimonónica en su visión fisiológica del crimen, dado que identificaban lo anormal con las herencias morbosas y estigmas físicos.⁹⁸ No obstante, los protagonistas-narradores negaron que sus acciones criminosas estuvieran motivadas por alguna psicopatía.

Para los decadentes, la mentalidad de los criminales estaba dominada por ideas, impulsos y deseos perversos. La reiteración de los personajes por negar su locura buscaba privilegiar los argumentos reflexivos, voluntarios y maliciosos de los homicidas literarios más allá de la caracterización psicopatológica de sus acciones sanguinarias. Veamos un par de ejemplos. Cuando un hombre confesó el asesinato de su esposa de nombre Violante, el personaje-narrador consideró, en un primer momento, su condición mental como la causa del uxoricidio: “Yo soy muy nervioso, increíblemente nervioso, también soy muy cobarde, ignominiosamente cobarde, los delirios de persecución desde la más tierna infancia fueron mi tormento”.⁹⁹ Al confundir que el cuerpo de la joven se asemejaba a la muerte, una noche sacó una daga pensando que era “un esqueleto que peleaba conmigo pugnando por ahorcarme”. En la audiencia ratificó que su historia era verídica, sólo que ahora trataba de exculparse de su locura. Un ejemplo contundente lo encontramos en la actitud de Alfonso Castro, protagonista en “Blanco y Rojo” escrito por Bernardo Couto. En la audiencia, Castro declaró no estar loco y que estaba lúcido al momento de asesinar a su amante; no se consideró un “asesino vulgar” o un “loco” cualquiera, a pesar de que su abogado hacía lo imposible para atribuir su acto “a un momento de enajenación mental”. El asesino se consideró un ser superior, un alma refinada: “Un loco, evidentemente no lo soy, pienso, discuro, y obro como el común de los mortales, mejor muchas veces. Soy un enfermo,

⁹⁸ Ricardo Campos Marín, “Crimen y locura. La patologización del crimen en la España de la Restauración”, *Norba. Revista de Historia*, vol. 20, 2007, pp. 85-105.

⁹⁹ Ciro B. Ceballos, *Croquis y Sepias...*, *op. cit.*, p. 19.

no lo niego, un enfermo, sí, pero un enfermo de refinamientos, un sediento de sensaciones nuevas”.¹⁰⁰

Como en este caso, los relatos criminales también podían desafiar los argumentos esgrimidos por la medicina mental y la criminalística de la época, que identificaba la criminalidad con los sectores populares y la pobreza (material, moral e intelectual). Por supuesto que la crítica literaria hacia la psiquiatría no era exclusiva de México, en Brasil, por ejemplo, Joaquim Machado de Assis (1839-1908) había publicado en 1882 su novela *O Alienista*, en la que reprochó las clasificaciones psiquiátricas a partir de la actitud ambivalente de su personaje médico.¹⁰¹ Si algunos asesinos literarios de los decadentes negaban su locura y justificaban sus actos homicidas como experiencias placenteras, la inteligencia porfiriana condenaba este tipo de expresiones estéticas, mismas que procuraron desestimar de manera reiterada. Julio Guerrero condenó el hecho de que, en la Ciudad de México, circularan libremente “cartas eróticas, poesías, cuentos y novelas con ilustraciones al crayón o a la acuarela” y que estremecían y horrorizaban por su contenido malsano. Incluso, señaló que los niños de doce y catorce años tenían acceso a los impresos.¹⁰² Otro especialista como Carlos Roumagnac, destacó que los criminales tenían una “organización mental defectuosa”, reiteró que el objetivo de su libro *Los criminales en México*, era despejar de velos, creencias erróneas y explicaciones irreverentes sobre el problema social del crimen, profundamente desvirtuado por la prensa y la literatura moderna: “procuraré dar a conocer figuras típicas de ellos, a fin de interesar en su favor, por un lado que podrían continuar con más éxito que yo su estudio, y por el otro a las gentes de buena voluntad, que acaso no conocen al delincuente *más que bajo el pavoroso y repugnante aspecto que le dan la novela y el reportazgo sensacionalista*”.¹⁰³

¹⁰⁰ Bernardo Couto Castillo, *Asfódelos...*, *op. cit.*, p. 97.

¹⁰¹ Existen varios artículos que trabajan la ficción de la locura en la obra desde una perspectiva foucaultiana, a mi juicio uno de los más logrados es, Roberto Gomes, “O Alienista: loucura, poder y ciencia”, *Tempo Social: Revista de Sociologia da USP*, São Paulo, núm. 5, 1994, pp. 145-160.

¹⁰² Julio Guerrero, *La génesis de crimen en México...*, *op. cit.*, pp. 321-322.

¹⁰³ Carlos Roumagnac, *Los criminales en México. Ensayo de psicología criminal*, México, Tipografía El Fénix, 1904, p. 10. También en su libro *Matadores de mujeres*, el propio autor arremetió contra los “criminalistas-poetas” que infundían ideas erróneas sobre los asesinos de mujeres. Carlos Roumagnac, *Matadores de mujeres (Segunda parte de crímenes sexuales y pasionales)*, México, Librería de Ch. Bouret, 1910, p. 19.

Las narrativas de los decadentes establecían interpretaciones en competencia con la mirada científica capitalina; para los escritores-periodistas el asunto de la criminalidad era un fenómeno estético que apeló al discurso médico-psiquiátrico, tanto para perfilar psicológicamente a sus personajes como una estrategia narrativa para competir en el mercado de la cultura escrita. En cambio, los especialistas en la ciencia criminal señalaron que las narrativas sólo desvirtuaban las concepciones positivistas, que eran fruto de los progresos de la nación, estigmatizando la figura del asesino despiadado como un degenerado engendrado en los lupanares de la sociedad. Los escritores decadentes usaron la retórica de los nervios como un elemento central en la construcción de la mentalidad maliciosa y perversa de los asesinos, quienes se regocijaban ante la incredulidad que sus actos despertaban.

Los modernistas escribieron relatos sediciosos sobre individuos lujuriosos, suicidas y homicidas mediante los cuales buscaron ficcionalizar comportamientos anormales apelando a sus causas, motivaciones y explicaciones. Mediante la asimilación de la nerviosidad, los autores diseñaron estrategias narrativas para abordar los conflictos psicológicos que experimentaron sus protagonistas. En todo caso, pretendían que sus producciones fueran verosímiles para unos lectores cada día más acostumbrados al escándalo mediático. Los relatos decadentes tuvieron la función de *despatologizar* la locura y, al hacerlo, mostraron que la violencia y perversión no eran resultado de desequilibrios mentales, sino manifestaciones sensibles de una mente reflexiva. Eran sujetos que pagaron, en cuerpo y alma, los derroteros de su modernidad: “Tal vez la felicidad que tanto buscamos, sólo existe aquí, en la triste casa, en los pobres cerebros desequilibrados, en los seres que viven de una quimera, de una mentira, de una locura, en fin”.¹⁰⁴

¹⁰⁴ En el cuento “Un aprensivo”, de Bernardo Couto Castillo, un “loco” tenía la preocupación constante de que la muerte lo asechaba, así que intentó por todos los medios persuadirla para que no reclamara su existencia. El amigo-narrador consideró que ese hombre tenía un cerebro desequilibrado; no obstante, luego de reflexionar, señaló que su “locura” también lo salvaba de sus terribles visiones. Bernardo Couto Castillo, *Asfódelos...*, *op. cit.*, p. 162.

Consideraciones finales

EL PROPÓSITO FUNDAMENTAL DE ESTE LIBRO es analizar el proceso mediante el cual la literatura finisecular mexicana ficcionalizó la locura y las estrategias narrativas utilizadas por los escritores. Las ficciones psicopatológicas fueron una respuesta literaria a las preocupaciones científicas, miedos sociales y obsesiones colectivas que suscitaron las enfermedades mentales en el tránsito del siglo XIX al XX en la Ciudad de México. Los relatos sentimentales del nacionalismo cultural y los cuentos sediciosos del modernismo decadente fueron dos propuestas que hicieron de la locura un argumento estético; ambos proyectos creativos formaron parte de una atmósfera general de fascinación y rechazo hacia los arrebatos pasionales, en la cual la medicina mental, la prensa capitalina y la literatura del modernismo confabularon —mediante diálogos fructíferos y tensiones irreconciliables—, una red de discursos médico-sociales que terminaron por delinear el imaginario psicopatológico durante el porfiriato. Dicho imaginario estaba sustentado en la idea de que la demencia era un asunto de pasiones incontroladas, comportamientos transgresivos y la ausencia de autocontrol de la vida interior. Estas narrativas aparecieron en el contexto de una modernidad que fomentaba el progreso, exigía orden social e imponía la moderación como una de las reservas morales para el proceso civilizatorio. El énfasis de la investigación fue estudiar, por un lado, el papel de las pasiones en la etiología de la locura en los discursos y prácticas médicas, así como las percepciones sociales de los locos en los rotativos; por el otro, examinar las representaciones de la locura en la narrativa mexicana entre siglos.

Los abordajes de la demencia en clave literaria formaron parte de un proceso de permanente diálogo entre medicina mental, prensa y literatura, y se dieron en el marco de un conjunto de actividades médicas ocurridas dentro y fuera de los hospitales para dementes. A partir de estos intereses mutuos, se conformó un pequeño enjambre de opinadores liderado por médicos,

periodistas y escritores igualmente obsesionados por el mundo de la locura; saberes expertos, conocimientos profanos y abordajes estéticos posicionaron los trastornos mentales en las hendiduras de la opinión pública. Sin embargo, no debemos olvidar que dichos letrados e intelectuales trabajaron en plataformas de información diferentes; por consiguiente, los destinatarios fueron igualmente diversos según las características de los impresos. Mientras que los médicos adaptaban teorías foráneas, clasificaban comportamientos pasionales y clamaban por la higiene pública, los periódicos delineaban con preocupación el semblante de un país “enloquecido” que bordeaba el abismo de la crisis moral. Insistí en que las disertaciones científicas y valoraciones periódicas lograron diseminarse en la cultura escrita capitalina, en este sentido, no faltaron las voces públicas que celebraron con regocijo los romances disciplinarios entre la literatura y la psiquiatría en ciernes, porque veían en esta alianza el mecanismo idóneo para combatir y frenar el supuesto incremento de patologías mentales en el país:

Hoy sentimos que ya es hora de abandonar aquella despreocupación y este desprecio, y tratamos de oponer a la creciente miseria y criminalidad diques más fuertes que los hasta el presente construidos. El arte no podía permanecer extraño a esta preocupación general, y de aquí que los artistas se hayan convertido en clínicos.¹

El autor del artículo hacía referencia a una conferencia publicada en Roma, en la cual se reconocía la importancia del método científico en la corriente del naturalismo y su relación con la psiquiatría,² además, ponderó las bondades que permitía la novela científica al estudio de los delincuentes y degenerados porfirianos. Sin embargo, a lo largo de esta investigación he procurado resaltar que en el México finisecular no hubo un estilo literario

¹ [X.X.X], “Psiquiatría (La labor de Gabriel D’Annunzio ante la psiquiatría)”, *Revista Moderna. Arte y Ciencia*, año 2, núm. 11, noviembre de 1899, pp. 335-336.

² Es muy probable que el autor haya sido Salvador Quevedo y Zubieta (1856-1939), periodista, escritor, abogado, médico y político porfiriano identificado con el naturalismo en México. “X.X.X” era uno de los seudónimos que solía utilizar el escritor. María del Carmen Ruiz Castañeda y Sergio Márquez Acevedo, *Diccionario de seudónimos, anagramas, iniciales y otros alias usados por escritores mexicanos y extranjeros que han publicado en México*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, 2000, p. 664.

definido, sino eclécticas corrientes estéticas propias del amplio modernismo. Procuré destacar que las constelaciones de escritores aquí estudiados elaboraron diagnósticos estéticos bajo el modelo del “caso clínico”. Dicho recurso narrativo les permitió sondear los sinuosos territorios de la enfermedad mental sin abandonar la libertad creativa que experimentaron. Con su literatura, asumieron posturas diferentes ante las diversas problemáticas de la vida privada y pública, representando a una variedad de personajes, hombres y mujeres, de los sectores medios y grupos populares con características pasionales específicas y modalidades fisiológicas precisas. Entonces, ¿qué significaron las ficciones psicopatológicas durante el porfiriato?

Las ficciones psicopatológicas pusieron en evidencia que la locura pasional era una “enfermedad de época”, según la expresión de Jochen Hörish,³ porque la élite científica y cultural porfiriana percibió, calificó y bautizó su tiempo como un periodo amenazado por las pasiones demenciales. Las ficciones canalizaron muchos de los miedos sociales hacia las enfermedades mentales, prueba de ello fue que las propias narrativas asumieron lo psicopatológico como una respuesta a dichas actitudes colectivas. En el plano cultural, las ficciones establecieron lo que he llamado un sentido común psicopatológico que logró articularse con la sociedad, el cual estaba anclado a la idea de que los excesos pasionales justificaban la existencia de una variedad de locuras. Al construir un sentido común sobre la enfermedad mental, las producciones literarias establecieron un marco de interpretación abierto a las discusiones sociales. Fue compartido por médicos, periodistas y literatos que lograron negociar, desde sus respectivos espacios de trabajo, dicho consenso, el cual logró imponerse como una idea normalizada durante el periodo. Al diseminarse en los espacios culturales de la capital, la locura adquirió significados amplios e irreductibles a la mirada experta de los facultativos, así, el tema se convirtió en un territorio disputado desde distintos frentes: la cultura científica, el periodismo moderno y las prácticas literarias; como disputadas fueron sus representaciones en los medios escritos. Los discursos médicos, periodísticos y estéticos compitieron de manera autónoma con el fin de instaurar sus propias perspectivas, valoraciones y referentes entre una minoría de lectores capitalinos.

³ Jochen Hörish, “Las épocas y sus enfermedades. El saber patognóstico de la literatura”, en Wolbang Bonjers y Tanja Olbrich (comps.), *Literatura, cultura y enfermedad*, Argentina, Paidós, 2006, p. 51.

Los médicos–escritores y los escritores–periodistas fueron dos constelaciones profundamente sensibles y obsesionadas con los asuntos psicopatológicos, reconocieron que su responsabilidad como productores de bienes culturales era ofrecer un testimonio literario que tradujera el pulso de una nación alarmada por la irrupción incesante de arrebatos pasionales. Las ficciones psicopatológicas “objetivaron” un conjunto de discusiones médicas, observaciones periodísticas y valoraciones estéticas centrales para una sociedad enfrascada entre la fascinación y el rechazo hacia los fenómenos de la locura. Concluyo que las ficciones psicopatológicas mostraron, por un lado, los temores que se apoderaron de un sector de la élite porfiriana ante las contrariedades de las pasiones incontroladas; y, por el otro, manifestaron las convicciones literarias de dos proyectos narrativos que hicieron de la demencia, un producto social y cultural propio de la modernidad porfiriana.

Fuentes

Archivos

Archivo Histórico de la Secretaría de Salud
Fondo Beneficencia Pública, Sección, Establecimientos Hospitalarios,
Serie: Hospital San Hipólito.

Hemeroteca Nacional de México
Biblioteca Nacional (BN)
Fondo reservado

Biblioteca Nicolás León
Fondo reservado
Fondo común

Biblioteca Miguel Lerdo de Tejada
Fondo común

Hemerografía

Periódicos

El Asilo de Mendigos

El Centinela Español

El Chisme

El Combate

La Cucaracha

La Defensa Católica

El Diario del Hogar

La Libertad
México Gráfico
El Monitor Republicano
El Mundo
El Mundo Ilustrado
El Siglo Diez y Nueve
La Patria
El Popular
El Tiempo
El Tiempo Ilustrado
El Universal
La Voz de México

Revistas

Revista Azul
Revista Moderna

Reglamentos

Código Penal para el Distrito Federal y territorio de la Baja California sobre delitos del fuero común y para toda la República sobre delitos contra la Federación, México, Zacatecas, Imprenta del Hospicio de Niños en Guadalupe, 1902.

Bibliografía

- Ackerknecht, Erwin A., *Breve historia de la psiquiatría*, Argentina, Editorial Universitaria de Buenos Aires, 1962.
- Acosta Peñalosa, Carmen Elisa, *Lectura y nación: novela por entregas en Colombia, 1840-1880*, Colombia, Universidad Nacional de Colombia/Facultad de Ciencias Humanas, 2009.
- Agostoni, Claudia, “El arte de curar: deberes y prácticas médicas porfirianas”, en Claudia Agostoni y Elisa Speckman (eds.), *Modernidad, tradición y alteridad. La ciudad de México en el cambio de siglo (XIX-XX)*, México, Universidad Nacional Autónoma de México/Instituto de Investigaciones Históricas, 2001, pp. 97-111 <<http://www.historicas.unam.mx/publicaciones/publicadigital/libros/modernidad/05moder006.pdf>>.
- , “Imágenes y representaciones de los profesionales de la medicina: entre el público, la ciencia y la prensa. Ciudad de México, 1877-1911”, *Anuario Instituto de Estudios Histórico Sociales*, núm. 21, 2006, pp. 399-419.
- , “Médicos ecuestres, el arte de curar y los galenos en la historia nacional (Ciudad de México, 1877-1911)”, *Ciencia Saúde Colectiva*, vol. 3, núm. 3, 2008, pp. 974-984.
- , “Que no traigan al médico. Los profesionales de la salud entre la crítica y la sátira (Ciudad de México, siglo XIX-XX)”, en Cristina Sacristán y Pablo Piccato (coords.), *Actores, espacios y debates en la historia de la esfera pública en la ciudad de México*, México, Instituto de Investigaciones Históricas/Instituto Mora, 2005, pp. 97-120.
- , *Monuments of progress. Modernization and Public Health in Mexico City, 1876-1910*, University of Calgary Press/University Press of Colorado/Universidad Nacional Autónoma de México/Instituto de Investigaciones Históricas, 2003.
- Agostoni, Claudia y Andrés Ríos Molina, *Las estadísticas de la salud en México. Ideas, actores e instituciones, 1810-2010*, con la colaboración de Gabriela Villareal Levy, México, Secretaría de Salud/Universidad Nacional Autónoma de México, 2010.
- Alfaro Cuevas, Martha Eugenia, “Revisión histórica del semanario El Mundo Ilustrado (1894-1914), en sus diez etapas, a partir del análisis de sus carátulas y portadas”, *Diseño y Sociedad*, otoño 2013, primavera 2014, núms. 35-36, pp. 96-107.

- Alvarado, Lourdes, “Porfirio Parra y Gutiérrez. Semblanza biográfica”, en Álvaro Matute (ed.), *Estudios de historia moderna y contemporánea de México*, México, Universidad Nacional Autónoma de México/Instituto de Investigaciones Históricas, vol. 11, 1988, pp. 183-199 <<http://www.historicas.unam.mx/moderna/ehmc/ehmc11/141.html>>.
- Anz, Thomas, “Argumentos médicos e historias clínicas para la legitimación de institución de normas sociales”, en Wolfgang Bongers y Tanja Olbrich (comps.), *Literatura, cultura, enfermedad*, Argentina, Paidós, 2006, pp. 29-45.
- , “La esquizofrenia como sintomatología de época. La patología y la poetología alrededor de 1910”, en Wolfgang Bongers y Tanja Olbrich (comps.), *Literatura, cultura y enfermedad*, Argentina, Paidós, 2006, pp. 139-156.
- Araujo Pardo, Alejandro, *Novela, historia y lecturas. Usos de la novela histórica del siglo XIX mexicano: una lectura historiográfica*, México, Universidad del Claustro de Sor Juana/Universidad Autónoma Metropolitana, 2009.
- Aries, Philippe y Georg Duby, *Historia de la vida privada*, Madrid, Taurus, tomo IV, 1989.
- Armstrong, Nancy, *Deseo y ficción doméstica. Una historia política de la novela*, presentación de Giulia Colaizzi, traducción de María Coy, Ediciones Cátedra/Universitat de València/Instituto de la Mujer, 1991.
- Armus, Diego, “Curas de reposo y destierros voluntarios. Narraciones de tuberculosos en los enclaves serranos de Córdoba”, en Wolfgang Bongers y Tanja Olbrich (comps.), *Literatura, cultura y enfermedad*, Argentina, Paidós, 2006, pp. 115-137.
- Ayala Flores, Hubonor, “Los dementes, la locura y el manicomio en la prensa porfiriana de Orizaba, Veracruz”, en Celia del Palacio Montiel (coord.), *La prensa como fuente para la historia*, Universidad de Guadalajara/Miguel Ángel Porrúa, 2006, pp. 99-119.
- Ayala Flores, Hubonor, *Salvaguardar el orden social. El Manicomio del estado de Veracruz (1883-1920)*, México, El Colegio de Michoacán, 2007.
- Baldwin, P.M., “Liberalism, Nationalism, and Degeneration: The Case of Max Nordau”, *Central European History*, vol. 13, núm. 2, 1980, pp. 99-120 <<https://www.cambridge.org/core/journals/central-european-history/article/liberalism-nationalism-and-degeneration-the-case-of-max-nordau/BCC4203CD283FC58C540E95003C-4CA29>>.
- Bangaud, Jean, “La epilepsia antes del descubrimiento del electroencefalograma”, en Jacques Postel y Claude Quérel (coords.), *Nueva historia de la psiquiatría*, México, Fondo de Cultura Económica, 2000, pp. 247-254.
- Bazant, Mílada, “Lecturas del porfiriano”, en *Historia de la lectura en México*, México, Ediciones del Ermitaño/El Colegio de México, 1988.
- , *Historia de la educación durante el porfiriano*, México, El Colegio de México, sexta reimpresión, 2006.

- Beauregard Paulette, Silvia Cécile, *De médicos, idilios y otras historias. Relatos sentimentales y diagnósticos de fin de siglo*, Santa Fe de Bogotá, Colombia, Convenio Andrés Bello, 2000.
- Beezley, William, *Judas en el Jockey Club y otros episodios del México porfiriano*, México, El Colegio de San Luis/Centro de Investigaciones y Estudios Superiores en Antropología Social, 2010.
- Beizer, Janet, *Ventriloquized bodies. Narratives of Hysteria in Nineteenth-Century France*, Ithaca, Nueva York, Cornell University Press, 1994.
- Beltrán Abarca, Francisco Javier, “La construcción de la epidemia de suicidios: interpretaciones y confrontaciones de los letrados en torno a sus causas sociales. Ciudad de México, 1830-1876”, *Trashumante. Revista Americana de Historia Social*, núm. 5, enero-junio 2015, pp. 60-82.
- Bercherie, Paul, *Los fundamentos de la clínica. Historia y estructura del saber psiquiátrico*, Argentina, Manantial, 2014.
- Berman, Marsall, *Todo lo sólido se desvanece en el aire. La experiencia de la modernidad*, traducción André Morales Vidal, México, Siglo XXI Editores, 2003.
- Berrios, Germán E. y Roy Porter (eds.), *Una historia de la psiquiatría clínica*, Madrid, Fundación Española de Psiquiatría y Salud Mental/Triacastela, 2012.
- Berrios, Germán E., *Historia de los síntomas de los trastornos mentales. La psicopatología descriptiva desde el siglo XIX*, México, Fondo de Cultura Económica, 2008.
- Bing, François, “La teoría de la degenerescencia”, en Jacques Postel y Claude Quérel (coords.), *Nueva historia de la psiquiatría*, México, Fondo de Cultura Económica, 2000, pp. 225-229.
- Bisbal Siller, María Teresa, *Los novelistas y la Ciudad de México (1810-1910)*, México, Ediciones Botas, 1963.
- Blasco, Javier, “Hospital de furiosos y melancólicos, cárcel de degenerados, gabinete de estetas”, *Anales de la Literatura Española*, vol. 23, núm. 1-2, 1998, pp. 19-50 <<https://www.jstor.org/stable/25641997>>.
- Bobadilla Encinas, Gerardo, *Estudios sobre literatura mexicana del siglo XIX. Reflexiones críticas e historiográficas*, Madrid, Editorial Pliegos, 2009.
- Bolus-Reichert, Christine, “Architecture in the Family Way: Doctors, Houses, and Women, 1870-1900”, *Victorian Studies*, vol. 43, núm. 1, 2000, pp. 120-122.
- Bongers, Wolfgang, “Literatura, cultura, enfermedad. Una introducción”, en Wolfgang Bongers y Tanja Olbrich (comps.), *Literatura, cultura, enfermedad*, Argentina, Paidós, 2006, pp. 13-27.
- Bourdieu, Pierre, *Las reglas del arte. Génesis y estructura del campo literario*, Barcelona, Anagrama, 2011.
- Brushwood, John S., *México en su novela. Una nación en busca de su identidad*, México, Fondo de Cultura Económica, 1998.

- , *The Romantic novel in Mexico*, Columbia, Missouri, The University of Missouri Studies, 1954.
- Buffington, Robert, “La violencia contra la mujer y la subjetividad masculina en la prensa popular de la Ciudad de México en el cambio de siglo”, en Claudia Agostoni y Elisa Speckman (eds.), *De normas y transgresiones. Enfermedad y crimen en América Latina (1850-1950)*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, 2005, pp. 287-325.
- , *Criminales y ciudadanos en el México moderno*, México, Siglo XXI Editores, 2001.
- Caimari, Lila (comp.), *La ley de los profanos. Delito, justicia y cultura en Buenos Aires, 1870-1940*, Argentina, Fondo de Cultura Económica, 2007.
- , *La vida en el archivo. Goces, tedios y desviaciones en el oficio de la historia*, Argentina, Siglo XXI Editores, 2017.
- Calinescu, Matie, *Cinco caras de la modernidad. Modernismo, vanguardia, decadencia, kitsch, postmodernismo*, presentación de José Jiménez, traducción de Francisco Rodríguez Martín, Madrid, Alianza, 2003.
- Caminero-Santangelo, Marta, *The madwoman Cant't speak. Or Why insanity is not subversive*, Cornell University Press, 1998.
- Campo, Ángel de, *La de los claveles dobles. Ni amor al mundo ni piedad al cielo. El suicidio de Sofía Ahumada. Expediente de prensa y literatura mexicanas*, estudio preliminar, compilación y edición Miguel Ángel Castro, Universidad Nacional Autónoma de México, 2008 (Colección al siglo XIX Ida y Regreso).
- Campos Marín, Ricardo, “Crimen y locura. La patologización del crimen en la España de la Restauración”, *Norba. Revista de Historia*, vol. 20, 2007, pp. 85-105.
- , *El caso Morillo: crimen, locura y subjetividad en la España de la Restauración*, Madrid, Consejo Superior de Investigaciones Científicas/Frenia, 2012.
- Campos Marín, Ricardo y otros, *Los ilegales de la naturaleza. Medicina y degeneracionismo en la España de la Restauración*, Madrid, Consejo Superior de Investigaciones Científicas, 2000.
- Campos, Rubén M., *El Bar. La vida literaria de México en 1900*, prólogo Serge I. Zaitzeff, México, Universidad Nacional Autónoma de México, 2013.
- Canto Valdés, Luis Roberto, “La muerte voluntaria en Yucatán durante el porfiriato”, *Secuencia*, núm. 82, enero-abril, 2012, pp. 73-100.
- Carballido, Emmanuel, *Diccionario crítico de las letras mexicanas en el siglo XIX*, México, Océano/Consejo Nacional para la Cultura y las Artes, 2001.
- Cardwell, Richard A., “The Mad Doctors: Medicine and Literature in Finisecular Spain”, *Journal of the Institute of Romance Studies*, 4, 1996, pp. 67-86.
- Carrillo, Ana María, “Economía, política y salud pública en el México porfiriano”, *Historia, Ciências, Saúde-Manguinhos*, Río de Janeiro, vol. 9, núm. 81, 2002, pp. 67-87.

- Castillo, Alberto del, “El surgimiento de la prensa moderna en México”, en Belem Clark de Lara y Elisa Speckman Guerra (eds.), *La República de las letras. Asomos a la cultura escrita del México decimonónico*, vol. II, México, Universidad Nacional Autónoma de México, 2005, pp. 105-118.
- , “Notas sobre la moral dominante a finales del siglo XIX en la Ciudad de México. Las mujeres suicidadas como protagonistas de la nota roja”, en Claudia Agostoni y Elisa Speckman (eds.), *Modernidad, tradición y alteridad. La Ciudad de México en el cambio de siglo (XIX-XX)*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, 2001, pp. 319-338.
- , “Prensa, poder y criminalidad a finales del siglo XIX en la Ciudad de México”, en Ricardo Pérez Montfort (coord.), *Hábitos, normas y escándalo. Prensa, criminalidad y drogas durante el porfiriato tardío*, Centro de Investigaciones y Estudios Superiores en Antropología Social/Plaza y Valdés, 1997, pp. 15-74.
- , “Surgimiento del reportaje policiaco en México”, *Tramas*, núm. 5, junio, 1993, pp. 127-137.
- Castro, Nayelli, “Traducción e historiografía en México: nuestro ‘ser histórico’ a través de la cortina de hierro”, *Mutatis Mutandis*, vol. 11, núm. 1, 2018, pp. 52-74 doi: <10.17533/udea.mut.v11n1a03>.
- Ceballos, Ciro B., *En Turania. Retratos literarios*, edición crítica de Luz América Viveiros Anaya, Universidad Nacional Autónoma de México/Instituto de Investigaciones Filológicas, 2010.
- , *Panorama mexicano 1890-1910 (Memorias)*, edición crítica de Luz América Viveiros Anaya, México, Universidad Nacional Autónoma de México, 2006.
- Certeau, Michel de, *La escritura de la historia*, México, Universidad Iberoamericana, 2006.
- Chartier, Roger, *Cultura escrita, literatura e historia*, México, Fondo de Cultura Económica, 2006.
- , *El mundo como representación. Estudios sobre historia cultural*, España, Gedisa editorial, 2005.
- Chauciño Fernández, Ana G., *La imagen masculina en la novela de sensibilidad hispanoamericana*, México, Universidad Veracruzana/Instituto de Investigaciones Lingüístico-Literarias, 2003.
- Chauvelot, Diane, *Historia de la histeria. Sexo y violencia en lo inconsciente*, Madrid, Alianza Editorial, 2001.
- Clark de Lara, Belem y Fernando Curiel Defossé, *El modernismo en México a través de cinco revistas*, Universidad Nacional Autónoma de México, 2000.
- Clark de Lara, Belem y Zavala Díaz, Ana Laura, *La construcción del modernismo* (antología), introducción y rescate, Universidad Nacional Autónoma de México, 2002 (Biblioteca del Estudiante).

- Clark de Lara, Belem, “¿Generaciones o constelaciones?”, en Belem Clark de Lara y Elisa Speckman Guerra (comps.), *La República de las letras. Asomos a la cultura escrita del México decimonónico*, vol. I, México, Universidad Nacional Autónoma de México, 2005, pp. 11-46.
- , “Una crónica de las polémicas modernistas”, en Rafael Olea Franco (ed.), *La literatura mexicana del otro fin de siglo*, México, El Colegio de México, 2001, pp. 61-83.
- , *Letras mexicanas del siglo XIX. Modelo de comprensión histórica*, México, Universidad Nacional Autónoma de México/Instituto de Investigaciones Filológicas, 2009.
- , *Tradición y modernidad en Manuel Gutiérrez Nájera*, México, Universidad Nacional Autónoma de México/Instituto de Investigaciones Filológicas, 1998.
- Clúa Ginés, Isabel, “La morbilidad de los textos: literatura y enfermedad en el fin de siglo”, *Frenia. Revista de Historia de la Psiquiatría*, vol. IX, 2009, pp. 33-52.
- Conde, Teresa del, *Julio Ruelas*, México, Universidad Nacional Autónoma de México/Instituto de Investigaciones Estéticas, 1976.
- Conway, Christopher, “El libro de las masas: Ignacio Manuel Altamirano y la novela nacional” en Rafael Olea Franco (ed.), Pamela Vicenteño Bravo (colaboradora), *Docientos años de narrativa mexicana. Siglo XIX*, vol. I, México, El Colegio de México, 2010, pp. 39-58.
- Correa, María José, Andrea Kottow y Silvia Vetö (eds.), *Ciencia y espectáculo. Circulación de saberes científicos en América Latina, siglos XIX y XX*, Chile, Ocho Libros, 2016.
- Cosío Villegas, Daniel, *Historia Moderna de México. El porfiriato*, a cargo de Moisés González Navarro, Argentina, Editorial Hermes, 1971.
- Couto Castillo, Bernardo, *Obra Reunida*, Edición, introducción, estudio preliminar y notas de Coral Velázquez Alvarado, México, Universidad Nacional Autónoma de México, 2014.
- Darton, Robert, *Censores trabajando. De cómo los Estados dieron forma a la literatura*, México, Fondo de Cultura Económica, 2014.
- , *La gran matanza de gatos y otros episodios en la historia de la cultura francesa*, México, Fondo de Cultura Económica, 2011.
- , *Poesía y Policía. Redes de comunicación en el París del siglo XVIII*, traducción de Antonio Saborit, México, Ediciones Cal y Arena, 2011.
- Didi-Huberman, George, *La invención de la histeria. Charcot y la iconografía de la Salpêtrière*, Madrid, Ensayos de Arte Cátedra, 2007.
- Diez de Urdanivia, Fernando (comp.), *Cuento modernista hispanoamericano*, México, Consejo Nacional para la Cultura y las Artes, 2008.
- Dixon, Thomas, *From Passions to Emotions*, Cambridge University Press, 2003.
- Doménech Montagut, Asunción, *Medicina y enfermedad en las novelas de Emilia Pardo Bazán*, Valencia, Centro Francisco Tomás y Valiente/UNED Alzira-Valencia/ Colección interciencias 9, 2000.

- Domenlla, Ana Rosa (coord.), *(Re)escribir la historia desde la novela de fin de siglo*, Argentina/Caribe/México, Universidad Autónoma Metropolitana/Miguel Ángel Porrúa, 2002.
- El viajero lúgubre. Julio Ruelas modernista, 1870-1907*, España, Museo Nacional de Arte/ Instituto Nacional de Bellas Artes, 2007.
- Elías, Norbert, *El proceso civilizatorio*, México, Fondo de Cultura Económica, 2009.
- Elisa Speckman Guerra, Claudia Agostoni y Pilar Gonzalbo Aizpuru (coords.), *Los miedos en la historia*, México, El Colegio de México, Universidad Nacional Autónoma de México, 2009.
- Esquirol, Jean Étienne, *Sobre las pasiones consideradas como causas, síntomas y remedios de la alienación mental*, prólogo de José Luis Peset, Madrid, Asociación Española de Neuropsiquiatría, 2000.
- Esteinou, Rosario, *La familia en el México: lecturas de su modernidad. Siglos XVI al XX*, México, Centro de Investigaciones y Estudios Superiores en Antropología Social/Miguel Ángel Porrúa, 2008.
- Feder, Lillian, *Madness in Literature*, New Jersey, Princeton University Press, 1980.
- Felman, Shoshana, *La folie et la chose littéraire*, París, Seuil, 1978.
- , *Writing and Madness (Literature, Philosophy, Psychoanalysis)*, Stanford University Press, 2003.
- Fernández de Castro Peredo, Hugo, *Ética, moral y etiqueta médica en la literatura del siglo XIX*, México, Bitbuk, 2011.
- Fernández, Pura, “*Sciencia Sexuallis* y saber psiquiátrico en la novela naturalista decimonónica”, *Asclepio. Revista de Historia de la Medicina y de la Ciencia*, vol. XLIX, núm. 1, 1997, pp. 227-244 <<http://asclepio.revistas.csic.es/index.php/asclepio/article/download/389/387>>.
- Flaubert, Gustave, *Madame Bovary*, traducción de Carmen Martín Gaité, Fabula Tusquets Editores, 2002.
- , *Memorias de un loco*, Argentina, Libros del Zorzal, 2005.
- Flores y Troncos, Francisco de Asís, *Historia de la medicina en México desde la época de los indios hasta el presente*, tomo III, edición facsimilar con advertencia de Juan Somolinos Placencia, México, Instituto Mexicano del Seguro Social, 1982.
- Florescano, Enrique (coord.), *Arma la historia. La nación mexicana a través de los siglos*, México, Grijalbo, 2009.
- Foucault, Michel, *Historia de la locura en la época clásica*, tomo I y II, México, Fondo de Cultura Económica, 2002.
- , *Historia de la sexualidad. La voluntad de saber*, Argentina, Siglo XXI Editores, 2008.
- , *La vida de los hombres infames*, Argentina, Editorial Altamira, 1996.
- , *Los anormales*, traducción de Horacio Pons, México, Fondo de Cultura Económica, 2002.

- Freire de Araujo Lima, Elizabeth Maria, “Machado de Assis e a psiquiatria: um capítulo das relações entre arte e clínica no Brasil”, *História, Ciências, Saúde-Manguinhos*, vol. 16, núm. 3, Río de Janeiro, julio/septiembre, 2009, pp. 641-654 <https://www.scielo.br/scielo.php?pid=S0104-59702009000300004&script=sci_arttext&tlng=pt>.
- Galí Boadilla, Monserrat, *Historia del bello sexo: la introducción del Romanticismo en México*, México, Universidad Nacional Autónoma de México/Instituto de Investigaciones Estéticas, 2002.
- Gamboa, Federico, *Todos somos iguales frente a las tentaciones. Una antología general*, selección, estudio preliminar y cronología Adriana Sandoval, Ensayos críticos Carlos Illades, José Luis Martínez Suárez, Felipe Reyes Palacios, México, Fondo de Cultura Económica/Fundación para las Letras Mexicanas/Instituto de Investigaciones Filológicas/Dirección General de Publicaciones y Fomento Editorial/Universidad Nacional Autónoma de México, 2012.
- Gantús, Fausta, *Caricatura y poder político. Crítica, censura y represión en la Ciudad de México, 1876-1888*, El Colegio de México/Instituto Mora, 2009.
- Garner, Paul, *Porfirio Díaz. Del héroe al dictador. Una biografía intelectual*, México, Planeta, 2010.
- Garza, James Alex, *The Imagined Underworld. Sex, Crime, and Vice in Porfirian Mexico City*, Lincon, NE: University of Nebraska Press, 2007.
- Gauchet, Marcel y Gladys Swain, *El verdadero Charcot. Los caminos imprevistos del inconsciente*, Argentina, Nueva Visión, 2000.
- Gay, Peter, *La experiencia burguesa. De Victoria a Freud. La educación de los sentidos*, tomo I, traducción Evangelina Niño de la Selva, México, Fondo de Cultura Económica, 1992.
- , *Modernidad. La atracción de la herejía de Baudelaire a Beckett*, España, Paidós, 2007.
- Goldgel, Víctor, *Cuando lo nuevo conquistó américa. Prensa, moda y literatura en el siglo XIX*, Argentina, Siglo XXI Editores, 2013.
- Goldstein, Jan, “The Uses of Male Hysteria: Medical and Literary Discourse in Nineteenth-Century France”, *Representations*, núm. 34 (primavera 1991), pp. 134-165 <<https://www.jstor.org/stable/2928773>>.
- Golomb, Jacob, *Nietzsche and Zion*, Cornell University Press, 2004.
- Gomes, Roberto, “O Alienista: loucura, poder y ciencia”, *Tempo Social*, Rev. Sociol. USP, S. Paulo, núm. 5, 1994, pp. 145-160 <<http://www.revistas.usp.br/ts/article/view/84953>>.
- Gonzalbo Aizpuru, Pilar (coord.), *Amor e historia. La expresión de los afectos en el mundo de ayer*, México, El Colegio de México, 2013.
- , *Hablando de historia. Lo cotidiano, las costumbres, la cultura*, México, El Colegio de México, 2019.

- Gonzalbo Aizpuru, Pilar y Verónica Zárata Toscano (coords.), *Gozos y sufrimientos en la historia de México*, México, El Colegio de México/Instituto Mora, 2007.
- González Navarro, Moisés, *Estadísticas sociales del porfiriato, 1877-1910*, México, Secretaría de Economía/Dirección General de Estadísticas, 1956.
- , *Sociedad y cultura en el porfiriato*, México, Consejo Nacional para la Cultura y las Artes, 1994 (Colección Cien de México).
- González Peña, Carlos, *Historia de la literatura mexicana*, México, Editorial Porrúa, S.A, 1950.
- González Silva, Matiana y Polh-Valero, Stefan, “La circulación del conocimiento y las redes del poder: en la búsqueda de nuevas perspectivas historiográficas sobre la ciencia”, *Memoria y Sociedad*, 2009, vol. 13, núm. 27, pp. 7-11 <http://www.scielo.org.co/scielo.php?script=sci_arttext&pid=S0122-51972009000200001>.
- González, Aníbal, *La novela modernista hispanoamericana*, Madrid, Gredos, 1987
- González, Luis, *La ronda de las generaciones*, México, Secretaría de Educación Pública, 1984.
- Gorbach, Frida, “¿Dónde están las mujeres de La Castañeda? Una aproximación a los expedientes clínicos del manicomio, 1910”, *Nuevo Mundo Mundos Nuevos*, Debates, 2011 (en línea: 31 de marzo de 2011) <<http://nuevomundo.revues.org/61046>>, fecha de consulta: 3 de mayo de 2011.
- , “El encuentro de un monstruo y una histórica. Una imagen para México en los finales del siglo XIX”, *Nuevos Mundos Mundos Nuevos*, Debates, 2006 (en línea: 18 de diciembre de 2006) <<http://nuevomundo.revues.org/3123>>, fecha de consulta: 5 de mayo de 2011.
- , “El tratamiento moral de la locura y el sujeto moderno. México a finales del siglo XIX”, en Serena Brigidi y Josep M. Comelles (eds.), *Locuras, culturas e historia*, Tarragona, España, Publicacions Universitat Rovira i Virgili, 2014, pp. 49-66.
- , “La histeria y la locura. Tres itinerarios en el México de fin de siglo”, en Laura Cházaro y Rosalinda Estrada (eds.), *En el umbral de los cuerpos. Estudios de antropología e historia*, México, Benemérita Universidad Autónoma de Puebla/Colegio de Michoacán/Instituto de Ciencias Sociales y Humanidades, 2005, pp. 97-116.
- , *El monstruo objeto imposible. Un estudio sobre la teratología mexicana, siglo XIX*, México, Itaca/Universidad Autónoma Metropolitana, Xochimilco, 2008.
- Graff Zivin, Erin, “Diagnósticos modernistas de Max Nordau: Darío, Ingenieros y Silva leen al médico judío”, *Estudios. Revista de Investigaciones Literarias y Culturales*, vol. 14, núm. 28, julio-diciembre, 2006, pp. 171-186.
- Greenslade, William, *Degeneration, Culture and The Novel 1880-1940*, Cambridge University Press, 1994.
- Guinzburg, Carlo, *El hilo y las huellas. Lo verdadero, lo falso y lo ficticio*, Argentina, Fondo de Cultura Económica, 2010.

- Gutiérrez Girardot, Rafael, *Modernismo. Supuestos históricos y culturales*, México, Fondo de Cultura Económica, 1988.
- Hale, Charles A., *La transformación del liberalismo en México a fines del siglo XIX*, México, Fondo de Cultura Económica, 2002.
- Hernández Chávez, Alicia, *La tradición republicana del buen gobierno*, México, Fideicomiso Historia de las Américas/El Colegio de México/Fondo de Cultura Económica, 1993.
- Hernández López, Conrado (coord.), *Historia y novela histórica: coincidencias, divergencias y perspectivas de análisis*, México, El Colegio de Michoacán, 2004.
- (coord.), *Historia y novela histórica: divergencias y perspectivas de análisis*, México, El Colegio de Michoacán, 2004.
- Hernández Palacios, Esther, “Entre el ángel del hogar y la construcción de la patria: la poesía de las mujeres mexicanas del siglo XIX”, en Rafael Olea Franco (ed.), *La Literatura mexicana del otro fin de siglo*, México, El Colegio de México, 2001, pp. 537-544.
- , “Misa Negra o el sacrilegio inacabado del modernismo” <<http://cdigital.uv.mx/bitstream/123456789/1630/1/199177P5.pdf>>, fecha de consulta: 1 de marzo de 2014.
- Hidalgo, Luciana, “Machado de Assis, Lima Barreto e a verdade da loucura”, *Matraga*, Río de Janeiro, vol. 15, núm. 23, julio/diciembre, 2008, pp. 140-154 <<https://www.e-publicacoes.uerj.br/index.php/matraga/article/view/27891>>.
- Hinterhäuser, Hans, *Fin de siglo. Figuras y mitos*, versión castellana de María Teresa Martínez, España, Taurus, 1980.
- Hobsbawm, Eric, *La era del imperio, 1875-1914*, México, Booket, 2015.
- Hörish, Jochen, “Las épocas y sus enfermedades. El saber patognóstico de la literatura”, en Wolbang Bonjers y Tanja Olbrich (comps.), *Literatura, cultura y enfermedad*, Argentina, Paidós, 2006, pp. 47-72.
- Huertas, Rafael, “Psiquiatría, crimen y literatura (y II). La mujer prostituta y la mujer criminal en la obra de E. Zola”, *Revista de la Asociación Española de Neuropsiquiatría*. vol. VI, núm. 18, 1986, p. 353-365 <<http://www.revistaaen.es/index.php/aen/article/viewFile/14886/14754>>.
- , “La novela experimental y la ciencia positiva”, *Llull*, vol. 7, 1984, pp. 29-52 <<https://es.scribd.com/document/255688803/La-Novela-Experimental-y-La-Ciencia-Positiva>>.
- , “Locura y subjetividad en el nacimiento del alienismo. Releyendo a Gladys Swain”, *Frenia*. vol. X-2010, pp. 11-22 <<http://www.revistaaen.es/index.php/frenia/article/view/16501/16342>>.
- , “Memorias de Ultrafrenia (1890). La novela científica y los territorios de la subjetividad”, *Revista de Estudios Hispánicos*, núm. 44, 2010, pp. 31-55 <<https://digital.csic.es/handle/10261/159965>>.

- , “Psiquiatría y literatura en la España de la transición: Los renglones torcidos de Dios (1979)”, *Revista Latinoamericana de Psicopatología Fundamental*, vol. 20, núm. 1, 2017, pp. 142-164 <https://www.researchgate.net/publication/317050967_Psiquiatria_y_literatura_en_la_Espana_de_la_transicion_los_renglones_torcidos_de_Dios_1979>.
- , *El siglo de la clínica. Para una teoría de práctica psiquiátrica*, Madrid, Novalia Electronic Editions, 2005.
- , *Historia cultural de la psiquiatría. (Re)Pensar la locura*, Madrid, Los libros de la Catarata, 2012.
- , *Locura y degeneración. Psiquiatría y sociedad en el positivismo francés*, Madrid, Consejo Superior de Investigaciones Científicas/Centro de Estudios Históricos, 1987.
- Huertas, Rafael y Peset, José Luis, “Psiquiatría, crimen y literatura (I): El criminal nato en el naturalismo zoliano”, *Revista de la Asociación Española de Neuropsiquiatría*. vol. V, núm. 13, 1985, pp. 132-150 <<http://www.revistaaen.es/index.php/aen/article/download/14803/14672>>.
- Illades, Carlos y Sandoval, Adriana, *Espacio social y representación literaria en el siglo XIX*, México, Universidad Autónoma de México/Plaza y Valdés, 2000.
- Illades, Carlos, *Nación, sociedad y utopía en el romanticismo mexicano*, México, Consejo Nacional para la Cultura y las Artes, 2005.
- Isais Contreras, Miguel Ángel, “Suicidio y opinión pública en Guadalajara de finales del siglo XIX: representaciones y censuras”, *Anuario 2005. Seminario de estudios regionales*, Federico de la Torre (ed.), Guadalajara, Universidad de Guadalajara, 2007, pp. 107-133 <https://www.academia.edu/491145/Suicidio_y_opini%C3%B3n_p%C3%BAblica_en_la_Guadalajara_de_fines_del_siglo_XIX_representaciones_y_censuras>.
- Issacs, Jorge, *María*, Barcelona, España, Editorial Bruguera, 1972.
- Jablonka, Ivan, *La historia es una literatura contemporánea. Manifiesto por las ciencias sociales*, Argentina, Fondo de Cultura Económica, 2016.
- Jiménez Panesso, David, *Fin de siglo. Decadencia y modernidad. Ensayos sobre el modernismo en Colombia*, Instituto Colombiano de Cultura/Universidad Nacional de Colombia, 1994.
- Kalifa, Dominique, *Crimen y cultura de masas en Francia, siglos XIX-XX*, México, Instituto Mora, 2008 (Cuadernos de Secuencia).
- , *Los bajos fondos. Historia de un imaginario*, México, Instituto Mora, 2018 (Colección Itinerarios).
- Karageorgou-Bastea, Christina, “Un arrebatado decadentista: el pragmatismo corpóreo de José Juan Tablada”, en Rafael Olea Franco (ed.), *La literatura mexicana del otro fin de siglo*, México, El Colegio de México, 2001, pp. 35-46.

- Koppen Prubmann, Elke y Mauricio Sánchez Mechero (coords.), *Los trazos de las ciencias. Circulación de conocimiento en imágenes*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, 2013.
- Kottow, Andrea, “Historias de locuras en la literatura chilena del siglo XIX, o la modernidad y sus vicisitudes”, *Nuevo Mundo Mundos Nuevos* [en línea: 9 de junio de 2014 <<http://nuevomundo.revues.org/66914>>, fecha de consulta: , 15 de junio de 2015; doi: <10.4000/nuevomundo.66914>.
- La huella del viento. José Peón y Contreras. Obra poética I*, presentación y selección a cargo de Rubén Reyes Ramírez, México, Ediciones de la Universidad Nacional de Yucatán, 1998.
- La misión del escritor. Ensayos mexicanos del siglo XIX*, organización y presentación de Jorge Ruedas de la Serna, Universidad Nacional Autónoma de México/Coordinación de Humanidades/Dirección General de Publicaciones, 1996.
- La novela corta en el primer romanticismo mexicano*, estudio preliminar, recopilación, edición y notas de Celia Miranda, con un ensayo de Jorge Ruedas de la Serna, México, Universidad Nacional Autónoma de México/Instituto de Investigaciones Filológicas, 1998.
- Le Goff, Jacques, *El orden de la memoria. El tiempo como imaginario*, España, Paidós, 1991.
- Leduc, Alberto, *Fragatita y otros cuentos, Fragatita y otros cuentos*. Presentación de Ignacio Trejo Fuentes, México, Instituto Nacional de Bellas Artes-Premia editora, 1984 (La Matraca 26. Segunda serie).
- , *Un calvario. Memorias de una exclaustrada. María del Consuelo*, introducción y selección de Blanca Estela Treviño, México, Universidad Nacional Autónoma de México, 2012.
- Lillo, Alejandro, *Miedo y deseo. Historia cultural de Drácula (1897)*, Madrid, Siglo XXI Editores, 2017.
- Literatura y prensa periódica mexicana. Siglo XIX y XX. Afinidades, simpatías, complicidades*, en Marco Antonio Chavarrín González e Yliana Rodríguez González (coords.), México, Universidad Nacional Autónoma de México/Instituto de Investigaciones Filológicas/El Colegio de San Luis, 2017.
- Literatura y prensa periódica, siglo XIX y XX*, en Raquel Mosqueda Rivera, Luz América Viveros Anaya y Ana Laura Zavala Díaz (eds.), México, Universidad Nacional Autónoma de México/Instituto de Investigaciones Filológicas, 2019.
- Lombardo, Irma, *De la opinión a la noticia. El surgimiento de los géneros informativos en México*, México, Ediciones Kiosko, 1992.
- Lombroso y la Escuela positivista italiana*, Introducción a cargo de José Luis Peset y Mariano Peset a la obra, Madrid, Instituto Arnau de Vilanova, C.S.I.S, 1975.

- López Sánchez, Oliva (coord.), *La pérdida del paraíso. El lugar de las emociones en la sociedad mexicana entre los siglos XIX y XX*, México, Universidad Nacional Autónoma de México/Facultad de Estudios Superiores Iztacala, 2011.
- , “La centralidad del útero y sus nexos en las representaciones técnicas del cuerpo femenino en la medicina del siglo XIX”, en *Enjaular los cuerpos. Normativas decimonónicas y feminidad en México*, Julia Tuñón (comp.), México, El Colegio de México, 2008, pp. 147-184.
- , *Extravíos del alma mexicana. Patologización de las emociones en los diagnósticos psiquiátricos (1900-1940)*, México, Facultad de Estudios Superiores Iztacala, Universidad Nacional Autónoma de México, 2019.
- Lorenzo, María Dolores, *El Estado como benefactor. Los pobres y la asistencia pública en la Ciudad de México 1877-1905*, El Colegio de México/El Colegio Mexiquense, 2011.
- Lozano Armendares, Teresa, “Penurias del cornudo novohispano”, en Pilar Gonzalbo Aizpuru y Verónica Zárate Toscano (coords.), *Gozos y sufrimientos en la Historia de México*, México, El Colegio de México/Instituto Mora, 2007, pp. 161-184.
- , *No codiciarás la mujer ajena. El adulterio en las comunidades domésticas novohispanas. Ciudad de México, siglo XVIII*, México, Universidad Nacional Autónoma de México/Instituto de Investigaciones Históricas, 2005.
- Lozano Herrera, Rubén, *Las Veras y las burlas de José Juan Tablada*, México, Universidad Iberoamericana, Departamento de Historia, 1995.
- Lyons, Martyn, “Los nuevos lectores del siglo XIX: mujeres, niños y obreros”, en *Historia de la lectura en el Mundo Occidental*, bajo la dirección de Guglielmo Cavallo y Roger Chartier, México, Taurus, 2011, pp. 387-424.
- Mancilla Villa, Martha Lilia, *Locura y mujer durante el porfiriato*, México, Círculo Psicoanalítico Mexicano, 2001.
- Mariano Leyva, José, “Historia y literatura: la pasión por el contagio”, *Diario de Campo*, tercera época, núm. 9, julio-agosto de 2015, pp. 8-12 <<https://www.revistas.inah.gob.mx/index.php/diariodecampo/article/view/7802/8659>>.
- Mariano Leyva, José, *Perversos y pesimistas. Los escritores decadentes mexicanos en el nacimiento de la modernidad*, México, Tusquets, 2013.
- Martín Suárez, José Luis, “Santa: una lectura social. Representación literaria de aspectos culturales del Porfiriato”, en Federico Gamboa, *Todos somos iguales frente a las tentaciones. Una antología general*, selección, estudio preliminar y cronología de Adriana Sandoval, Ensayos críticos Carlos Illades, José Luis Martínez Suárez, Felipe Reyes Palacios, México, Fondo de Cultura Económica/Fundación para las Letras Mexicanas/Instituto de Investigaciones Filológicas/Dirección General de Publicaciones y Fomento Editorial/Universidad Nacional Autónoma de México, 2012.

- Martínez Barbosa, Xóchitl, *El Hospital de San Andrés. Un espacio para la enseñanza, la práctica y la investigación médicas, 1861-1904*, México, Siglo XXI Editores, 2005.
- Martínez, José Luis, “México en busca de su expresión”, en *Historia General de México*, México, El Colegio de México, 2000, pp. 707-755.
- , *La expresión nacional*, México, Consejo Nacional para la Cultura y las Artes, 1995.
- Mata, Óscar, *La novela corta mexicana en el siglo XIX*, Universidad Nacional Autónoma de México/Universidad Autónoma Metropolitana-Azcapotzalco, 2003.
- Matute, Álvaro, “Justo Sierra, el positivista romántico”, en Belem Clark de Lara y Elisa Speckman Guerra (comps.), *La República de las letras. Asomos a la cultura escrita del México decimonónico*, México, vol. III, Universidad Nacional Autónoma de México, 2005, pp. 429-444.
- Maya González, José Antonio, “De peligrosos a compradores: remedios milagrosos para la epilepsia durante el porfiriato, Ciudad de México”, en Andrés Ríos Molina (coord.), *La psiquiatría más allá de sus fronteras. Instituciones y representaciones en el México contemporáneo*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, 2017, pp. 133-182.
- , “Entre la afección cerebral y la perversión moral. Clínica, terapéutica y criminalización de la epilepsia en la medicina mental de finales del siglo XIX, Ciudad de México”, *Temas de historia de la psiquiatría argentina*, vol. XVIII, núm. 34, segundo semestre 2015, pp. 40-52.
- , “Ficciones psicopatológicas: locura y medicina mental en la novela *Pacotillas* de Porfirio Parra”, *Revista Culturas Psi/Psy Cultures*, vol. 2, Buenos Aires, septiembre 2014, pp. 73-86 <<http://ppct.caicyt.gov.ar/index.php/culturaspsi/article/view/5193>>.
- , “Locura y criminalidad en el discurso médico porfiriano: el caso de Enrique Rode, 1888-1891”, *Trashumante. Revista Americana de Historia Social*, núm. 5, enero-junio 2015, pp. 128-148 <<https://biblat.unam.mx/es/revista/trashumante-revista-americana-de-historia-social/articulo/locura-y-criminalidad-en-el-discurso-medico-porfiriano-el-caso-de-enrique-rode-1888-1891>>.
- , “Precusores del ‘periodismo psiquiátrico’ en la Ciudad de México a finales del siglo XIX”, *Estudios de Historia Moderna y Contemporánea*, núm. 61 (enero-junio 2021): 101-132 e-issn 2448-5004, doi <<https://doi.org/10.22201/iih.24485004e.2021.61.76277>>.
- Méndez de Cuenca, Laura, *Semblanzas y otros cuentos*, edición crítica, estudio preliminar, notas e índice, Roberto Sánchez Sánchez, México, Universidad Nacional Autónoma de México, 2010
- Menton, Seymour, *El cuento hispanoamericano*, México, Fondo de Cultura Económica, 2011.

- Meyer-Minnemann, Klaus, “La novela modernista en Hispanoamérica”, en Hans-Otto Dill y otros, *Apropiaciones de la realidad en la novela hispanoamericana de los siglos XIX y XX*, Frankfurt-Madrid, 1994, pp. 159-170.
- , *La novela hispanoamericana de fin de siglo*, traducción Alberto Vital, México, Fondo de Cultura Económica, 1991.
- Minois, Georges, *Historie du suicide. La société occidentale face à la mort volontaire*, París, Fayard, 1995.
- Miranda Pacheco, Sergio, *Tacubaya: de suburbio veraniego a ciudad*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, 2007.
- Mollier, Jean-Yves, *La lectura en Francia durante el siglo XIX*, México, Instituto Mora, 2009 (Cuadernos de Secuencia).
- Molloy, Silvy, “Diagnósticos del fin de siglo”, en Beatriz González Stephan y Richard Nelly (eds.), *Cultura y Tercer Mundo: nuevas identidades y ciudadanías*, Caracas, Venezuela, Editorial Nueva Sociedad, 1996.
- Montalvo Ortega, Enrique, *José Peón y Contreras*, México, Senado de la República, 1987.
- Montiel, Luis, “El nacimiento de la psicología en el espíritu de la literatura. Los orígenes literarios de la psiquiatría alemana decimonónica”, *Frenia. Revista de Historia de la Psiquiatría*, vol. X, 2010, pp. 75-94 <<https://dialnet.unirioja.es/servlet/articulo?codigo=3359280>>.
- , *Alquimia del dolor. Estudios sobre medicina y literatura*, Tarragona, España, Publicaciones URV, 2014.
- Morros Mestres, Bienvenido, “La histeria de Paulina Porreño en la Fontana de Oro de Galdós”, *Bulletin Hispanique*, tomo I, núm. 1, junio, 2008, pp. 333-370 <<https://journals.openedition.org/bulletinhispanique/664>>.
- Moscoso, Javier, *Historia cultural del dolor*, México, Taurus, 2011.
- Muñoz Fernández, Ángel, “Bernardo Couto Castillo”, en Belem Clark de Lara y Elisa Speckman (eds.), *La República de las Letras. Asomos a la cultura escrita del México decimonónico*, vol. III, México, Universidad Nacional Autónoma de México, 2005, pp. 595-609.
- Neves, Margarida de Souza, “O grande mal no Cemiterio dos Vivos: diagnósticos de epilepsia no Hospital Nacional de Alienados”, *História, Ciências Saúde-Manguinhos*, Río de Janeiro, vol. 17, sulp. 2, 2010, pp. 293-311 <https://www.scielo.br/scielo.php?script=sci_arttext&pid=S0104-59702010000600002>.
- Nouzeilles, Gabriela, “Asesinatos por sugestión: estética, histeria y transgresión”, *The Colorado Review of Hispanic Studies*, vol. 4, fall, 2006, pp. 309-325.
- , “Narra el cuerpo propio. Retórica modernista de la enfermedad”, *Estudios. Revista de Investigaciones literarias*, año 5, núm. 9, Caracas, enero-junio, 1997, pp. 149-176 <<https://dialnet.unirioja.es/servlet/articulo?codigo=2461526>>.

- , *Ficciones somáticas. Naturalismo, nacionalismo y políticas médicas del cuerpo (Argentina 1880-1910)*, Argentina, Beatriz Viterbo Editora, 2000.
- Novella, Enric, “La medicina de las pasiones en la España del siglo XIX”, *Dynamis*, vol. 31, núm. 2, 2011, pp. 453-473 <http://scielo.isciii.es/scielo.php?script=sci_arttext&pid=S0211-95362011000200010>.
- , *La ciencia del alma. Locura y modernidad en la cultura española del siglo XIX*, España/Frankfurt, Iberoamericana/Vervuet, 2013.
- Nunes Alexim, Sílvia, “Histeria e psiquiatria no Brasil da Primeira República” *História, Ciências, Saúde-Manguinhos*, vol. 17, suple. 2, Río de Janeiro, Brasil, 2010, pp. 373-289 <https://www.scielo.br/scielo.php?pid=S0104-59702010000600006&script=sci_arttext>.
- O’Byrne Curtis, Margarita Rosa, *La razón de la sinrazón: la configuración de la locura en la narrativa de Benito Pérez Galdós*, Madrid, Ediciones del Cabildo de Insular de Gran Canaria, 1996.
- Ordorika, Teresa, León F. Lendo, “El estudio de los procesos de medicalización en América Latina”, *História, Ciências, Saúde-Manguinhos*, vol. 23, núm. 3, julio-septiembre, 2016, pp. 635-651 <https://www.scielo.br/scielo.php?pid=S0104-597020160003000635&script=sci_abstract&tlng=es>.
- Ortiz Gaitán, Julieta, *Imágenes del deseo*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, 2003.
- Ortiz Monasterio, José, “Noticias del Imperio de Fernando del Paso”, en Conrado Hernández López (coord.), *Historia y novela histórica: coincidencias, divergencias y perspectivas de análisis*, México, El Colegio de Michoacán, 2004, pp. 101-104.
- , *Patria, tu ronca voz me repetía. Biografía de Vicente Riva Palacio y Guerrero*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, 1999.
- Owsei, Temkin, *The Fallen Sickness. A History of Epilepsy from the Greeks to the Beginnings of the Modern Neurology*, Baltimore/Londres, Johns Hopkins Press, 1971.
- Padel, Ruth, *A quien los dioses destruyen. Elementos de la locura griega y trágica*, México, Sexto Piso, 2005.
- Pascual Buxó, José, *Permanencia y destino de la literatura novohispana. Historia y crítica*, en José Pascual Buxó (ed.), con la colaboración de Dalia Hernández Reyes y Dalmacio Rodríguez Hernández, México, Universidad Nacional Autónoma de México, 2006.
- Pérez Gay, Rafael, “Avanzaba el siglo por su vida”, en Margo Glantz (coord.), *Del fistol a la linterna. Homenaje a José Tomás de Cuellar y Manuel Payno en el centenario de su muerte*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, 1997 (Al siglo XIX. Ida y vuelta).
- , “La prosa de los noctámbulos”, *Nexos*, 1 de agosto de 1987 <<https://www.nexos.com.mx/?p=4827>>.

- Pérez Montford, Ricardo, *Tolerancia y prohibición. Aproximaciones a la historia social y cultural de las drogas en México, 1840-1949*, México, Debate, 2016.
- Pérez Rincón, Héctor, *El teatro de las histéricas. De cómo Charcot descubrió, entre otras cosas, que también había histéricos*, México, Fondo de Cultura Económica, 2015.
- Piccato, Pablo, “Honor y opinión pública: la moral de los periodistas durante el porfiriato temprano”, en Cristina Sacristán y Pablo Piccato (eds.), *Actores, espacios y debates en la historia de la esfera pública en la Ciudad de México*, México, Instituto de Investigaciones Históricas/Instituto Mora, 2005, pp. 145-178.
- , “La construcción de una perspectiva científica: miradas porfirianas a la criminalidad”, *Historia Mexicana*, vol. XLVII, núm. 1, 1997, pp. 133-181 <<https://historiamexicana.colmex.mx/index.php/RHM/article/view/2429/1951>>.
- , *La tiranía de la opinión pública. El honor en la construcción de la esfera pública en México*, traducción Lucía Rayas, México, El Colegio de Michoacán/Instituto Mora, 2015.
- Pigeaud, Jackie, “La antigüedad y los comienzos de la psiquiatría en Francia”, en Jacques Postel y Claude Quéтел (comps.), *Nueva historia de la psiquiatría*, México, Fondo de Cultura Económica, 2000, pp. 137-153.
- , “Le rôle des passions dans le pensé médicale de Pinel à Moreau de Tours”, *History and Philosophy of the Life Sciences*, vol. 2, núm. 1, 1980, pp. 123-140 <<https://www.jstor.org/stable/23328244>>.
- Piva, María Laura, “El “Pinel Argentino”: Domingo Cabred y la psiquiatría de fines del siglo XIX”, en Marcelo Monserrat (comp.), *La ciencia en Argentina entre siglos*, Argentina, Cuadernos Argentinos/Manantial, 2000.
- Plumed, Javier, “La etiología de la locura en el siglo XIX a través de la psiquiatría española”, *Frenia. Revista de historia de la psiquiatría*, vol. IV-2-2004, pp. 69-91 <<http://www.revistaen.es/index.php/frenia/article/view/16410>>.
- Ponnau, Gwenhaël, *La folie dans la littérature fantastique*, París, Editions du Centre National de la Recherche Scientifique, 1987.
- Poot Mejía, Gabriel, *Los mexicanos en el espejo del porfiriato y la Revolución. Finales del siglo XIX y principios del XX*, México, Fomento Cultural Banamex, 2010.
- Porter, Roy, *A social history of madness: the world through the eyes of the insane*, Nueva York, Weidenfeld & Nicolson, 1988.
- , *Breve historia de la locura*, México, Fondo de Cultura Económica, 2002.
- Postel, Jaques y Claude Quéтел (comps.), *Nueva historia de la psiquiatría*, México, Fondo de Cultura Económica, 2000.
- Prost, Antoine, *Doce lecciones sobre historia*, España, Frónesis Càtedra Universitat de València/Ediciones Càtedra, 2001.

- Publicaciones periódicas mexicanas 1856-1876 (Parte I)*, Miguel Ángel Castro y Guadalupe Curiel (coord.), México, Universidad Nacional Autónoma de México/ Instituto de Investigaciones Bibliográficas, 2003.
- Quereilhac, Soledad, “Ecos de lo oculto en el Buenos Aires de Entre-siglos: intervenciones de escritores e intelectuales en medios de prensa”, *Literatura y Lingüística*, Santiago, Chile, núm. 28, 2013, pp. 91-106 <<https://ri.conicet.gov.ar/handle/11336/1045>>.
- , “Reflexiones sobre una sensibilidad de época. La imaginación científica en la literatura y el periodismo (1896-1910)”, *Badebec*, vol. 4, núm. 8, marzo 2015, pp. 32-59 <<https://revista.badebec.org/index.php/badebec/article/view/121/109>>.
- Quirarte, Vicente, “Cuerpo, fantasma y paraíso artificial”, en Rafael Olea Franco (ed.), *Literatura mexicana del otro fin de siglo*, México, El Colegio de México, 2001, pp. 19-33.
- Quiroz, Enriqueta, “Vivir de un salario. El costo del consumo doméstico”, en Alicia Salmerón y Fernando Aguayo (coords.), *Instantáneas de la Ciudad de México. Un álbum de 1883-1884*, tomo I, Instituto Mora/Universidad Autónoma Metropolitana, Cuajimalpa, 2013, pp. 119-136.
- Ramos de Viesca, María Blanca, “La hidroterapia como tratamiento de las enfermedades mentales en México en el siglo XIX”, *Salud Mental*, octubre, año/vol. 23, núm. 2005, pp. 43-44.
- , “La sangría como recurso terapéutico en las enfermedades mentales en el México del siglo XIX”, *Salud Mental*, diciembre, año/vol. 25, núm. 2006, pp. 53-58.
- Ramos de Viesca, María Blanca, Andrés Aranda Cruzalta/Benjamín Dultzin/Carlos Viesca, “La sangría como recurso terapéutico en las enfermedades mentales en el México del siglo XIX”, *Salud Mental*, diciembre, año/vol. 25, núm. 2006, pp. 53-58.
- Ramos Escandón, Carmen, “Mujeres de fin de siglo. Estereotipos femeninos en la literatura porfiriana”, *Signos*, II, 1989, pp. 51-83.
- , “Mujeres positivas. Los retos de la modernidad en las relaciones de género y la construcción del parámetro femenino en el fin de siglo mexicano, 1880-1910”, en Claudia Agostoni y Elisa Speckman (eds.), *Modernidad, tradición y alteridad. La Ciudad de México en el cambio de siglo (XIX-XX)*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, 2001, pp. 291-317.
- Régner-Bohler, Danielle, “Ficciones”, en Philippe Ariés y Goerges Duby, *Historia de la vida privada*, tomo 4, Madrid, Taurus, 1991, pp. 9-89.
- Reyes Ramírez, Rubén, *La huella del viento. José Peón y Contreras. Obra poética I*, México, Ediciones Universidad Nacional de Yucatán, 1998.
- Reyes, Aurelio, de los, *Los orígenes del cine en México (1896-1900)*, México, Fondo de Cultura Económica, 2013.

- Ricœur, Paul, *La memoria, la historia, el olvido*, Argentina, Fondo de Cultura Económica, 2004.
- Rieger, Branimir, *Dionysus in Literature. Essays on Literary Madness*, Bowling Green State University Popular Press, 1994.
- Rimke, Heidi, "From sinners to degenerates: the medicalization of morality in the 19th century", *History of Human Sciences*, febrero, 2002, vol. 15, núm. 15, pp. 59-88.
- Ríos Molina, Andrés, "El niño y la niebla. La enfermedad mental según Rodolfo Usigli y Roberto Gavaldón", *Cuicuilco*, núm. 45, enero-abril, 2009, pp. 27-50 <http://www.scielo.org.mx/scielo.php?script=sci_arttext&pid=S0185-16592009000100003>.
- , "Locura y encierro psiquiátrico en México: el caso del Manicomio La Castañeda, 1910", *Antipoda*, núm. 6, enero-junio, 2008, pp. 73-90 <<http://www.scielo.org.co/pdf/antpo/n6/n6a05.pdf>>.
- , "Reflexiones psiquiátricas sobre los crímenes del *El Sapo (1954)*, en Elisa Spekman y Salvador Cárdenas (eds.), *Crimen y Justicia en la historia de México. Nuevas Miradas*, México, Suprema Corte de Justicia, 2011, pp. 387-408.
- , "Relatos pedagógicos, melodramáticos y eróticos. La locura en fotonovelas y comics", Andrés Ríos Molina (coord.), *La psiquiatría más allá de sus fronteras. Instituciones y representaciones en el México contemporáneo*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, 2017, pp. 257-307.
- , *Cómo prevenir la locura. Psiquiatría e higiene Mental en México, 1934-1950*, México, Siglo XXI Editores/Universidad Nacional Autónoma de México, 2016.
- , *La locura durante la Revolución mexicana. Los primeros años del Manicomio General La Castañeda, 1910-1920*, México, El Colegio de México, 2009.
- , *Memorias de un loco anormal. El caso de Goyo Cárdenas*, México, Debate, 2010.
- Riva Palacio, Vicente, *Los cerros. Galería de contemporáneos*. Estudio introductorio Clementina Díaz y de Ovando, México, Consejo Nacional para la Cultura y las Artes/Universidad Nacional Autónoma de México, 1996.
- Rivera-Garza, Cristina, "Por la salud mental de la nación: vida cotidiana y Estado en el Manicomio General La Castañeda, México, 1910-1930", *Secuencia*, 51, Instituto Mora, 2001, pp. 57-89.
- , *La Castañeda. Narrativas dolientes desde el Manicomio General*, México, Tusquets, 2010.
- Rodríguez de Romo, Ana Cecilia y otros, *Protagonistas de la medicina científica mexicana, 1800-2006*, México, Universidad Nacional Autónoma de México/Facultad de Medicina/Plaza y Valdés, 2008.
- Rodríguez González, Yliana, "Ángel de Campo: modalidades de la escritura", en Rafael Olea Franco (ed.), *Doscientos años de narrativa mexicana*, México, El Colegio de México, 2010, pp. 227-249.

- Rodríguez, Martha Eugenia, “La prensa médica en México. El caso de la Escuela de Medicina (1879-1914)”, en *Montalbán*, núm. 36 <<https://go.gale.com/ps/anonymous?id=GALE%7CA145791567&sid=googleScholar&v=2.1&it=r&linkaccess=abs&issn=02529076&p=IFME&sw=w>>.
- , “Semanarios, gacetas, revistas y periódicos médicos del siglo XIX mexicano”, *Boletín*, vol. 11, núm. 2, México, 1997, pp. 61-96 <<http://publicaciones.iib.unam.mx/index.php/boletin/article/view/614>>.
- , *La Escuela Nacional de Medicina 1833-1910*, México, Universidad Nacional Autónoma de México/Departamento de Historia y Filosofía de la Medicina, 2008.
- Rony, Jérôme-Antoine, *Las pasiones*, traducción Brenda Salmón, México, Lito Arte, 1992.
- Rosas Salas, Sergio Francisco, “El círculo católico de Puebla, 1887-1900”, *Estudios de Historia Moderna y Contemporánea de México*, núm. 43, enero-junio, 2012, pp. 35-67.
- Roudinesco, Élisabeth, *Nuestro lado oscuro. Una historia de los perversos*, Barcelona, Anagrama, 2009.
- Rougemon, Denis de, *Amor y Occidente*, México, Consejo Nacional para la Cultura y las Artes, /Editorial Cien Mundo, 2001.
- Ruiz Castañeda, María del Carmen y Sergio Márquez Acevedo, *Diccionario de seudónimos, anagramas, iniciales y otros alias usados por escritores mexicanos y extranjeros que han publicado en México*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, 2000.
- Ryan, Vanessa. “Fictions of Medical Minds: Victorian Novels and Medical Epistemology”, *Literature and Medicine*, vol. 25, núm. 2, 2006, pp. 277-297 <<https://muse.jhu.edu/article/216379>>.
- Saborit, Antonio, “El regreso de Pedro Castera”, *Nexos*, 1 de agosto de 1987 <<https://www.nexos.com.mx/?p=4832>>.
- , *El Mundo Ilustrado de Rafael Reyes Spíndola*, México, Grupo Carso, 2003.
- , *Los Imprescindibles*, Selección y prólogo, Antonio Saborit, Ediciones Cal y Arena, 2004.
- Sacristán, Cristina, “Entre curar y contener. La psiquiatría mexicana ante el desamparo jurídico, 1870-1944”, *Frenia*, vol. II-2, 2002, pp. 61-80 <<http://www.revistaen.es/index.php/frenia/article/view/16378>>.
- , “La contribución de la Castañeda a la profesionalización de la psiquiatría mexicana, 1910-1968”, *Salud Mental*, vol. 33, núm. 6, noviembre-diciembre, 2010, pp. 473-480 <http://www.scielo.org.mx/scielo.php?script=sci_arttext&pid=S0185-33252010000600001>.
- , “La locópolis de Mixcoac en una encrucijada política: reforma psiquiátrica y opinión pública, 1929-1933”, en Cristina Sacristán y Pablo Piccato (coords.),

- Actores, espacios y debates en la historia de la esfera pública en la ciudad de México*, México, Instituto de Investigaciones Históricas/Instituto Mora, 2005, pp. 199-232.
- , “La locura se topa con el Manicomio. Una historia por contar”, *Cuicuilco Nueva Época*, México, vol. 16, núm. 45, enero-abril, 2009 <http://www.scielo.org.mx/scielo.php?script=sci_arttext&pid=S0185-16592009000100008>.
- , “Locura y justicia en México. La psiquiatría, la familia y el individuo frente a la modernidad liberal: el caso Raygosa (1873-1877)”, tesis inédita en antropología social y cultural, España, Universitat Rovira I Virgili, 1999.
- , “Ser o no ser modernos. La salud mental en manos del Estado mexicano, 1861-1968”, *Espacio Plural*, año XI, núm. 22, 1 de septiembre, 2010, pp. 11-23 <<http://e-revista.unioeste.br/index.php/espacoplural/article/view/4830>>.
- , “Una valoración sobre el fracaso del Manicomio de La Castañeda como institución terapéutica, 1910-1944”, *Secuencia*, núm. 51, septiembre-diciembre, México, 2001, pp. 91-120.
- Sánchez, Marcelo, “La teoría de la degeneración en Chile (1892-1915)”, en César Leyton, Cristián Palacios y Marcelo Sánchez (eds.), *Bulevard de los pobres. Racismo científico, higiene y eugenesia en Chile e Iberoamérica, siglos XIX y XX*, Chile, Museo Nacional de Odontología/Ocho Libros, 2015, pp. 35-61.
- Sandoval, Adriana, “La Carmen de Pedro Castera”, *Literatura Mexicana*, vol. XVI, núm. 1, 2005, pp. 7-26.
- Schiavo, Leda, *El éxtasis de los límites. Temas y figuras del decadentismo*, Argentina, Ediciones Corregidor, 1999.
- Schmidt-Welle, Friedhelm, “Letrados e intelectuales en Argentina y México: algunas figuras emblemáticas”, en Friedhelm Schmidt-Welle (coord.), *La historia intelectual como historia literaria*, México, El Colegio de México, 2014, pp. 15-34.
- Schneider, Luis Mario y otros, *Biblios. Boletín semanal de información bibliográfica publicado por la Biblioteca Nacional (1919-1926) y su galería de escritores*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, 1999.
- Schneider, Luis Mario, Guadalupe Curiel y Miguel Ángel Castro, *Biblios. Boletín semanal de información bibliográfica publicado por la Biblioteca Nacional (1919-1926) y su galería de escritores*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, 1999.
- Scull, Andrew, *La locura: una breve introducción*, España, Alianza Editorial, 2013.
- Secord, James A. “Knowledge in Transit”, *Isis*, vol. 95, núm. 4, diciembre, 2004, pp. 654-672 <<https://www.jstor.org/stable/10.1086/430657>>.
- Shorter, Edward, *Historia de la psiquiatría. Desde la época del manicomio a la era de la fluoxetina*, Barcelona, J. y C. Ediciones Médicas, 1999.
- Shulman, Iván A., “Reflexiones en torno a la definición del modernismo”, en Lily Litvak (ed.), *El modernismo*, Madrid, Taurus, 1981, pp. 325-357.

- Simonnet, Dominique, *La más bella historia de amor*, Argentina, Fondo de Cultura Económica, 2004.
- Sommer, Doris, *Ficciones fundacionales. Las novelas nacionales de América Latina*, Colombia, Fondo de Cultura Económica, 2004.
- Somolinos D'Ardois, Germán, *Historia de la psiquiatría en México*, México, Secretaría de Educación Pública/Setentas, 1976.
- Sontag, Susan, *La enfermedad y sus metáforas. El sida y sus metáforas*, España, Debolsillo, 2011.
- Speckman Guerra, Elisa, “Las posibles lecturas de *La República de las Letras. Escritores, visiones y lectores*”, en Belem Clark de Lara y Elisa Speckman (eds.), *La República de las letras. Asomos a la cultura escrita del México decimonónico*, vol. I, México, Universidad Nacional Autónoma de México, 2005, pp. 47-72.
- Speckman, Elisa, “Las flores del mal. Mujeres criminales en el porfiriato”, *Revista Mexicana*, vol. XLVII, núm. 1, 1997, pp. 183-229 <<https://historiamexicana.colmex.mx/index.php/RHM/article/view/2430>>.
- , “Pautas de conducta y códigos de valores en los impresos de Vengas Arroyo, en Rafael Olea Franco (ed.), *La literatura mexicana del otro fin de siglo*, México, El Colegio de México, 2001, pp. 425-448.
- , *Crimen y Castigo. Legislación penal, interpretaciones de la criminalidad y administración de justicia (Ciudad de México, 1872-1910)*, México, El Colegio de México/Universidad Nacional Autónoma de México, 2007.
- Speckman, Elisa, Claudia Agostoni y Pilar Gonzalbo Aizpuru (coords.), *Los miedos en la historia*, El Colegio de México, Universidad Nacional Autónoma de México, 2009.
- Sperling, Christian, “La medicina mental en la novela corta hispana: el caso de Amado Nervo”, *Asclepio. Revista de Historia de la Medicina y la Ciencia*, vol. LXIII, núm. 1, enero-junio, 2011, pp. 65-88 <<http://asclepio.revistas.csic.es/index.php/asclepio/article/download/486/488>>.
- , “La narrativa modernista de México: sensibilidad finisecular y el discurso científico sobre la conciencia humana”, tesis de doctorado en letras, Universidad Nacional Autónoma de México/Instituto de Investigaciones Filológicas, 2009.
- , “Vamos en un tren se suicidas. La recepción de la teoría de la degeneración en la crítica cultural de Carlos Díaz Dufoo, Revista Azul 1894-1896”, *Hipertexto*, núm. 16, 2012, pp. 28-40 <https://www.utrgv.edu/hipertexto/_files/documents/articles/hipertexto-16/christian-sperling.pdf>.
- Staples, Anne, “Los Bandidos de Río Frío como fuente primaria para la historia de México”, en Rafael Olea Franco (ed.), *La literatura mexicana del otro fin de siglo*, México, El Colegio de México, 2001, pp. 345-352.
- Suárez de la Torre, Laura (coord.), *Constructores de un cambio cultural: impresores-editores y libreros en la ciudad de México, 1830-1855*, México, Instituto Mora, 2003.

- (coord.), *Estantes para los impresos. Espacios para los lectores, Siglos XVIII-XIX*, México, Instituto Mora, 2017.
- , “La producción de libros, revistas, periódicos y folletos en el siglo XIX”, en Belem Clark de Lara y Elisa Speckman Guerra (eds.), *La República de las letras. Asomos a la cultura escrita del México decimonónico*, vol. II, México, Universidad Nacional Autónoma de México, 2005, pp. 9-25.
- , “Por los impresos: un panorama de los intereses culturales (1876-1890)”, en Luz Carregha Lamadrid, Marisa Pérez Domínguez y María Eugenia Ponce Alcocer (coords.), *Miradas retrospectivas al México de Porfirio Díaz*, México, El Colegio de San Luis/Universidad Nacional Autónoma de México/Instituto Mora/Universidad Iberoamericana, 2018.
- Tenorio Trillo, Mauricio, *Artifugio de la nación moderna. México en las exposiciones universales, 1880-1930*, México, Fondo de Cultura Económica, 1998.
- Thérenty, Marie-Eve, *La invención de la cultura mediática. Prensa, literatura y sociedad en Francia en el siglo XIX*, México, Instituto Mora, 2013 (Cuadernos de Secuencia).
- Tola de Habich, Fernando, “Propuesta para una periodización generacional de la literatura mexicana del siglo XIX”, en Belem Clark de Lara y Elisa Speckman Guerra (comps.), *La República de las letras. Asomos a la cultura escrita del México decimonónico*, México, vol. I, Universidad Nacional Autónoma de México, 2005, pp. 203-220.
- Torres Sánchez, Rafael, *Balzac para historiadores*, México, Consejo Nacional para la Cultura y las Artes/El Centavo, 2011.
- Toussaint Alcaraz, Florence, *Escenario de la prensa en el porfiriato*, México, Fundación Manuel Buendía, 1984.
- Tuñón, Julia, “Ensayo introductorio. Problemas y debates en torno a la construcción social y simbólica de los cuerpos”, en Julia Tuñón (comp.), *Enjaular los cuerpos. Normativas decimonónicas y feminidad en México*, México, El Colegio de México, 2008, pp. 11-65.
- Urías Horcasitas, Beatriz, “Degeneracionismo e higiene mental en el México pos-revolucionario, (1920-1940)”, *Frenia*, vol. IV, núm. 2-2004, pp. 37-67 <<http://revistaaen.es/index.php/frenia/article/download/16409/16255>>.
- Valdés, Héctor, *Índice de la Revista Moderna. Arte y Ciencia (1898-1903)*, México, Universidad Nacional Autónoma de México/Centro de Estudios Literarios, 1967.
- Vallejo, Mauro Sebastián, “Magnetizadores, ilusionistas y médicos. Una aproximación a la historia del hipnotismo en México, 1880-1900”, *Trashumante. Revista Americana de Historia Social*, núm. 5, enero-junio, 2015, pp. 201-219.

- Venancio Ana Teresa y José Saiol Roberto, “El Hospicio Nacional de Alienados en la prensa de Río de Janeiro (1903-1911)”, *Asclepio*, vol. 69 núm. 2, 2017, p. 190 <<http://dx.doi.org/10.3989/asclepio.2017.13>>.
- Vila Vilar, Enriqueta, “Historia y literatura: un largo debate para un caso práctico”, *Nuevo Mundo Mundos Nuevos* [en línea: 31 de enero de 2009] <<http://nuevomundo.revues.org/52533>>; doi: <10.4000/nuevomundo.52533>, fecha de consulta: 21 de junio de 2016.
- Von Ziegler, José, *Revista Azul*, México, Universidad Nacional Autónoma de México/Dirección de Cultura, 1988.
- Walkowitz, Judith R., “Sexualidades peligrosas”, en *Historia de las mujeres*, tomo XVIII, Madrid, Taurus, pp. 63-97.
- , *La ciudad de las pasiones terribles. Narraciones sobre el peligro sexual en el Londres victoriano*, Madrid, Ediciones Cátedra/Universitat de Valencia/Instituto de la Mujer, 1992.
- Warner, Ralph E., *Historia de la novela mexicana en el siglo XIX*, México, Antigua Librería Robredo, 1953.
- Weber Santos, Nádia Maria, “‘Você, Quaresma, é um visionário’: alma nacional e loucura em *Triste fim de Policarpo Quaresma* de Lima Barreto”, *Nuevo Mundo Mundos Nuevos* [en línea: 28 de enero de 2006] <<http://nuevomundo.revues.org/1513>>; doi: <10.4000/nuevomundo.1513>, fecha de consulta: 11 de agosto de 2014.
- Weiner, Dora B., *Comprender y curar. Philippe Pinel (1745-1826). La medicina de la mente*, México, Fondo de Cultura Económica, 2002.
- Yujnovsky, Inés, “Cultura y poder: el papel de la prensa ilustrada en la formación de la opinión pública” <<http://www.h-mexico.unam.mx/node/6549#fn1>>, fecha de consulta: 20 de diciembre de 2016.
- Zavala Díaz, Ana Laura, “En cuerpo y alma. Ficciones somáticas en la narrativa mexicana de las últimas décadas del siglo XIX”, tesis para optar por el grado en doctora en letras, Universidad Nacional Autónoma de México/Instituto de Investigaciones Filológicas, 2012.
- , “La blanca lápida de nuestras creencias: notas sobre el decadentismo mexicano”, en Rafael Olea Franco (ed.), *Literatura mexicana del otro fin de siglo*, México, El Colegio de México, 2001, pp. 47-59.
- , “Retóricas de la enfermedad en el México porfiriano: el caso modernista”, *De-clarés. Revista del Centro de Enseñanza para Extranjeros*, México, Nueva época, vol. 10, núms. 10-11, 2007, pp. 167-180.
- , “Todos los locos son hombres de su tiempo: locura y política en una obra de Hilarión Frías y Soto”, en Raquel Mosqueda Rivera, Luz América Viveros Anaya y Ana Laura Zavala Díaz (eds.), *Literatura y prensa periódica, siglo XIX y XX*,

- México, Universidad Nacional Autónoma de México/Instituto de Investigaciones Filológicas, 2019, pp. 23-40.
- , *De asfódelos y otras flores del mal mexicanas. Reflexiones sobre el cuento modernista de tendencia decadente*, México, Instituto de Investigaciones Filológicas, 2012.
- Zavala Díaz, Ana Laura y José Antonio Maya González, “El caso del escritor Pedro Castera: entre la esfera pública, el campo literario y la experiencia manicomial en el México de finales del siglo XIX”, *Asclepio. Revista de Historia de la Medicina y de la Ciencia*, vol. 71, núm. 2, 2019 <<https://doi.org/10.3989/asclepio.2019.21>>.
- Zola, Émile, *El naturalismo. Ensayos, manifiestos y artículos polémicos sobre la estética naturalista*, Barcelona, Península, 2002.

Ficciones psicopatológicas:
locura, prensa y literatura
en México (1882-1903),

de José Antonio
Maya González,
se terminó de imprimir
en abril de 2023.

En su composición
se utilizaron tipos de
la familia Bembo Std;
el tiraje consta de 500
ejemplares impresos
sobre papel cultural.

Impresión: mc editores,
av. revolución 1546-18,
01020 ciudad de México,
tel. (55) 5665-7163

[mceditores@hotmail.com]





En medio de la tormenta.

Temas emergentes de la realidad nacional

Sonia Comboni y Jorge E. Brenna

Territorios violentos en México: el caso de Tierra Caliente. Mich.

Enrique Guerra Manzo

Cooperación internacional y conflicto ante la crisis del covid 19

Ana Teresa Gutiérrez del Cid y Beatriz N. Pérez Rodríguez (coords.)

Los olvidados de Eurasia. Aportaciones desde México

Eduardo Palacios Cabrera *et al.* (coords.)

El invierno social llega a su fin.

La izquierda y el movimiento campesino (1959-1965)

Jaime Ortega Reyna y Juan de la Fuente Hernández

Espacios de transformación y cambio:

historia de los movimientos feministas en México

Maricruz Gómez López y Ana Lau Jaiven

Reflexiones contemporáneas: inclusión/exclusión e intercambio

Verónica Gil Montes y Tadeo H. Liceaga Carrasco (coords.)

Estudios y argumentaciones hermenéuticas I Versos y discurso

Marco Antonio Molina (coord.)

*Sistema político, participación y ciudadanías
en la cuarta transformación*

Alejandra Toscana Aparicio y Juan Reyes del Campillo (coords.)

Maternidades en debate en el siglo XXI

Ángeles Sánchez Bringas (coord.)

Educación en México en tiempos de pandemia: retos y perspectivas

José Javier Contreras Carbajal y Miguel Ángel Gallegos Cárdenas



En las últimas décadas, las producciones de ficción se han convertido en una fuente indispensable para comprender la construcción social de la locura en perspectiva histórica. *Ficciones psicopatológicas: prensa, locura y literatura en México (1882-1903)* estudia las representaciones sociales de las enfermedades mentales en algunos cuentos, novelas y artículos periodísticos durante el tránsito del siglo XIX al XX. Historizar el proceso de ficcionalización de la demencia implica dimensionar los diferentes canales de circulación de un conjunto de saberes expertos, conocimientos profanos y prácticas literarias en la Ciudad de México.

En esta obra desfilan médicos, escritores, periodistas, poetas y funcionarios públicos que participaron en la construcción de una imaginería patológica conformada por opiniones, actitudes y valoraciones en torno a la locura urbana; pero también se vislumbran las emociones, las conductas y las motivaciones de una galería de locos literarios examinados con el mismo rigor y seriedad como si de personajes históricos se tratara.

Así, las ficciones psicopatológicas se convirtieron en un censor de las discusiones médicas, sociales y culturales de un momento, porque apelaron a los miedos y a las fantasías que suscitaban las psicopatías durante el porfiriato. Este libro busca rescatar esa pluralidad de sujetos –reales y ficticios– representados en la cultura escrita capitalina.